

Luis García Jambrina

LA CORTE DE LOS
ENGAÑOS




ESPASA

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

I. (Beatriz Galindo)

2. (Catalina de Dalt)

ג. (Sara Dertosa)

IV. (Beatriz Galindo)

5. (Catalina de Dalt)

ד. (Sara Dertosa)

VII. (Beatriz Galindo)

8. (Catalina de Dalt)

ה. (Sara Dertosa)

X. (Beatriz Galindo)

11. (Catalina de Dalt)

ו. (Sara Dertosa)

XIII. (Beatriz Galindo)

14. (Catalina de Dalt)

ז. (Sara Dertosa)

XVI. (Beatriz Galindo)

17. (Catalina de Dalt)

ח. (Sara Dertosa)

XIX. (Beatriz Galindo)

20. (Catalina de Dalt)

ט. (Sara Dertosa)

XXII. (Beatriz Galindo)

23. (Catalina de Dalt)

כז. (Sara Dertosa)

XXV. (Beatriz Galindo)

26. (Catalina de Dalt)

כז. (Sara Dertosa)

Agradecimientos y deudas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para mi madre y para mi hija,
entre las que se extiende
el hilo de mi vida.*

Creo que ningún individuo posee la verdad.
Lo ciega a uno. Uno la mira y ve una de sus
fases. Otra persona mira y ve otra. Pero,
tomada en conjunto, la verdad es lo que ellos
vieron, aunque nadie vio la verdad intacta.
WILLIAM FAULKNER, *¡Absalón, Absalón!*

Nada es nunca una sola historia, sino una red
que cada persona teje, sin entender el dibujo.
TOMÁS ELOY MARTÍNEZ, *Santa Evita*

No sabemos qué sorpresas nos deparará aún
el pasado.
PASCAL QUIGNARD

*El año mil cuatrocientos — y noventa y dos corría,
año de grandes sucesos — y de grandes tropelías.
Era siete de diciembre, — pasado ya el mediodía.
En Barcelona la bella, — el rey Fernando salía
de su palacio mayor, — después de impartir justicia,
como hacía cada viernes, — desde el alba, en esa villa.
En la puerta lo aguardaba — gente que verlo quería.
Unos gritan: «Viva el rey»; — otros: «Que muera», musitan.
De la iglesia de Santa Águeda, — de rezar en la capilla,
alguien viene con sigilo — y tras el rey se desliza.
De debajo de su capa — saca una espada bruñida;
con gran presteza la alza — y en el cuello se la hinca.
Todos miran con horror — cómo el rey tapa su herida.
Ha perdido mucha sangre; — muchos temen por su vida.
La reina, cuando se entera, — desde una ventana grita:
«¿Quién al rey quiso dar muerte? — ¿De dónde es el regicida?».
Unos dicen que es francés; — de Navarra, otros afirman;
los de acá, que es catalán; — los de allá, que es de Castilla;
hay quien dice que es mujer, — bajo un embozo escondida;
otros piensan que era moro — o de la raza judía.
No se sabe si iba solo — o llevaba compañía,
si fue la rabia de un loco — o una conjura sería,
y, en tal caso, quiénes eran — los que matarlo querían.
Isabel le ruega a Dios — que la ayude en ese día:
que no muera su marido — y la verdad sea sabida.*

I

(BEATRIZ GALINDO)

Hay años en los que los acontecimientos se suceden y eslabonan de tal forma que apenas tenemos tiempo de asimilarlos; años en los que las vidas y destinos se entrelazan y bifurcan una y otra vez; años en los que todo parece pender de un hilo tan sutil que en cualquier momento podría romperse. Años, en fin, de incertidumbre, de encrucijada, de expectación... El de 1492 fue uno de esos periodos. Naturalmente, no todo lo que en él ocurrió fue bueno ni justo ni encomiable; de hecho, yo aún no sé muy bien cómo calificarlo. *Annus mirabilis aut horribilis?* (¿Año maravilloso u horrible?). Para unos, sin duda, fue un *annus mirabilis*; para otros, más bien *horribilis*. Para mí, Beatriz Galindo, fue el mejor y el peor de todos los tiempos, pues en él se entremezclan hebras de oro con las de lana negra, lo que me ha dejado, desde entonces, una extraña sensación agridulce en la memoria.

Para evocar ese periodo, tengo que remontarme a los meses previos a la toma de Granada por sus altezas los reyes Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, con la que comenzó realmente ese año y con la que terminó, por fin, la guerra contra el islam y, con ella, la recuperación para la cristiandad de los últimos territorios peninsulares en posesión de los musulmanes, dando paso, según dicen los cronistas, a una nueva época. En un principio, todo el mundo pensaba que la toma de la ciudad de Granada iba a ser un paseo militar, pero lo cierto es que la campaña se había prolongado ya demasiado tiempo y amenazaba con estancarse; entre otras cosas, por la excesiva prudencia del rey, que nunca presentaba una batalla si no la había planeado antes y, por supuesto, si no estaba seguro de ganarla. Desde 1483 los reyes habían tenido que levantar varias veces sus reales sin haber conseguido su

objetivo de rendir una ciudad que a punto estaba ya de convertirse en el emblema de la resistencia mora; de hecho, algunos de los nuestros consideraban, en secreto, que sus torres y fortalezas eran poco menos que inexpugnables.

Todo esto hizo que los reyes empezaran a pensar en otro tipo de vías y estrategias para conseguir su objetivo. Para entonces, yo ya había aprendido que la guerra no se hace solo en los campos de batalla o en las salas de audiencia de los embajadores, o que no la gana el más valiente, justo y esforzado, sino el más astuto y el que mejores armas tiene, quiero decir, más mortíferas y destructivas. Y es que la llegada de la pólvora lo había cambiado todo: las espadas, las ballestas, las mazas y las lanzas, en buena parte, habían sido sustituidas por las espingardas, las bombardas, los pasavolantes y los falconetes, las armas de los cobardes, como las llamaban algunos caballeros, que veían que en la guerra ya no había lugar para ellos, pues el combate cuerpo a cuerpo había dado paso a la muerte indiscriminada y a distancia.

Por suerte, en el asedio de Granada, esas armas no podían utilizarse, debido a que los reyes querían conservarla intacta, tal era su belleza y singularidad. La toma de la ciudad no tuvo, en todo caso, nada de épico ni de heroico ni de caballeresco. Fue tan solo una sucesión de intrigas, pactos, traiciones, negociaciones, compra de voluntades y escaramuzas, contra un bando que, en ese momento, estaba dividido por disensiones y luchas dinásticas, lo que hizo que a nuestro rey le fuera muy fácil malquistar a los unos con los otros.

Mientras tanto, nuestras tropas se dedicaban a jugar al perro y el gato o al gato y el ratón, según el momento, y, sobre todo, a talar los bosques, arrasar las cosechas e incendiar las alquerías de la fértil vega granadina y de los valles próximos, siguiendo la estrategia de la tierra quemada, para que los habitantes de la ciudad no tuvieran nada con lo que alimentarse. «El hambre por sí sola nos dará Granada», solía decir mi señora la reina con una leve sonrisa que helaba las entrañas. «He de arrancar uno a uno los granos de esa Granada», aseguraba, por su parte, su marido. Lo único que faltaba por averiguar era exactamente cuándo sería eso.

En cualquier caso, había algo que estaba claro, y es que esta vez los reyes no pensaban irse de allí sin haberla conquistado. Y, para demostrárselo al enemigo, mandaron construir, cerca del campamento militar del Gozco, una ciudad de nueva planta hecha de piedra, ladrillo y teja, con sus

correspondientes casas, barracones, murallas, torres y foso de tierra seca. Era de planta rectangular, con cuatro grandes puertas, una a cada lado, comunicadas entre sí por dos calles principales que se cruzaban en una plaza, donde enseguida se instaló una especie de feria bulliciosa en la que se comerciaba con toda clase de productos, algunos de ellos obtenidos como botín de guerra.

El real se levantó en apenas ochenta días, lo que supuso un tremendo golpe de efecto para los infieles, que de la noche a la mañana vieron surgir frente a sus murallas, a escasas dos leguas, una nueva ciudad, mucho más humilde pero bastante más ofensiva que la suya. En un principio, el rey pensó llamarla Isabela, en honor a su esposa, pero al final los dos, de común acuerdo, la bautizaron como Santa Fe, nombre que, ya de entrada, constituía un desafío a las tropas musulmanas y, de paso, servía para recordarles a nuestros soldados la razón por la que peleaban.

Una vez terminada la construcción de la ciudadela, volvió la rutina, acompañada esta vez de una aguda sensación de encierro. Para combatirla, la reina y yo solíamos ir a cabalgar por los alrededores de Santa Fe, acompañadas de un nutrido séquito de caballeros armados. En una ocasión, nos acercamos hasta la alquería de La Zubia, situada sobre una colina, muy próxima ya a la ciudad de Granada, y desde allí contemplamos a nuestro sabor el esplendor de la Alhambra, con las montañas nevadas al fondo, lo que a punto estuvo de costarnos muy caro, ya que los moros descubrieron nuestra presencia y salieron de inmediato en nuestra persecución, tal vez porque pensaron que se trataba de un ataque por sorpresa.

Durante un tiempo, continuaron las luchas intestinas entre miembros de la familia nazarí para hacerse con el control de los últimos territorios de su maltrecho reino. Esta situación era aprovechada por nuestras tropas para hacer incursiones en territorio enemigo y causar algunas bajas. En una de esas refriegas, cayó prisionero el sultán Boabdil, también conocido como el Desdichado, por su carácter débil e irresoluto, que, a cambio de obtener su libertad, se comprometió a entregar Granada *ad kalendas graecas*, es decir, sin un plazo determinado, dejando como rehenes de los cristianos a su propio hijo y a los primogénitos de varios de sus partidarios más notables. Sin embargo, cuando fue liberado, se dedicó a posponer todo lo posible el cumplimiento de lo acordado con toda clase de rodeos y demoras, o, como dicen los cazadores, mareando la perdiz. La reina, mi señora, por su parte,

estaba que se subía por las paredes con tantas dilaciones, hasta el punto de que llegó a enfermar de unas fiebres. Durante varias semanas, apenas me separé de su alteza. Ya fuera de día o de noche, siempre estaba junto a su lecho, pues ella no quería que nadie más la contemplara en ese estado tan lamentable.

Por entonces hacía justo una década que yo había llegado a la corte, llamada por la reina para que fuera su maestra de latín. Así es que, mientras la cuidaba, no pude evitar recordar el primer día que la vi. Fue en Valencia, en diciembre de 1481. La reina me recibió en su cámara privada del palacio del Real, situado fuera de las murallas de la ciudad, al otro lado del río. Aún recuerdo la impresión que me produjo, pues me pareció inmenso y lujoso, lleno de recovecos y pasillos a los que no se les veía el final. Las habitaciones de la reina, sin embargo, eran más bien pequeñas y sobrias, sin apenas adornos ni muebles.

Yo tenía solo dieciséis años en aquel momento y me sentía muy dichosa, aunque también muy asustada por la enorme responsabilidad que entrañaba mi cometido. Su alteza no se parecía en nada a como me la habían descrito y menos aún a como yo misma la había imaginado. De mediana y bien acompasada estatura, su rostro era redondo y mofletudo, con algo de papada, la tez muy blanca y las mejillas sonrosadas. El cabello lo tenía rubio, casi dorado, y muy largo, lo que constituía la envidia de todas sus damas; las cejas, altas y enarcadas, resaltando así la belleza de sus ojos, entre verdes y azules, según la luz que los iluminara, aunque por lo general tirando a garzos; los labios, pequeños y colorados y levemente carnosos; los dientes, menudos y blancos; y la garganta, muy alta, llena y redonda. Su mirada era risueña, graciosa y honesta, en marcado contraste con sus profundas y permanentes ojeras; la risa, muy discreta y contenida; las manos, extremadamente gráciles y gentiles; su andar, más bien airoso y mesurado; y sus modales, sumamente lucidos y corteses, si bien tenía fama de mujer dura y rigurosa, amén de pudorosa; como más tarde pude comprobar, las tres cosas eran ciertas. Por otra parte, parecía algo cansada, como si acabara de llegar de un largo viaje, pero procuraba que no se le notara; según algunos, era capaz de recorrer más de quince leguas de una sola cabalgada, si la ocasión lo requería. Tras mirarme de arriba abajo, me dijo con cierta sequedad, sin molestarse siquiera en disimular su decepción:

—Ya veo que no solo sois sabia, sino también muy hermosa, dos

cualidades que no suelen ir de la mano.

Yo había oído hablar mucho de los celos de la reina, generalmente justificados, todo hay que decirlo, y de las andanzas del rey, que eran la comidilla de la corte. De modo que su comentario no me sorprendió demasiado.

—Si vuestra alteza lo desea, vestiré como una monja y me cubriré la cara con un velo —propuse yo, con fingida modestia, pero con ánimo sincero, pues era muy consciente de los peligros que acarreaba el hecho de ser bella en la corte.

—En cualquier caso, os aconsejo que no os dejéis ver demasiado, fuera de mis aposentos —me comentó la reina, mirándome a los ojos.

—Así lo haré —aseguré yo, que habría prometido cualquier cosa con tal de poder quedarme en la corte.

De todos modos, en mi fuero interno, estaba convencida de que, tarde o temprano, el rey repararía en mí y entonces sería peor, pues me consideraría la fruta prohibida, y no hay nada más tentador que aquello que nos está más vedado, y si no que se lo pregunten a Eva. Pero yo no quería pensar en eso.

—¿Sabéis ya para qué os he llamado? —me preguntó de pronto la reina.

—Para enseñar latín a vuestra alteza.

—Vuestro hermano Gaspar me ha dicho que conocéis tan bien esa lengua que en Salamanca, que es la cuna del saber, os llaman la Latina y os consideran una *docta puella*. ¿Lo he dicho bien? —quiso saber.

—Vuestra alteza lo ha dicho bien, pero otra cosa es que sea cierto; si acaso, *docta cum libro* —precisé yo.

—¿Y eso qué significa?

—Que todo lo que sé lo he aprendido en los libros —aclaré, con humildad—. De todas formas, ya sabe vuestra alteza lo que dicen en mi tierra: «*Quod natura non dat, Salmantica non praestat*».

—«Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta» —tradujo la reina, demostrando que ya sabía algo de latín—. Sin embargo, Pedro Mártir de Anglería me ha asegurado que asististeis a las lecciones que el maestro Nebrija daba en el Estudio salmantino y que fue él el que os empezó a llamar «la moza latina», ¿no es eso cierto?

—Si una persona tan sabia y discreta lo ha dicho, no puedo negarlo —admití yo—. Pero supongo que también habrá contado que no me gusta hablar de mí. Ya conoce vuestra alteza la sentencia latina: «*Laus in ore*

proprio vilescit (Alabarse a uno mismo envilece)».

—También se comenta por ahí que acudíais a las aulas «vestidita de varón», como la doncella guerrera del famoso romance —dejó caer, entonces, la reina.

—Eso son solo leyendas, como las que se cuentan precisamente en algunos romances —mentí yo.

—Si fueran solo leyendas, vuestros padres no habrían decidido ingresaros en un convento —replicó la reina—; de hecho, si no llega a ser por la recomendación de vuestro hermano Gaspar, ahora mismo estaríais cantando maitines con vuestras nuevas hermanas, aunque no creo que hubierais durado mucho, ya que, según tengo entendido, a las monjas se les exige tanto latín como sea menester para seguir los oficios divinos, pero ni una palabra más. De modo que conmigo no tenéis que disimular.

—No sabe vuestra alteza cómo agradezco su comprensión —comenté yo.

—Si os he llamado a la corte es precisamente por vuestro arrojo, astucia y determinación, y no solo porque habléis latín mejor que un obispo —me explicó—. Como no ignoraréis, esta sigue siendo la lengua de la política, de la religión y del saber, y, por lo tanto, un instrumento muy necesario para una reina que, como yo, quiere ejercer como tal y apenas conoce sus rudimentos. Así que mañana, a primera hora, comenzaremos las clases.

—¿Quiere vuestra alteza que empecemos traduciendo a Cicerón? —propuse yo.

—En este momento, preferiría los *Comentarios a la guerra de las Galias*, de Julio César —replicó ella, haciéndome un gesto de complicidad.

—Excelente elección —reconocí yo, dado que estábamos a punto de entrar en contienda.

Y así fue como llegué a ser la maestra de latín de la reina. A este respecto, tengo que confesar que fue una gran alumna, aunque algo rebelde e indisciplinada. Como la corte era itinerante, yo tenía que acompañar a mi señora allá donde ella fuera en cada momento, incluso a las campañas militares contra los últimos reductos árabes de Andalucía, por lo que tuve la oportunidad de ser testigo de muchos sucesos relevantes para la Corona, y también de algunos bochornosos, todo hay que decirlo. Después, cuando ella consideró que su aprendizaje ya se había completado, comencé a ocuparme de la educación de las infantas, lo que provocó que algunas damas quisieran imitarlas y seguir el ejemplo de la reina, hasta su camarera mayor, doña

Beatriz de Bobadilla, que ya rozaba la cincuentena; de ahí que, por entonces, aprender latín llegara a ser una costumbre entre las mujeres de la corte, donde solían escucharse expresiones como esta: «Jugaba el rey a los naipes, todos éramos tahúres. Estudia la reina ahora, todos somos escolares».

Todo esto hizo que, con el tiempo, la reina me convirtiera en una de sus consejeras y confidentes, la mayor parte de más edad que ella, así como de buena fama y linaje. La principal era, desde luego, la ya mencionada doña Beatriz de Bobadilla, que contaba diez años más y a la que conocía desde la niñez. Pero había otras, pues mi señora era de la opinión de que las mujeres podíamos ser tan inteligentes y dispuestas como los hombres y, en algunos casos, más; de modo que, puesta a elegir, prefería rodearse de personas de su propio sexo, procurando, eso sí, que no fueran demasiado hermosas o atractivas, ya que a su esposo también le gustaban mucho las hembras, aunque por otros motivos, bastante más vulgares y deshonestos, como yo misma llegaría a comprobar.

Precisamente, una de nuestras labores como confidentes era ser su paño de lágrimas en aquellos periodos en los que su esposo disfrutaba de una nueva amante. Y no es que en aquel momento fuera muy agraciado, todo hay que decirlo, pero era el rey. Además, era cuidadoso y hasta elegante en el vestir; desenvuelto y con gracia en sus maneras; cortés y amigable en el trato, siempre que no estuviera enfadado, inquieto o fuera de sí; y con frecuencia dado a la risa, ya que la alegría del corazón se mostraba enseguida en su rostro.

Con el tiempo, la reina había aprendido a soportar las relaciones puntuales y esporádicas, y más si eran con busconas y prostitutas, pero no, claro está, las duraderas o estables. Bastaba con que el rey se encaprichara de alguna dama durante más de diez días para que ella, la mujer más poderosa de la cristiandad, se viniera abajo y perdiera la cabeza. En tales casos, era inevitable pensar que Fernando se había casado con Isabel solo por pura conveniencia, sin ningún atisbo de sentimiento por su parte, a pesar de las promesas y las muestras de afecto de las que la hizo objeto en los meses previos a la boda. Mi señora, sin embargo, seguía prendada de su esposo; es más, esa pasión, lejos de disminuir, había ido acrecentándose con el paso de los años. De modo que, mientras él la despreciaba, ella aún mantenía la esperanza de que podría enamorarlo, aunque solo fuera por aquello de que el roce hace el cariño.

Pero lo cierto era que cada vez estaban más distantes; por eso, resultaba paradójico comprobar cómo su matrimonio, que había logrado reunir, bajo un mismo yugo, aunque no bajo una misma Corona, dos reinos tan dispares como los de Aragón y Castilla, no había conseguido mantenerlos unidos a ellos, a pesar de que en un principio habían dado muestras de entenderse muy bien. El caso es que, una vez desaparecido el impulso del deseo, don Fernando se había ido alejando poco a poco de su esposa, aunque, de momento, la seguía tratando con mucho respeto, al menos de puertas para fuera, pues otra cosa era en sus aposentos privados, donde las riñas, los insultos y las amenazas eran constantes.

Naturalmente, esto hacía sufrir mucho a mi señora, que, a su vez, lo pagaba con sus criadas y algunas de sus damas, sobre todo con las más hermosas y agraciadas —«¿Qué culpa tenemos nosotras?», me preguntaba yo—, y no digamos con aquellas en cuyo lecho sospechaba que había estado alguna vez el rey, a las que vejaba e insultaba sin piedad, pues en tales momentos se volvía una mujer muy cruel e irascible. Y si por casualidad percibía que su marido miraba a alguna mujer de la corte con señal de amores, con mucha prudencia buscaba algún medio para despedirla, colmada de honra y provecho, eso sí, y, en algún caso, hasta se ocupaba ella misma de buscarle un marido, con el fin de ponerla a buen recaudo, como ocurrió con una sobrina de doña Beatriz de Bobadilla, a la que casó con Hernán Peraza, señor de La Gomera, para alejarla lo más posible de la corte por haberse acercado más de lo debido a su esposo.

En cuanto a mí, debo decir que, hasta la fecha, el rey siempre me había respetado, tal vez porque me veía como una especie de monja que no sabía más que hablar en latín o, ya en los últimos meses, porque estaba prometida a uno de sus mejores soldados, el capitán mayor de artillería don Francisco Ramírez de Madrid, a quien respetuosamente apodaban el Artillero, por su dominio del arte tormentaria o de las armas y máquinas de guerra y, sobre todo, por haber demostrado grandes conocimientos en esa materia durante toda la campaña de Granada, y a quien el rey acababa de armar caballero por la gran pericia demostrada en el asedio de Málaga, donde la artillería fue pieza clave para la rendición de la ciudad. Yo, por mi parte, rehuía cuanto podía su presencia.

Pero un día, como cabía esperar, las cosas se torcieron y el rey vino a fijarse en mí. Fue el 25 de noviembre de 1491, en una de esas noches en las

que mi señora estaba todavía convaleciente de su enfermedad. Sería ya medianoche, cuando oí que llamaban con insistencia a la puerta de su cámara. La reina en ese momento estaba dormida; de modo que me levanté a abrir, con temor de que la despertaran. Se trataba del rey, que a duras penas podía hablar y mantenerse en pie. Al parecer, había estado bebiendo con sus hombres de confianza para celebrar el acuerdo definitivo al que había llegado con Boabdil, por el que este se comprometía, según supe luego, a entregar Granada en un plazo de sesenta y cinco días, a cambio de que los reyes cristianos cumplieran una serie de condiciones, como la de respetar la religión, las leyes, las libertades y los bienes de los musulmanes que quisieran quedarse en la ciudad, algo que ellos habían aceptado con magnanimidad, pues lo importante era acabar de una vez con esa absurda guerra. Estas capitulaciones se habían firmado después de una larga y ardua negociación, consistente en un continuo tira y afloja lleno de suspicacias por ambas partes, que por fin había culminado con bien, gracias a la habilidad de uno de sus secretarios, Hernando de Zafra, y del capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, si bien aún necesitaban ser refrendadas por el común de la ciudad.

—Ha sido un día largo, pero aquí estoy —balbuceó el rey con la voz pastosa.

La verdad es que esa visita tan intempestiva me extrañó un poco, pues nunca el monarca se dejaba caer por allí a tales horas. De modo que pensé que querría darle a su esposa la noticia cuanto antes y, de paso, hacer uso del matrimonio para celebrar tan magno acontecimiento, por lo que me dispuse a abandonar la cámara sin esperar a que él me lo pidiera.

—Un momento, ¿por qué os vais? —me preguntó—. Es a vos a quien quiero ver.

—¿A mí?! —exclamé yo, sorprendida.

—Sí, a vos, ¿de qué os extrañáis? Sois una de las mujeres más hermosas de la corte, y, sin embargo, nunca hemos estado juntos, quiero decir en el mismo lecho —me explicó.

—Pero ¿y la reina? —insistí yo.

—La reina ahora está dormida y con calentura; no querréis que la moleste, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Entonces vayamos a vuestra cámara, antes de que me entre el sueño —

me ordenó.

—Aquí es donde yo duermo. Y ahora no puedo separarme de mi señora, pues está muy enferma —le recordé.

El rey me cogió con fuerza del brazo, pero yo me resistí, agarrándome al marco de la puerta. Al ver que yo no cedía y que a él le fallaban las fuerzas, me amenazó con montar un escándalo delante de todo el mundo y expulsarme para siempre de la corte, ya buscaría luego los motivos. Así que no me quedó más remedio que dejarme arrastrar como un cordero al que llevan al sacrificio. «*Ecce Ancilla Domini. Fiat mihi secundum Verbum tuum* (He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra)», dije para mí sin poder evitarlo.

—Venga. ¡¿A qué esperáis para desnudaros?! —me soltó el rey, cuando entramos en mi cámara—. No seáis tan melindrosa. He oído decir que aún sois virgen —añadió, divertido, mientras me arrancaba la ropa—. En tal caso, debería ser un honor para vos ser desflorada por mí. Y si lo que os preocupa es vuestra alma, sabed que tengo bula del papa para hacerlo donde y con quien me plazca, y ese privilegio es también extensible a todas mis amantes.

—Le ruego a vuestra alteza no me haga eso —le supliqué—, aunque solo sea por el honor de la reina, mi señora, y el de vuestro capitán mayor, mi prometido.

—¿Acaso una maestra de latín como vos no ha oído hablar de un derecho tan sagrado y reconocido como el *ius primae noctis*? —repuso él con sorna.

—Eso es algo propio de tiempos más bárbaros que estos —argumenté, sin demasiada convicción.

—Eso lo tendré que decidir yo —concluyó él.

El rey me arrojó sobre la cama y se me echó encima sin demasiados miramientos. Yo traté de librarme de él, pero apenas podía moverme. Luego intentó besarme y yo me aparté con asco. Su boca babeaba y el aliento le olía a vino, a ajo y a cebolla. De modo que acabó mordiéndome la oreja y el cuello, lo que, a mi pesar, me hizo estremecer. Después me levantó la camisa, liberó su miembro con gran torpeza de entre su ropa y me penetró con violencia, hasta el punto de que me dolió como si me sajaran una herida. Eso a él debió de enardecerlo mucho, pues en ese momento aumentó la fuerza y la rapidez de sus embates. Era como un enorme ariete golpeando la puerta de una humilde cabaña; como si con su miembro quisiera atravesarme de parte a parte o entrar dentro de mí, hasta que por fin llegó el último empuje, más

violento que los anteriores, y me llenó de lava ardiendo, lo que me hizo aullar de dolor.

Por fortuna, cuando acabó, se apartó de mí y enseguida se quedó dormido. De modo que aproveché para levantarme y lavarme la sangre que manchaba mis muslos, mas de nada me sirvió, pues me sentía sucia por dentro, con una mancha que ya no desaparecería, por mucho que la frotara; incluso, se haría más grande.

Luego cogí una vela y me detuve a contemplarlo. Visto así parecía un ser anodino, como tantos otros. Era de estatura mediana. Su rostro, más bien redondeado, y sus rasgos, blandos y algo confusos, con la nariz, eso sí, muy afilada y la boca pequeña, si bien tenía los labios un poco crecidos y obscenos. El cabello lo tenía liso, castaño y escaso; las cejas, delgadas; y los ojos, grandes y rasgados, aunque debo decir que era algo bizco, lo cual a veces desconcertaba un poco, ya que no sabía hacia dónde estaba mirando; hasta cuando tenía los ojos cerrados, como en ese momento, daba la sensación de que estos estaban vigilantes y al acecho, cada uno por su lado.

A los pies de la cama descubrí el puñal del rey. Era un arma que yo ya conocía, pues me la había mostrado la reina antes de regalársela a su marido, con motivo de un aniversario. Sin poder evitarlo, me dejé llevar por la tentación de cogerla. Tenía la empuñadura de oro con incrustaciones de esmeraldas y la hoja muy bruñida y afilada, de esas que cortan con solo mirarlas, como solía decir mi padre, cuando era niña. Al recordarlo, me pregunté cómo habría actuado mi progenitor, el hidalgo don Juan López de Grizio, si en ese momento hubiera estado allí. Él, que tanto veneraba a los reyes, que lo habría dado todo por su causa, incluida la vida, tendría que ver la honra de su hija, a la que tanto quería, por los suelos, al igual que su propio honor, por culpa de su amado monarca.

Empuñé bien el arma y me incliné sobre el rey, que seguía profundamente dormido y a mi merced. Acerqué el filo del puñal a su miembro, aquel con el que me había desvirgado unos minutos antes, manchado todavía con la sangre de mi doncelléz; ahora parecía un gusano, encogido y flácido, encorvado sobre sí mismo, como si tuviera miedo o no hubiera hecho nada. Habría bastado un pequeño esfuerzo para habérselo cortado de raíz, junto con los testículos, testigos de su acto. De esa forma ya no volvería a andar persiguiendo mujeres ni forzando damas.

Después, puse la punta del puñal sobre su cuello, áspero y sudoroso; con

solo rozar su piel ya brotó un hilillo de sangre, que, lejos de asustarme, me invitaba a degollarlo hasta derramar el resto. De modo que me subí de nuevo a la cama y me coloqué de tal manera que habría sido suficiente con mover el brazo de un lado para otro, dejando que el cuchillo hiciera el resto, pues en verdad cortaba solo, casi sin apretar. Lo habría hecho con gusto y con ganas, ya que eso era lo que se merecía. Pero, por más que lo intenté, no fui capaz. Había algo que me lo impedía. Y conste que no fue por miedo ni por temor de Dios ni tampoco por terror a las posibles consecuencias, sino por repugnancia física y moral. Y es que yo no era como él, que se aprovechaba de su superioridad para destruir y mancillar a los demás. Para mí, la vida de un hombre, incluida la suya, era algo sagrado, por lo que solo Dios tenía derecho a disponer de ella. Tampoco quería que se enterara mi padre, ya que, en casos como ese, la verdad suele ser un cuchillo afilado. Tal vez si hubiera vivido en la antigua Roma, pero eran otros tiempos, y yo me consideraba una mujer cristiana. Debía, pues, resignarme y aceptar mi martirio, sin ni siquiera poder aspirar a ninguna clase de santidad.

El resto de la noche lo pasé rezando, mientras oía sus ronquidos, fuertes y prolongados. Si al menos hubiera estado sobrio, me decía, y hubiera intentado seducirme y me hubiera tratado con cierta cortesía. Pero había sido algo sórdido, vejatorio y degradante para mí, algo impropio de un caballero, y más aún de un rey, un rey que, para mayor escarnio, se tenía por adalid de la cristiandad, lo que añadía indignación al dolor y a la humillación que yo sentía.

De todas formas, lo peor llegó al día siguiente, cuando volví a la cámara de la reina. Por un lado, me daba miedo decírselo a mi señora, pues no quería hacerla sufrir ni ser objeto de su cólera ni que me expulsara de la corte, como había hecho ya con tantas damas en cuanto el rey ponía sus ojos y sus zarpas en ellas, para sustituirlas por otras más feas y de mayor edad. Por otro, sabía que, tarde o temprano, acabaría enterándose y entonces sería mucho peor. Así es que entré decidida a contárselo. Pasara lo que pasara, la suerte ya estaba echada, como dijo, precisamente, Julio César tras cruzar el Rubicón.

—¿De dónde venís? —inquirió ella—. Esta noche me desperté de madrugada y no os encontré a mi lado. ¿Por dónde andabais? —insistió.

—Estaba con el rey —contesté yo, avergonzada.

—De modo que por fin ocurrió —dedujo ella con naturalidad, como si lo esperara desde hacía tiempo.

—Parecía borracho —le expliqué—, venía de celebrar la firma de las capitulaciones, y, como vuestra alteza estaba enferma y dormida —añadí, piadosa—, el rey se sirvió de mí.

—Y vos, supongo que os resistiríais, ¿no es cierto? —preguntó con suspicacia—. Decidme la verdad.

—Lo intenté, sí —aseguré yo.

—No basta con intentarlo —replicó ella, muy firme.

—¿Y qué quería vuestra alteza que hiciera? ¡És el rey! ¿Es que acaso mi señora no lo conoce? Me amenazó con montar un escándalo y expulsarme de la corte, si no me dejaba... Y es mucho más fuerte que yo —me vi obligada a añadir.

Sin poder evitarlo, rompí a llorar. La reina permaneció en silencio durante un rato, hasta que, por fin, cayó en la cuenta de que yo no era la culpable, sino la principal víctima de los hechos.

—Lamento mucho lo sucedido. Pero contadme: ¿qué os pidió que le hicierais? ¿Os solicitó algo que, según él, yo le hubiera negado? —me preguntó, entonces, presa del delirio—. Eso es lo malo que tiene el hecho de que nuestros hombres se acuesten con putas venidas de fuera, que luego quieren que les hagamos lo mismo, sin percatarse de que es algo indigno de una mujer cristiana, y más si eres la reina, ¿no creéis? Venga, contádmelo, sin omitir detalle alguno. Necesito saberlo todo —insistió.

—¡Y eso qué importa ahora! —me quejé yo, algo molesta con la actitud de la reina—. Él tan solo se echó sobre mí y me forzó, ¿qué más queréis saber? Todo ha sido muy vulgar.

—Perdonadme, tenéis razón —me concedió—. Ahora debemos tomar medidas de inmediato para evitar que la situación vuelva a repetirse; ya habrá tiempo luego para lamentaciones, recriminaciones y consuelos.

—¿Qué clase de medidas? —quise saber yo.

—Lo más urgente es buscarle una solución al problema y, si es posible, tratar de prevenir sus posibles consecuencias. Y, para ello, tenéis que casaros lo antes posible con vuestro prometido —sentenció la reina de pronto—. Deberíais haberlo hecho cuando os lo dije —me reprochó—, pues ya sabía yo que, al final, ocurriría algo así.

¡Mi prometido! Era cierto. Casi lo había olvidado. Ella, sin embargo, lo recordó enseguida. No en vano los reyes todo lo arreglan con una buena boda, ya se trate de un conflicto político o de un problema meramente

doméstico. Por otra parte, había sido su alteza la que, en efecto, me lo había propuesto en su día como marido. Además de capitán mayor de artillería, era un hombre apuesto y gallardo, de claro origen, por ser hijo de un hidalgo montañés, y muy bien situado, cuyo único defecto, si es que había que ponerle alguno, era que me doblaba la edad, dado que, en ese momento, yo contaba veintiséis años, mientras que él ya había rebasado la cincuentena.

Cuando la reina me habló de él por primera vez, don Francisco Ramírez de Madrid acababa de enviudar de su primera esposa, doña Isabel de Oviedo, con la que había tenido varios hijos, que, a la sazón, se encontraban a cargo de un preceptor en su casa familiar de Madrid, por lo que se sentía muy desdichado. Era alto y membrudo, con el rostro alargado y afilado, que parecía la proa de una nave. Tenía el pelo gris y muy cortado; la nariz, grande y recta; la boca, pequeña; y la cara, surcada de profundas arrugas, que en algún caso parecían cicatrices, y tal vez lo fueran.

Yo, al principio, me opuse con todas mis fuerzas a la idea de casarme con él, pues hacía tiempo que había decidido consagrar mi vida entera a mi señora y, si acaso, a ampliar mis estudios. Pero a una reina como ella no se le podía llevar fácilmente la contraria, y menos en esa clase de asuntos, y al final, claro, accedí a hacerlo. No obstante, pude conseguir, después de mucho rogar, que la boda se aplazara hasta después de la toma de Granada, con la esperanza de que, en ese lapso, ocurriera algo que la obligara a cambiar de parecer.

—Está bien —concedió—. Si, como dicen por ahí, yo he prometido no mudarme de camisa hasta que acabe esta maldita guerra, supongo que también podré postergar tan feliz acontecimiento. ¿Se puede saber qué idea tiene la gente de mí? —añadió de pronto, con fingido enfado—. Me refiero a los que inventan esas leyendas. ¿Tan descuidada me ven? Bien está que no sea guapa, pero de ahí a que sea una guarra... Si supieran que lo que, en realidad, llevo debajo de los vestidos es una cota de malla para protegerme de posibles ataques...

Así era mi señora en aquella época, capaz de pasar en un santiamén de la preocupación a la euforia, de la carcajada al llanto o de hablar en un perfecto latín a expresarse como una auténtica verdulera. Yo, por mi parte, no estaba convencida de que esa boda fuera una buena idea, como seguía sin estarlo ese 26 de noviembre, aunque ahora por otros motivos más perentorios, a pesar de los razonamientos y las buenas intenciones de la reina, que, de repente,

parecía haberse recuperado de su enfermedad.

—Pero ya no soy virgen —objeté yo, a la desesperada.

—No hace falta que me lo recordéis —me replicó ella, con tono desabrido—. De todas formas, eso no es un obstáculo. Hay mujeres por ahí que, por unas cuantas monedas, os dejarán como nueva y os dirán, de paso, lo que tenéis que hacer en la noche de bodas para que parezca que vuestro marido acaba de desfloraros.

—Y si estuviera embarazada... —aventuré yo.

—Razón de más para que os caséis cuanto antes —argumentó, con cierta vehemencia—. Y si tal cosa llegara a suceder, Dios no lo quiera, le diréis a vuestro amado esposo que se os adelantó el parto, ¿me habéis entendido?

La había entendido, sí, y por eso estaba tan confusa y aterrada. Y es que esa boda siempre me había parecido un error, pero ahora se me antojaba una monstruosidad; y ya se sabe lo que dicen algunos inquisidores a este respecto: «*Errare humanum est; perseverare autem diabolicum* (Errar es humano; pero perseverar en el error es diabólico)». Por un momento, hasta llegué a pensar en huir de la corte y acogerme en un convento, como mis padres habían proyectado para mí en su día; tal vez ese fuera mi destino, después de todo. Pero luego pensé que eso daría mucho que hablar. Además, estaba convencida de que la reina no lo permitiría. Y es que, cuando algo se le metía entre ceja y ceja, era muy difícil hacerle mudar de opinión. Así que no tuve más remedio que ceder.

—No pongáis esa cara. En este mundo, las mujeres no pueden dirigir por sí mismas el destino de sus vidas. Necesitan un esposo que las gobierne y las proteja; si no, acabarán perdidas —me soltó la reina, para terminar de animarme.

—Parece mentira que vuestra alteza, que siempre ha hecho lo que ha querido, me diga eso —comenté yo, decepcionada.

—Es que yo soy la excepción que confirma la regla —replicó ella, con arrogancia.

Como corría mucha prisa, esa misma mañana la reina mandó llamar al Artillero, que, en ese momento, estaba proyectando el asedio definitivo de Granada, por si al final la entrega voluntaria no se producía y era preciso entrar en ella por la fuerza. Los dos tenían, por entonces, muy buenas

relaciones, ya que, en la campaña de Granada, mi señora era, precisamente, la que se ocupaba de la intendencia y, por lo tanto, de que la artillería llegara a tiempo a los lugares en los que hacía falta, pese a los malos caminos y al barro acumulado después de días de lluvia o a la ausencia de puentes para vadear un río, algo en lo que mi prometido era un auténtico experto.

—Como bien sabéis —le dijo mi señora, cuando este se presentó en sus aposentos—, la toma de Granada se está retrasando demasiado y nosotros tenemos un asunto pendiente; me refiero a vuestra boda con doña Beatriz —explicó, señalando hacia mí, por si lo había olvidado—. Los tres acordamos que os casaríais cuando acabara la campaña. Pero entonces nadie podía imaginar que esta se prolongaría tanto...

—La boda ahora carece de importancia —puntualizó él.

—¿Y si murierais, Dios no lo quiera, en alguna escaramuza? ¿En qué situación quedaría ella? —preguntó la reina, de forma retórica.

—Si es por eso, ruego a vuestra alteza me diga qué es lo que debería hacer, y yo me pondré a ello de inmediato —se ofreció él—; hace ya muchos años que no hago más que obedecer a mi señora.

—Fijar la boda para dentro de unos días, antes de que acabe el año —señaló ella, sin andarse con rodeos.

—Si es esa la voluntad de vuestra alteza, yo no tengo nada que objetar —convino él de inmediato.

—En ese caso, ¿qué os parece el 22 de diciembre? De esta forma, habrá tiempo de sobra para tenerlo todo listo. Y hasta es posible que, para entonces, ya se hayan refrendado las capitulaciones de la entrega de la ciudad —argumentó la reina.

Acostumbrado como estaba a acatar sin discutir las órdenes directas de su alteza, al Artillero no le fue muy difícil dar su aquiescencia, aunque ello fuera en contra de sus principios y tal vez de sus propios deseos. Al fin y al cabo, nadie mejor que la reina podía saber qué era lo más adecuado para el bienestar de sus súbditos, y más si estos formaban parte del pequeño círculo de la corte. Durante la breve entrevista, ni él ni yo nos atrevimos a mirarnos a la cara; en su caso, supongo que para no sentirse avergonzado por su actitud sumisa ante la reina, y, en el mío, por temor a que él leyera en mis ojos los verdaderos motivos de tanta precipitación.

Cuando el Artillero se fue, la reina, visiblemente satisfecha, me animó a que nos pusiéramos manos a la obra, pues había mucho que preparar: el traje,

la ceremonia, el banquete..., cuyos gastos correrían, por supuesto, de su cuenta. Según su alteza, todo tenía que ser de lo mejor y sin que faltara ningún detalle, aunque estuviéramos todavía en guerra y la boda fuera a celebrarse en un campamento militar. Para ella la sobriedad y la sencillez no tenían por qué estar reñidas con la calidad y la perfección. Por lo demás, ignoro cómo y dónde consiguió las seis varas de paño de contray para mi vestido, pero el caso es que, a los pocos días, ya me estaban haciendo las pruebas, a las que ella quiso dar también el visto bueno. Yo, por mi parte, tuve que expresar mi conformidad a la lista de invitados, a los detalles de la ceremonia y a las viandas que iban a servirse luego en el banquete.

Por esos días aumentaron con creces mis preocupaciones cuando empecé a observar que, ese mes, el achaque propio de las mujeres se me retrasaba de manera alarmante. Por supuesto, se lo conté a la reina y esta, tras un momento de irritación, me ordenó que me tranquilizara, que, afortunadamente, la boda ya estaba fijada y que, en el peor de los casos, esta iba a tener lugar unas pocas semanas después del momento de la concepción, con lo que bien podría decir, llegado el caso, que el parto se había anticipado un poco, cosa harto habitual. Así es que no debía preocuparme por ello.

—Aseguraos, eso sí —añadió, en un tono más confidencial—, de que haga uso del matrimonio, y no solo en la noche de bodas, para que no le quepa ninguna duda de que vuestro hijo es también suyo. En cuanto al virgo, os hago saber que mañana, a primera hora, vendrá la vieja que se ocupará de restauraros el himen. Será todo muy rápido y fácil, ya lo veréis.

Según supe luego, la vieja en cuestión tenía fama de hechicera en toda la comarca, pero no era más que una alcahueta, y, como tal, conocía bien todos los secretos de su oficio. Confieso que al principio sentí un poco de miedo y asco, y más cuando empezó a maniobrar en mi interior, después de darme a beber una extraña pócima para que no me doliera.

—No deberíais estar tan asustada —me dijo la vieja, con mucha naturalidad—. Estas cosas son muy frecuentes, más de lo que podáis imaginar, y en mujeres mucho más jóvenes que vos. Pero para eso estamos nosotras, las reparadoras de virgos o restauradoras de honras, como también se nos llama por ahí —añadió, entre risas—. Al final es solo cuestión de aguja e hilo.

Mientras hablaba, yo la veía trabajar con verdadera fascinación, pues, a decir verdad, lo hacía con la misma delicadeza y precisión que una encajera

y, a la vez, con la firmeza y seguridad de un cirujano.

—Solo a los hombres —prosiguió ella, tras una breve pausa— podía ocurrírseles depositar la honra de una mujer y la suya propia en una telilla tan sutil y delicada como esta. Por fortuna, lo que fácilmente se pierde, con más prontitud se recupera. Así que helo ahí: ya sois virgen de nuevo, como el día que vuestra madre os trajo al mundo —me informó, guiñándome un ojo—. Para demostrarlo, en la noche de bodas notaréis otra vez un pequeño desgarró y derramaréis algo de sangre. De todas formas, deberíais saber que no todas las mujeres sangran durante la desfloración. Pero si ellos no ven unas manchas rojas en las sábanas no se quedan tranquilos. De modo que hay que darles lo que piden; en eso, como en todo, son como niños de teta.

Antes de irse, la vieja me ofreció algunos consejos para el caso de que, en efecto, estuviera embarazada, como así creía ella, y me regaló un afeite para el rostro y un unguento para calmar el dolor de los senos. Yo, por mi parte, le di una buena propina en señal de agradecimiento, con lo que se fue muy satisfecha.

Faltaban ya pocos días para la boda, cuando la reina mandó llamar al Artillero para tratar algunas cuestiones relativas a nuestro enlace. Dado que él ya tenía seis hijos de su primer matrimonio y había dispuesto, con su anterior esposa, una mejora para el mayor, la reina le hizo firmar un acuerdo *propter nuptias* por el que él se comprometía a mejorar en un tercio y en el remanente del quinto de todos los bienes raíces, rentas y dineros que ya poseía y de los que pudiera llegar a obtener en adelante al primer hijo que tuviere conmigo, o a los hijos e hijas que yo le diere, así como a dejarme a mí una renta de cincuenta mil maravedís, si él moría antes que yo sin haber tenido descendencia. Asimismo, prometía darme en arras mil florines de Aragón, esto es, el diezmo de sus bienes, por mi crianza, linaje y virginidad, ¡vergüenza me da mencionar ese detalle todavía!

Gracias a la habilidad negociadora de la reina, quedaban a salvo no solo mi honor y mi futuro, sino también los del hijo que llevaba en mis entrañas. Esta, por su parte, se obligaba a entregarme nada menos que cuatrocientos mil maravedís para el casamiento y cien mil más para el vestido, dado que yo no aportaba ninguna otra dote, pues pertenecía a una familia de poco estado. Como regalo de boda, el Artillero sería nombrado secretario del Consejo del Rey, con un salario de treinta mil maravedís.

La ceremonia nupcial se celebró, por fin, el 22 de diciembre en una de las

capillas de la ciudadela de Santa Fe. Como cabía esperar, fue una ceremonia más bien íntima, pero muy solemne, en la que los reyes actuaron de padrinos. Vista desde fuera, parecía una de esas bodas con las que cualquier dama de la corte podía soñar para sí o para sus hijas. Pero, dadas las circunstancias, para mí fue una farsa de la que aún me abochorno. Recuerdo que, cuando ya estaban todos los invitados dentro de la capilla, yo aparecí circundada por un coro de ninfas celestiales, cuya presencia llenó de júbilo a los asistentes y a mí casi me hizo llorar, y no precisamente de emoción. En cuanto a las palabras del arzobispo que ofició la misa, me sonaron más bien como un reproche y una acusación, en lugar de ser una proclamación de amor y fidelidad.

El banquete fue muy largo y tedioso, al menos para mí, que apenas probé bocado en toda la comida ni pude mantener una mínima conversación con nadie, pues siempre estaba pensando en otra cosa. Más que como una novia en el día más feliz de su vida, yo me veía a mí misma como una pobre sirvienta caída en desgracia a la que sus dueños tratan de redimir como sea para guardar las apariencias y evitar el escándalo. Aunque la peor parte se la llevaba el Artillero, dado que, sin comerlo ni beberlo, le tocaba hacer de chivo expiatorio, nunca mejor dicho.

Por fin, cuando acabó el festejo, los reyes nos dieron permiso para ausentarnos durante varios días con una pequeña escolta. Se trataba de que esa noche tan importante pudiéramos pasarla fuera de la ciudadela, concretamente en una alquería que poseía mi esposo a unas pocas leguas al este de Santa Fe. Yo cabalgaba sobre una mula de color castaño, ensillada de oro y plata y cubierta con una mantilla de terciopelo carmesí, mientras que él iba a mi lado, vestido de gala, sobre un caballo alazán que le había prestado el rey. Por un momento, hasta llegué a imaginar que, lejos de la corte, podríamos llegar a formar una familia como otra cualquiera, si es que los hijos anteriores de mi marido me aceptaban, lo que probablemente no iba a ser fácil. Pero, de repente, comencé a elucubrar sobre lo que me depararía la noche de bodas y la ilusión desapareció. A juzgar por su rostro, el Artillero también parecía sumido en pensamientos turbios y tortuosos.

—¿Puedo preguntaros qué os pasa? —me atreví a articular.

—¿Por qué lo decís? —quiso saber.

—Os noto triste —constaté.

—Serio más bien. Por otra parte —aclaró—, habéis de saber que yo soy

así. La reina debió advertiroslo.

—¿Hay alguna cosa que, en este momento, os preocupe más de la cuenta?
—insistí yo.

—Es muy posible, pero vos no podríais comprenderlo —respondió,
enigmático.

—¿Por qué no probáis? —insistí.

—Ya veo que sois porfiada.

—La reina debió advertiroslo —comenté yo, con ironía.

—Está bien —concedió—, os contaré lo que me pasa...

Por desgracia, no tuvo tiempo de explicarse, pues, en ese momento, un pequeño destacamento de infieles nos tendió una emboscada. Al comprobar que eran superiores en número, mi esposo me rogó que huyera con varios de sus hombres, mientras él les hacía frente con el resto, y yo le obedecí. Una vez a salvo, les pedí a mis acompañantes que nos ocultáramos detrás de unas rocas para esperar a los demás. Desde allí pudimos observar el desigual combate. A pesar de ser menos, mi marido y los suyos pelearon con mucho coraje para impedir que los moros pudieran salir en mi persecución. Al principio, consiguieron hacerles frente y les causaron varias bajas. Pero los infieles no tardaron en contenerlos, para enseguida volver a lanzar un nuevo ataque. Después vimos cómo, uno a uno, los nuestros iban cayendo, hasta que solo quedó en pie el Artillero, que trató de vender cara su vida. Con una espada en cada mano, se lanzó contra sus enemigos con tal violencia que, por un momento, se vieron obligados a replegarse. Por lo visto, su misión no era acabar con mi marido, sino hacerlo prisionero; de modo que, poco a poco, fueron rodeándolo y, en un descuido, lograron desarmarlo. Así y todo, intentó resistirse, peleando con los puños, mientras yo lo contemplaba desesperada, mas no tardaron en derribarlo.

—Debéis ir a liberarlo —les rogué a mis escoltas, entre lágrimas—; él merece vivir más que yo.

—Es demasiado tarde para eso —me indicó uno de sus hombres.

—Si no nos ponemos en marcha, también os cogerán a vos, pues muy pronto saldrán en nuestra busca —añadió otro.

—No me importa; así podré hacerle compañía —repliqué yo.

—Nuestra obligación es protegeros —insistió el primero—. Las órdenes del capitán fueron claras.

—¿Y qué va a ser de él?

—Vuestro marido es un hombre de recursos, sabrá arreglárselas —me explicó.

Sin perder más tiempo, nos dirigimos a una fortaleza cercana, donde podríamos refugiarnos. Yo estaba muy asustada, no solo por mí, sino por lo que podrían hacerle a mi marido, y a duras penas me sostenía en el caballo. Aunque íbamos muy deprisa, enseguida comenzamos a oírlos a nuestras espaldas; y, cuando nos situamos a la vista de los centinelas de la torre, estaban ya tan cerca que tuvo que salir un retén de soldados a socorrernos, lo que no resultó fácil, pues los otros parecían empeñados en alcanzarnos. Por fin, la llegada de nuestros salvadores hizo que los que nos perseguían desistieran y se dieran la vuelta.

En la fortaleza se quedaron maravillados de que una mujer como yo anduviera por ahí con tan pequeña escolta. Los hombres de mi esposo les explicaron lo que había sucedido, y, al día siguiente, una parte del retén me acompañó hasta Santa Fe. En cuanto los reyes se enteraron, vinieron a interesarse por mí y por mi esposo. Yo les conté lo ocurrido y les rogué que mandaran a rescatarlo. La reina me acogió entre sus brazos y me dijo que no me preocupara, que el rey iba a enviar de inmediato a sus emisarios a hablar con Boabdil, para que él mismo se hiciera cargo del asunto, por la cuenta que le tenía, pues seguramente se trataba de alguna facción rebelde, descontenta con los acuerdos alcanzados con el sultán y deseosa de promover una revuelta y desatar de nuevo la guerra. La situación era bastante complicada, pero a mí lo único que me desasosegaba era el hecho de que pudiera quedar viuda, con un hijo dentro de mis entrañas y sin haber tenido tiempo de consumir mi matrimonio.

Como cabía esperar, Boabdil negó saber nada acerca de mi marido. No obstante, prometió que intentaría localizarlo lo antes posible por medio de sus espías y aliados. Así las cosas, los reyes decidieron que había que ser muy cautos, como mínimo hasta que los habitantes de Granada confirmaran las capitulaciones, ya que se habían hecho en secreto y a sus espaldas. Esto tuvo lugar varios días después, cuando faltaba todavía un mes para que expirara el plazo convenido para hacer efectiva la entrega de Granada. Al parecer, el deseo de liberar a mi esposo precipitó un poco las cosas, pues había indicios de que podía estar encerrado en algún lugar cercano a la ciudad.

Esto explica que el primer día de enero un emisario de Boabdil comunicara a los reyes que el sultán estaba ya dispuesto a abandonar Granada, y, como

garantía de ello, les enviaba su anillo, que llevaba engastada una turquesa y una inscripción en árabe que decía «No hay más Dios que Alá». Durante la noche, llagaron los primeros soldados cristianos a la Alhambra al mando de Gutierre de Cárdenas, a quien se le entregaron las llaves de la fortaleza en la torre de Comares, poco después del amanecer, tras haber ocupado los principales lugares de la ciudad sin encontrar ninguna resistencia.

Por fin, en la madrugada del 2, los pendones con la cruz ondeaban ya sobre las torres y palacios de Granada, mientras en Santa Fe llorábamos de alegría porque, al fin, las Españas quedaban libres de moros, tras diez años de guerra y un duro sitio a la ciudad de más de ocho meses, lo que, en todos los reinos cristianos, desataría enseguida la admiración y el júbilo, y, en los musulmanes, el miedo y la consternación. Ese mismo día se puso en marcha el cortejo desde el real de Santa Fe hasta la ciudad, con el rey Fernando a la cabeza, montado en su palafren y rodeado de los grandes y los caballeros del reino; detrás, iba Isabel con el príncipe don Juan y las infantas. Y con ellos un gran séquito de obispos, nobles y cortesanos.

Cuando la comitiva llegó a media legua de la ciudad, cerca de la puerta de los Siete Suelos, a orillas del río Genil, salió Boabdil, escoltado por algunos de los suyos, y fue al encuentro de los reyes, tal y como se había acordado. El sultán tenía el rostro alargado; los cabellos y las barbas, negros; y los ojos, grandes y melancólicos. Al llegar a la altura de los nuevos soberanos de Granada, el sultán se quitó el turbante, sacó un pie del estribo e inició el movimiento de apearse, pero el rey lo detuvo con un gesto, para que no tuviera que humillarse ni rebajarse tanto. Después de que los pajes acercaran sus caballos, Boabdil hizo amago de besar la mano de Fernando, pero este le hizo el honor de no tendérsela. A cambio, le ofreció un abrazo, y el sultán aprovechó para besarle el hombro derecho. Tras esta muestra de afecto, le entregó al rey las llaves de la ciudad, diciendo:

—Tomad, señor, las llaves de Granada, que tanto yo como los que están dentro somos vuestros.

Luego se quitó de su dedo el famoso anillo, símbolo de su poder, que le había sido previamente devuelto, y se lo entregó al conde de Tendilla, el nuevo alcaide de la Alhambra, con estas palabras:

—Todos los que han gobernado Granada desde la conquista han llevado esta sortija. Llevadla vos, puesto que ahora vais a gobernarla, y que Alá os haga más dichoso que a mí —añadió, con la voz estrangulada por el llanto, lo

que nos dejó a todos muy impresionados.

La ceremonia de rendición había sido cuidadosamente preparada el día anterior. Para ello, se había negociado con mucho cuidado todo el protocolo, precisando las palabras que debían pronunciarse, el emplazamiento de cada persona, los movimientos que habrían de cumplimentarse, incluido el gesto simbólico de sumisión del sultán, detenido por el rey, puesto que Boabdil se había negado a humillarse. Pero, a la hora de la verdad, este salió, en mi opinión, mucho peor parado, ya que don Fernando quedó ante todos como un rey magnánimo y generoso que no necesitaba zaherir a nadie para manifestar su poder, con lo que el sultán resultó doblemente ofendido; de tal suerte que, si al final lloró, más desdichado que nunca, no fue de tristeza por tener que abandonar Granada, sino de rabia e impotencia por verse sometido a semejante trato y no poder hacer nada para evitarlo.

Seguidamente, los reyes recibieron el homenaje de todo su séquito; y, por último, se entonó el tedeum, en agradecimiento al Señor, un acto al que de pronto se unieron los más de cuatrocientos cautivos cristianos que acababan de ser liberados, entre los que, según me habían dicho, se encontraba mi marido. Estos habían bajado en procesión hasta el arenal del Genil, acompañados por varios frailes y precedidos por una sencilla cruz. Cuando llegaron a su altura, los reyes se apearon del caballo y, tras arrodillarse, besaron aquella, con lágrimas en los ojos y grandes muestras de piedad, y lo mismo hicieron algunos de sus acompañantes. De nuevo en pie, el rey se dirigió al grupo de cabeza, en el que venían algunos caballeros y oficiales, y los fue saludando uno a uno. Cuando le llegó el turno al Artillero, el monarca le dio un abrazo y exclamó:

—¡No sabéis cuánta alegría me da teneros aquí de nuevo! Ahí os aguarda vuestra esposa —añadió, señalando hacia donde yo estaba.

Y eso fue lo que me confirmó que se trataba de mi marido, pues lo cierto es que en un principio no lo reconocí; y es que se le veía muy desmejorado e iba vestido con harapos llenos de manchas de sangre. Él, por su parte, no hizo ningún gesto de saludo ni de asentimiento, como si estuviera distraído o ausente.

Más tarde me enteré de que mi esposo había sido encontrado en un pequeño cerro árido y aislado, separado de las colinas de la Alhambra por una profunda garganta, lo que explica que tardaran tanto en dar con él. En ese infame lugar, debía de haber hasta una veintena de mazmorras horadadas en

la propia roca y llenas de humedad, a las que se accedía por una boca estrecha y siniestra. Los moros las llamaban «corrales de cautivos», y en ellas se hacinaban docenas de presos, que, en su mayoría, estaban ya muertos cuando fueron a liberarlos. De ahí que el lugar fuera luego bautizado por la reina como cerro de los Mártires.

Acabada la ceremonia, los cristianos liberados fueron recibidos como héroes por los asistentes y aclamados por las tropas, para después regresar todos juntos, incluidos los reyes, a Santa Fe. La ciudad quedó en manos del conde de Tendilla y sus hombres, que se encargaron de guardarla hasta que Boabdil se marchó con los suyos, casi a escondidas, hacia las Alpujarras, según se había pactado.

Durante el trayecto de vuelta, yo iba al lado de mi marido, pero apenas nos atrevíamos a mirarnos. No sé por qué, lo noté muy cambiado, casi irreconocible, si bien es cierto que yo apenas había tenido tiempo de conocerlo. Cuantas más vueltas le daba, más extraño me parecía. La situación era tan embarazosa que no sabía qué decirle. Por otra parte, me preocupaba lo que los demás pudieran pensar de nosotros al ver que no hablábamos ni nos regocijábamos con el reencuentro.

—Quisiera daros las gracias por haberos sacrificado por mí el día que os hicieron preso —me atreví a comentar por fin.

—No tenéis necesidad de hacerlo; es lo que cualquier esposo cristiano habría hecho en mis circunstancias —me explicó.

—¿Os han torturado? —le pregunté.

—¿Para qué queréis saberlo? —inquirió.

—Para intentar compartir, de alguna forma, vuestras penalidades —le contesté—. Es lo menos que puedo hacer por vos.

Él, sin embargo, no añadió nada más.

Ya en casa, volví a interesarme por su cautiverio, pero él seguía sin querer hablar del asunto.

—Lo hago por vuestro bien —argumentaba, para justificarse—. Lo importante es que ya ha acabado todo.

A la hora de dormir, mi esposo se fue a acostar en su cámara, en lugar de hacerlo en la grande, que estaba todavía sin estrenar. Pasado un rato, llamé a la puerta y le pedí permiso para entrar en su aposento. Pero él había cerrado con llave, como si realmente se hubiera propuesto no consumir nuestro matrimonio. No obstante, yo porfié, y no le quedó más remedio que abrir. Se

le veía confuso y desconcertado. De modo que lo agarré de la mano y me lo llevé a la cámara principal. Tras meternos en el lecho, tuve que persuadirlo para que se pusiera sobre mí y me penetrara. En ese preciso momento grité, aunque en verdad no sentí nada, y luego hice todo lo que la vieja me había aconsejado. Él, por su parte, continuó de forma mecánica, con desgana y desinterés, como si estuviera pensando en otra cosa, hasta que sentí cómo evacuaba su simiente en mi interior. Después, se levantó y regresó a su cámara, sin ni siquiera despedirse ni desearme una buena noche.

Hasta el 6 de enero, día de la Epifanía ante los Reyes Magos, Isabel y Fernando no hicieron su entrada triunfal en Granada, donde fueron bien acogidos por sus numerosos habitantes, a los que enseguida reiteraron su promesa de respetar los acuerdos. De ahí que la ciudad no fuera entregada a los soldados, ni hubiera saqueos ni infieles degollados ni mujeres violadas ni ninguna otra clase de atropello, como es habitual en las guerras. En días posteriores, eso sí, hubo varios intentos de sublevación por parte de algunos moros, que enseguida fueron duramente reprimidos y castigados, lo que permitió descubrir numerosos escondrijos con armas.

Cuando, poco después, los reyes tomaron posesión de los palacios y jardines de la Alhambra, no pudimos dejar de maravillarnos ante tanta belleza y armonía. El paraíso, sin duda, debía de ser algo así, dada la variedad de árboles y plantas que allí había y, sobre todo, la gran abundancia de agua, que brotaba y corría por doquier en aquel lugar ameno y misterioso, en aquella especie de oasis construido por los moros de Granada para ensalzar a su Dios. Mientras nos adentrábamos en sus hermosos salones y sus placenteros patios, llenos de estanques y de fuentes, me sentía cada vez más sorprendida y fascinada, y, al mismo tiempo, más inquieta y turbada, pues me daba la sensación de que estábamos profanando o usurpando algo. Bastaba asomarse al salón de los Embajadores para darse cuenta de que todo allí había sido calculado para asombrar e intimidar al visitante, con su abundante riqueza y variada decoración.

Ese mismo día, los reyes dieron un gran festejo en la Alhambra, para celebrar el final de la campaña granadina. Yo hubiera preferido no asistir, pero eso habría sido interpretado como un desaire. Para colmo, los reyes tuvieron la gentileza de colocarnos a mi marido y a mí en un lugar de honor,

por lo que era muy difícil pasar inadvertidos. A Dios gracias, al poco rato, todo el mundo estaba alegre gracias al vino. Al principio, todas las conversaciones giraron en torno a Boabdil. Según los acuerdos, este debía retirarse a sus dominios de las Alpujarras granadinas con aquellos de los suyos que quisieran seguirle y dejar que los otros embarcaran rumbo al norte de África o se quedaran en la ciudad. Pero no convenía fiarse de él. Algunos pensaban que si se había rendido era porque necesitaba tiempo para volver a armarse, reunir a los suyos y conseguir reclutar nuevas tropas venidas del otro lado del estrecho o del imperio otomano. En ese mismo sentido, alguien comentó que en unos baños de la ciudad habían descubierto un plan para matar a los reyes y crear así un vacío de poder, que sería aprovechado por los musulmanes para iniciar una nueva sublevación. El Artillero, más locuaz que de costumbre, restó importancia a tales hipótesis, aduciendo que, si realmente hubiera algo de cierto en ellas, él se habría enterado durante el tiempo que había estado cautivo.

En esas estábamos cuando de pronto irrumpió en la sala un hombre con semblante serio y aspecto de moro, aunque vistiera de cristiano. Los más próximos a la puerta empuñaron de inmediato sus armas y se lanzaron contra él, que, al ver lo que se le venía encima, comenzó a gritar con acento árabe:

—Deteneos, soy Mahmoud, uno de los espías de su alteza.

En ese momento, el aludido se levantó de la mesa y ordenó a sus soldados que no le hicieran nada, que en efecto ese hombre era quien decía ser, para a continuación dirigirse al recién llegado:

—¿Qué sucede? ¿Por qué habéis entrado así, en pleno banquete?

—Traigo malas noticias para vuestra alteza —anunció el otro algo más tranquilo.

—¿Y, por muy malas que sean, no pueden esperar a mañana? —replicó el rey, en tono de chanza.

—Me temo que no —insistió el espía.

—En fin, hablad. ¿Qué es lo que ocurre? —lo apremió el rey.

—¡¿Aquí y ahora?! —preguntó el espía con asombro.

—Pero ¡no decíais que era tan urgente!

—Está bien —accedió el moro, ya que no le quedaba más remedio—. Según mis informes, vuestra alteza debería tener mucho cuidado.

—¿Por qué motivo?

—Uno de los prisioneros cristianos liberados ayer podría ser un renegado

al que han adiestrado para matar a vuestra alteza.

—¡No es posible! —rechazó el monarca.

—Nuestros confidentes, sin embargo, tienen pruebas de que es así —
puntualizó el espía—; es más, todo parece indicar que podría tratarse de un
oficial del ejército cristiano.

Durante unos instantes, que a mí, no sé por qué, me parecieron eternos,
todos en la sala nos quedamos mirándonos unos a otros, con sorpresa, recelo
y desconfianza. Pero enseguida el rey nos aseguró que no había nada que
temer y que, por tanto, debía continuar la fiesta.

(CATALINA DE DALT)

Con razón dicen que las malas noticias viajan a caballo y las buenas a pie. La de la caída de Granada debió de hacerlo en un corcel volador, pues llegó a Barcelona al poco tiempo de haberse producido, cogiéndonos a todos por sorpresa y con el pie cambiado. Cuando digo a todos, me refiero, claro está, a los míos, a los de mi estirpe, y, por extensión, a los pocos nobles levantiscos que aún quedaban en Cataluña. Después de tantos años de campaña, la mayoría de nosotros pensábamos que la guerra contra el reino de Granada se había estancado de forma indefinida. Y hete aquí que, de repente, nos llegaban nuevas de que Isabel y Fernando, Fernando e Isabel, pues la verdad es que estaban hechos el uno para el otro, aunque en un principio ninguno de los dos estuviera destinado a ser rey, acababan de entrar en la Alhambra con grandes muestras de poderío y magnanimidad. Claro que más que de una toma o una conquista, habría que hablar de una entrega de la ciudad por parte del sultán, propiciada por las luchas dinásticas dentro de su familia, con lo que los reyes tan solo tuvieron que asentarse en sus reales hasta que el fruto del granado estuviera ya maduro, para luego recogerlo intacto y sin tener que hacer el menor esfuerzo. No en vano nuestro monarca siempre ha sido muy ducho en eso de esperar a que la presa quede atrapada en el extremo de su mezquina, aunque eficaz, tela de araña. Pero a la gente le traía sin cuidado la forma como se ganaban las batallas. Lo que importaba era que Granada había caído y con ella el último reducto musulmán en tierras cristianas. Y ello podía considerarse un aviso para el imperio otomano, en un momento en el que los turcos se habían envalentonado, después de haber conquistado Constantinopla, y amenazaban con expandirse por el mar Mediterráneo.

La novedad fue recibida con gran júbilo por la mayor parte de la cristiandad, con la única posible excepción del rey de Francia, que debió de sentirse muy inquieto ante el poder alcanzado por Fernando y, desde luego, celoso de su gloria como defensor de la verdadera fe. Incluso se rumoreaba que el bueno de Carlos VIII había prometido conquistar Nápoles en cuanto pudiera, cerrándole así el camino hacia Oriente, pues consideraba que la cruzada era asunto suyo. Por lo demás, ya se habían ocupado Isabel y Fernando de que todo el mundo se enterara de su gesta, enviando emisarios en todas las direcciones, con copia de una carta escrita por el rey, para anunciar la buena nueva de la muy célebre, digna de memoria y victoriosa toma del reino y ciudad de Granada.

Como es lógico, donde más regocijo y entusiasmo provocó el magno evento fue en Castilla, que se veía así engrandecida y encumbrada gracias al rey de la Corona de Aragón, donde los heraldos también se ocuparon de pregonar bien la hazaña. En Zaragoza, las fiestas duraron dos semanas, con todo tipo de celebraciones y algarabías. Por suerte, en Barcelona, la cosa fue algo más discreta, pues tan solo salieron en procesión el obispo y el clero con guirnaldas y ramas de laurel, como símbolo de la gloria adquirida por el monarca, si bien tuvimos que aguantar que, durante tres días con sus noches, estuvieran sonando un pandero y un rabel en una de las ventanas de la Casa de la Ciudad.

En Roma se enteraron justo un mes después, e inmediatamente comenzaron a sonar las campanas de todos los templos de la ciudad. Acto seguido, se hizo una procesión desde San Pedro hasta la iglesia de Santiago de los Españoles, donde el papa Inocencio VIII, que había acudido en carroza bajo una tromba de agua, celebró una misa solemne e impartió su bendición a los fieles. Según contaban algunos de los que lo vieron, toda la ciudad se alegró y la fiesta fue general. El papa, los cardenales y toda la corte vaticana celebraron el feliz acontecimiento y participaron en actos en honor de los príncipes cristianos que lo habían llevado a término, para mayor gloria de la Iglesia y de la Corona castellana. Incluso se llegó a decir que el cardenal valenciano Rodrigo Borja, buen amigo de los reyes, ofreció a los romanos una fiesta de toros, algo nunca visto en la Ciudad Eterna. Asimismo, se realizaron torneos, mimos, recitaciones y repartos de comida y bebida para la gran muchedumbre que llenaba las calles esos días. Y en la plaza Navona, se construyó una torre de madera y se representó el cerco de Granada ante los

asombrados ojos de los asistentes, con tanto aparato que dejó pequeña a la mismísima guerra de Troya.

También en Londres y en París se cantó el tedeum y se celebró el magno evento con gran solemnidad, como si de una gran proeza se tratara, cuando, en realidad, no fue más que el resultado de la gran habilidad del rey Fernando para la intriga y la manipulación. Para conseguirlo, lo primero que tuvo que hacer fue aunar voluntades que, desde siempre, habían estado enfrentadas y convertir a la nobleza castellana, hasta entonces bastante rebelde y conflictiva, en la principal colaboradora de la empresa. El muy taimado logró convencerlos de que no solo se trataba de acabar con el reino nazarí de Granada, que, a decir verdad, no molestaba a nadie y solía pagar regularmente sus tributos, sino con la presencia de musulmanes en la península, por lo que enseguida fue considerada una guerra santa, algo así como la última cruzada en tierras cristianas.

Lo malo era que ese triunfo suponía la preponderancia de la Corona de Castilla —más extensa, rica y poblada— sobre la de Aragón, cuyos reinos llevaban ya algún tiempo sumidos en el marasmo; es más, el auge de Castilla, que hasta hacía poco no era más que un pueblo de pastores que comerciaban con la lana de sus ovejas, trajo consigo la miseria, la decadencia y el abatimiento de Cataluña, a pesar de que esta era en un principio más rica.

Al rey, en cambio, esto no parecía importarle demasiado, ahora que se había convertido en el nuevo adalid de la cristiandad. Era tal el prestigio alcanzado de la noche a la mañana que debía de estar muy crecido y con deseos de ganar más causas y batallas. «Y ahora, ¿qué será lo próximo?», se preguntaban algunos, con esperanza y expectación. «¡Qué será de los nuestros!», exclamaban otros, con inquietud y recelo. Por lo que sabíamos, su próximo destino iba a ser Barcelona, desde donde pretendía negociar con el rey francés la devolución de los condados del Rosellón y la Cerdaña, aquellos que su padre, Juan II de Aragón, había entregado como garantía de los préstamos y ayudas que necesitaba para llevar a cabo la guerra contra los rebeldes catalanes. Dada su hostilidad hacia Francia, esa negociación podría llevarnos a un conflicto con el reino vecino, que, para más escarnio, deberíamos sostener nosotros y, en menor medida, los demás nobles de la Corona de Aragón.

Por otra parte, estaba claro que su intención última era acabar de sojuzgarnos de una vez por todas y terminar con nuestros privilegios y

libertades, así como con nuestros antiguos fueros y nuestros viejos usos y costumbres, los mismos que él había acatado en su día bajo juramento y que ya había traicionado varias veces, pues representábamos un impedimento para su principal objetivo, que era crear un gran reino de reinos, una Corona única, la monarquía de todas las Españas o *regnum Hispaniae*, como la llamaban algunos de sus cronistas, encabezada por Castilla. Y, para conseguirlo, no dudaría en acabar con todos los obstáculos que encontrara en su camino, convenientemente instigado por la beata de su esposa, que Dios confunda.

Pero nosotros no pensábamos consentirlo. Ya su padre había querido meternos una vez en cintura, lo que hizo que la mayor parte de los grandes señores catalanes se rebelaran y el rey les declarara la guerra de forma abierta. Naturalmente, no se trataba de un enfrentamiento entre la Corona aragonesa y la Generalitat, sino de dos maneras de entender las relaciones entre una y otra. En el campo, los payeses, especialmente los *remenças*, que tenían la obligación de permanecer en las tierras que trabajaban hasta que no se redimieran de su propietario y señor, se mostraron fieles, como es lógico, a Juan II, al igual que hicieron algunas ciudades, lo que convirtió a Barcelona en nuestra única plaza fuerte. En ella, de un lado, estaban los que proclamaban su obediencia ciega al soberano, mientras que en el otro se encontraban los que reclamaban el predominio de la Diputació y de la Biga, que, en caso de duda o conflicto, preferían siempre las leyes antes que a los reyes. El monarca, por su parte, no dudó en recurrir a todo tipo de traiciones y vilezas para derrotarnos, algo habitual en él, como ceder los condados del Rosellón y la Cerdaña al rey francés o favorecer las reclamaciones de los *remenças*, privándonos así del derecho a maltratar a nuestros siervos o a ser compensados cuando estos decidían abandonar el feudo, como si en él no mandáramos ya nosotros, sino el monarca.

Mientras tanto, Cataluña entera se empobrecía y se desgarraba ante sus ojos: los campesinos sublevados, las tierras sin labrar, los bandoleros campando por sus respetos, el comercio estancado, el puerto de Barcelona sin apenas actividad en beneficio del de Valencia, que era mucho más seguro, y nuestras instituciones divididas y enfrentadas por luchas internas, lo que explicaba el estado de postración en el que se encontraba ahora el principado, siempre postergado por asuntos supuestamente más importantes, como la guerra de sucesión al trono de Castilla y la posterior pacificación de este

reino o los conflictos con el de Navarra.

Cuando murió el rey Juan II, su hijo Fernando, para nosotros Ferran, fue recibido como el Mesías salvador, el redentor de todos los males que afligían a Cataluña, el sol que nos alumbraría después de un periodo oscuro y nos traería, al fin, la paz y la tranquilidad, para después ponernos en el lugar que merecíamos. Desde niño, había estado muy vinculado al principado, pues en él había pasado varios años educándose y familiarizándose con nuestros usos y costumbres, como exigían nuestros fueros. Pero no tardaría en traicionarnos y abandonarnos para acudir, raudo y veloz, a hacerse cargo de la guerra de Granada, una guerra que no era nuestra ni nos trajo ningún beneficio, a pesar de que muchos soldados catalanes murieron en ella.

El caso es que los asuntos de Castilla lo mantuvieron alejado del principado, con lo que nuestro futuro quedaba supeditado al de un reino rival. De modo que, mientras el rey de Aragón ganaba batallas y lugares en Andalucía para la Corona de Castilla, Cataluña seguía desangrándose. No es de extrañar, pues, que los payeses de *remença*, al vernos tan débiles, volvieran a levantarse contra nosotros, bajo el absurdo lema «*El temps de la servitud és ja passat*». Por desgracia, esta vez los nobles descontentos ya no estábamos tan unidos. Esto hizo que Ferran se aprovechara de nuestras discrepancias y se convirtiera en árbitro o mediador del conflicto, con el fin de favorecer la causa *remença*, de uno de cuyos cabecillas, Francesc de Verntallat, era buen amigo. De todas formas, no todos los payeses quedaron satisfechos con su supuesta solución salomónica, ya que algunos fueron castigados de manera ejemplar y otros condenados a pagar una sanción por los daños causados en las revueltas, lo que explica que muchos se echaran al monte y se declararan en rebeldía.

Ahora, concluida la guerra de Granada, estábamos seguros de que el rey volvería con la reina de Castilla para acabar definitivamente con nosotros y despojarnos de nuestros privilegios. Pero algunos no teníamos intención de permitirselo, aunque para ello tuviéramos que tomar medidas drásticas. Al fin y al cabo, se trataba de un advenedizo, un usurpador y, por lo tanto, un rey ilegítimo, como lo era también su esposa, ya que ninguno de los dos dudó en mandar envenenar a sus respectivos hermanos —nuestro querido Carlos, príncipe de Viana, y el infante Alfonso de Castilla— para poder heredar el cetro, por lo que nunca debieron subir al trono para ser coronados, sino más bien al cadalso para ser descabezados.

Había llegado, pues, la hora de terminar como fuera con ese maldito rey. Por fortuna, contábamos con mi hermano Oriol, conde de Dalt, el más valiente y gallardo de los nobles del principado, aunque está mal que yo lo diga, pues éramos mellizos y nos parecíamos en todo, salvo en unos cuantos detalles propios de nuestro diferente género. Ambos éramos esbeltos, rubios y con la tez muy blanca; la frente despejada, los ojos azules, los labios carnosos y la nariz discreta. No en vano nos considerábamos descendientes de Aureolo de Aragón, el famoso conde que conquistó numerosos castillos y plazas de ese reino para los francos y acabó dando nombre nada menos que a una montaña.

De modo que, pocos días después de conocerse la gran noticia, Oriol y yo nos reunimos con algunos de los nobles descontentos, los de más confianza y poderío, cuyos nombres no debo revelar aquí, no porque quiera protegerlos, sino porque no deseo poner en peligro nuestra causa ni debilitar aún más la salud del principado, pues cualquiera sabe quién puede acabar leyendo este escrito en el que ahora me desahogo, si, como me temo, me matan por la espalda o muero de forma repentina.

Por sugerencia de mi hermano, que siempre fue muy propenso a las conjuras y a los símbolos, nos reunimos en la cripta de la iglesia de los Santos Mártires Justo y Pastor, cerca de la catedral y del palacio real mayor. Se trataba de un lugar que muy pocos conocían, al que se accedía a través de una galería subterránea que, partiendo de la sacristía, terminaba en los restos de una antigua basílica que hay bajo una de las naves de la iglesia. La cripta o *confessio* se encontraba en el subsuelo del templo primitivo y, mucho tiempo antes de que este se construyera, formaba parte ya de una red de catacumbas en las que se reunían los cristianos de Barcelona en la época romana, cuando su religión todavía estaba perseguida. Allí estaban enterrados muchos mártires y también algunos de nuestros viejos antepasados, por lo que bien podía considerarse uno de los cimientos primordiales de la ciudad; no en vano la antigua basílica albergó a la Virgen de Montserrat, antes de que tuviera que trasladarse a la montaña con la llegada de los moros.

A decir verdad, la cripta era un sitio bastante tétrico. Las paredes rezumaban humedad y el suelo estaba en parte encharcado, por lo que había que tener cuidado para no resbalar. El olor era bastante nauseabundo y resultaba fácil tropezarse con un hueso o aplastar una calavera o un trozo de vasija o sentir cómo las ratas te rozaban los pies cuando pasaban a tu lado.

Casi todos los presentes se habían vestido con hábitos de fraile, para no ser reconocidos en la calle, y portaban antorchas o hachones, lo que les daba un aspecto que asustaba un poco, debo reconocerlo. Para colmo, nuestras voces resonaban como si se perdieran en el más allá.

La estancia no era demasiado espaciosa, pero sí lo suficiente para que pudiéramos formar un círculo en torno a su centro, sin tener que estar muy apretados. En el suelo, se distinguían restos de un mosaico formado por piedras blancas y azules, y, pegados a la pared, se alineaban varios sepulcros. En lo alto de una de las paredes, había una pequeña ventana en forma de aspillera por la que, en su día, cuando aún no se había construido la actual iglesia, entraría la luz de la calle.

—Si no os importa, os ruego os bajéis las capuchas, para que podamos vernos bien las caras —pidió mi hermano.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó, nada más reconocerme, el que ostentaba más autoridad, dueño y señor de uno de los mayores feudos del principado.

—Ya sabéis que donde voy yo va también mi hermana —le recordó Oriol.

—Y viceversa —añadí yo, para provocar.

—Está bien. Pero sin voz ni voto, a no ser que os preguntemos —sentenció el otro, para dejar claro quién mandaba allí.

—Seré una tumba —dije yo, divertida con la situación, dado el lugar en el que nos encontrábamos.

Mi presencia les incomodaba un poco y yo diría que hasta les causaba miedo e inquietud, sobre todo a los más ancianos, pues la mayoría me había visto combatir en primera línea, no ya como uno más, sino con más valor que ellos. De modo que no tenían más remedio que morderse la lengua y aguantarme, aunque, en el fondo, me consideraran una especie de hechicera o algo mucho peor, debido a mis supuestos poderes malignos y conocimientos de nigromancia. ¡Ya me habría gustado a mí disponer de ellos, especialmente en ese trance! En cuanto a los más jóvenes, me deseaban sin poder evitarlo; solo había que ver el sudor de sus manos y sus frentes o sus miradas de lascivia. Pero era tal el respeto y el temor que les inspiraba nuestra familia que ninguno se había atrevido nunca a nada.

Y ahí estaban, preguntándose qué demonios hacían allí. Se les veía gordos y descuidados, después de años de molicie. Seguramente, habían perdido hasta las ganas de pelear por lo suyo; entre otras cosas, porque ya no tenían a

nadie que los guiara, como había hecho mi padre durante tanto tiempo. Ese puesto le correspondía al de más autoridad, pero este no había querido ejercerlo ni dejaba que lo hicieran otros, tal vez porque ya era muy viejo y había perdido a casi todos sus hijos. Lo único que deseaba era aguantar hasta que el último varón que le quedaba alcanzara la edad necesaria para sucederle. Mientras tanto, solo mi hermano le llevaba la contraria, pues sabía que, bajo esa máscara de soberbia, no había más que recelo. Los demás solían ser meros testigos silenciosos. Pero, en ese momento, muchos estaban inquietos y echaban fuego por la boca, o al menos humo, si bien ninguno era capaz de proponer nada que pudiera ser efectivo. La mayoría era partidaria de negociar con el rey y ofrecerle paz y fidelidad a cambio de que no recortara más nuestros fueros y libertades. Tan solo algunos eran más bien proclives a enfrentarse al monarca, si fuera menester.

—Desengañaos —dijo de pronto mi hermano—. La única solución, a estas alturas, es acabar con él.

—Sí, pero ¿cómo? —objetó el de más autoridad, que no parecía encontrarse muy a gusto en la reunión; de ahí que no parara de moverse de un lado para otro.

—Pues eliminándolo —le explicó Oriol—. Nuestra contienda es como una partida de ajedrez: para ganarla, hay que matar al rey. No cabe otra solución.

—¡Eso es absurdo! —rechazó el de más autoridad—. Nadie, en su sano juicio, se atrevería a llevarlo a cabo. Ya lo han intentado en alguna ocasión y siempre han fracasado, lo que ha hecho que ya nadie ose siquiera imaginarlo. Cada vez es más difícil acercarse a él, e imposible salir indemne de algo así.

—Y, según vos, ¿qué otra cosa podemos hacer? —inquirió mi hermano.

—Deberíamos esperar a ver cuáles son sus verdaderas intenciones, y, una vez las conozcamos, decidiremos. No creo que su objetivo sea destruirnos, pues es evidente que nos necesita —concluyó.

—¡Y tanto! —corroboraron algunos.

—Eso sería, en mi opinión, actuar como perdedores o, lo que es lo mismo, darse por vencidos antes de jugar la partida —replicó Oriol.

—A veces, para ganar al enemigo, hay que obrar con cautela —insistió el de más autoridad—, sobre todo cuando este es superior en armas y en poder.

—Os equivocáis —rechazó mi hermano—. Para derrotarlo, y más si es poderoso, tenéis que aprender a pensar como él y tratar de poneros en su pellejo.

—Explicaos —pidió el otro.

—Todos sabéis cuál es su divisa personal: «Tanto monta», que algunos, interesadamente, interpretan diciendo que tanto vale y tanto puede Isabel como Fernando, Fernando como Isabel. Pero yo sé que tales palabras remiten más bien a su admirado Alejandro Magno, al que sin duda intenta emular, y el famoso nudo gordiano, y lo que significan es que lo mismo da cortar que desanudar para conseguir el fin que uno pretende —argumentó Oriol—. Lo que yo os propongo, pues, es que, en lugar de intentar deshacer este enrevesado nudo, lo cortemos de raíz y de una vez por todas, como haría él.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntaron varios.

—¿Es que no me habéis escuchado?! Quiere decir que tenemos que cortarle la cabeza al rey —explicó Oriol a punto de perder la paciencia, mientras hacía el gesto de rebanarse el cuello con la mano, para que no hubiera ninguna duda al respecto.

—¿Quiénes? ¿Nosotros mismos? —exclamó uno de ellos con sorpresa.

—Eso sería un disparate —reconoció mi hermano—, y, que yo sepa, no estamos tan desesperados. Por eso tenemos que buscar a alguien que lo haga en nuestro lugar, pero sin que pueda relacionársele con ninguno de los presentes ni con nuestra causa.

—¿Os referís a alguien que mate por dinero? —inquirió el de más autoridad.

—No creo que haya en este mundo dinero suficiente para pagar a alguien por hacer algo que lo va a conducir a una terrible muerte, pasando antes por la consabida tortura, momento en el que seguramente nos delataría —razonó mi hermano—. De modo que hay que buscar a alguien tan loco y desesperado como para que no le importe poner en juego su vida y con motivos poderosos para querer hacerlo o, en su defecto, a alguien con una gran sed de venganza, pero sin los medios suficientes para poder llevarla a cabo —añadió—. En ambos casos, tan solo tendríamos que adiestrarlo y azuzarlo, con el fin de facilitarle la tarea.

—¿Y dónde lo vamos a encontrar?

—Como bien sabéis, nosotros no somos los únicos descontentos con este monarca —les recordó mi hermano—. A estas alturas, ya son muchos los ofendidos y agraviados. De modo que lo único que tendremos que hacer es dar con uno de ellos, ponerle un arma en las manos y brindarle una ocasión propicia.

—¿Y cuándo será eso? —objetó el de más autoridad con impaciencia.

—Cuando el rey venga a Barcelona —señaló Oriol.

—¿Y por qué aquí?! No sería mejor...

—Para nuestra causa —lo interrumpió Oriol—, es muy importante que sea en nuestra ciudad. Dado que, en un principio, no apareceremos como autores ni instigadores del hecho, es decisivo que ocurra en nuestro territorio. Se trata de algo simbólico, no sé si me entendéis, pero también de una estratagema, pues de esta forma podremos ser los primeros en reaccionar y en sacar provecho de la situación según nuestros intereses.

—¿Y se sabe ya cuándo se dignará aparecer? —preguntó el de más autoridad.

—Cuando acabe de resolver los asuntos que lo retienen en Granada, que, según parece, son muchos después de diez años de guerra. Y, como siempre, el principado quedará para el final. Pero veamos el lado bueno; así habrá más descontentos y tendremos más tiempo para prepararlo todo como es debido.

—Y si tarda mucho en venir por aquí, ¿qué pasará?

—No tardará, no os preocupéis —aseguró Oriol.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Porque tengo espías en la corte que trabajan para nuestra causa —reveló Oriol.

—¿Y son de confianza tales espías?

—Tan de fiar como vos mismo —replicó mi hermano, harto de tanta pregunta impertinente—. Como comprenderéis —explicó, dirigiéndose a todos—, en este momento no puedo dar a conocer sus nombres, pero eso importa poco. Por ellos sé que el rey tiene previsto venir a Barcelona. Y, si al final cambiara de opinión, mi hermana y yo nos encargaremos de que cumpla con su deber, aunque haya que traerlo cogido por la oreja, como si fuera un niño desobediente.

—¿Es que acaso tenéis pensado ir a Granada? —inquirió el de más autoridad, sorprendido.

—Así es —confirmó Oriol—. Dentro de unas semanas, mi hermana Catalina y yo acudiremos a la corte, con el pretexto de rendirles pleitesía y presentarles nuestros respetos a los reyes por su reciente victoria. De esa manera, podremos examinar de cerca la situación y tratar de acelerar en lo posible su visita a Barcelona.

—¿Y cómo pensáis ganáros su confianza? El rey os conoce de sobra y

debe de imaginarse que lo odiáis por lo que le hizo a vuestro padre — argumentó el otro.

—Y bien sabe Dios que no se equivoca —confirmó mi hermano—. Pero supongo que ya sabéis cuál es su talón de Aquiles.

—¿Os referís a eso que le cuelga entre las piernas? —se malició el más libertino de los presentes, que era hijo bastardo de un conde.

En efecto, todo el mundo sabía en la corte y fuera de ella que el rey respetaba a su esposa, pero era muy dado a otras mujeres, por decirlo con delicadeza.

—Ahí le duele, en la fuente misma de su placer —confirmó Oriol—. Por eso, estoy seguro de que, en cuanto vea a mi hermana, intentará conquistarla.

—Parece que lo conocéis bien —comentó el de más autoridad.

—Llevo años estudiándolo a distancia, tantos que ya se ha convertido en una obsesión para mí. Por eso necesito librarme de él.

—¿Y con eso que apuntáis qué ganaremos?

—De entrada, provocaremos grandes desavenencias en la pareja, lo que no es poco —explicó mi hermano—. Según me cuentan mis espías, ese es por ahora casi el único motivo de fricción entre ellos, dado que, por lo general, se entienden muy bien en todos los demás aspectos; en unas ocasiones, cediendo él y, en otras, ella, pero rara es la vez que discrepan abiertamente y menos en público. Sin embargo, en lo tocante a cuestiones de cama están todo el santo día discutiendo, y no es de extrañar. Como todo el mundo sabe, el rey siempre ha sido muy aficionado a la lujuria y ella resulta que es muy celosa; de modo que siempre andan a la gresca por un levántame allá esas faldas. Los médicos, además, les han recomendado que no hagan demasiado uso del matrimonio, pues un nuevo parto podría poner en peligro la vida de la reina, lo que significa que él debe de andar ahora como un toro en celo y ella siempre de uñas. Con un poco de suerte, dadas las circunstancias, mi hermana logrará ganarse la confianza y el favor del rey, lo que será de gran ayuda para nuestros intereses, ya que precisamos conocer por adelantado cuáles van a ser sus movimientos y qué propósitos tiene.

—Eso tiene sentido —reconoció, por fin, el de más autoridad—. En cuanto a la mano ejecutora, ¿tenéis ya alguna idea?

—Debemos encontrar a alguien a quien no puedan relacionar con nosotros. Pero por eso no os preocupéis, yo me encargaré de ello —lo tranquilizó mi hermano.

—¿Y habéis pensado qué haremos luego? ¿A quién proclamaremos heredero de la Corona de Aragón? —quiso saber el de más autoridad, siempre dispuesto a poner pegas.

—Eso ya lo iremos viendo, conforme se desarrollen los acontecimientos —apuntó Oriol.

—Sabed que la reina no consentirá que haya un vacío de poder —auguró el de más autoridad—. Si muere el rey, querrá hacerse cargo de la regencia de la Corona de Aragón hasta que el príncipe don Juan alcance la mayoría de edad.

—No creo que nuestra ley lo permita —le recordó mi hermano.

—Poco le importan a ella nuestros fueros.

—En ese caso, educaríamos y moldearíamos a su hijo a nuestro antojo en el principado. He oído que es un niño enfermizo, voluble y caprichoso, fácil, por tanto, de manejar.

—¿Y si resulta que nos traiciona, instigado por su madre? Recordad lo que pasó con su progenitor —objetó una vez más el de más autoridad.

—¿Qué tal alguno de los bastardos del rey? —propuso mi hermano—. Podría ser Alonso de Aragón, el arzobispo de Zaragoza, o cualquier otro del que se tenga noticia. Por falta de bastardos no será, ¿no creéis?

—Pero eso sería como cortar el tronco para poner en su lugar una rama —objetó el de más autoridad, muy sensible a tales cuestiones.

—¿Y por qué no? —replicó mi hermano—. Él será el que porte la corona, pero nosotros los que lo gobernemos. Será un rey de paja, un mero espantajo. Lo importante es que, si lo hacemos bien, la Corona de Aragón volverá a separarse de Castilla y nosotros afirmaremos nuestro poder en Cataluña.

—¿Y qué pasará, en ese caso, con el príncipe don Juan?

—Lo encerraremos, con cualquier pretexto, bajo siete llaves si es preciso, hasta que muera su madre, y luego ya veremos.

—La verdad es que me asombra mucho escucharos —comentó el de más autoridad—. Se ve que lo tenéis todo bien pensado.

—Desde que murió mi padre, que en paz descansa, es lo único que hago: pensar día y noche en la mejor manera de vengarnos y recuperar lo que es nuestro —explicó mi hermano.

—Y vos, ¿qué opináis? —preguntó el otro, dirigiéndose a mí.

—Mi hermano y yo somos uña y carne; de modo que estoy completamente de acuerdo con él —aseguré yo.

Y debo decir que no exageraba ni un ápice. Desde niños, Oriol y yo

éramos inseparables y coincidíamos en todo, como si fuéramos uno, lo que hacía que todos nos miraran con recelo y desconfianza. Sin duda, a ello contribuía también el hecho de que, por decisión propia, ninguno de los dos nos hubiéramos casado.

—¿Y qué me decís de vuestra participación en este plan? ¿Sabréis mantener al rey a raya? —me preguntó el de más autoridad.

—Creo que sabré cómo controlarlo y haré uso de mis encantos para traerlo a Barcelona —contesté yo.

—Según se dice, es muy persuasivo y siempre acaba consiguiendo lo que quiere. ¿Estáis dispuesta a arriesgaros?

—Lo estoy, pues cuento con el apoyo de mi hermano. Además, lo hago por una buena causa. Por ella daría mi vida, si fuera necesario —señalé yo.

Y la verdad era que no mentía, si bien es cierto que no era del todo sincera.

—Decidme, entonces, ¿qué os parece el plan? —preguntó mi hermano al de más autoridad.

—Cuando llegue el momento, ya lo iremos viendo, como dijisteis vos antes —contestó este, sin comprometerse.

—¿Y los demás? —quiso saber mi hermano.

—De momento, los demás opinan como yo —sentenció el de más autoridad, sin que nadie lo contradijera—. Y ahora, si os parece, daremos por concluida esta reunión. Me temo que esta humedad no es buena para mis huesos.

—Al final vamos a tener que hacerlo solos —me susurró mi hermano al oído, mientras abandonábamos la cripta.

(SARA DERTOSA)

Los recuerdos se agolpan y entremezclan de tal forma en mi corazón que me resulta muy difícil ordenarlos e insertarlos, como si fueran las cuentas de un collar, en este relato al que ahora doy comienzo para que, en el futuro, puedan leerlo mis hijos y los hijos de mis hijos y las sucesivas generaciones, porque ellos tienen derecho a saber de dónde vienen y quiénes fueron sus antepasados, los lugares en los que hemos vivido y lo mucho que hemos sufrido hasta llegar aquí.

Corría el año 5252 de la Creación, que, en el calendario vulgar, se correspondía con el de 1492 de la era cristiana, de infausta memoria para nuestro pueblo por lo que aconteció en Sefarad. En los meses previos, pocos fueron los que presagiaron que algo así iba a suceder. Ninguno de nuestros sabios astrólogos observó nada extraño en la disposición de las estrellas. Ningún profeta nos avisó con la debida antelación de que debíamos prepararnos. Ni siquiera Dio —que escribo sin ese, como es costumbre entre nosotros, para que no se entienda que puede haber más de uno— nos mandó una mísera señal, y, si lo hizo, era tal nuestra ceguera que no la supimos percibir. Por eso nunca olvidaré, mientras viva, la noche en que recibimos la inesperada visita de mi tío Samuel, al que tan solo veíamos de higos a brevas, y durante pocos días, a veces horas, pues era comerciante y siempre andaba de acá para allá con sus negocios y mercancías.

Vivía con su mujer y sus hijos en Tortosa y tan solo se dejaba caer por Barcelona con motivo de alguna de nuestras fiestas o de alguna celebración familiar, siempre con las alforjas cargadas de regalos y de historias que nos iba contando durante las sobremesas o, por las noches, delante del fuego.

Mientras lo hacía, los niños lo mirábamos con la boca abierta y los ojos como platos, intentando no perdernos ni una sola palabra, tan fascinados estábamos con lo que decía. A veces sus relatos eran tan exagerados o tan procaces que mi padre se veía obligado a reconvenirlo con alguna llamada al orden o algún gesto reprobatorio, y él fingía ofenderse, lo que a los demás nos provocaba mucha risa. Pero, en esta ocasión, mi tío Samuel no traía regalos ni historias alegres; tan solo era portador de malas nuevas y de peores augurios.

El sol estaba ya a punto de ponerse y mi padre y yo habíamos salido a dar un paseo para bajar la cena, que había sido algo más copiosa que de costumbre, pues mi madre se había empeñado en celebrar el aniversario de nuestra llegada a Barcelona. Para ello nos había preparado varios platos de berenjenas, que eran nuestra comida preferida: unas en almodrote, con aceite, ajo y queso; otras, rellenas de carne; y, por último, cocidas en miel. Acabado el festín, mi padre me pidió que lo acompañara. Durante el recorrido, él se mostró muy orgulloso de todo lo que habíamos conseguido en tan poco tiempo, partiendo casi de nada. Vivíamos en una casa de dos plantas bien acomodada y los negocios de mi padre, que, como mi tío, era mercader, marchaban bien. Teníamos muchos amigos y gozábamos de una relativa libertad para practicar nuestras creencias, siempre que no llamáramos demasiado la atención.

Mientras caminábamos, yo veía que mi padre tenía ganas de decirme algo, pero no encontraba la manera de abordar la cuestión. Como lo conocía bien, yo sabía que se trataba de mi futuro. Él llevaba algún tiempo tratando de buscar el marido adecuado para mí, pero no acababa de gustarle ninguno. La verdad es que no había demasiado donde elegir y yo tampoco me había fijado en nadie. Pero no me importaba, pues no tenía prisa. Ya aparecería cuando tuviera que llegar. Lo que yo deseaba era estar con mi familia y ayudar a mi padre en todo lo que pudiera. Él me había enseñado a leer y a escribir, en romance y en hebreo, a llevar las cuentas del negocio, a valorar las mercancías, a tratar con los clientes y, desde luego, a ser una judía honesta, leal y piadosa.

Cuando ya regresábamos a casa, vimos que alguien se acercaba a lomos de una mula por el otro extremo de la calle. Aunque esta andaba al paso, el hombre, que venía embozado en su capa, no paraba de tambalearse sobre la silla, como si se hubiera quedado dormido. Al llegar a nuestra altura, de repente volvió en sí y descubrió su cara, para que lo reconociéramos.

—*Shalom*, hermano —saludó mi tío con voz apagada.

—*Shalom*, Samuel —respondió mi padre, sorprendido.

—¿Podrías ayudarme a bajar de la cabalgadura? Estoy herido —explicó, justo antes de derrumbarse.

Entre mi padre y yo lo cogimos antes de que cayera al suelo y, con mucho cuidado, lo metimos en casa. Mientras mi padre lo acomodaba en la cama, yo fui a buscar a un médico, amigo de la familia, que vivía varias puertas más arriba de la calle. A pesar de la hora, este se puso en marcha de inmediato. Tras cubrirse con un manto y coger los instrumentos de su oficio, me siguió sin hacer preguntas.

Una vez en casa, el médico nos pidió que le lleváramos agua caliente. Según nos dijo, se trataba de una herida de espada no muy profunda. Menos mal que mi tío se la había taponado convenientemente y no había perdido demasiada sangre. Después de limpiarla por dentro y por fuera, el físico le aplicó un bálsamo aceitoso y la suturó. Cuando terminó de curarlo, nos dijo que si no había demasiada calentura en unos días podría ponerse bien. Mi padre quiso pagarle, pero el médico se negó en redondo, pues, al parecer, estaba en deuda con mi familia. Así es que le dimos las gracias, de forma reiterada, y lo acompañamos a la puerta.

Mi padre y yo nos turnamos día y noche junto al lecho de mi tío, por temor a que le viniera la calentura, hasta que por fin se despertó.

—Tú debes de ser Sara, mi sobrina preferida —susurró mi tío, cuando me vio a su lado—. Hay que ver cómo has cambiado en estos últimos meses. Estás ya hecha una mujercita. Pronto habrá que pensar en casarte.

Yo, por entonces, era doncella, y enseguida noté cómo me subían los colores a la cara y comenzaban a arderme las mejillas. De modo que bajé los ojos y me fui de la habitación sin saber qué decir, con el pretexto de avisar a mi padre. Cuando volvimos, me quedé fuera de la cámara, desde donde pude escuchar la conversación.

—¿Qué tal estás? —le preguntó mi padre.

—Como si me hubiera pasado un carro por encima —bromeó mi tío, con gesto dolorido—, pero no es eso lo peor.

—¿Quién te lo hizo? —quiso saber mi padre.

—Ya hablaremos luego de ese asunto. Antes tengo que contarte algo —anunció mi tío, intentando incorporarse un poco.

—¿De qué se trata? —le preguntó mi padre, cada vez más intrigado.

—Soplan malos vientos para nuestro pueblo, querido Simón —comentó mi tío con gesto preocupado.

—¿Y cuándo han soplado buenos? —replicó mi padre con un suspiro.

Al principio, yo no sabía muy bien de qué hablaban, pero seguí prestando atención, pues me daba la impresión de que se trataba de algo que, irremediablemente, nos afectaría a todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, ricos y pobres, y, a juzgar por el tono de mi tío y el gesto ensombrecido de mi padre, no podía ser nada bueno. Mi tío Samuel no podía evitar mirar hacia la puerta de vez en cuando, como si temiera que yo estuviera escuchando, como así era, si bien no podía verme, aunque yo a él sí.

—En eso tienes razón —concedió mi tío, con el rostro cada vez más apesadumbrado por lo que tenía que decir—. Pero esta vez —continuó tras una breve pausa, que añadió dramatismo a sus palabras— se trata de una tramontana que amenaza con llevársenos a todos por delante.

—¿A qué te refieres? —indagó mi padre, visiblemente preocupado.

—Los reyes, querido hermano, pretenden echarnos de Sefarad, y no tardarán en firmar el decreto de expulsión —soltó por fin, como quien se desprende de una pesada carga.

—¡No es posible! ¡Así, tan de repente! —exclamó mi padre, sorprendido.

—Más bien habría que preguntarse por qué han tardado tanto —corrigió mi tío Samuel.

—No te entiendo —repuso mi padre.

—Por lo que yo sé, la medida lleva sobre la mesa del Consejo Real ya mucho tiempo. Pero nunca se han atrevido a llevarla a efecto —reveló mi tío.

—¿Y por qué crees tú que lo van a hacer en esta ocasión?

—No lo sé a ciencia cierta, la verdad —reconoció—. Se nos acusa de cosas tan absurdas y disparatadas que resultan increíbles hasta para aquellos que las difunden. En todo caso, eso no es lo decisivo; no se trata más que de puros pretextos, pues las verdaderas razones resultan inconfesables. Lo importante es que ahora confluyen varios motivos para que la cosa vaya en serio. Por un lado, la obligación o la conveniencia y, por otro, la oportunidad.

—Sigo sin entenderte, explícate —se impacientó mi padre.

—Verás. Hasta la fecha —aclaró mi tío—, los reyes han estado casi siempre envueltos en guerras; en Castilla, contra aquellos que le disputaban a la reina Isabel la corona; en Aragón, contra los sublevados de Cataluña; y, por último, contra los moros del reino de Granada, a lo largo de unos diez

años. De modo que no han podido ocuparse de algunos asuntos pendientes desde hace años. Y durante todo ese tiempo nos han necesitado.

—Nuestro dinero, querrás decir —puntualizó mi padre—, pues los judíos pagamos más impuestos que ninguno, especialmente en tiempos de guerra. ¿O ya no te acuerdas de los castellanos de oro que hemos tenido que aportar durante la campaña contra el moro y otras contribuciones especiales, como el servicio y el medio servicio? Con todo ello hemos comprado nuestro derecho a vivir en paz —argumentó—. ¿Por qué ahora va a tener que ser distinto?

—Porque, tras la toma de Granada, que, como sabes, les ha dado a los reyes un gran prestigio y autoridad, las cosas han cambiado mucho —apuntó mi tío—. Por una parte, ya no les hacemos tanta falta, o eso es lo que ellos creen; por otra, van a poner en marcha un proyecto en el que nosotros no tenemos cabida.

—¿A qué te refieres? —inquirió mi padre.

—A que ahora su principal objetivo consiste en unir todos los reinos bajo una sola corona y una misma religión, y, para ello, la primera medida será expulsar de Sefarad a todos los infieles que no se conviertan, ya sean judíos o musulmanes. Se trata de una especie de cruzada, impulsada y avalada por el papa e instigada por el gran inquisidor. De modo que ahora la cosa sí que va en serio, créeme, pues hemos pasado de ser un simple problema a convertirnos en un tremendo obstáculo en medio del camino.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó mi padre, como si no acabara de creérselo.

—El primero en hablarme de ello fue un rabino de Tortosa que tiene fama de sabio. Coincidí con él en la sinagoga, y estas fueron, más o menos, sus palabras: «Cuando los reyes tomaron Granada, ciudad rica y poderosa, seguramente se dijeron: “¿Cómo podemos dar gracias al Señor, demostrar nuestra complacencia hacia Él, que ha puesto esta hermosa ciudad bajo nuestro dominio? ¿Acogiendo bajo mis alas a ese pueblo que camina en la oscuridad, esa oveja descarriada que es el pueblo de Israel, o más bien arrojándolo hacia otros lugares sin esperanza de retorno?”. Así es que muy pronto el heraldo lo anunciará a los cuatro vientos con estas o parecidas palabras: “A vosotros, familias de la casa de Israel, os hago saber que si recibís el bautismo y os prosternáis ante nuestro Salvador, gozaréis como nosotros de bienestar en estos reinos. Por el contrario, si lo rechazáis, saldréis en unos meses de esta tierra a la que llamáis Sefarad”. Ya sabes lo que te

espera». Eso fue, más o menos, lo que el rabino me contó, y luego muchos otros me lo han ido confirmando.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerda que tengo amigos y conocidos en todas partes, tanto judíos y conversos como cristianos viejos —apuntó mi tío—. En estas últimas semanas, he conversado con unos y con otros, y todos comentan más o menos lo mismo. De modo que he ido sacando mis conclusiones. Pero lo que me terminó de convencer fue lo que me ocurrió el otro día en Tortosa. Estaba ya a punto de cerrar la tienda, cuando pasó a verme un mercader cristiano que lleva tiempo empeñado en comprarme el negocio, pues le hago la competencia. Como siempre, yo le contesté que no tenía ninguna intención de vender. «Pues haces mal; muy pronto lo tuyo será mío», me replicó. «¿Qué quieres decir?», le pregunté. «Que muy pronto van a expulsaros, algo que tenían que haber hecho hace mucho tiempo», dejó caer. «¿Quiénes, los reyes?», inquirí. «Ya te enterarás a su debido tiempo; de momento, más te vale deshacerte de tus negocios, antes de que sea demasiado tarde», me soltó. Yo estaba tan ofuscado que lo agarré por el cuello y le ordené que me contara todo lo que sabía sobre el asunto, y fue entonces cuando me habló del edicto de expulsión que exigía con apremio Torquemada y que los reyes no tardarían mucho en firmar. Volví a zarandearlo y le rogué que me revelara más detalles. Tras darme algunas pruebas de que lo que me había referido era cierto, me juró que no sabía más. Así es que lo dejé marchar. Después de contárselo a los míos, decidí venir a avisaros. Pero, antes de llegar a Barcelona, me salió alguien al encuentro y me atacó con una espada. Por suerte, su caballo se encabritó y el agresor cayó a tierra, lo que me permitió huir.

—¿Pudiste verle la cara? —le preguntó mi padre.

—La verdad es que no —reconoció mi tío—. Me imagino que sería un criado de mi rival, que debió de enviarlo para que me matara por haberlo tratado como lo hice. Y de esa forma podría amedrentar luego a mi mujer y a mis hijos y obligarlos a malvender.

—Tienes que denunciarlo —le aconsejó mi padre.

—¿Para qué? —replicó mi tío—. No podría probarlo, y, si lo hiciera, no lo condenarían. Ahora la vida de los judíos no vale nada por culpa del rey Fernando.

—Pero no puedes dejarlo así.

—En este momento, lo más importante es vender nuestros negocios y marcharnos de Sefarad —propuso mi tío—. Si lo hacemos pronto, buenos compradores no nos van a faltar.

—¿Y después? —preguntó mi padre, desconcertado.

—Mi idea es trasladarnos a Génova, donde tengo buenos contactos, y la verdad es que me gustaría hacerlo antes de que entre en vigor el decreto, para no tener que verme afectado por él. He trabajado muy duro en todos estos años como para arriesgarme a perderlo todo. Mucho mejor lo tienen aquellos que, como los médicos, han dedicado su vida a adquirir conocimientos en lugar de riquezas, pues esos pueden viajar ligeros de equipaje y, vayan donde vayan, siempre serán bien acogidos.

—Pero no pueden echarnos así como así —protestó mi padre—; los judíos siempre hemos gozado de la protección real; de hecho, nunca hemos tenido unos reyes tan justos y bien dispuestos para con nosotros como estos.

—Eso era antes —precisó mi tío—. Por desgracia, ahora ya no es solo el pueblo o algunos obispos y nobles los que piden nuestra cabeza; son los propios monarcas los que, alentados por el inquisidor general, Tomás de Torquemada, quieren que nos convirtamos o nos vayamos. Y el rey no parará hasta conseguirlo, ya sabes cómo es.

—No puedo creerlo —exclamó mi padre.

—Esto no es cuestión de fe; es un hecho evidente —sentenció mi tío.

—¿Y qué pasa con los moros de Granada?

—En las capitulaciones los reyes les prometieron respetar sus costumbres y su religión, es cierto. Pero pronto las cosas se pondrán tan difíciles para ellos que no les quedará más remedio que tener que elegir también entre la expulsión o la conversión.

—Y yo me pregunto: ¿qué daño les hacemos? —exclamó mi padre, cada vez más confuso—. La mayoría de nosotros ya se ha convertido. Los que quedamos, si bien se mira, somos una minoría, sobre todo aquí, en Barcelona.

—Precisamente, ahí está el problema —señaló mi tío—. Dejando al margen otras cuestiones, a los judíos se nos acusa, más que nada, de hacer proselitismo entre los conversos o tornadizos.

—Si fuera así, la culpa sería de estos —replicó mi padre—; nosotros no fingimos ni engañamos a nadie.

—Pero, sin querer, nos hemos convertido en un mal ejemplo para ellos. Como bien sabes —continuó—, la Inquisición nueva se implantó para

combatir a los falsos conversos, esto es, a aquellos que siguen judaizando en secreto dentro de sus casas. Y eso ha creado una situación, digamos, equívoca o paradójica, ya que, como mínimo, resulta absurdo quemar a los conversos en la hoguera por hacer algo que nosotros los judíos practicamos libremente todos los días en nuestras casas y sinagogas, y sin que se nos persiga por ello.

—No te acabo de entender —comentó mi padre, abrumado.

—Verás. Lo que quiero decir es que, en apariencia, la Inquisición los castiga por ser falsos conversos, pero lo cierto es que su supuesto delito es el de judaizar, y esto a nosotros nos coloca, de forma implícita, también fuera de la ley; de ahí que quieran extirparnos de una vez por todas. Bien claro se lo dijo el propio Torquemada a la reina no hace mucho: «Los males no se remedian si no se elimina la causa. Y los judíos son la causa de que muchos conversos sigan judaizando; de modo que, si no se los expulsa, la Inquisición de nada servirá y el proyecto de unidad religiosa se irá al garete». Son palabras textuales, según me dijo un testigo.

—Comprendo lo que dices. Pero me cuesta todavía creerlo —insistió mi padre—. ¿Y cuándo piensas tú que sucederá? —añadió, tras una pausa.

—Eso ya no lo sé —reconoció mi tío—. Puede que mañana mismo, puede que dentro de unos meses; puede, incluso, que los reyes ya hayan firmado el decreto de expulsión, pues me imagino que antes de hacerlo público querrán tenerlo todo preparado. De momento, lo que está claro es que, por las razones que sean, prefieren llevarlo en secreto.

—Lo que dices es muy razonable —concedió mi padre—. Pero me resisto siquiera a imaginar que quieran deshacerse de algunos de sus súbditos más valiosos. ¿Cómo se las van a arreglar sin nuestros préstamos, sin nuestros conocimientos, sin nuestros muchos trabajos y servicios?

—Supongo que, a estas alturas, el rey y sus consejeros ya habrán hecho sus cálculos, y, aun así, debe de tenerles cuenta expulsarnos. De alguna forma, este asunto, para ellos, es como una guerra —explicó mi tío—, y, como tal, requiere muchos dispendios y sacrificios, sobre todo ajenos, cosa que al rey de Aragón no parece importarle demasiado, pues no tiene entrañas.

—Puede que estés en lo cierto —concedió mi padre—. Pero no hablemos más de este asunto, al menos por ahora, y comamos algo. Seguro que tu cuñada te estará preparando alguno de tus platos preferidos. Tienes que recuperar fuerzas.

—Lo siento, hermano, pero debo irme —anunció de pronto mi tío.

—¡No te lo permitiré! —exclamó mi padre—. Antes tienes que curarte del todo.

—Me es imposible —rechazó mi tío—. El tiempo vuela, y me espera un largo viaje. Tengo que ponerme manos a la obra. Además, temo que mi mujer y mis hijos estén en peligro.

—En ese caso, déjame que te acompañe —se ofreció mi padre.

—No hace falta —repuso mi tío—. Basta con que venga conmigo alguno de tus empleados de confianza. Tú ahora tienes que ocuparte de tu familia.

—Está bien —aceptó mi padre—. Entonces, ¿qué me recomiendas?

—Como hermano, te aconsejo que hagas lo mismo que yo y te vengas a Génova. Con la ayuda de Dio, allí podremos salir adelante sin tardanza. En todo caso —advirtió—, debéis estar preparados, por lo que pudiera suceder. En nuestra situación, hay que vivir con las maletas siempre listas por si hay que salir corriendo, ya lo sabes —le aconsejó—. Al fin y al cabo, somos un pueblo errante, siempre lo hemos sido.

—Lo pensaré —concluyó mi padre.

—Pero no le des muchas vueltas. En estos tiempos, uno nunca sabe lo que puede pasar al día siguiente —le advirtió mi tío—. Me he jugado la vida por venir a avisarte, y no me gustaría que fuera en vano. Guárdate de ese maldito rey —añadió, pues no veía a mi padre muy convencido.

—Descuida; lo haré —aseguró este con gratitud.

—Escríbeme con lo que sea.

—Cuenta con ello.

Mi padre nos llamó a mi madre y a mí, que seguía junto a la puerta, para que le sirviéramos la comida a mi tío y le preparáramos algo para el camino, mientras él iba a pedirle a uno de sus hombres de confianza que lo acompañara en el viaje.

—Y tú, Sara, ¿has pensado ya con quién vas a casarte? —preguntó mi tío, cuando entré en la cámara con un plato de sopa caliente.

—Aún es pronto para eso —le contesté yo.

—Tal vez tengas razón —convino él—. De todas formas, tu padre no va a soltarte así como así. Me temo que te quiere demasiado y va a ser muy exigente con su futuro yerno —añadió con un gesto de complicidad.

Cuando se marchó mi tío Samuel, después de comer y despedirse de la familia, dejó en la casa como un vacío en el que sus palabras quedaron resonando durante mucho tiempo. Esa noche, antes de dormirme, yo repasé

mentalmente la conversación, con la intención de hacerme cargo de todo su alcance, y cuanto más meditaba sobre ello más convencida estaba de que mi tío Samuel no se equivocaba en sus pensamientos; desde luego, él parecía tenerlo muy claro. Pero lo que más me admiraba era la paciencia y la resignación con la que aparentemente se lo había tomado; tal vez ello se debiera a su modo de vida, que, en su caso, se correspondía totalmente con su manera de ser, siempre de acá para allá, siempre atento a lo que se decía y no se decía y preparado para partir, si las circunstancias así lo requerían, pues era muy consciente de que, en efecto, pertenecía a un pueblo errante. Esa triste condición explicaba que los judíos, por lo general, nos dedicáramos a aquellos oficios que permitían volver a empezar de nuevo en caso de un posible alejamiento, destierro o exilio, y, en especial, a los que se ejercían con utensilios y herramientas fácilmente transportables, como la artesanía, la medicina o las finanzas; de ahí también nuestro habitual desapego de la agricultura, que era algo que los campesinos cristianos siempre nos reprochaban, acusándonos de buscar oficios holgados y modos de ganarnos la vida con poco trabajo. Como si fuéramos nosotros los que libremente eligiéramos, y no ellos los que nos obligaran, de alguna manera, a seguir ese camino.

Mi padre, sin embargo, quedó sumido en las dudas, la inquietud y la zozobra, pues no sabía muy bien qué hacer ni qué pensar de todo aquello. Por un lado, estaba ya harto de tener que huir. Por otro, se negaba a creer que lo peor podía llegar a ocurrir y se aferraba a cualquier resquicio para mantener viva su esperanza. El caso era que no parecía muy dispuesto a tomarse en serio las advertencias de mi tío, por más que supiera mejor que nadie que su hermano Samuel era una persona sensata y discreta, y, por lo tanto, no muy dada a especular ni a provocar alarmas innecesarias. Pero, según mi padre, esta vez se había pasado de cauto o de suspicaz. Una cosa era que estuviéramos siempre bajo sospecha y nos obligaran a llevar un distintivo o a vivir en barrios separados y otra muy diferente que quisieran expulsarnos de un territorio que era tan nuestro como de ellos. Es más, ningún cristiano viejo podría presumir, según él, de tener unas raíces tan profundas ni tan antiguas como las nuestras. Lo quisieran o no, los judíos constituíamos la base o los cimientos de ese gran reino que ahora anhelaban construir; de tal manera que, si un fundamento había para hacerlo, en opinión de mi padre, lo constituíamos precisamente nosotros, pues éramos el único pueblo y la única

religión que había sobrevivido a todas las invasiones y había permanecido inalterada a lo largo de los siglos.

—Nosotros fuimos los primeros en darle un nombre —nos recordó, cada vez más enardecido por sus propias palabras—. Gracias a familias como la nuestra, muchas ciudades de las Coronas de Aragón y de Castilla han renacido y recuperado su pujanza. Nadie tiene, pues, más derecho que nosotros a permanecer aquí. Es más —insistía—, si hubiera un mínimo de justicia en este mundo, una parte de Sefarad debería ser nuestra y solo nuestra. Por suerte para los cristianos, los judíos de la diáspora nunca hemos tenido afanes de conquista ni de dominio ni de posesión. Si no fuera así, otro gallo cantaría en este gallinero. Incapaces de matar una mosca o de sojuzgar a los demás, nos conformamos con que nos dejen vivir en paz, sin ni siquiera hacer proselitismo ni meternos con nadie, pues nuestro único y verdadero sueño siempre ha sido regresar algún día a Israel, y, mientras llega ese día, conservar nuestra fe y nuestras costumbres allá donde estemos, por los siglos de los siglos. Mirad bien lo que os digo —concluyó—: sin nosotros, sin nuestro pueblo, Sefarad no sería nada, menos que nada. De modo que, por la cuenta que les tiene, ya se cuidarán mucho de expulsarnos. El rey no puede hacernos eso.

A pesar de la gran vehemencia con la que las dijo, las palabras de mi padre me parecieron no solo hermosas, sino también muy sensatas. Pero ¿desde cuándo la sensatez rige este mundo?

IV

(BEATRIZ GALINDO)

Una vez terminados los festejos y celebraciones por la toma de Granada, en la corte intentamos volver a la rutina de todos los días, pues había mucho que hacer antes de levantar los reales. Durante un tiempo, las revelaciones del espía del rey hicieron que se extremaran las medidas de precaución y se redoblara la guardia, ante todo en torno a los reyes, que se pasaban el día atendiendo los asuntos de gobierno en los palacios de la Alhambra, pero, al caer la noche, preferían retirarse a su humilde casa de Santa Fe. Recuerdo que, en los primeros días, los recelos y el miedo hicieron que sospecháramos los unos de los otros, pero enseguida la cosa se fue calmando.

En cuanto a mi marido, cada vez se le veía más huraño, más huidizo e inquieto. Por otra parte, desaparecía durante días enteros y luego se negaba a contarme dónde había estado. Tampoco tenía muy claro cuál era su cometido ni a qué se dedicaba ahora que la guerra había terminado. Sin duda, a sus negocios particulares, fueran estos los que fueran.

Una tarde lo descubrí conversando, de manera muy amigable, con un joven moro en uno de los jardines del palacio del Generalife, que estaba situado sobre un cerro llamado del Sol. Sin poder evitarlo, me acerqué a ellos por detrás, y traté de escuchar lo que decían escondida tras un arbusto, pero hablaban muy bajo, como si estuvieran conspirando, o al menos esa fue la impresión que me dio. Desgraciadamente, no pude averiguar nada. Cuando se separaron, yo me alejé de allí a toda prisa; y luego volví sobre mis pasos, para hacerme la enconadiza con el joven moro. Justo antes de que apareciera, arrojé mi pañuelo a uno de los estanques e hice amago de intentar recuperarlo. Al verme asomada al agua, él se detuvo y me preguntó si estaba

buscando algo.

—¿Podrías ayudarme a rescatar mi pañuelo? —le pedí yo.

Sin decir nada, él fue a buscar una caña larga que había junto a un muro y recogió mi pañuelo, que me alargó después de escurrirlo. Aunque era bastante joven, casi un muchacho, tenía las facciones muy endurecidas, como si hubiera madurado muy deprisa.

—Muchas gracias. ¿Puedo saber tu nombre? —le pregunté.

Me contó que se llamaba Omar y que era uno de los jardineros y alarifes de la Alhambra. Según me explicó, a estos se les había permitido continuar al servicio de los nuevos reyes, si así lo deseaban, pues los monarcas tenían mucho interés en mantener los jardines y palacios tal y como estaban, y, entre los cristianos, no había nadie capaz de llevar a cabo esa tarea, ya que requería ciertos conocimientos.

—La verdad es que no había visto nunca un lugar tan hermoso como este —comenté yo—. Con razón algunos lo comparan con el paraíso.

—¿Sabéis lo que dicen en Granada? —dijo de pronto, sonriente—. Que Alá creó la Alhambra por si un día se cansaba de su morada celestial. No se me ocurre mayor elogio.

—¿Y cuál es tu misión en este jardín? —quise saber.

—Me encargo de que marchen bien las fuentes, los aljibes, las acequias, los caños, los arroyuelos y, en general, todo lo relacionado con las conducciones de agua —me informó.

—No sabía que hubiera gente que entendiera de eso —reconocí yo.

—No entre los cristianos, como ya os dije, pero sí entre los musulmanes, que valoramos y apreciamos mucho más el agua y los jardines que cualquier otro pueblo, ya que venimos del desierto —me explicó.

—¿Has estado alguna vez allí?

—Yo no, pero mi padre me hablaba mucho de él cuando era niño. Incluso me prometió que algún día me llevaría a verlo. Pero murió hace poco —me confesó.

—Lo lamento mucho —dije yo.

—Espero que Alá haya sido generoso con él.

—¿Y cómo es que hablas tan bien la lengua castellana?

—Dentro de Granada también había cristianos renegados, a los que llaman *elches* —me informó—. Mi mejor amigo de la infancia era hijo de uno de ellos. De modo que aprendí a hablar su lengua como si fuera un juego.

—Pues la hablas muy bien.

—Aún me quedan muchas agudezas por aprender —puntualizó—. Ahora, si me lo permitís, debo ir a trabajar.

—¡Oh, sí, claro! No dejes que se malogre este hermoso jardín —le rogué.

—Sería un gravísimo pecado.

Omar hizo una reverencia a modo de despedida y continuó su camino, canturreando una canción cristiana, y yo me quedé sin saber de qué había hablado con mi marido.

Durante un tiempo, no volví a verlo, a pesar de que, en varias ocasiones, lo busqué por el Generalife y pregunté por él a otros jardineros, que no supieron o no quisieron darme noticia de su persona, entre otras cosas porque no me entendían o más bien fingían no hacerlo.

El caso es que una mañana descubrieron a un moro merodeando cerca de los aposentos reales de la Alhambra, que, como ya he dicho, los reyes apenas utilizaban, pues casi siempre iban a comer y a descansar a Santa Fe. Los guardias que lo detuvieron enseguida lo llevaron ante la presencia de sus altezas, ya que en ese instante estaban impartiendo justicia en uno de los salones. Se trataba de un niño. Tenía unos ojos muy vivos, que contrastaban con la seriedad de su semblante. Don Fernando ordenó que lo soltaran, y luego le hizo una señal al trujamán para que comenzara el interrogatorio.

—¿Quién eres? —le preguntó este en árabe.

El niño contestó en su lengua con aparente tranquilidad.

—Dice que se llama Alí, mi señor —tradujo el trujamán—, y que trabaja como ayudante de jardinero en la Alhambra.

—Preguntadle qué hacía cerca de nuestros aposentos.

El hombre así lo hizo y el muchacho volvió a contestar con voz firme y sosegada.

—Al parecer —explicó el trujamán—, estaba buscando un halcón que había visto entrar en una de las salas del palacio. Pero insiste en que su intención no era mala ni deseaba hacer daño a nadie.

—¿Un halcón?! —exclamó el rey, sorprendido.

De repente, se oyó gran ruido fuera, como si alguien pretendiera entrar en la sala a toda costa y los guardias no se lo permitieran.

—Dejadme, os lo suplico —rogó el intruso con una voz que me resultaba familiar—. Soy uno de los jardineros de los reyes y el detenido es mi hermano Alí.

Al ver de qué se trataba, el rey ordenó que se le permitiera acceder a la sala. Era Omar, que parecía algo más calmado después de haber conseguido hacerse oír. Avanzó unos cuantos pasos y luego se postró ante los monarcas, que le ordenaron con un gesto que se pusiera en pie.

—¿Qué tienes que decir? —lo interrogó el rey.

—Se trata de mi hermano Alí —explicó Omar—. Trabaja conmigo en los jardines, como mi ayudante. Es solo un niño, estoy seguro de que él no ha hecho nada.

El trujamán, que se había hecho a un lado hasta que fueran requeridos de nuevo sus servicios, pidió de pronto permiso para hablar y el rey se lo concedió.

—Yo a ti te conozco —dijo, dirigiéndose a Omar—, tú eres hijo del médico personal de Boabdil, ¿no es así? —le preguntó y el jardinero asintió—. Su padre murió hace poco —le comentó al rey—. Supongo que vuestra alteza lo recordará.

—Siento mucho la muerte de tu padre —se lamentó el rey—. Sé que era un gran médico y un excelente súbdito. ¿Y tu madre?

—También murió —le informó Omar—. Al quedar huérfanos, se nos permitió trabajar en los jardines de la Alhambra. Espero que a vuestra alteza no le importe.

—Tengo entendido que vuestro padre era rico —apuntó el rey.

—Así es. Pero, cuando lo mataron, se lo quedó todo el sultán.

—¡Vaya con Boabdil, siempre he dicho que es como una urraca! —exclamó el monarca, provocando la risa de los presentes—. ¿Y qué pensáis hacer? —preguntó.

—Nuestro deseo es seguir viviendo aquí —contestó Omar—. Y, si fuera posible, nos gustaría hacernos cristianos —añadió con humildad.

—¿Es eso cierto? —inquirió el rey, sorprendido.

—Tan cierto como que vuestras altezas son ahora los reyes de Granada —contestó Omar.

Para demostrarlo, sacó una cruz que colgaba de su cuello y la besó, poniéndose de rodillas, lo que conmovió a todos los que estábamos allí.

—Está bien —intervino la reina—. Si vuestro deseo es bautizaros, haremos que se cumpla de inmediato. Será un magnífico ejemplo para todos aquellos que también lo anhelan, pero no se atreven todavía a dar ese paso.

—Y, naturalmente, podéis seguir trabajando en los jardines —añadió el

rey, con gesto magnánimo.

Pocos días después, tuvo lugar el feliz acontecimiento en una iglesia improvisada en una antigua mezquita medio en ruinas, profusamente adornada para la ocasión, lo que no había sentado bien a muchos musulmanes. Durante los días previos, los reyes lo hicieron pregonar, en lengua árabe y romance, por las principales plazas y calles de la ciudad, con la intención de que todos los vecinos de Granada se enteraran y cundiera el ejemplo. En la ceremonia, los reyes actuaron de padrinos, y Omar y Alí fueron bautizados con los nombres de Fernando y de Juan, en honor, claro está, del rey y del príncipe heredero.

Cuando acabó el acto, me acerqué a la pila bautismal, recién estrenada, según me dijeron, para felicitar a los neófitos. La verdad es que no se les veía muy contentos, sino más bien abrumados y con ganas de que terminara todo aquello.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunté a Omar.

—Sois la mujer del pañuelo —me dijo, tras hacerle un gesto a su hermano para que se apartara.

—Quería darte la enhorabuena. Has sido muy valiente al tomar esa decisión —le comenté.

—No tiene ningún mérito —me explicó él—. En realidad, la fe no se elige; es ella la que nos elige a nosotros, y llevaba tiempo con ganas de hacerlo.

Me pareció una respuesta poco espontánea, seguramente aprendida para soltarla en casos como ese.

—Tal vez tengas razón —concedí yo—. ¿Conoces a mi esposo? —le pregunté, señalando a mi marido, que se encontraba muy cerca y no dejaba de mirar hacia mí, sin poder disimular su preocupación.

—No, no tengo el gusto —me aseguró el muchacho con naturalidad, sin apenas fijarse en mi marido.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Pues claro —confirmó él con gesto de hastío—, ¿por qué habría de conocerlo? Y, en tal caso, ¿qué sentido tendría negarlo?

—Me pareció veros juntos aquel día en los jardines del Generalife —repuse yo.

—¿El día del pañuelo? —quiso saber Omar, haciendo como que recapacitaba.

—Así es.

—Pero aquel día no me comentasteis nada —dejó caer.

—Es que no lo consideré oportuno —me justificué yo.

—Ahora lo recuerdo —admitió por fin Omar, como si de repente acabara de recobrar la memoria—. Creo que se interesó por algunas plantas y las formas de riego... Tal vez quiera hacer algo parecido para vos en su casa —sugirió.

—Será que quiere darme una sorpresa —le dije yo, convencida de que mentía.

—Si es así, siento habéroslo estropeado —se disculpó.

—No te preocupes, no le diré nada —contesté yo, siguiéndole el juego—. Bueno, te dejo que disfrutes de tu gran día. Y no olvides que para un cristiano la mentira es un pecado muy grave.

—También lo es para un musulmán —aseguró él.

—Pero, según tengo entendido, Alá permite engañar a los infieles si con ello se ayuda al islam —le recordé yo.

—Por eso me alegro tanto de ser cristiano —replicó él con una leve sonrisa, que se me antojó irónica.

—Y yo de que lo seas. Ahora solo falta que obres como tal —le advertí.

—Lo intentaré —concluyó él a modo de despedida, dirigiéndose hacia donde se encontraba su hermano.

Después de la ceremonia, se celebraron grandes fiestas en la ciudad, a las que todo el mundo fue invitado y en las que no faltó la música y la comida. Se trataba con ello de mostrar la gran generosidad que los reyes tendrían con todos aquellos que se convirtieran. Y lo cierto es que la reina consiguió su objetivo, ya que a partir de ese día se multiplicaron los bautismos en Granada, con la ayuda, eso sí, de su confesor, fray Hernando de Talavera, que era un predicador bastante persuasivo.

En mi hogar, por el contrario, las cosas no iban tan bien. Al llegar a casa, el día del bautizo, lo primero que hizo mi marido fue preguntarme de qué conocía al morito. Yo le dije, con toda la intención, que lo había visto varias veces en los jardines del Generalife. Pero mi marido en ningún momento admitió que hubiera hablado con Omar; y cuanto más recelaba él, más sospechaba yo que me estaba ocultando algo. «¿Y si mi marido fuera uno de esos hombres que aborrecen a las mujeres y sienten inclinación por los mancebos?», me llegué a preguntar. La sola idea me provocaba náuseas, pero lo cierto era que eso podría explicar el hecho de que apenas quisiera yacer

conmigo. De todos modos, había estado ya casado y tenía hijos y, hasta donde yo sabía, era un ferviente cristiano. Claro que también podía haber cambiado durante el tiempo en que había estado cautivo. Se decía que esas cosas ocurrían con cierta frecuencia en las cárceles, a pesar de tratarse de un pecado nefando, castigado con la hoguera; y más en zona de moros, donde esa clase de comportamientos estaba más o menos admitida. De ahí que, al volver a tierra cristiana, mi marido tuviera que buscar a alguien como Omar para seguir practicando su horrendo vicio, a despecho de sus obligaciones como marido y como cristiano. Tales suposiciones, desde luego, eran razonables y parecían fundadas, pero yo no acababa de creérmelo. Tenía, pues, que averiguar la verdad como fuera. Así que opté por ocultar mi creciente desconfianza, con el fin de que él volviera a confiarse y yo pudiera descubrir su secreto, si es que lo había.

Para colmo de males, mis peores temores se confirmaron. Cuando tuve dos faltas, pues habían pasado dos lunas sin manchar, ya no me cupo ninguna duda; por otra parte, llevaba varios días sintiendo náuseas, mareos, cambios de humor, una leve hinchazón en los pechos y un continuo deseo de orinar y de revesar, síntomas inequívocos, según había observado tantas veces en otras mujeres de la corte, incluida la reina, de que estaba embarazada. Durante un tiempo, traté de hablar del asunto con mi señora, pero ella me dejó bien claro que tenía cosas más importantes en las que pensar, para luego recordarme que debía llevarlo con la debida discreción, como habíamos acordado, hasta que llegara el momento. Y así lo hice.

Mientras tanto, la actividad seguía siendo incesante, pues había muchos asuntos que se habían aplazado hasta que culminara la campaña de Granada. Uno de los más apremiantes y espinosos era el de los judíos, ya que venía de lejos y presentaba una difícil solución. Se trataba de una comunidad muy útil y necesaria para la Corona; de hecho, una buena parte de la larga campaña de Granada había sido sufragada con los préstamos de algunos de sus miembros más acaudalados. Pero, por otro lado, se había convertido en un grave problema, ya que su permanencia entraba en colisión con intereses más importantes. La Iglesia, que también había contribuido a la financiación de la guerra con el dinero de la bula de las cruzadas, exigía ahora sus contrapartidas, y, entre ellas, estaba la de acabar de una vez con los falsos conversos, algo que, según los inquisidores, no podría conseguirse si no se expulsaba antes a los judíos. De modo que los reyes debían dar una respuesta

y ese era el mejor momento para hacerlo, pues ahora gozaban del aplauso general por haber terminado con bien la guerra de Granada.

A juzgar por lo que de vez en cuando me contaba mi marido, en esos días, las reuniones del Consejo Real solían ser largas y tediosas, debido a que las posiciones de algunos de sus miembros estaban muy encontradas, si bien la mayoría se decantaba ya por una solución drástica y definitiva. Los palacios y jardines de la Alhambra eran un ir y venir de dignidades, consejeros, potentados y personas interesadas que abogaban ante los reyes por una u otra postura. El más asiduo y pertinaz era Tomás de Torquemada, el inquisidor general, que estaba plenamente convencido de que los judíos debían ser expulsados, a menos que renunciasen a su fe; de ahí que a cada rato acudiera a meterles prisa, recordándoles que el papa estaba muy pendiente de sus decisiones, o a echar más leña al fuego, indicándoles con vehemencia que se trataba de una medida preventiva frente a una amenaza real y poderosa, ya que la mayoría de los cristianos nuevos permanecían vinculados a la casa de Israel.

Del otro lado, estaba Abraham Senior, el principal recaudador de impuestos del reino y tesorero de la Hermandad, nombrado por los reyes rabí mayor para que fuera su intermediario con la comunidad hebrea, que venía a suplicar en favor de su pueblo, ofreciendo a cambio más ayuda financiera o la creación de nuevos impuestos para los suyos. Y, en medio, se encontraba fray Hernando de Talavera, mucho más comedido que Torquemada, ya que se mostraba contrario a la expulsión, siempre y cuando los judíos accedieran a convertirse por medios menos violentos y expeditivos.

Todo esto hacía que los reyes no acabaran de tomar una resolución firme. La realidad era que, en el fondo, los dos estaban de acuerdo, pero, eso sí, por motivos diferentes, lo que, a su vez, los llevaba a encarar el problema de forma muy distinta. Para mi señora, que habitualmente solía mirar más allá de los asuntos terrenales, se trataba sobre todo de una cuestión de fe, por lo que la causa cristiana debía anteponerse a cualquier otro interés o consideración. Para el rey, sin embargo, era principalmente una cuestión política, lo que significaba que, antes de tomar una decisión tan delicada, había que sopesar con mucho cuidado los pros y los contras. Más que de una discrepancia de ideas entre ellos, habría que hablar, tal vez, de una diferencia de carácter, dado que ella era más exaltada y temperamental, mientras que él se mostraba más bien cauto y frío.

Los reyes presumían con frecuencia de actuar siempre de forma conjunta y de que todas las decisiones eran adoptadas por ambos, aun cuando se encontraban en lugares distintos. Por eso, se cuidaban mucho de no hacer ni decir nada, en público, que pudiera dejar entrever que su armonía no era perfecta. Se trataba, asimismo, de un medio para disuadir a los intrigantes de no intentar nada para enfrentarlos. Pero, en esos días, los ánimos estaban muy caldeados por motivos que yo conocía de sobra, ya que era, a la vez, la causa material y la víctima principal del asunto. De ahí que discutieran con tanta frecuencia sobre esa u otras cuestiones, como tuve ocasión de comprobar varias veces, bien a mi pesar, por mi condición de camarera y consejera de la reina.

Pero hubo una disputa que, por su gran trascendencia, jamás olvidaré. El rey había acudido a los aposentos de mi señora para anunciarle que esa tarde tenía que ausentarse y al instante ya se habían enzarzado, olvidándose de que yo estaba presente. La reina, que no era necia, debió de imaginarse que su marido abandonaba sus obligaciones para ir en pos de alguna mujer de los alrededores, y le dijo que se fuera enhoramala y no volviera. El rey hizo un comentario sobre el mucho tiempo que la reina dedicaba a sus oraciones. Y esta, muy dolida, le contestó que si pasara más tiempo con ella en la capilla no andaría visitando camas ajenas, a lo que él replicó que lo malo no era que su alteza fuera tan piadosa, sino que creyera que todos los que estaban a su alrededor debían serlo también.

—Por desgracia, no todos somos tan virtuosos —añadió el rey con cierta ironía.

—Nadie os pide que seáis un beato o un meapilas, tan solo que os comportéis con el debido decoro —precisó ella.

—¿Y qué queréis que haga? —protestó él—. Me paso el día con asuntos de gobierno, discutiendo con unos y con otros, firmando decretos, tomando decisiones, llegando a acuerdos... De modo que, de cuando en cuando, necesito una buena distracción, algo que me aleje por un instante de todo esto.

—¿Es que no tenéis bastante con el juego, los torneos y la caza? Yo hago el mismo trabajo y no me voy luego por ahí en busca de distracciones, como vos las llamáis —replicó la reina.

—Porque vos sois mujer y vuestra obligación es hilar con vuestras damas en el estrado. Y, además, tenéis a Dios —añadió.

—¿Acaso creéis que, por ser mujer, estoy hecha de frío mármol y me contento con darle a la rueca y servir al Creador? —se indignó la reina.

—Pero ¡qué estáis diciendo! —exclamó el rey, escandalizado.

—Mi señora —interrumpí yo, sin poder evitarlo—, solicito permiso para irme.

—No sabía que siguierais aquí —comentó la reina, sorprendida—. Pero ya que estáis, quiero que os quedéis y seáis testigo de nuestra disputa, para que veáis cuánta razón tengo en mis quejas.

—¿De qué quejas habláis? —la increpó el rey—. ¿No iréis a decirme ahora que le vais contando todas vuestras cuitas a las criadas?

—Si lo hago es porque ellas me entienden mucho mejor que vos —explicó.

—¿Y no se supone que deberíais ser más discreta?

—¡Acabáramos! No solo debo aguantar vuestras infidelidades, sino que encima no puedo desahogarme con nadie.

—Para eso ya tenéis a vuestro confesor.

—Mi confesor me dice que debo llevarlo con mucha paciencia y resignación, que, a fin de cuentas, sois hombre y, además, rey, y, por tanto, tenéis vuestras necesidades. Como si vos y yo no tuviéramos los mismos derechos y obligaciones. Así es que, lejos de desahogarme, con él me indigno más todavía. Por eso no me queda otro remedio que hablar con mis damas. Por otro lado —añadió, refiriéndose a mí, con toda la intención—, ella ya sabe de sobra cómo os las gastáis.

—¿Y por qué no le confesáis también que en las reuniones del Consejo Real me lleváis con frecuencia la contraria solo para humillarme?

—Eso no es cierto —rechazó la reina.

—Y tanto que lo es —insistió el rey, cada vez más alterado—. Deberíais haberla visto hace unas horas, sin ir más lejos... —continuó, dirigiéndose ahora a mí.

—Os recuerdo que las deliberaciones del Consejo son secretas —lo interrumpió la reina.

—Y yo, que deberíais contar conmigo antes de tomar ninguna decisión, como lo hago yo, que siempre os pido consejo —apuntó él, muy dolido.

Por lo que yo sabía, en la reunión de esa mañana, el converso Luis de Santángel, consejero y principal prestamista del monarca, se había enfrentado a Torquemada y les había recordado a los reyes que la comunidad judía era muy necesaria para la Corona, por sus muchos y muy eminentes servicios. A

lo que Torquemada había replicado que la herejía judaizante era un tumor maligno que debía eliminarse de raíz cuanto antes. Y, para demostrarlo, había contado un montón de atrocidades atribuidas a los judíos y a los falsos conversos. Cada vez más indignado, Luis de Santángel se había puesto en pie y lo había retado a que aportara pruebas. Torquemada lo había amenazado entonces con hacer públicos algunos secretos concernientes a su familia. Para zanjar la disputa, el rey había pedido unos días de reflexión, con el fin de poder examinar tranquilamente los argumentos en contra y a favor. La reina, en cambio, había dicho que, para ella, la cosa estaba clara y que, si el islam había sido expulsado, el judaísmo debía seguir el mismo camino. Y eso había molestado mucho a su esposo; de ahí que ahora se lo recriminara delante de mí.

—¿Os ofende acaso que en esto yo tenga mi propio criterio? —se defendió la reina.

—No debisteis llevarme la contraria en público —insistió el rey.

—No sabía que sintierais tanta simpatía por los judíos —le soltó ella.

—Tan solo trato de ser ecuánime y no dejarme arrastrar por las pasiones, antes de tomar partido en un caso tan grave como este —explicó el rey.

—Ojalá mostrarais los mismos escrúpulos de conciencia a la hora de acostaros con otras —repuso ella, mirando hacia mí.

—No deberíais hablar así delante de vuestra camarera —le recriminó él.

—¿Por qué motivo, si se puede saber?

—Porque, sin pretenderlo, os denigráis a vos misma.

—¿Acaso vos no me denigráis cada vez que os vais a la cama con la primera que os sale al paso?

—Me temo que dais demasiada importancia a lo que, para mí, no son más que simples desahogos —puntualizó el rey.

—¡¿Lo escucháis?! —me interpeló de pronto la reina con cara de asombro—. Para él son solo simples desahogos; según parece, no se da cuenta de las graves consecuencias que estos pueden tener para los demás.

Estaba claro que la reina quería aprovechar la ocasión para vengarse también de mí, por haber sido objeto de los deseos de su marido. Y lo cierto era que en mi vida me había visto más humillada que en ese momento, más incluso, si cabe, que el aciago día en el que el rey me forzó. De modo que hice amago de irme, pero la reina me lo impidió con un gesto que no daba lugar a equívocos.

—Creo que deberíais dejarla irse —intervino el rey.

—Tengo motivos para que se quede —sentenció ella para zanjar la cuestión—. En cuanto a los judíos, quiero que sepáis que no albergo nada personal contra ellos. ¿O acaso no recordáis que varios de mis colaboradores de confianza son judíos o de origen judío, incluido, por cierto, fray Hernando de Talavera, mi confesor, que lo es por parte de madre?

—¿Y qué me decís de eso que se cuenta por la corte?

—¿A qué os referís?

—A que, instigada por Torquemada, hicisteis el solemne voto de expulsarlos de nuestros reinos si ganábamos la guerra de Granada.

—También se dice que prometí no cambiarme de camisa hasta que la ciudad fuera tomada, y nadie mejor que vos debería saber si eso es verdad, aunque últimamente no pasemos muchas noches juntos, que digamos. ¿Es que no me conocéis? ¿Tan obstinada y cabezota creéis que soy? —protestó la reina, resentida—. Por otra parte, ¿cómo podéis pensar que yo sea capaz de prometer algo cuyo cumplimiento no depende solo de mí!

—Entonces, ¿a qué viene esa manía que os ha dado ahora de expulsarlos?

—No soy yo la que lo quiere así. Es la Iglesia la que nos lo pide, y no necesito recordaros lo mucho que le debemos al papa. Pero es que, además, esa petición coincide con los deseos del pueblo y con nuestro proyecto de crear una Corona única con todos nuestros reinos y los que, en un futuro, podamos conseguir, bien por conquista, bien por alianza.

—¿Y eso qué tiene que ver con los judíos? —inquirió el rey.

—Pero ¿es que todavía no os habéis dado cuenta? Si queremos unir nuestros reinos bajo una sola Corona, y que esta no sea una mera suma de gentes y territorios, sino un solo cuerpo bien articulado, antes deberemos buscar algo que los unifique, un fuerte vínculo común, esto es, la unidad de la fe, la bandera de la cristiandad. Y, para ello, todos nuestros súbditos, mal que les pese, han de tener la misma religión que sus reyes. Lo que quiere decir que las demás confesiones sobran y, por lo tanto, hay que extirparlas de raíz. ¿Para qué creéis, si no, que emprendimos la campaña de Granada? ¿Para aumentar nuestras posesiones y acrecentar nuestras arcas? Pensar eso sería absurdo, pues obteníamos mucho más con los tributos que el sultán nos pagaba por mantener su independencia que lo que vamos a conseguir ahora que el reino es nuestro, y eso sin contar lo que nos ha costado, en tiempo y en dinero, esta bendita guerra. Y lo mismo pasa con los judíos. Su expulsión nos

va a salir muy cara, ya lo sé, pero nos va a facilitar la unidad que tanto anhelamos, pues no olvidéis que nuestros reinos tienen fueros, costumbres e intereses muy distintos. De modo que creedme. No es nada personal, es pura razón de Estado. Y por eso me duele. Pero reinar no es hacer lo que uno quiere, sino lo que uno debe. Y, a veces, para conseguir el bien común hay que sacrificar algunos derechos e intereses particulares. No hay otra solución. Los males no se remedian de verdad si no se elimina la causa —concluyó, siguiendo las tesis de Torquemada.

—Estoy de acuerdo con vos —concedió el rey—. Pero echarlos así, sin más ni más, no me parece una medida muy oportuna, al menos por ahora.

—Yo lo único que deseo es que los judíos se conviertan, y no lo harán si no los amenazamos seriamente con expulsarlos —argumentó la reina.

—¿Y para qué queremos que se conviertan, para que luego sigan judaizando a escondidas? —objetó el rey.

—Os equivocáis. Cuando ya no queden judíos en nuestros reinos, la mayor parte de los conversos dejará de judaizar, ya lo veréis, y los que lo hagan serán considerados simples herejes y tratados como tales —le explicó.

—¿Y si los judíos prefieren irse a abjurar de su fe?

—Estoy segura de que no lo harán, por la cuenta que les tiene —sentenció la reina.

—¿Acaso creéis que vos sois la única persona de fe? Os sorprendería saber lo firmes que son sus creencias —le recordó el rey.

—Y, según vos, ¿qué deberíamos hacer? —quiso saber ella.

—Esperar un poco más —contestó él.

—¡Más todavía! —exclamó la reina—. Llevamos ya muchos años arrastrando este problema. La mayor parte de los reinos cristianos ya hace tiempo que los expulsó de sus territorios, lo que significa que en esto vamos con retraso.

—En ese caso, no podemos pretender hacer en unos meses lo que debió ejecutarse hace ya muchos años.

—Desengañaos; en este asunto de nada serviría vuestra estrategia de aguardar a que la fruta madure y caiga por sí sola de las ramas. En mi opinión, esta fruta ya está más que podrida, por lo que solo cabe desarraigar el árbol —sentenció la reina—. Tampoco es momento de astucias, intrigas o triquiñuelas, ni menos aún de arreglos, componendas o decisiones salomónicas, que tan buen resultado pueden haberos dado en otras ocasiones,

sino de agarrar el toro por los cuernos y sacrificarlo. Y tenemos que hacerlo ya. Después de la guerra de Granada, las cosas han cambiado mucho, y las circunstancias nos obligan a ser más resolutivos. Por otra parte, no tenemos tiempo que perder. Como bien sabéis, aún nos aguardan asuntos pendientes de resolver en la Corona de Aragón. Y, una vez pacificados y libres de infieles nuestros reinos, podremos conquistar el mundo si nos lo proponemos o una buena parte de él. De modo que no deberíais dudar tanto. Si bien lo miráis, tan solo os estoy pidiendo que seáis leal a vuestro famoso lema y me ayudéis a cortar de una vez ese nudo gordiano que tanto nos aprieta. Si lo hacéis ahora, habrá un día en que seréis considerado modelo de lo que debería ser un príncipe cristiano, ya lo veréis —auguró la reina.

—Está bien —claudicó, por fin, el rey, abrumado por las palabras de su esposa—; mañana firmaremos el dichoso decreto. Pero con una condición, y es que dejemos su ejecución en suspenso durante un mes.

—¿Y para qué tanto tiempo?

—Tan solo os estoy pidiendo eso —insistió el rey.

—Si ese es vuestro deseo, así se hará —concedió la reina—, pero ni un solo día más.

De nuevo la reina había logrado salirse con la suya, haciéndole creer a su marido, eso sí, que era ella la que daba su brazo a torcer. Él, por su parte, se iba muy satisfecho porque creía que había ganado algo de tiempo, sin darse cuenta de que, con ello, había dado ya por perdida la contienda. Y es que, aunque el rey tuviera fama de astuto, habilidoso y sagaz, por ser capaz de mantener ocultas sus verdaderas intenciones, había que reconocer que la que mejor sabía disimularlas era ella, hasta el punto de hacerlas pasar por las de su marido; de tal modo que la reina siempre salía victoriosa. Otra cosa era que ella dejara creer que había sido el rey —o, en todo caso, los dos de consuno— el que había tomado la decisión; al fin y al cabo, era varón, y no convenía humillarlo demasiado, al menos en público, para que no se vieran menoscabados su prestigio y autoridad y, en consecuencia, los de la propia Corona.

El caso es que, al día siguiente de la mencionada discusión, los reyes se decantaron a favor de la expulsión y aprobaron el texto del decreto, si bien se tomaron dos días antes de rubricarlo, debido a los escrúpulos que aún albergaba don Fernando. Por fin, el sábado 31 de marzo firmaron el edicto en Santa Fe, con el acuerdo, eso sí, de que permaneciera en suspenso y en

secreto por el plazo de un mes, con el fin de poder garantizar el adecuado cumplimiento de la orden real, así como asegurar su difusión. En él se decía que los judíos y judías, cualquiera que fuese su edad, ya vivieran, residieran o se encontraran por cualquier razón en estos reinos y señoríos, deberían irse antes del primero de agosto de ese año de 1492 con sus hijos, familiares y gentes de la casa, a excepción de los que pidieran ser bautizados. Si no lo hacían así, incurrirían en pena de muerte y en la confiscación de sus bienes. A los que se fueran se les permitiría vender sus propiedades y llevarse sus pertenencias, pero, eso sí, no podrían portar oro ni plata ni armas ni esclavos ni moneda amonedada, lo que, en la práctica, equivalía a perderlo todo, salvo la vida, y ello en el mejor de los casos.

A pesar de tanto secreto, el edicto fue pronto conocido por los principales rabinos de las comunidades judías, que, durante ese mes de espera, trataron de impedir que fuera hecho público y llevado a efecto. Pero la reina, que siempre estaba al quite, supo cómo neutralizarlos a todos. Sin duda, el más insistente fue uno de sus principales consejeros y financieros, Isaac Abravanel, que en un primer momento intentó recurrir a la razón.

—Si es por dinero —les dijo en una ocasión—, que nos aumenten los impuestos todo lo que sea menester. Los judíos darán con gusto lo que poseen, y especialmente el oro y la plata, por poder permanecer en su patria. Pero expulsarnos de este modo sería un error, pues la Corona tiene necesidad de nosotros.

Y, como tales argumentos no servían de nada, no tuvo más remedio que apelar luego a la piedad de los monarcas.

—¿Por qué vuestras altezas obran así con sus servidores más fieles? Expulsarnos sería casi tanto como condenarnos a muerte; y renunciar a nuestra fe, peor que matarnos a nosotros mismos —les decía una y otra vez, con la garganta ya dolorida de tanto implorar.

Pero mi señora se mostró totalmente insensible a sus súplicas y cada vez más molesta con su insistencia.

—Perdéis el tiempo —le advirtió en cierto momento, harta de escucharlo.

—¿Y qué hará vuestra alteza cuando sea un amigo o un pariente el que venga a pedir clemencia? —osó preguntar Isaac Abravanel.

—Los reyes no tenemos parientes ni amigos, solamente súbditos —replicó ella con sequedad.

—Comprendo —comentó él, resignado.

—En cualquier caso, los persuadiríamos a que se convirtieran —añadió la reina, cambiando de tono.

Al rey, sin embargo, se le vio titubear el día en que Isaac Abravanel, a la desesperada, les ofreció una gran suma de dinero. Enterado de ello el inquisidor general, no tardó en presentarse ante el Consejo, y, tras pedir la palabra, arrojó a los pies del rey un crucifijo y exclamó, escandalizado:

—Judas vendió a nuestro Señor por treinta monedas de plata; vuestra alteza ha estado a punto de hacerlo por treinta mil de oro, lo que resulta todavía más grave, pues eso demuestra que a vuestra alteza lo mueve la codicia y no la convicción.

Esto causó gran impresión en todos los presentes, especialmente en el rey, que, de una vez por todas, comprendió que hacía tiempo que la suerte estaba echada y ya no había vuelta atrás. Desde ese día empecé a tenerle algo de lástima, a pesar de todo lo que me había hecho, pues descubrí que, en determinados asuntos, no era más que un títere en manos de su esposa.

Al ver que la expulsión era algo irremediable, los judíos más acaudalados intentaron movilizar todos sus recursos para poder quedarse ellos y sus familias. Otros buscaron la intercesión de varios obispos y gente de la corte. Pero los reyes insistieron en que no podían hacerse excepciones, si no se convertían. Por último, algunos grandes señores trataron de obtener la autorización de que se permitiera permanecer a los judíos que estaban a su servicio, pues su expulsión les produciría un grave quebranto, a lo que los reyes respondieron que esta decisión también iba a ocasionar muchas pérdidas a su propia hacienda, cosa que ellos estaban dispuestos a soportar, a cambio del gran bien que la medida reportaría a todos en el futuro.

Así pues, el decreto siguió adelante y la reina se salió con la suya. Con ello quedó bien claro quién mandaba en Castilla. Durante la guerra, es posible que las decisiones importantes las tomara el rey, pero ahora era su esposa la que gobernaba con mano de hierro y sin rendirle cuentas a nadie, salvo, tal vez, a Dios, su mejor aliado. Por otra parte, daba la impresión de que esta no se acababa de fiar de los hombres, ni siquiera de su confesor, a quien acabó nombrando arzobispo de Granada para alejarlo de su lado, pues lo había encontrado demasiado tibio en las discusiones sobre la cuestión judía, como era de esperar, dados sus orígenes. De ahí que los asuntos de gobierno la reina prefiriera consultarlos con sus consejeras de confianza, aunque fuera de forma oficiosa.

Desde hacía algún tiempo, yo había tenido el honor de convertirme en una de las más jóvenes, tal vez por mi conocimiento del latín y del mundo antiguo. Pero, a partir del incidente, como ella lo llamaba, apenas me preguntaba nada. Es más: bastaba con que yo me interesara por algo o diera mi opinión de forma espontánea, para que ella se pusiera en guardia y la rechazara o la cuestionara de inmediato. Es posible que con ello quisiera castigarme de algún modo; o simplemente se trataba de que ya no confiaba en mí, y menos desde que se confirmó mi embarazo. Al fin y al cabo, yo llevaba en mi vientre a un hijo de su esposo, y eso constituía una continua afrenta para ella y, por qué no decirlo, un gran peligro para mí. Mientras el hecho se mantuviera en secreto, tal vez no hubiera nada que temer, pero, si algún día llegaba a hacerse público, cualquiera sabía por dónde podría salir.

Entre unas cosas y otras, estaba tan asustada que intenté dejar la corte varias veces, con el pretexto de hacer reposo hasta el momento del parto, pero la reina me lo impidió. Mi sitio estaba junto a ella, me recordaba siempre, para añadir después, no sé con qué intención, que en ningún lugar iba a estar más protegida que allí, en medio de la corte; cosa extraña, pues, según ella, esta no era más que un seductor nido de víboras, por lo que había que tener siempre cuidado de dónde se pisaba. Ya lo decía mi venerado Virgilio: «*Latet anguis in herba* (La serpiente está oculta bajo la hierba)».

En cuanto a mí, debo confesar que, por más que la reina me humillara, no podía dejar de servirla y admirarla por su valentía, inteligencia y fuerza de voluntad, si bien no estaba muy de acuerdo con algunas de sus ideas y decisiones, y menos aún con esa actitud despiadada de la que a veces hacía gala. Pero qué podía hacer yo, una humilde maestra de latín. Por mis lecturas, conocía de sobra la vida de los césares y algunos entresijos del poder. Sin embargo, tengo que reconocer que todo aquello me excedía.

(CATALINA DE DALT)

U nas semanas después de la reunión, mi hermano y yo emprendimos viaje a Granada. Fueron días felices, a pesar de las penalidades del recorrido. Salimos de Barcelona en pleno invierno, con los caminos embarrados y un frío tan atroz que nos helaba hasta la médula, y llegamos a Granada cuando comenzaba a despuntar la primavera, que parecía haberse adelantado para recibirnos como es debido. Allí nos enteramos de que los reyes no se habían instalado en la Alhambra, como habíamos supuesto, sino que seguían viviendo en el real de Santa Fe. Se ve que los muy mezquinos no terminaban de fiarse de los moros de Granada. Y lo cierto es que por la corte circulaban rumores de que, entre los oficiales del ejército castellano, había un renegado que quería matar al rey.

De la reina se contaba, asimismo, que, como buena castellana, era muy sobria y austera, y ese lujo y esplendor no la complacían. El sonido del agua, que a mí me tranquilizaba y me daba sosiego, a ella la ponía fuera de sí. Seguramente, también la intimidaban los numerosos lemas y versículos del Corán que adornaban las paredes y estucos de los palacios, aunque algunos podrían haber sido suscritos por ella, cambiando alguna que otra palabra, como aquel que decía: «No hay más conquistador que Alá». Incluso, se rumoreaba que, como era muy supersticiosa, temía encontrarse con los fantasmas de antiguos moradores que habían muerto allí de forma violenta. Todo esto hacía que me pareciera una mujer atormentada. Lo único que parecía enardecerla y excitarla era el poder y la religión, que para ella eran una misma cosa, pero no la belleza o el placer.

Después de varios días de espera, pues eran muchos los que habían

acudido a la corte en busca de fortuna o a reclamar prebendas, los reyes nos recibieron en audiencia pública en el salón del trono, el más grande y principal de la Alhambra, con su hermoso suelo de cerámica dorada y losas de mármol, sus paredes de yesería policromada, que parecían tapices de vivos colores, sus ricos paramentos y su techo de madera noble adornado con lacerías y estrellas. Aparte de los reyes, en él se encontraban, dispuestos en orden jerárquico, según un estricto protocolo; primero, los grandes de Castilla, y después los nobles, los caballeros, los obispos, los abades, los miembros del Consejo Real, los secretarios, los embajadores, las damas de la corte..., todos con sus mejores galas, con el fin de impresionar a los forasteros.

Recuerdo que, cuando nos tocó por fin el turno de saludarlos y rendirles pleitesía, el rey no pudo evitar hacer un leve gesto de fastidio o desagrado. Parecía evidente que no éramos bien recibidos en palacio. Pero Fernando era también muy diestro en disimular, y, en lo que apenas dura un parpadeo, nos puso su mejor cara, esa que seguramente reservaba para las víctimas de sus intrigas y sus conquistas amorosas.

—Acercaos, por favor —nos ordenó.

—Señor —dijimos ambos, haciendo una reverencia.

—Me alegra mucho que hayáis venido a verme —aseguró, cuando nos tuvo cerca.

—Nos gustaría mucho poder hablar a solas con vuestra alteza —se apresuró a decir mi hermano.

—¿Qué os parece mañana, en esta misma sala, después del Consejo? —nos propuso el rey.

La reunión tuvo que aplazarse varias veces, pues se ve que el rey quería castigarnos por nuestra osadía o tal vez doblegarnos. Cuando por fin nos recibió, lo hizo en compañía de la reina y en una de las cámaras que utilizaban para descansar a media mañana; una sala pequeña, con las paredes desnudas y con pocos muebles. Mi hermano y yo nos miramos sin saber cómo tomárnoslo.

—Antes de nada, quiero que sepáis que lamento mucho la muerte de vuestro padre. Sé que era un gran hombre —nos dijo el rey, tras los saludos de rigor.

—Supongo que vuestra alteza no lo creía así cuando lo mandó encerrar en una torre —le soltó Oriol sin poder evitarlo, pues se sentía muy humillado.

—¿Y qué queríais que hiciera? Había osado levantarse en armas contra mí —nos recordó el rey, sin ninguna muestra de acritud—. Pensé que de esa forma se le bajarían un poco los humos, como de hecho así fue.

—No es de extrañar, después de pasar varios días sin pegar ojo ni probar bocado en un calabozo lleno de ratas y humedad —precisó mi hermano.

—Fue vuestro padre el que se negó a comer.

—Como protesta por el trato vejatorio al que vuestra alteza lo sometió.

—Vos sabéis que vuestro padre estaba ya muy enfermo —nos recordó—. Habría muerto de todas formas ese invierno.

—Pero lo habría hecho en su cama, rodeado de los suyos, con el auxilio de su confesor y la debida dignidad.

—Ya os he dicho que sentí mucho su pérdida —insistió—. A pesar de todas sus ofensas, debo reconocer que sentía un gran respeto y admiración por él. Su único defecto era su exagerada obstinación y, sobre todo, su apego a las viejas costumbres, no sé si me entendéis.

—Yo a eso lo llamo lealtad —corrigió mi hermano—. Por otra parte, ¿para qué cambiar lo que está bien? —preguntó retóricamente.

—Porque las cosas humanas no son eternas —replicó el monarca—. Las leyes mudan, al igual que lo hacen las costumbres. Lo que ayer nos parecía inmutable, hoy yace ya en el olvido. Por fortuna, vosotros sois aún jóvenes y podréis acomodaros mejor a estos nuevos tiempos que se avecinan. Como ya habréis comprobado, el mundo está transformándose a pasos agigantados.

—Ya se encarga vuestra alteza de que así sea, con sus actos y decisiones —le reprochó Oriol.

—Creedme, yo soy tan solo un instrumento de la Divina Providencia. Nada de lo que llevo a efecto lo hago por motivos personales, sino por razones que van mucho más allá de mí y de las que a veces no soy muy consciente.

Sin poder evitarlo, yo me eché a reír, y no era para menos, ya que la vida me ha enseñado que no hay mayor soberbia que la de aquel que dice que es solo un instrumento de la Providencia o de lo que sea que esté por encima de los destinos humanos.

—Vos debéis de ser Catalina, ¿no es cierto? —dijo de pronto Fernando, dirigiéndose a mí—. Desde luego, salta a la vista el parecido con vuestro hermano Oriol y también con vuestro padre, si bien debo decir que vos sois mucho más hermosa y espero que menos díscola que ellos, ¿me equivoco?

—Nunca se sabe —dejé caer yo.

—Quiero que sepáis que me alegro mucho de que ambos estéis aquí —aseguró—; así podréis informarme de cómo van las cosas por el principado y la Ciudad Condal.

—Precisamente, hemos venido para eso —anuncié yo—. Ya que Mahoma no acudía a la montaña, la montaña ha venido a ver a Mahoma, como suelen decir los infieles.

—No me gusta demasiado la analogía, pero debo reconocer que no os falta razón. La guerra contra los partidarios de Mahoma ha absorbido toda mi atención durante demasiado tiempo —explicó el rey—. Había por aquí tantos frentes abiertos y tantas cosas que hacer que no he tenido tiempo para lo demás. Y ahora que la guerra ha concluido, debo dejarlo todo bien ordenado y pacificado, y atender sobre la marcha algunas cuestiones urgentes. Pero os aseguro que mi mayor deseo es viajar a Barcelona y trabajar para que el principado recupere la pujanza que antes tenía.

—¿Y los castellanos estarán de acuerdo con eso? —preguntó Oriol.

—Por supuesto, ¿verdad que sí, Isabel? —preguntó el rey, dirigiéndose a su esposa, que asistía al diálogo con aire distante y perplejo.

—No os quepa ninguna duda de ello —confirmó esta—. Además, muy pronto llegará el día en que los castellanos y los catalanes estén unidos bajo una misma Corona y tengan un destino común; de tal forma que lo que sea bueno para unos lo será también para los otros.

La reina lo dijo totalmente convencida y como quien no quiere la cosa, con un aplomo y una autoridad que no dejaban lugar a ningún tipo de duda al respecto.

Como si fuera algo convenido de antemano, en ese momento entró en la sala un secretario para avisarles de que había llegado la hora. De modo que no hubo más remedio que interrumpir la reunión, lo que a Oriol y a mí nos dejó bastante contrariados, pues nos habría gustado saber algo más sobre los proyectos que los reyes se traían entre manos. Pero por lo menos había servido para conocer algo mejor a Isabel. Cada vez estaba más claro que era una mujer muy ambiciosa y que no se iba a parar en barras a la hora de luchar por sus objetivos, pues se creía legitimada por Dios y por la Iglesia y parecía tener mucha influencia sobre su marido, lo que la convertía en una rival muy difícil. No obstante, eso le daba más aliciente e interés a mi misión de seducir al rey.

Las semanas siguientes transcurrieron con lentitud y sosiego. Yo no hacía otra cosa que pasear por los jardines del Generalife, recorrer el Albaicín y el resto de Granada, que para mí tenía un encanto oriental, o cabalgar por los alrededores, disfrutándolo y contemplándolo todo con gran arrobo y admiración. Al cabo de los días, me llamó la atención un joven moro que se movía con gran libertad por la Alhambra. Al principio, pensé que se trataría de un criado importante o de algún trujamán. Pero, según me informaron, era un simple jardinero que se había convertido recientemente; y la verdad era que, a simple vista, parecía un modelo de perfecto cristiano: iba a misa a diario, era manso y humilde y se mostraba siempre piadoso y caritativo con los pobres con los que se encontraba en su camino. Pero a mí no me engañaba. Conocía muy bien esa mirada torva y algo taimada con la que observaba a los reyes cuando creía que nadie se fijaba en él. Esos ojos llenos de rabia y de fuego que, a buen seguro, matarían, como los de un basilisco, si tuvieran capacidad para hacerlo. También su manera de moverse lo delataba, demasiado sigilosa, demasiado tensa y controlada, como la de aquel que se sabe fuera de sitio y anda disimulando todo el tiempo para que no lo descubran. Por otra parte, siempre andaba al acecho, pendiente de quién entraba o de quién salía de cada sala del palacio.

Una mañana coincidí con él en el templo al que solía acudir a rezar. Se trataba de una iglesia construida deprisa y corriendo sobre los restos de una antigua mezquita. Cuando fue a comulgar, noté que con su mano derecha, oculta tras su espalda, hacía un extraño gesto con los dedos, como si con ello quisiera invalidar el sacramento que acababa de recibir, o eso imaginé yo. Poco después, nuestros ojos se cruzaron, y enseguida observé cómo le subía el rubor a las mejillas. Acabada la ceremonia, lo seguí hasta la Alhambra, donde trabajaba, dispuesta a sonsacarle todos sus secretos. Normalmente, los hombres son, para mí, como un libro abierto, pues he conocido a muchos, empezando por mi hermano, con el que conviví nueve meses en el útero de mi madre, que es algo que instruye mucho. No obstante, si alguno se empeña en hacerse el esquivo, basta con que yo me abra de piernas para que él me muestre al instante su corazón.

Y lo cierto es que este fue presa fácil, ya que era muy joven y se sentía muy solo en medio de un mundo que le era extraño y hostil. Después de presentarme, lo invité a que fuera a verme, a la hora de la siesta, a mi casa,

con el pretexto de que quería aprender la lengua árabe. Pero luego unas cosas fueron llevando a otras y no tardamos en ir a parar al lecho. El pobre estaba tan cohibido que yo misma tuve que desnudarlo con presteza. Cuando lo estaba haciendo, cayó al suelo una daga que llevaba pegada al cuerpo con un fajín.

—¿Qué es eso? —le pregunté yo sorprendida—. Por un momento, pensé que era tu verga, que trataba de huir de mí.

—No, señora. Es tan solo una daga —balbuceó.

—¿Pensabas acaso matarme con ella?

—¡Oh, no! ¿Por quién me tomáis? —protestó él.

—¿Al rey tal vez? —dije yo, sin darle ninguna importancia.

—¿Por qué decís eso? —preguntó con un leve temblor de voz.

—No lo sé. Se me ocurrió. Sería normal que sintieses odio hacia su persona —argumenté yo—. A fin de cuentas, eres moro, y tu pueblo ha sido derrotado, humillado y engañado por él.

—No sé de qué me habláis —rechazó él sin demasiada convicción.

—¿No te habrás creído que los reyes van a respetar los acuerdos a los que llegaron con Boabdil? —le solté—. Si es así, desengáñate. Tarde o temprano, se cansarán de tantas contemplaciones...

—No deberíais hablar así —me interrumpió—. Cualquiera podría pensar, si os escuchara, que queréis perderme.

—¿Acaso no lo estás ya? —le recordé yo.

—¿Qué queréis decir?

—No, nada. Pensé que eras musulmán...

—Vos lo habéis dicho: lo era. Pero ahora soy cristiano —corrigió él.

—Si te convertiste fue por conveniencia, reconócelo —apunté yo—. Por eso, estoy segura de que, cuando nadie te ve y el muecín llama a la oración, haces tus abluciones y te pones a rezar en dirección a La Meca.

—¡Eso es falso! —protestó él.

—Mira qué dura se te pone, eso demuestra que estás mintiendo —bromeé yo.

—Sois vos, que no dejáis de toquetearme, mientras habláis, para enredarme y lograr que diga lo que vos queréis —se defendió el muchacho.

—Créeme, no trato de perderte —le aseguré—. Tan solo quiero conocerte un poco mejor; por eso deseo que dejes de fingir. En cuanto a la erección, es evidente que te gusto, ¿no es así?

La verga se le hinchó tanto que parecía a punto de estallar. Yo sentía cómo crecía y palpitaba dentro de mi mano, como si fuera un pájaro atrapado en una trampa. Era la primera vez que yo veía una circuncidada, y, no sé por qué, supongo que por la novedad, eso me excitó mucho.

—Aunque quisiera, no podría negarlo —reconoció él con la voz estrangulada.

—Demuéstrame —le dije de pronto.

Y lo cierto es que no tuve que insistir. Nunca, hasta entonces, nadie me había penetrado de esa manera tan impetuosa. Era como si, en verdad, quisiera destrozarme con su verga y causarme dolor. Pero, cuanto más fuerte golpeaba, más disfrutaba yo, y más placer le causaba a él, lo que, a su vez, hacía que se creciera, y, en consecuencia, arreciaran sus acometidas.

—Sigue, sigue así —le susurré, mientras le mordía la oreja—. Sí, sí, traspásame con tu alfanje hasta dejarme sin sentido.

Al final, grité tanto y con tal fuerza que tuve miedo de que me hubieran oído en toda la ciudad, que a esa hora dormitaba en silencio. El pobre, por su parte, estaba exhausto y parecía algo avergonzado por lo que había hecho.

—No sé si eres un auténtico cristiano, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que eres un magnífico amante —lo halagué—, y eso es lo único que a una mujer como yo le interesa. Por mí puedes creer en lo que quieras, siempre y cuando sigas cabalgándome así.

—¿Y qué pasará si se enteran los reyes o vuestro hermano? —me preguntó, mientras comenzaba a vestirse.

—Por eso no debes preocuparte —lo tranquilicé—. Yo soy una mujer libre y no dejaré que te hagan nada, ¿me entiendes?

—Está bien —concedió él—. Pero ahora debería irme.

—Un momento, te olvidas la daga —le avisé—. Llévala siempre contigo, no vaya a ser que te surja una oportunidad...

—Os ruego que no sigáis con eso —me pidió él, abochornado.

Antes de irse, llegamos al acuerdo de que, cuando yo dejara un pañuelo atado en el balcón de mi cámara, significaría que esa noche podríamos vernos. De esta forma, me aseguraba de que no habría visitas inoportunas, pues debo confesar que no era el único que, por entonces, gozaba de mis encantos. Por supuesto, mi hermano no tuvo nada que objetar, ya que todo era por una buena causa, y él hacía lo propio con cierta dama de la corte por el mismo motivo. Tampoco me importaba lo que pudieran decir de mí en

palacio; de hecho, prefería que me tomaran por una mujer promiscua y lujuriosa, ya que eso serviría para mantener ocultos mis verdaderos planes.

Por otra parte, se contaban de mí cosas mucho peores, que tenían que ver con mi hermano. Y todo porque, a veces, nos sorprendían cogidos de la mano o haciéndonos confianzas al oído, como si fuéramos una pareja de enamorados, o riéndonos con complicidad de algún comentario o de algo que habíamos visto, cosas en fin muy inocentes, pero que, dadas las circunstancias, se interpretaban como un indicio de que entre nosotros había algo más. Y la verdad era que no se equivocaban.

El propio Omar estuvo a punto de descubrir nuestro secreto una noche en que mi hermano estaba en casa y yo me había olvidado de quitar el pañuelo del balcón. Era ya tarde y estábamos dándonos un baño de agua caliente en la tina de madera que había en la casa antes de ir a dormir. De repente, nos dio por lanzarnos agua, como hacíamos de niños. Así es que no oímos que llamaban a la puerta. Al ver que no le abría, Omar estuvo dando vueltas alrededor de la vivienda, hasta que creyó detectar algo de luz a través de una de las ventanas de la planta baja, que estaba tapada con una especie de celosía. A través de ella gritó varias veces mi nombre. Cuando por fin lo escuché, di tal respingo que a punto estuve de salirme de la tina. Alertada por mí, Oriol saltó fuera y corrió a esconderse en su cámara. Yo me sequé como pude y fui a abrir la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté de forma brusca.

—Quería estar con vos y como habéis dejado el pañuelo en el balcón...

—Ah, ya comprendo. Lo que pasa es que, como es tan tarde, no te esperaba —le expliqué.

—Me ha parecido que no estabais sola —comentó él.

—Sería mi criada —mentí yo.

—No creo que con vuestra criada habléis con tanta familiaridad. Su voz, además, sonaba más bien grave —replicó él.

—Es que ya es muy vieja y está muy cascada —argumenté.

—Eso será —admitió él, mientras observaba con mucha atención las huellas de unos pies húmedos en el suelo.

Fuera de ese pequeño incidente, las cosas entre nosotros marchaban muy bien; de hecho, a Omar se le veía cada vez más tranquilo y confiado, y más abierto a mis sugerencias. Una noche, después de holgar, me dijo de pronto:

—Teníais razón.

—¿En qué? —le pregunté yo, haciéndome la inocente.

—En lo que dijisteis el primer día del rey. La verdad es que lo odio con todas mis fuerzas —reconoció el muchacho—, mas no por un motivo baladí.

—¿Puedo saber por qué? —insinué yo.

—Él obligó a mi padre a convertirse en espía y luego lo traicionó de la forma más ruin y rastrera —me confesó.

—Eso es muy propio de nuestro monarca —comenté yo.

—Mi padre era el médico personal de Boabdil y, con el tiempo, logró amasar una gran fortuna —me explicó—. Al ver que la caída de Granada era inminente, decidió enviarnos a mi madre, a mi hermano y a mí a casa de unos familiares que tenemos en la ciudad de Fez, donde pensaba reunirse más tarde con nosotros. Pero, por el camino, fuimos capturados por una patrulla de soldados cristianos, que nos llevó a Santa Fe. Cuando mi padre se enteró de lo que había pasado, trató de negociar un rescate con el rey. Después de varias conversaciones secretas, este le prometió que nos dejaría en libertad si accedía a convertirse en espía al servicio de Castilla. Su única misión sería tener vigilado al sultán, por si se le ocurría alguna treta. Y era tal su amor hacia nosotros que mi padre no tuvo más remedio que aceptar semejante acuerdo.

—Es comprensible —apunté yo.

—Por otra parte, estaba muy descontento con Boabdil, a quien culpaba de haber traído la ruina al reino de Granada, a causa de su carácter débil y pusilánime. Pasado el tiempo, y después de una complicada negociación, el sultán y Fernando llegaron a un acuerdo para la entrega de la ciudad. Pero, en el último momento, Boabdil puso como condición para firmar las capitulaciones que el rey le revelara el nombre de aquellos traidores de su círculo más íntimo que habían llevado a cabo labores de espía contra él. Y, dado que todos esos hombres ya no iban a serle de ninguna utilidad, Fernando se los dio a conocer. A la mañana siguiente, mi padre apareció muerto en su cámara privada. Ese mismo día, el rey nos liberó y regresamos a Granada llenos de contento. Pero nuestro gozo se trocó en llanto cuando nos enteramos de su fallecimiento, así como de la confiscación de nuestros bienes por parte de Boabdil. Mi madre resultó tan afectada que se dejó morir, y mi hermano y yo quedamos huérfanos y desamparados en una ciudad que estaba a punto de rendirse al enemigo.

En ese momento, a Omar se le quebró la voz; así que tuvo que hacer una

pausa para no romper a llorar. Yo me acerqué a él y lo abracé con fuerza para infundirle ánimo y brindarle protección.

—Unas semanas después —prosiguió—, un cristiano al que yo no conocía de nada me reveló, de manera confidencial, que el verdadero responsable de la muerte de mi padre y de la caída en desgracia de mi familia había sido el rey Fernando. Yo, al principio, me resistí a creerlo. Pero él me contó algunas cosas que demostraban que lo que decía era cierto. Y así fue cómo supe qué es lo que había pasado. Desde ese día, me juré dedicar todos mis esfuerzos a intentar matar al rey.

—¿Y no has averiguado quién era ese cristiano? —le demandé.

—Por casualidad, me enteré de que era una persona de calidad, pero le prometí no declararle su nombre a nadie —me indicó.

—Y haces muy bien —me apresuré a decir—. Verás. Lo que me has contado demuestra que el rey es un canalla y un desalmado, capaz de vender a cualquiera por conseguir sus objetivos. Pero deberías saber que no solo es injusto y cruel con los que él llama infieles; hace lo mismo con aquellos cristianos que no están de acuerdo con sus decisiones o que no acatan sus órdenes o sus leyes.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó, poniéndose a la defensiva.

—Aunque te parezca mentira, el rey es también el responsable de la muerte de mi padre y de la ruina de mi familia —le revelé—. De ahí que, como tú, lo odie a muerte.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué habéis venido a verlo? —inquirió él.

—He venido acompañando a mi hermano para solicitar clemencia, pues el rey quiere despojarnos de todas nuestras tierras —le mentí.

—¿Acaso no os ha castigado ya bastante?

—Es un rey avaricioso y perverso —le expliqué.

—Pues alguien debería darle una lección.

—Ojalá yo misma pudiera —me lamenté—. En cuanto a mi hermano, es demasiado pusilánime para llevar a cabo algo así.

—En tal caso, lo haré yo —proclamó, muy serio.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Llevo meses acechando el momento y la oportunidad de acabar con él —me confesó por fin.

—¿De verdad?!

—Pues claro —insistió—. ¿Para qué pensabais que era esta daga que siempre llevo conmigo? Perteneció a mi padre, y he jurado hundirla algún día en el corazón del rey, si es que lo tiene y soy capaz de dar con él —aseguró.

—Mucho me temo que no va a ser fácil, al menos en Granada. Aquí los reyes están siempre en guardia y no se fían de nadie —le avisé—. Tendrás que esperar a que pase el tiempo y se sientan más confiados.

—Cuando abandonen Granada, yo no podré ir con ellos y habré perdido mi oportunidad —razonó Omar.

—No, si haces lo que yo te diga —le aseguré.

—¿A qué os referís?

—Como te he comentado, en Granada estás perdiendo el tiempo. Lo que tienes que hacer es marcharte con tu hermano a Barcelona —le informé—. Allí estarán los reyes en breve y yo te ayudaré a consumir tu venganza, que es también la mía. Ese es mi territorio, y tengo muchos amigos y criados que nos echarán una mano. Acabaremos con él, te lo garantizo. Pero ahora tienes que ponerte en camino, pues el viaje es largo. Yo te daré el dinero para que lo hagáis con las debidas comodidades; para ello, habréis de ir vestidos de cristianos y sin llamar demasiado la atención. Una vez en la ciudad, contactarás con la persona de confianza que yo te diga y aguardarás hasta que llegue el momento de actuar. Para entonces, yo ya estaré en Barcelona, y, con el apoyo de mis colaboradores, te proporcionaré algunos cómplices y te indicaré el día y el lugar más apropiados para hacerlo, así como un plan de huida. Después, cuando todo termine, tu hermano y tú podréis hacer lo que os venga en gana con el dinero que te daremos.

—Mi deseo será volver a Granada e intentar que regresen los míos; esta es mi ciudad —me contó—. Nosotros fuimos los que convertimos este lugar en lo que ahora es. Aquí han vivido mis antepasados desde hace varias generaciones y aquí es donde yo quiero seguir viviendo y ser enterrado.

—Entiendo que quieras volver a Granada y que te indigne tanto verla en manos de quienes no la merecen —comenté yo—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que a los reyes, en realidad, esta ciudad no les gusta ni les interesa. Son demasiado rudos y están demasiado ocupados como para reparar en su belleza. Para ellos es tan solo un símbolo de su poderío. Lo único que deseaban era poner la cruz y el pendón de Castilla en sus torres, y, si alguien no lo remedia, no descansarán hasta expulsaros de ella y arrebatáros vuestra

fe.

—Yo lo impediré —proclamó Omar, muy serio.

—Y yo te ayudaré a conseguirlo si te pones en camino cuanto antes — insistí.

—Así lo haré —me dijo, mientras me daba un abrazo—. Pero recordad que, si muero en Barcelona, quiero que me traigáis a enterrar aquí.

—Cuenta con ello —le prometí.

Luego volvió a penetrarme con más fuerza y decisión que antes, y, al mismo tiempo, con más ternura y sosiego, como un buen enamorado. Sin duda, iba a echarlo mucho de menos cuando se marchara, pues el muy bribón sabía cómo hacerme feliz, y era tan inocente, en el fondo, que ya le había cobrado cariño.

A los pocos días, Omar abandonó Granada con su hermano Alí. Su huida fue muy comentada en la corte, ya que nadie se la esperaba ni, aparentemente, había motivos para ella. Al fin y al cabo, los dos gozaban de una vida más que regalada en la Alhambra y de la protección de los reyes, sus padrinos. Por lo que luego supe, Isabel quiso ver en esta defección un claro síntoma de la mala fe y peor voluntad de los moros granadinos; de modo que ese día decidió que, si estos no se convertían y doblegaban de inmediato, serían expulsados sin miramientos de su particular paraíso, aunque ello contraviniera los acuerdos pactados en su día con Boabdil.

Mientras tanto, mi hermano no había permanecido ocioso. Con el fin de congraciarnos con los reyes, se le había ocurrido organizar unas justas en su honor para celebrar la toma de Granada y el final de la conquista, pues sabía que al rey le complacían mucho, y más desde que las guerras habían dejado de ser lo que eran; de hecho, presumía de cabalgar y justar con gran destreza, pero, por desgracia, en esta ocasión no quiso participar. Se ve que no acababa de fiarse de Oriol.

Por medio de un heraldo, mi hermano había convocado a los nobles y caballeros de Granada y Santa Fe, así como de todos los castillos, señoríos y lugares existentes en varias leguas a la redonda, a participar en el torneo y les había dado a conocer las normas y los premios establecidos. El palenque se situó en una espaciosa explanada rectangular que había cerca de la Alhambra, dividida en dos partes por una barrera central. En la zona más protegida, se

construyó la tribuna para los reyes y allegados y, a ambos lados de esta, las gradas para las damas de la corte y los asistentes ilustres. Al otro extremo, se acordó un espacio amplio para la plebe. Todo ello muy bien engalanado con banderas, pendones, tapices y escudos de vivos colores.

Cuando llegó el día señalado, había una gran animación en el palenque y en las tiendas en las que se habían instalado los caballeros venidos de fuera. A la hora prevista, comenzó a sonar la fanfarria de atabales y chirimías que indicaba el inicio del torneo y enseguida fueron a presentarse los participantes con su pequeño séquito, precedidos por sus respectivos estandartes. Todos iban vestidos con ricas y brillantes armaduras y los caballos, cubiertos con elegantes paramentos. Entre los contendientes se encontraban varios de los guerreros musulmanes que se habían quedado en Granada, a los que, de manera excepcional, se les había permitido conservar sus armas.

Los reyes se presentaron con sus mejores galas, especialmente Isabel, que llevaba un rico brial en el que el terciopelo quedaba oculto por los bordados de oro que lo cubrían y un enorme tocado en forma de corona. Iba montada sobre una hacanea guarnecida de plata y de flores de oro, que deslumbraba a aquel que osaba mirarla. Detrás de ella estaban las catorce damas, todas ellas cubiertas con un tabardo, mitad de brocado verde y mitad de terciopelo pardillo, y una toca haciendo juego con la de la reina, si bien mucho más pequeña, sobre mulas enjaezadas con sillas altas de damasco morado y terciopelo negro, argentería dorada y blanca y cintas de seda de colores.

En el último instante, cuando ya estaba todo preparado y todo el mundo en su sitio, hizo su aparición un caballero provisto de una armadura reluciente. A diferencia de los otros, portaba ya el yelmo con la visera bajada, para que nadie supiera de quién se trataba, y tan solo iba acompañado por su escudero, que llevaba las riendas del caballo y el escudo de su señor colgado a la espalda. Tanto el escudo como la cimera del yelmo exhibían una divisa que consistía en una torre almenada; de ellos colgaban, además, sendas cintas con el siguiente mote: «Nunca mucho costó poco».

Una vez se situaron frente a la tribuna en la que se encontraban los reyes, el escudero comunicó que, con el permiso de sus altezas, su señor prefería mantener su anonimato y que tan solo consentiría en quitarse el yelmo si resultaba vencido, cosa que no creía muy probable. Luego aseguró por su honor que su amo era de alto linaje y, por tanto, digno de combatir con

cualquiera de los caballeros allí presentes. Después de preguntar si alguien tenía algo en contra de tan extraña pretensión, el rey le otorgó el privilegio que se le había demandado, pues no quería retrasar el inicio de las justas.

Ya en el palenque, los jinetes más diestros formaron varias cuadrillas e hicieron algunas evoluciones giratorias con sus corceles, de las llamadas caracoles, y movimientos muy vistosos que simulaban escaramuzas y lances de batalla, que dejaron a todos los asistentes maravillados. Esto dio paso al juego de correr la sortija. La mayor parte de los caballeros se lanzó a la carrera, tratando de ensartar con la punta de su lanza la argolla situada a varios pies de altura. Los únicos que lo consiguieron al primer intento fueron mi hermano Oriol, que se la dio a la reina, tras hacer una reverencia en señal de respeto, y el caballero anónimo, que, para sorpresa de todos, se la hizo llegar al rey.

Después vino el juego de cañas, una especie de simulacro de batalla en el que los caballeros iban en grupo, ricamente ataviados y montados a la jineta, y se perseguían unos a otros para arrojar venablos sin punta, al tiempo que se protegían con adargas de cuero endurecido; por otra parte, debían tener buen cuidado de que las cañas no fueran a parar a las gradas desde las que los asistentes contemplaban el torneo, cosa harto frecuente, como yo misma he podido comprobar muchas veces. En este caso, tan solo hubo que lamentar que una muchacha fuera herida en un brazo, pero a más de una he visto yo perder un ojo en semejante trance.

Por último, tuvo lugar el torneo propiamente dicho. Distribuidos en dos bandos, cada jinete tenía que enfrentarse por turnos a un contendiente, situado al otro lado de la barrera, e intentar derribarlo con su lanza, desprovista de hierro. Tras las diferentes rondas, al final solo quedaron sobre el terreno mi hermano Oriol y el caballero anónimo. Cada vez más intrigados, los asistentes especulaban sobre si se trataría de tal o cual caballero, especialmente las damas, que fantaseaban con la idea de que fuera el hombre de sus sueños. Incluso se decía que era alguien que amaba en secreto a la reina y que por eso no podía darse a conocer, lo que aumentó la expectación de todos los asistentes.

Mi hermano, por su lado, tenía otras cosas más urgentes en las que pensar. Se le veía muy cansado después de varias horas de dar vueltas por el palenque, dentro de su pesada armadura, y de asestar y aguantar golpes aquí y allá. Tampoco el caballero anónimo daba muestras de estar en mejores

condiciones. Lanza en ristre, se dirigieron el uno contra el otro hasta cruzarse en el centro sin que ninguno llegara a derribar a su contendiente o a despojarlo de su arma. Y así en un par de ocasiones más. Incapaces de sostenerse dignamente sobre sus caballos, decidieron pelear a pie con la espada. El primero en atacar fue Oriol, que parecía dispuesto a terminar cuanto antes. Su rival, sin embargo, aguantó con firmeza el embate y apenas se movió del sitio, a pesar de tener menos envergadura. Mi hermano volvió a intentarlo, esta vez por uno de los flancos, pero el caballero anónimo supo parar y desviar los golpes con gran habilidad.

En el palenque tan solo se escuchaba el gran estrépito que producía el entrechocar de las espadas. La gente los contemplaba con el aliento contenido, deseando ver cómo se destrozaban entre sí para que la tensión terminara de una vez. Se trataba de dos formas muy distintas de pelear. Mi hermano era impaciente e impulsivo; su rival, más bien frío y cauteloso. Esto hacía que Oriol atacara una y otra vez, mientras que el otro permanecía siempre a la defensiva, procurando no malgastar sus energías. Así que, al cabo de un rato, los golpes de mi hermano llegaban casi sin fuerza al escudo o la coraza de su adversario, cuya principal estrategia parecía ser la de desgastar a su enemigo hasta que no pudiera continuar. Cuando esto sucedió, el caballero anónimo permitió que se acercara una vez más a él, para, en el último momento, hacerse a un lado y darle un buen empujón en el costado, lo que bastó para que mi hermano cayera al suelo sin posibilidad de oponer resistencia, ya que su arma había salido disparada a gran distancia.

—Rendíos —ordenó el caballero anónimo con apenas un hilo de voz.

Pero mi hermano debía de estar ya tan estropeado que apenas podía soltar palabra o levantar la mano para hacer una señal.

—Os he pedido que os rindáis, y no pienso repetirlo más veces —insistió el caballero anónimo con firmeza.

Ante tal apremio, mi hermano, temiéndose lo peor, se levantó como pudo la visera e hizo un gesto en señal de sumisión. Todos los asistentes comenzaron a vitorear al caballero anónimo, que se había quedado inmóvil, como si de repente todo el cansancio acumulado durante el torneo se le hubiera venido encima. En ese instante, se dirigió a él su escudero para hacerse cargo de la espada y brindarle su ayuda para abandonar el palenque, a lo que el otro se negó de forma ostensible. El rey le pidió, entonces, que se acercara a la tribuna para recibir el premio como vencedor de la justa y ser

aclamado por todos, como se merecía.

—Habéis peleado con gran bravura y destreza —proclamó el rey cuando lo tuvo cerca—, por lo que a la reina y a mí nos gustaría conocer vuestra identidad. Decidnos, pues, vuestro nombre y despojaos de una vez de vuestro yelmo para que sepamos quién ha sido el indiscutible vencedor de este torneo.

—Si es por el premio —replicó el caballero—, vuestra alteza puede repartirlo entre los pobres o dárselo al conde de Dalt.

—También es importante que todo el mundo sepa quién sois —insistió el rey.

—Sería una muestra de vanidad por mi parte —se resistió el caballero.

—Pero vos prometisteis...

—Yo tan solo prometí hacerlo si era vencido —precisó el caballero.

—En cualquier caso, debo recordaros que vuestra decisión va contra las normas del torneo y contra la voluntad de vuestro rey —sentenció el monarca, cada vez más impaciente.

—Está bien —dijo el caballero anónimo con tono de pesadumbre y resignación.

Cuando este se despojó del yelmo, al rey se le agrandaron de tal manera los ojos que parecía que se le iban a salir de las cuencas, pues ya de por sí los tenía algo saltones, todo hay que decirlo. La reina, no menos sorprendida, se volvió para mirar a su esposo, como si le pidiera explicaciones por lo que estaba pasando; y a mi hermano, de la impresión, se le bajó de nuevo la visera, mientras un grito de asombro salía de las bocas de los demás asistentes.

—¡Es una mujer! —exclamaron unos.

—¡Es una dama, sí! —confirmaron otros.

—¡No puedo creerlo! —rechazaron algunos, sin poder dar crédito a lo que veían.

—No, no es posible —negaron unos cuantos, defraudados.

—De modo que ¡sois vos, Catalina de Dalt! —gritó el rey, maravillado y conmovido como un niño, al descubrir que el supuesto caballero que se ocultaba bajo la armadura era yo, sí, yo, ¡qué otra podía ser!—. En mi vida había visto a una mujer con tanto arrojo y valentía —continuó, exultante, al tiempo que la reina lo fulminaba con la mirada—. Mejorando lo presente, por supuesto —añadió el esposo infiel *in extremis*.

—Vuestra alteza es muy galante —dije yo, agradecida por sus alabanzas.

—No es para menos —aseguró—; habéis acabado con la flor y nata de la caballería, incluido vuestro propio hermano, que ya es decir.

—Ha sido solo cuestión de suerte —apunté yo con fingida modestia.

—¿Y vos sabíais que era ella? —le preguntó, de pronto, a mi hermano—. Porque si me entero de que estabais en el engaño y os habéis dejado ganar...

—Por supuesto que no lo sabía —proclamó mi hermano, ofendido—; yo jamás me habría prestado a eso, por la cuenta que me tiene. Cuando la he reconocido, me he quedado tan atónito como vuestra alteza. Desde luego, no es la primera vez que peleamos, ni tampoco la primera que me gana, lo confieso. No en vano ambos tenemos las mismas cualidades y hemos disfrutado de los mismos maestros de armas. Así que es natural que de cuando en cuando resulte victoriosa. Pero ni por lo más remoto pensé que ella se atrevería a desafiarme y a tratarme de esta manera —añadió, cada vez más indignado—, ante todo el mundo y sin previo aviso.

—Por favor, no os disgustéis conmigo ahora —le rogué—, yo tan solo quería añadirle un poco de misterio y de sorpresa a algo que suele ser muy aburrido.

—Sea como fuere —sentenció el rey—, lo que está claro es que hoy hemos asistido a un singular torneo, que tal vez sea recordado en el futuro por juglares y cronistas. Tomad, os lo habéis ganado con creces —me dijo, entregándome el trofeo.

Se trataba de una bandeja de plata, a la que él añadió el collar de oro que llevaba encima, gesto que yo agradecí con una sonrisa, mientras los asistentes me aplaudían y vitoreaban. Después, el rey puso fin al torneo y todo el mundo comenzó a abandonar el palenque.

—¿No os parece admirable lo que ha hecho esta mujer? —le preguntó el rey a su esposa.

Esta, incapaz de disimular por más tiempo su odio hacia mí, dio rienda suelta a su enfado, sin importarle que yo estuviera delante.

—Conozco docenas de mujeres mucho más admirables, y sin necesidad de salirse de los límites y funciones propias de su sexo; mi camarera Beatriz Galindo, sin ir más lejos, sabe más latín que muchos catedráticos de gramática, y encima es hermosa, como bien sabéis —añadió con un suspiro.

Yo ya había oído hablar de esa mujer a la que apodaban la Latina. La había visto en alguna ocasión en la corte, y, ciertamente, me había parecido muy

bella. Era más bien esbelta y de estatura mediana. Tenía el rostro ovalado; el pelo, castaño; las cejas, muy bien delineadas; la nariz, fina y discreta; y la boca, pequeña, pero bien dibujada. Vestía, eso sí, con extremada sencillez, más propia de una abadesa que de una dama de la corte, tal vez con la intención de disimular sus formas, que parecían muy sinuosas.

—Todo eso está muy bien —admitió el rey—. Pero, según tengo entendido, en cuestión de letras, doña Catalina tampoco es manca —añadió para halagarme—, ya que se conoce al dedillo las doctrinas de los grandes filósofos y es capaz de componer poemas en latín, catalán, francés y castellano.

—¿Os ha escrito acaso alguno a vos? —replicó la reina, cada vez más irritada—. Porque, si es así, podríais nombrarla vuestra secretaria, ya que tanto os gusta.

—Isabel, os lo ruego —la reconvino ligeramente el rey.

—Está bien. Dejemos eso ahora —concedió ella—. Nos espera el banquete en honor de vuestra... nueva amiga —añadió entre dientes.

—Vayamos, sí, que no quiero que nuestros invitados comiencen a hacerse preguntas —comentó el rey.

Antes de ir a la fiesta, me di en casa un buen baño caliente y cambié la armadura por un atuendo más apropiado. Sobre la camisa, me puse una saya de tafetán muy adornada y abierta por arriba, para que se pudiera ver bien una parte de mis pechos. Luego me cubrí la cabeza con un tocado en forma de torre fortificada, en clara alusión a mi divisa, que llamó mucho la atención de las mujeres, mas no de los hombres, que permanecieron atentos a lo que se mostraba un poco más abajo.

La celebración tuvo lugar en una de las salas de la Alhambra, iluminada por antorchas y hachones. Las paredes estaban cubiertas de bellos tapices y las mesas, de finos paños. La vajilla era de plata y oro y los manjares se servían al son de la música. En el centro, había un grupo de momos vestidos de salvajes danzando y haciendo todo tipo de juegos.

Durante el banquete, el rey no dejó de devorarme con los ojos, ajeno a la comida y a los demás invitados, y, a buen seguro, impaciente por tenerme entre sus brazos y hacerme su amante. Estoy segura de que, si se lo hubiera pedido, se habría arrojado allí mismo a mis pies, delante de toda la corte y de su propia esposa. Pero aún era pronto para eso. Lo que sí hizo fue brindar por mí a la hora de los postres.

—Bebamos en honor de Catalina, que hoy ha demostrado ser más valiente que muchos hombres —propuso, levantando su copa—. En el pasado, cuando yo era joven, su padre y el mío tuvieron ciertas diferencias. Pero ahora estamos ante un tiempo nuevo, un tiempo en el que los cristianos debemos unirnos y olvidar viejas querellas.

—Así sea —corearon algunos.

Mientras bebíamos, yo le agradecí a su alteza el gesto con una leve inclinación de cabeza, que no le pasó inadvertida a la reina.

En ese momento, entró en la sala el bufón u hombre de placer de don Fernando, un hombrecillo jorobado llamado Alegre que a todos provocaba gran contento con sus pullas, bromas y procaces comentarios. Según se decía, el albardán era de origen judío, como muchos de los cortesanos que por allí pululaban y gozaban del favor de los reyes, lo que no quita para que estos quisieran expulsar a los hebreos de Castilla y Aragón.

—Vuestra alteza ha hablado bien, demasiado bien, diría yo —proclamó Alegre, tras hacer una grotesca reverencia—. Se ve que la dama en cuestión no le es indiferente —añadió, guiñándole un ojo a la reina—. Pero vuestra alteza ya ha visto cuál es su mote: «Nunca mucho costó poco».

—Por el momento, el rey está bien servido —replicó Fernando—. De modo que no es mi intención asediar ningún baluarte, y máxime cuando acabo de salir de una guerra. De todas formas, quisiera recordaros que torres más altas han caído —añadió, mirando hacia mí, lo que provocó grandes risotadas entre los presentes.

—En ese caso, a vuestra alteza no le importará que, en su nombre, yo mismo glose el mote y la divisa de la dama, como es costumbre en las justas de la corte, y culmine así la invención —sugirió el albardán.

—Adelante —concedió el rey, complacido.

El bufón se colocó frente a mí y, con voz solemne y afectada, comenzó a declamar:

*Aunque penséis que estoy loco,
vuestra actitud no me ofende,
que bien claro se me entiende
que mucho no costó poco.*

Por eso confieso y quiero,

*comoquiera que se haga,
que, pues galardón no espero,
serviros tomo por paga.*

Sus versos suscitaron las risas y los aplausos de todos los invitados, incluido mi hermano, que disfrutaba mucho viéndome burlada por un contrahecho delante de todos. Esto hizo que yo me revoliera y respondiera con esta estrofa que improvisé sobre la marcha:

*Servirme a mí es privilegio
del que no disfrutaréis,
aunque seáis hombre egregio,
por mucho que os empeñéis.*

Cuando el rey la oyó, debió de imaginarse a quién iba dirigida en realidad, pues su semblante se ensombreció por un momento. El bufón, sin embargo, se picó conmigo y comenzó una diatriba contra las mujeres que ya llevaba preparada:

*Quien a mujeres persigue
a sí mismo se destruye,
que siguen a quien las huye
y huyen de quien las sigue.*

A lo que yo repliqué de inmediato con unos versos en el mismo tono y con la misma rima:

*Conviene que se castigue
quien contra damas arguye,
pues la verdad él rehúye
y la malicia persigue.*

Mi andanada verbal dejó a los caballeros boquiabiertos y provocó el apoyo espontáneo de las damas allí presentes, salvo el de la reina, que apenas se esforzaba en disimular su reprobación. El albardán, lejos de amilanarse, contraatacó con toda su artillería:

*Si las queréis enmendar,
las habréis por enemigas,
pues ellas solo hacen migas
con quien sabe lisonjear.
Por ganas de ser loadas,
mil alabanzas exigen.
Buscan las cosas vedadas,
desdeñan las ensalzadas
y las peores eligen.*

—Un momento —lo increpó la reina, cuando terminó—. ¿Acaso pensáis que todas somos así?

Y esto fue lo que el muy truhán le contestó:

*Entre todas las mujeres,
vuestra alteza es la excepción.
Tal es vuestra condición
que como vos no hay dos seres.
Vos sois la que deshacéis
lo que contiene mi verso,
pues solo vos merecéis
el renombre que tenéis
en todo el ancho universo.*

Esto hizo que la reina se esponjara como un pavo real.

—Y vos, ¿tenéis algo que decirle a mi bufón? —me retó el rey.

Tras pensarlo un momento, le respondí con esta estrofa:

*A los de vil condición
consiento que digan mal,
siguiendo su natural,
sin freno ni discreción.
Mas, en mi humilde opinión,
un caballero ha de ser
defensor de la mujer*

*en cualquier situación,
pues ese es su menester.*

—Os felicito de nuevo —exclamó el rey—. No solo habéis vencido en el torneo, sino también en esta justa poética para la que no veníais preparada.

—El bufón de vuestra alteza, sin embargo, se ha valido de unos versos muy conocidos de mi paisano Pere Torroella, muerto no hace mucho, por lo que ya no puede reclamar lo que en justicia le pertenece —advertí yo.

—¿Estáis segura de lo que decís?

—Tanto como que este albardán es un jorobado y un judío y sabe Dios si no será también un julandrón —dejé caer—, a juzgar por lo que dice de las mujeres, que no sé cómo todavía tiene ganas de reír, ya que, si no fuera por el favor de vuestra alteza, pronto iría a parar a la hoguera, donde la risa se le trocaría en llanto.

—Os recuerdo, señora —intervino el bufón—, que los muertos más alegres son los jorobados, los judíos y los julandrones; los primeros, porque dentro de la caja bailan; y los otros, porque por fin han dejado de sufrir.

—Reconozco que sois muy ingenioso y que no tenéis empacho en reiros de vos mismo, lo que, en cierta manera, os honra —admití—. A pesar de todo, deberíais ser mucho más respetuoso con las mujeres, pues está claro que nada puede lograrse en este mundo sin ellas, incluida la victoria en la guerra.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el rey, intrigado.

—Según he oído, en la campaña de Granada, no había caballero que no se hallase enamorado de alguna dama de la corte —expliqué—. Y, como estas presenciaban todo cuanto se hacía y daban por su mano las armas a los que iban a combatir y, con ellas, algún que otro favor, diciéndoles palabras de esfuerzo para que demostrasen con altos hechos lo mucho que las amaban, ¿qué hombre, por vil y débil que fuese, no había de vencer después al más valiente enemigo y no había de preferir perder mil veces la vida antes que volver con vergüenza ante su señora? Por eso cabe concluir que en esta guerra venció principalmente el amor.

—Ningún poeta de la corte lo habría expresado mejor —exclamó el rey, conmovido por mis palabras—. En verdad sois una caja de sorpresas.

—De Pandora, diría yo más bien —intervino la reina, sin poder evitarlo, llena de rabia.

—¡Que vuelva a sonar la música! —ordenó el rey, dando una palmada,

para cambiar de asunto.

Esto hizo que todos los comensales abandonaran sus mesas y se dirigieran al centro de la sala, momento que algunas damas y caballeros aprovecharon para cubrirse el rostro con máscaras y falsos visajes. Los músicos comenzaron a tañer sus instrumentos, y, al instante, ya estábamos todos bailando; primero la pavana, lenta y majestuosa, y luego la gallarda, más rápida y ágil, para continuar luego con la baja danza, en la que teníamos que deslizarnos grácilmente, alzando y bajando los cuerpos, como era costumbre en la corte borgoñona. Y así estuve hasta bien entrada la noche, pues todos querían bailar conmigo. En mi vida me he sentido tan agotada.

Cuando por fin regresamos a casa, a mi hermano le faltó tiempo para reprenderme con cierta dureza por lo que había pasado en el torneo y, sobre todo, por no haberle prevenido.

—Si te hubiera avisado, no te habrías prestado a ello —argumenté yo.

—Naturalmente que no; me has puesto en evidencia y me has dejado en ridículo —se quejó con amargura.

—Créeme, no era mi intención —me justifiqué.

—No, tu intención era salir victoriosa, aunque fuera a mi costa —me soltó.

—Lo importante es que todo esto ha surtido el efecto deseado, pues yo diría que el rey ya se ha prendado de mí —concluí.

—Eso creo —admitió él, si bien la idea no parecía hacerle muy feliz.

—¿No era eso lo que querías? —le recordé.

Mas no me contestó. Lo que ocurría, en verdad, era que mi hermano estaba celoso y no podía evitarlo. Una cosa era Omar y otra muy distinta el rey de Aragón. En el caso del muchacho, se había tratado de un juego inocente y sin importancia; de hecho, Oriol me confesó que, en alguna ocasión, nos había espiado mientras holgábamos y se había excitado tanto que a punto había estado de unirse a la fiesta. Pero el mero hecho de que yo intentara seducir al rey lo sacaba de sus casillas, pues temía que pudiera dejarme deslumbrar por los oropeles del poder y enamorarme del monarca. Pero nada más lejos de la realidad, ya que en mi corazón no había sitio más que para él.

Hacia ya mucho tiempo que mi hermano y yo nos amábamos y lo compartíamos todo, incluido el lecho, y ello no nos avergonzaba ni nos causaba ningún conflicto ni problema de conciencia. ¿Con quién yacer mejor

que con alguien de tu misma estirpe que es idéntico a ti en casi todo y, al mismo tiempo, tu complementario? Por otra parte, no estábamos interesados en mezclar nuestra sangre con la de ningún otro, pues no queríamos que esta se degradara o echara a perder. Naturalmente, Oriol acabaría casándose con alguien para cubrir las apariencias y legitimar a nuestros futuros hijos. Pero, de momento, no había aparecido ninguna que aceptara nuestras condiciones. Tampoco había prisa. Ya encontraríamos a alguna doncella noble cuya familia necesitara dinero o prestigio. En última instancia, preferíamos que nuestro linaje terminara con nosotros, antes que degradarla con sangre ajena. Ese había sido nuestro acuerdo desde que ambos éramos impúberes y estábamos decididos a cumplirlo, pasara lo que pasara.

Esa noche nos amamos con más pasión y entrega que nunca. Supongo que con ello yo intentaba demostrarle que todo lo que estaba haciendo lo llevaba a cabo precisamente porque lo quería, mientras que él debió de tratar de que comprendiera que, si me dejaba continuar, a pesar del gran dolor que esto le producía, era por el mucho amor que me tenía.

Al día siguiente, decidimos de común acuerdo que mi hermano regresara a Barcelona, con el fin de no perjudicar mi relación con el rey ni tener que ser testigo de ella, pues ojos que no ven... De esta forma, él podría ir preparándolo todo con Bernat de Martorell, que era su principal hombre de confianza, y yo me quedaría en Granada, con el pretexto de que su clima me sentaba bien para unas dolencias que padecía, ya que mi objetivo era convencer al rey de que acudiera a Barcelona lo más pronto posible.

Antes de su partida, mi hermano y yo discutimos sobre quién debería ser la mano ejecutora que acabara con la vida del monarca. Yo le dije que Omar me seguía pareciendo el candidato más apropiado. Pero Oriol no estaba de acuerdo.

—En mi opinión, creo que deberíamos buscar entre los payeses de *remença* que quedaron descontentos con la sentencia dada en su día por el rey —me propuso.

—¿Un *remença* descontento, dices?! —rechacé yo—. Sin duda, no lo has pensado bien. ¡Ellos son nuestros enemigos naturales!

—Por eso mismo —replicó mi hermano—. Así nadie desconfiará de nosotros. Además, de esta forma mataremos dos pájaros de un flechazo, pues, en cuanto se descubra la identidad del regicida, le echarán la culpa a los *remenças* rebeldes, lo que supondrá el descrédito de su causa y los situará

fuera de la ley. Y eso a nosotros nos brindará una coartada para intervenir. Será como si se abriera la veda contra ellos. Esto nos permitirá formar un ejército y adueñarnos de la situación en pocos días; solo así podremos recuperar todos nuestros privilegios, libertades y derechos, incluidos los malos usos.

—Y en el caso de que encuentres a alguien, ¿cómo lo vas a convencer? —objeté yo—. No creo que los *remenças* descontentos tengan tantos motivos como nosotros para querer matar al rey.

—Olvidas que muchos de ellos fueron tan duramente castigados por la sentencia real que se declararon en rebeldía o se negaron a pagar las multas que se les habían impuesto —proclamó mi hermano—. Y, si eso no basta, haremos correr entre ellos el rumor de que el rey tiene intención de pasar a cuchillo a los *remenças* rebeldes. Eso reavivará su rencor.

—Está bien —admití yo, pues en esos momentos no tenía ganas de discutir—, pero no descartes a Omar, tal vez pueda sernos necesario.

—Cuenta con ello —me aseguró Oriol—. Y ahora prométeme que vas a tener mucho cuidado. Recuerda que la corte es un lugar muy peligroso, más incluso que un torneo o un campo de batalla, pues en estos al menos sabes de dónde te vienen las flechas.

—Lo tendré, no te preocupes.

(SARA DERTOSA)

Como bien decía mi tío Samuel, los judíos somos un pueblo errante. Desde los orígenes, ese ha sido nuestro destino por la voluntad de Dio. Tan triste condición está muy presente en nuestros libros sagrados, aquellos que me hacían fantasear con lejanas tierras cuando era niña, pero también en los relatos que nos hacía mi padre de la historia de nuestra familia. Según solía contarnos, esta había llegado a Sefarad a finales del siglo I del calendario cristiano, en torno al año 3850 de la Creación, tras la segunda diáspora o exilio, una época en la que todavía no había cristianos en la península, a pesar de lo que digan las leyendas. Concretamente arribaron a Tarragona y se instalaron durante un tiempo en Tortosa, entonces llamada Dertosa, de donde tomaron el apellido que todavía hoy ostentamos, en lugar del original, que era Levy. Se trataba de una ciudad muy próspera, situada entre dos cerros, en la orilla izquierda del río Ebro, cerca ya de la desembocadura, por lo que disponía de un importante puerto fluvial.

Tiempo después, mis antepasados comenzaron un largo peregrinaje que, al cabo de los siglos, los llevó a recorrer las diversas tierras de Sefarad, de este a oeste y de norte a sur. Al parecer iban de un lado para otro, huyendo de las invasiones, las persecuciones, las pestes y las guerras de todo tipo que asolaban esta oscura región en la que el mundo conocido se acababa. Tras los romanos, vinieron los bárbaros, que, con el tiempo, se cristianizaron, y luego los musulmanes, que fueron más tarde expulsados por los cristianos. Pero los judíos nos mantuvimos a lo largo de las generaciones. Aunque estuviéramos siempre en minoría, moviéndonos de acá para allá, nosotros representábamos, según mi padre, la continuidad en ese territorio llamado Sefarad.

Durante la dominación árabe, nos encontrábamos en ambos lados de la frontera. Eran tiempos de guerras santas, pagadas siempre con nuestros impuestos. No obstante, hubo momentos en que, en una misma ciudad, llegaron a convivir gentes de las tres religiones. Pero eso se quebró por culpa de la ambición y la intolerancia de los cristianos, que lo querían todo para ellos. De modo que los judíos tuvimos que volver a vivir a la defensiva, cada vez más encerrados en nosotros mismos, siempre bajo sospecha. Y, cuando las cosas se ponían feas o complicadas en un sitio, no nos quedaba más remedio que huir a otro; a veces íbamos como repobladores de ciudades que acababan de ser arrebatadas a los musulmanes o como avanzadilla en territorios fronterizos o como fundadores de nuevas poblaciones. Y así estuvimos, hasta que, después de casi mil trescientos años, a mediados del siglo XIV, la familia de mi padre regresó a tierras catalanas, en este caso a Barcelona, que era entonces una ciudad muy próspera gracias al comercio y a la gran actividad de su puerto, y allí se asentó, con la esperanza de no tener que moverse en mucho tiempo.

La de Barcelona era una de las juderías más importantes de Sefarad, y muchos de sus miembros gozaban de ciertos seguros y privilegios, siempre que pagaran, claro está, sus correspondientes tributos. En un principio, mis abuelos alquilaron una casa en el llamado *call* mayor, en el cogollo mismo de la ciudad, un laberinto de calles angostas, no muy lejos de la catedral cristiana. En ese tiempo, había en él varias sinagogas, una carnicería y numerosas tiendas y talleres de todo tipo. Allí pasaban consulta reputados médicos, tanto físicos como cirujanos, y tenían su despacho los más acreditados banqueros, prestamistas y comerciantes; de ahí que no cesaran de llegar judíos de otros lugares en busca de fortuna y una nueva vida.

Fueron tiempos muy felices, hasta que, en el año 5151 de la Creación, correspondiente al 1391 del calendario vulgar, comenzaron las matanzas y las persecuciones de nuestro pueblo, primero en Sevilla, luego en algunos otros lugares de la Corona de Castilla y, por último, en la de Aragón, incluido el principado. Una de las más cruentas fue, precisamente, la de Barcelona. En ella murieron cerca de trescientos judíos a manos de los cristianos; el resto se convirtió a la fuerza o huyó como pudo, lo que hizo que el *call* de Barcelona desapareciera. Por aquel tiempo, mi bisabuelo paterno era rabino en una de las sinagogas del barrio, frecuentada por ricos comerciantes y conocidos médicos. Cuando comenzó el saqueo, varios de ellos se presentaron en casa

del abuelo de mi padre con un pequeño arcón. El motivo era pedirle que pusiera a buen recaudo la *menorá* o candelabro de siete brazos que, semanas antes, habían mandado labrar para la sinagoga, con el fin de que no cayera en manos de los cristianos, ya que era muy valiosa y tenía un gran significado para ellos. Esta era de oro puro y macizo y estaba tallada a golpe de cincel por un célebre artesano que la había hecho a imitación, aunque a pequeña escala, de la que se encontraba en el templo de Jerusalén cuando fue destruido por los romanos. Asimismo, le pidieron que, en el momento en que las cosas cambiaran y las aguas volvieran a su cauce, retornara a Barcelona y reabriera la sinagoga o, si esta había desaparecido, fundara una nueva en su memoria.

Al día siguiente, de madrugada, mi bisabuelo abandonó con su familia la ciudad, para dirigirse a la villa condal de Besalú, un pequeño pueblo de la Garrotxa gerundense donde teníamos algunos parientes y donde las cosas estaban algo más calmadas, gracias al amparo que los condes habían brindado a los judíos ante posibles ataques. Después de lo que acababan de contemplar en Barcelona, Besalú fue para los recién llegados una especie de jardín del Edén. Allí había una próspera comunidad hebrea desde hacía varios siglos, compuesta, principalmente, por artesanos, comerciantes y médicos, así como algunos campesinos, cosa harto extraña, lo que indicaba que en Besalú reinaba la paz desde hacía tiempo. El lugar, además, era muy hermoso y privilegiado, con su singular puente sobre uno de los dos ríos que bañaban la villa y que dieron origen a su nombre. El *call* estaba formado por unas cuantas calles en torno a la sinagoga y el *miqvé* o baño público, que se encontraban cerca del mencionado puente, si bien, en aquel tiempo, no todos vivían en la judería, ya que también les estaba permitido habitar en otros barrios.

No obstante, la situación cambió hace cincuenta años, tan pronto perdieron el favor de los condes y se les obligó a vivir en el *call*. A partir de ahí, la comunidad comenzó a disminuir de forma paulatina. La mayoría se exilió, pues sus servicios y conocimientos eran requeridos fuera de Sefarad. De modo que, cuando yo nací, quedaban ya muy pocas familias judías en Besalú. A pesar de todo, fueron años felices para mí y mi familia. Yo era la favorita de mi padre, tal vez por ser la benjamina, lo que constituye una debilidad muy común entre los cabeza de familia de nuestro pueblo, por lo menos desde los tiempos de Jacob.

Por desgracia, llegó un día en que las cosas comenzaron a torcerse, a causa de un converso que, para librarse de la hoguera por haber judaizado, nos acusó de hacer proselitismo y de haberle obligado a realizar ciertas prácticas contra su voluntad. Todo el mundo en el pueblo sabía que las imputaciones eran falsas, pero eso no impidió que, a nuestro alrededor, el ambiente se fuera enrareciendo. Así que nosotros también tuvimos que marcharnos.

El primero en hacerlo fue mi tío Samuel, que se dirigió a Tortosa, donde había empezado todo, según solía decir con orgullo, y donde unas décadas antes se había celebrado una disputa entre judíos y cristianos, auspiciada por estos para que reconociéramos públicamente los «errores» de nuestra religión, claro síntoma de que se avecinaban malos tiempos para nuestras creencias. Mis padres resistieron un poco más con la esperanza de que algunos de los que se habían ido volvieran y las cosas cambiaran. Pero cuando murieron los más ancianos, ya no había ningún motivo para permanecer allí. Justo antes de fallecer, mi abuelo le había pedido a mi padre que, como hijo mayor que era, se hiciera cargo de la *menorá* y la llevara a la sinagoga de Barcelona, tal y como mi bisabuelo había prometido en su día.

—¿Y si no hay ninguna sinagoga en Barcelona? —preguntó mi padre.

—Alguna habrá —insistió mi abuelo—. Y, si no la hubiere, la *menorá* te servirá para fundar una, ¿no te parece?

—Se hará como deseas —le prometió mi padre.

—Así lo quería tu abuelo, y seguro que esa es la voluntad de Dio.

De modo que ese fue nuestro primer destino, antes de dirigirnos a Tortosa, donde mi tío Samuel nos aguardaba. Cuando partimos de Besalú, lo hicimos, eso sí, con la esperanza de retornar algún día, tan pronto los tiempos mejoraran para nosotros, pues el lugar nos gustaba y nos seguía pareciendo perfecto para vivir; de ahí que mi padre no quisiera vender la casa. Se la cedió a un amigo cristiano para que habitara en ella, a condición de que la conservara tal y como estaba y nos la devolviera intacta, si algún día regresábamos. Así que me imagino que, en la jamba derecha de la puerta, permanecerá aún la *mezuzá*, un pequeño pergamino, enrollado y guardado en una cajita, en el que mi padre había escrito los versículos de la Torá que habían de protegernos de todo mal y la invocación a nuestro Dio Todopoderoso; la misma *mezuzá* que de niña yo estaba obligada a tocar al salir y al entrar en casa, poniéndome de puntillas, para luego besar las yemas de mis dedos, como era costumbre entre nosotros.

Cuando llegamos a Barcelona, me sorprendió la miseria y decadencia que allí se veía, que contrastaba mucho con todo lo que nos habían contado. Al parecer, era el resultado de largos años de guerra civil entre los partidarios del rey de Aragón y los defensores de los fueros, privilegios y libertades de la ciudad y del principado, así como de los muchos enfrentamientos y divisiones internas que la desgarraban. Por supuesto, el *call* en el que mi bisabuelo había sido rabino ya no existía, pues había desaparecido tras la matanza de 1391. Incluso se había promulgado una orden prohibiendo que la ciudad volviera a tener un barrio judío. Las sinagogas y demás lugares públicos habían pasado a ser dominio real y ahora formaban parte de otros edificios o habían servido de base para construir una iglesia o un palacio o cualquier otra cosa. En cuanto a las casas, las mejores estaban habitadas por cristianos; el resto servían de cobijo para pobres y vagabundos o estaban abandonadas. Tan solo unas pocas estaban ocupadas por judíos, la mayor parte artesanos y médicos. El resto tenían sus pequeñas viviendas en los alrededores del puerto y en la *vilanova* o arrabal de la Rambla, y la única sinagoga a la que acudían se encontraba en un estado muy deplorable.

Sin perder un instante, fuimos a visitarla con el fin de hablar con el rabino y hacerle entrega de nuestro legado. Y la verdad es que nos costó mucho dar con ella, pues se hallaba en un lugar bastante recóndito, al fondo de un callejón, en la parte trasera de una carbonería. Cuando llegamos, el rabino nos miró con cierta desconfianza, como si recelara de nosotros. Mi padre le habló de mi bisabuelo y esto nos franqueó la entrada en la sinagoga. Esta era muy pequeña y tenía el suelo en mal estado y algunos agujeros en la techumbre.

—¿Y qué es lo que os trae por aquí? —quiso saber el rabino.

—Acabamos de llegar a Barcelona —le explicó mi padre— y traemos algo para vos.

—¿Para mí? —preguntó el buen hombre, extrañado.

—Para vuestra sinagoga, más bien —aclaró mi padre—. Se trata de la *menorá* que le fue confiada a mi abuelo para que la pusiera a salvo, hasta que llegara el momento de retornar a Barcelona.

—Entonces, ¿era verdad! —exclamó el hombre, sorprendido—. Había oído hablar de ella, pero siempre pensé que se trataba de una leyenda.

—Pues aquí está —dijo mi padre, sacándola del talego en el que la traía guardada.

—Lado sea nuestro Dio, y que su palabra nos ilumine en estos tiempos tan tristes y oscuros —dijo el hombre, al comprobar que era mucho más hermosa de lo que había imaginado.

—Debéis tener cuidado —advirtió mi padre—; como sabéis, es muy valiosa.

—La protegeré con mi propia vida, si es necesario. No sabéis cómo os agradezco a vos y a vuestra familia lo que habéis hecho —dijo, con lágrimas en los ojos—. Esta será la luz que nos amparará y que atraerá a otras familias a Barcelona —añadió, convencido.

—Esperemos que nuestro Dio así lo quiera.

—¿Y vos qué vais a hacer ahora? —se interesó el buen hombre.

—Mi familia y yo proseguiremos nuestro camino —le informó mi padre—. Nos dirigimos a Tortosa. Allí tengo un hermano al que las cosas le van muy bien. Ese fue, además, el lugar en el que mi familia se instaló hace mil cuatrocientos años, recién llegados a Sefarad.

—Eso es mucho tiempo, ya lo creo —reconoció el rabino—. Pero ¿por qué no os quedáis en Barcelona?

—Como os he dicho, mi hermano nos espera.

—Pero es aquí donde más se os necesita —insistió el rabino.

—Lo siento mucho —se disculpó mi padre—. Yo ya he cumplido la misión que se me había encomendado.

—Os equivocáis —rechazó el rabino—. Vuestra misión va más allá de ser un mero portador. La luz de esta *menorá* de nada serviría si no contamos con vuestra ayuda, ¿es que no os dais cuenta?

—Yo lo único que sé es que ahora toca mirar por mi familia —se justificó mi padre.

—Escuchad. La historia que se cuenta sobre el regreso de la *menorá* a Barcelona habla también de un hombre honrado y virtuoso que tendrá que sacrificarse por el bien de su pueblo, y, sin duda, ese sois vos —aseguró el rabino.

—Como vos habéis dicho antes, no es más que una leyenda, al menos esa parte —replicó mi padre, cada vez más abrumado.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Porque si fuera de otra forma, yo ya me habría enterado, ¿no creéis?

—Está bien —concedió el rabino—. Os propongo una cosa. Como bien sabéis, mañana es *sabbat*. De modo que no podréis emprender viaje. Os

invito a que os hospedéis en mi casa. Mi mujer está ahora mismo preparando la comida con la que solemos celebrarlo. Entre otras cosas, habrá pastel relleno de carne picada, puré de calabaza, berenjenas y espinacas, y mucho vino *kasher*. Vendrán también algunos amigos y familiares. Será como una fiesta en vuestro honor para celebrar el regreso de la *menorá* a Barcelona. Luego cantaremos canciones, daremos gracias a Dio y nos desearemos toda clase de bienes para la semana entrante. Y, al día siguiente, si aún queréis abandonarnos, podréis iros a Tortosa, no os preocupéis, que no intentaré reteneros —añadió para tranquilizarnos.

Mi padre nos miró a todos para ver qué pensábamos y nosotros no supimos qué decir. De modo que él lo interpretó como un asentimiento y no tuvo más remedio que aceptar, para no parecer ingrato, grosero o irrespetuoso, y allí pasamos la noche, sin que se volviera a hablar del asunto.

Por la mañana, se presentaron en casa del rabino una decena de personas, todas deseosas de conocernos y darnos las gracias por habernos acordado de ellas y haberles traído una *menorá* tan valiosa, y estaba claro que no se referían únicamente al oro con el que había sido fabricada. Según nos contaron, eran descendientes de aquellos que en su día habían podido huir de la masacre. Sus padres o sus abuelos les habían contado lo sucedido y ellos habían querido volver a Barcelona, en cuanto vieron la menor posibilidad, para mantener viva la memoria de los que habían muerto, del *call* desaparecido, del cementerio abandonado...

Habían ido llegando poco a poco, cada familia por su lado y sin ponerse de acuerdo entre ellos, procurando no hacer mucho ruido ni llamar la atención, como unos forasteros más, con el fin de pasar inadvertidos, y allí se habían quedado, a la espera de que fueran acudiendo otros. Su intención última era constituir una aljama invisible pero muy activa en la ciudad; de ahí que hubieran comenzado a surgir historias que apuntaban hacia ese fin, como la del retorno de la *menorá*.

En un principio, mi padre intentó mantenerse al margen y no mostró ningún interés por el asunto, pero, a medida que pasaba el día, pude ver cómo se iba contagiando de su entusiasmo, de su sueño, de sus esperanzas. Por eso no me extrañó que, al caer la tarde, nos propusiera que nos quedáramos, que probáramos unos días, tal vez unas semanas o, a lo sumo, unos meses. Los demás le dijimos que, si ese era su deseo, por nosotros no había inconveniente; al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no éramos tan bien

recibidos y agasajados. Así que, esa misma noche, cuando terminó el *sabbat*, le escribió a su hermano Samuel una carta, diciéndole que nos quedábamos en Barcelona, donde, por el momento, estaba nuestro sitio, y que más tarde ya veríamos lo que decidíamos.

Nos costó un poco adaptarnos a una ciudad tan grande. «En Besalú se vivía y aquí bastante tiene una con sobrevivir», solía contestar mi madre cada vez que alguien le preguntaba qué tal estábamos. Pero lo cierto es que las cosas nos fueron bastante bien y no nos faltaron oportunidades. Mi familia era muy querida y estimada no solo por los nuestros, sino también por algunos de los conversos que seguían practicando a escondidas nuestra religión y nuestras costumbres, con gran riesgo de sus personas y de sus bienes. Gracias a la ayuda de todos ellos, mi padre pudo volver a los negocios en un momento en el que el puerto estaba recuperando su actividad comercial. De modo que, en poco tiempo, logró hacerse mercader de sedas, pieles, especias y libros, lo que por entonces proporcionaba mucho dinero.

Aunque vivíamos cerca de la marina, mi padre solía llevarme a pasear por lo que había sido el barrio judío, que, en su mayor parte, se encontraba dentro del recinto amurallado de la antigua ciudad romana y, en los buenos años, había llegado a albergar a cuatro o cinco mil personas, si no más. El recorrido empezaba por la llamada calle del Call, que, con el tiempo, había acabado dando nombre a todo el barrio y, por extensión, a muchas juderías de Cataluña. Como bien indicaba la palabra, originalmente no era más que una especie de callejón, que, en la época de mi bisabuelo, constituía el límite meridional del barrio judío. En un extremo, confluía con varias calles, dando lugar a lo que se conocía como «las cuatro esquinas del *call*»; en una de ellas estaban los *banys nous* o baños públicos de la ciudad, situados ya fuera de la antigua cerca romana, junto al *castell nou*, donde muchos de los nuestros se refugiaron durante la matanza de 1391, aunque de nada les sirvió, pues murieron abrasados.

El otro extremo desembocaba en la entrada principal del barrio judío, la que daba paso a la calle más importante de este, conocida como la de la Carnicería o de la Sinagoga Mayor. Al inicio de esta, en su día se encontraban la casa del portero y la carnicería judía. Después del asalto, que tuvo lugar el 5 de agosto, la calle comenzó a llamarse de Sant Domènec, por ser ese el nombre del santo cristiano al que estaba dedicado ese día. La sinagoga mayor era, entonces, la más antigua de Sefarad y estaba en la

manzana que formaban las nuevas calles de Sant Domènec del Call , Marlet, Arc de Sant Ramon y una plazoleta sin nombre conocido, por lo que el templo tenía tres puertas de acceso. Tras la clausura del *call*, y después de pasar por muchos propietarios, la sinagoga había ido a parar, irónicamente, a manos de la Inquisición, lo que disgustaba mucho a mi padre. Aparte de la mayor, la judería había albergado otras sinagogas, como la menor o poca, la de «los franceses» o la de «la escuela de las mujeres», que disponía de un espacio propio para la oración, así como otras construidas por particulares con la debida autorización real; entre estas, estaba aquella en la que mi bisabuelo había ejercido de rabino, que, por lo que supimos luego, había sido destruida y reducida a escombros.

No muy lejos de la sinagoga mayor estaba la fuente a la que solía ir mi bisabuela por agua. Según parece, tenía un solo caño y, por ese motivo, había que hacer grandes y animadas colas. Pero eso era mucho mejor que tratar de conseguirla fuera del *call*, pues a aquellos que tenían la osadía de intentarlo los cristianos los apedreaban y les rompían los cántaros, con el pretexto de que los judíos querían envenenarlos o provocarles la peste, de la que, cómo no, siempre nos culpaban a nosotros.

Un día decidimos buscar la casa de mi bisabuelo, siguiendo las indicaciones que este le había dado a mi padre. Durante cerca de una hora vagamos por calles y callejuelas sinuosas y, por lo general, muy estrechas, tanto que, en algún caso, nos obligaban a ponernos casi de perfil, hasta que dimos con ella. Se encontraba en una especie de plaza formada por el cruce de varias calles y, por suerte, se mantenía en pie, aunque amenazaba ruina. En la jamba estaba aún el hueco de la *mezuzá*, hacia la que, de forma instintiva, dirigí la mano. Mi padre me comentó que mi bisabuelo no paraba nunca de decir que no descansaría hasta que su familia regresara a ella.

—Ese era su sueño —continuó—, su tierra prometida. Estaba convencido de que algún día los cristianos se darían cuenta de que una de las causas de la decadencia de la ciudad había sido la desaparición del *call*. Y entonces reconocerían nuestra importancia y volverían a llamarnos, y Barcelona recuperaría su pujanza, y ya no volvería a haber más conflictos ni más persecuciones ni... —seguramente iba a decir «más matanzas», pero se le quebró la voz y el semblante se le cubrió de lágrimas.

—Será mejor que volvamos a casa —le pedí yo, apretándole con fuerza la mano—, a la nuestra, a la de ahora.

Por el camino, recordé que, en la ciudad, circulaban muchas leyendas que hablaban de espectros que se paseaban por algunas calles del *call*, sembrando el terror entre las gentes que por allí pasaban. Los cristianos creían que eran las ánimas en pena de los que allí habían perecido de forma violenta, que se resistían a abandonar este mundo hasta lograr ver vengada de alguna forma su muerte; de ahí que, por la noche, no fueran muchos los que se atrevían a aventurarse por ese oscuro laberinto. Los pocos que lo habían hecho juraban haber escuchado voces que hablaban en una lengua extraña para ellos o aseguraban que las casas manaban sangre por los marcos de las ventanas y por debajo de las puertas, hasta encharcar las calles. Algunos afirmaban que se habían cruzado con fantasmas que los conminaban a alejarse del *call* si no querían correr la misma suerte que ellos.

Otro día mi padre me llevó al antiguo cementerio o *fossar des jueus*, situado precisamente en la ladera del Montjuïc o monte de los Judíos, en la parte que mira hacia Levante. Según mi padre, las primeras tumbas llevaban allí unos cinco siglos, pero había sido abandonado por la fuerza tras la desaparición del *call*. Poco tiempo después, el rey Martín el Humano donó los terrenos a una comunidad benedictina que se ocupaba de la capilla real y esta los había cedido o arrendado. El caso es que una parte de este había sido ya profanada y desmantelada por los cristianos, cuyo odio a nuestro pueblo no tenía límites ni se paraba ante nada, ni siquiera ante la muerte.

Por el camino, nos detuvimos varias veces para contemplar la ciudad a nuestros pies. Desde lo alto, parecía una media luna cortada por el mar y rodeada de hermosas montañas y fértiles valles. Del lado de la costa, estaba la marina, que iba desde las atarazanas reales hasta los últimos baluartes, pasado el puerto, donde se veían numerosas naves amarradas o fondeadas. En el interior, lo primero que se divisaba era el arrabal, delimitado por la muralla nueva y separado del resto de la ciudad por la Rambla y la anterior cerca; en él destacaban notables edificios, como el hospital de la Santa Creu, pero había aún muchas huertas y terrenos sin construir. En la otra parte, la más noble y antigua, se alzaban las torres de la *seu* y de otros muchos templos cristianos, que con sus campanas regulaban la vida de Barcelona.

Cuando, por fin, llegamos al cementerio judío, nos encontramos con un panorama bastante desolador. Aquí y allá pudimos observar tierras removidas, *matsevas* o lápidas rotas, tumbas saqueadas y profanadas, lo que causaba gran espanto a mi padre, pues nuestra ley o tradición es muy estricta

con el *kavod hamet* o respeto a los muertos, ya que establece que los cadáveres se entierran hasta el fin de los días y prohíbe de forma absoluta la exhumación de los mismos. Entre los allí sepultados, debía de estar una parte de los trescientos que murieron en las matanzas de 1391, al menos los que no fueron quemados vivos dentro de sus casas o en el *castell nou*, a los que ni siquiera se había permitido luego descansar en paz, tal es la crueldad de los cristianos cuando dan rienda suelta a su odio, muy en contra de lo que predica su religión. También vimos que faltaban muchas estelas funerarias; según le habían contado a mi padre, estas habían sido arrancadas y utilizadas como material para la construcción de algunas casas y palacios de la ciudad, dejando a veces a la vista las inscripciones en lengua hebrea, lo que, claro está, a mi padre y a mí nos llenaba de santa indignación.

Con las últimas luces del día, buscamos las tumbas de nuestros antepasados, siguiendo de nuevo las indicaciones que a mi padre le había dado mi bisabuelo. Estas eran tan humildes que los saqueadores no parecían haber reparado en su presencia, lo que había hecho que se conservaran intactas. Ante ellas rogamos por nuestros difuntos y le prometimos a Dio que haríamos todo lo posible por salvar aquel lugar del abandono y la profanación, para convertirlo de nuevo en un cementerio, ahora que la comunidad había aumentado y Barcelona volvía a tener una aljama, aunque no fuera de forma oficial ni se hubiera asentado en el *call*.

La verdad es que, desde nuestra llegada a Barcelona, la noticia del retorno de la *menorá* había corrido de boca en boca por todas las aljamas de Aragón y muchos la interpretaban como una señal de un inminente renacimiento. Esto hizo que pronto comenzaran a afluir nuevas familias a la Ciudad Condal, hasta el punto de que la sinagoga enseguida se quedó pequeña y hubo que habilitar otras, con la ayuda y la contribución de todos. También fundamos un hospital de acogida para aquellos que iban arribando y estaban enfermos o no tenían medios de subsistencia. A estos últimos se les buscaba trabajo o algún lugar en el que poder ejercer su oficio, así como una vivienda digna.

Poco a poco, se fue acrecentando y fortaleciendo, pues, nuestra presencia en Barcelona; de ahí el empeño de mi padre en recuperar el cementerio, lo que, desde luego, no iba a ser una tarea fácil. Como primera medida, le propuso al rabino que le enviáramos una carta al rey de Aragón, a través del lugarteniente de Cataluña, pidiéndole humildemente que nos lo devolviera y nos permitiera volver a utilizarlo como cementerio, a cambio de nuevos

impuestos, tasas y servicios, que sin duda redundarían en grandes beneficios para la Corona y la ciudad. Pero aún no había llegado ninguna respuesta del monarca ni de su representante.

Y en esas estábamos cuando recibimos la inesperada visita de mi tío Samuel, poco después de que lo hirieran, y nos enteramos de que, justo ahora que habíamos encontrado nuestro sitio y un sueño por el que luchar, tal vez tuviéramos que volver a irnos, pero en esta ocasión no solo de Barcelona, sino también de Sefarad, nuestra querida patria, aquella en la que nuestra familia llevaba viviendo ya desde hacía muchos siglos, desde antes de que los cristianos levantaran sus iglesias y decidieran que estas tierras eran suyas.

VII

(BEATRIZ GALINDO)

Después de darle muchas vueltas, por fin llegó el momento de contarle a mi marido que estaba embarazada. Había dejado pasar algún tiempo para que no pudiera albergar dudas sobre su paternidad, pero ya no podía disimularlo más, pues corría el riesgo de que él se diera cuenta y mi silencio me delatara. La noticia, desde luego, no lo alegró; es más, ni siquiera tuvo la delicadeza de preguntarme cómo me encontraba, como si en efecto sospechara algo o la cosa no fuera con él. A partir de ese día, lo sorprendí varias veces mirando mi vientre de una manera que asustaba, con una mezcla de asco y terror, no sé si porque le repugnaba y avergonzaba ser padre de mi hijo o porque sabía que en realidad no lo era. De hecho, me rehuía y no dejaba que me acercara demasiado a él, tal vez por miedo a que lo manchara con mi culpa o mi concupiscencia. En cualquier caso, ese fue el pretexto que necesitaba para dejar de venir definitivamente a mi lecho, lo que venía a confirmar, una vez más, mis sospechas de que ya solo le interesaban los mancebos.

Todo esto hizo que mi vida se convirtiera en una especie de infierno cotidiano. Era como vivir con un extraño. Pero eso no era lo peor. Cada día estaba más convencida de que, en su cautiverio, se había convertido al islam y, en consecuencia, en un enemigo de Cristo y de los cristianos, incluida su esposa. Y era tal la zozobra e inquietud que esto me provocaba que apenas podía dormir por las noches. Tenía que saber como fuera qué había sucedido, y la única forma que se me ocurría de averiguarlo era intentar descubrir si estaba o no circuncidado, lo cual no iba a ser fácil, dado que ya no nos acostábamos juntos. Más de una vez traté de espiarlo mientras se vestía o se desnudaba o cuando hacía sus abluciones, pero era tan pudoroso que

enseguida cubría sus vergüenzas. Por otra parte, había adquirido la sospechosa costumbre de acudir a diario a unos baños musulmanes que había en el Albaicín, donde, claro está, las mujeres tenían vetada la entrada, pero no los mancebos. De modo que la única opción que me quedaba era yacer con él y comprobar si mis sospechas eran ciertas.

Una noche llamé a su puerta y le rogué que me dejara pasar. Él me dijo que ya era tarde y que al día siguiente tenía que levantarse temprano. Pero yo le comenté que tenía mucho frío y que necesitaba que él me ayudara a entrar en calor, a lo que no supo negarse, como buen caballero que era; de modo que, al final, me dejó entrar. Antes de meterme en la cama, me quité la camisa con la intención de excitarlo.

—¿No decíais que teníais frío? —me preguntó.

—Así es —reconocí yo—. Por eso necesito el contacto de vuestra piel sobre la mía para entrar en calor.

—Está bien —concedió, resignado—. Meteos de una vez en el lecho.

—Y vos, ¿no queréis desnudaros? —me atreví a preguntarle—. De esa forma, me daríais más calor y vos estaríais mucho más cómodo, ¿no os parece?

—Por mí no debéis preocuparos —me contestó él—. Estoy muy bien así, ya lo sabéis.

La verdad era que las pocas veces que habíamos dormido juntos siempre lo había hecho con una camisa que le llegaba hasta las rodillas y que, solo en el momento de ir a penetrarme, se subía un poco para arriba, en lugar de quedarse desnudo, como había oído que hacían otros.

—¿Os avergüenza acaso mostraros desnudo delante de mí? Recordad que soy vuestra esposa —insistí yo.

—No es la vergüenza, sino el pudor —precisó él.

Pero yo me puse tan terca que logré que accediera a desprenderse de la camisa. Cuando lo hizo, enseguida cubrió su miembro con las manos, que no retiró hasta que pudo taparse de nuevo con la manta. Luego, me acerqué poco a poco a él y empecé a acariciarlo.

—¿Es ese el calor que buscabais? —me preguntó, con tono de reproche.

—Sosegaos, por favor, y dejaos hacer —le pedí yo.

En cierta obra *non sancta* escrita en latín, yo había leído que, entre los antiguos griegos, era bastante común una costumbre que consistía en introducir el miembro del varón en la boca de la mujer, que se dedicaba a

lamerlo hasta dejarlo listo para la cópula, si bien algunos hombres preferían llegar hasta el final y derramar su semilla en la garganta de su compañera. Con el tiempo, los soldados romanos importaron esta práctica pagana, como hicieron con todo, y la extendieron por todo el imperio, con el nombre de *fellatio*. Con la llegada de la fe cristiana, esta fue prohibida, por ser *contra natura*, y condenada al olvido o restringida a algunos burdeles en los que trabajaban prostitutas venidas de lejanas tierras. En otras circunstancias, a mí jamás se me habría pasado por la mente llevar a cabo algo tan nefando, pero la gravedad de la situación así lo requería. Para vencer los últimos escrúpulos y el asco que ello me daba, tuve que hacer de tripas corazón y repetirme muchas veces que el propósito era bueno y cristiano y que nada importante se consigue sin sacrificio, o como se diría en latín: *ad augusta per angusta*; hasta que me metí bajo las sábanas y comencé a besarlo en el pecho, en el vientre, en las ingles...

—Un momento, ¿qué vais a hacer? —me interrumpió él.

—Tan solo intento daros gusto —le dije.

—¿Con la boca?! —me increpó, aterrorizado—. Pero ¿no os dais cuenta de que lo que pretendíais hacer es algo sucio y repugnante y... un grandísimo pecado? ¿Es que no tenéis temor de Dios? ¿Pensáis acaso que Él no ve todo lo que hacemos a escondidas y aun debajo de las sábanas?

—Calmaos, mi señor, tan solo pretendía dejaros presto para la cópula —mentí yo.

—Sabéis muy bien que no necesito de semejantes ardidés para cumplir en la cama como es debido —me replicó—. No soy tan viejo como para haber perdido mi virilidad ni tan joven como para que me atraigan esas cosas. Si últimamente no he vuelto a visitaros era porque estáis embarazada —explicó.

—Lamento mucho haberos ofendido —me disculpé yo—. Mi única intención era agradaros...

—Callad, os lo ruego —me interrumpió—. Nunca imaginé que pudierais llegar a ser una mujer tan vil y despreciable.

—Por lo que más queráis, no digáis eso —le pedí yo.

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? —me preguntó.

Estaba tan abochornada que ya no sabía qué decir. Así que me entró tal congoja que llegué a creer que esa noche iba a morir de pena y vergüenza, y la verdad es que, en ese momento, no me habría importado mucho desaparecer. Pero lo peor era que todo aquello había sido en vano, pues no

había logrado averiguar lo que pretendía, por culpa de mi torpeza.

A partir de ese día nuestras relaciones se hicieron más tirantes. Era como si en verdad no estuviéramos casados, pero sin la libertad ni la tranquilidad de las que yo antes disfrutaba. Por otro lado, su conducta era cada vez más sospechosa. Se volvió muy escrupuloso con la comida; apenas probaba ya la carne, sobre todo la de cerdo, y dejó de beber vino, pues decía que le sentaba mal. Nunca olvidaba, eso sí, hacer sus abluciones y se retiraba varias veces al día para rezar a solas en su cámara, con la puerta bien cerrada. Pero no terminaba ahí la cosa. Una tarde, mientras ordenaba los arcones de sus aposentos, encontré, envuelto en una tela de damasco, un libro impreso escrito en árabe, que, a simple vista, me pareció un ejemplar del Corán. Estaba muy gastado por el uso y tenía un gran agujero en el centro que llegaba casi hasta el otro lado, como si alguien, en un momento de ira, hubiera intentado atravesarlo con una daga. También llevaba escritas a mano unas palabras en una de las últimas hojas.

Cuando esa mañana volvió a casa, se lo mostré y le dije que lo había encontrado por casualidad, mientras ordenaba un poco su cámara, como era mi obligación. Le advertí que no era mi intención fisgonear en sus cosas, pero que tampoco podía evitar sentir cierta curiosidad.

—Es normal que sea así —admitió—; no en vano sois mi esposa. En cuanto al libro —añadió con tranquilidad—, forma parte de mi botín de guerra.

—¿Un ejemplar del Corán completamente estropeado?! —pregunté yo, sorprendida.

—En efecto, se trata de un ejemplar del Corán, pero tiene un gran valor sentimental para mí, ya que se lo quité a su anterior propietario después de matarlo en el campo de batalla, tras una dura pelea con él. Lo llevaba oculto entre sus ropas, supongo que para que lo protegiera de los cristianos, aunque de nada le valió —me explicó.

—¿Es, por tanto, una especie de trofeo? —quise saber.

—Así es —me confirmó—. Si no, ¿para qué lo querría? No conozco la lengua árabe ni, desde luego, soy musulmán —recalcó.

—¿Y por qué lo guardáis entre vuestras cosas, como si fuera algo valioso? —quise saber.

—A fin de cuentas, es un libro sagrado.

—Ninguno, salvo la Biblia, puede ostentar dicho honor para nosotros —

repliqué yo con firmeza.

—Es posible, no digo que no —convino él—. De todas formas, tengo la impresión de que la Biblia y el Corán tienen bastantes cosas en común, más de las que muchos creyentes se piensan. No en vano las tres grandes religiones que hay en el mundo han bebido o se han inspirado en la misma fuente, la palabra escrita y revelada por Dios, lo que quiere decir que tanto los judíos como los cristianos y los musulmanes venimos del mismo origen, del linaje de Abraham, y solo después nos fuimos separando. Lo queramos o no, formamos parte de eso que algunos paganos llaman «gentes del libro». De modo que tan sagrado es el Corán como la Biblia, el Antiguo como el Nuevo Testamento, la Torá como los Evangelios.

—¿Cómo podéis decir eso?! —exclamé yo.

—Porque es verdad.

—Puede que, de algún modo, sea como vos decís —admití—. Pero eso no quita para que seamos enemigos irreconciliables.

—Razón de más para que nos interese por ellos —concluyó él—. Siempre viene bien conocer a tu enemigo: saber qué es lo que piensa, en qué cree, cuáles son sus costumbres, que, en un principio y vistas de lejos, pueden parecernos muy extrañas...

—¿Os referís al hecho de que, por ejemplo, no coman carne de cerdo? —le solté.

—Aunque vos lo creáis, tienen sus buenas razones para no hacerlo —replicó.

—Será por eso por lo que vos tampoco la coméis.

—En mi caso, son órdenes del físico —corrigió con firmeza—. Desde que me hirieron en el vientre, no hago bien las digestiones, y él se ha empeñado en retirarme la carne de caza y de cerdo.

—¿Y el vino?

—Por lo mismo. Si no me creéis, podéis preguntarle. Es uno de los médicos de la corte.

—Seguramente un judío o un mahometano —apunté yo.

—Nada extraño, pues apenas hay médicos cristianos, ignoro por qué motivo, ya que se trata de un oficio muy útil y respetable.

—Será porque preferimos dejar algunas cosas en manos de Dios.

—Eso me temo —concluyó él.

—¿Acaso no confiáis en la Divina Providencia?

—Pues claro que sí, y más desde que me sucedió lo que os he contado hace un momento. Pero también sé que los caminos del Señor son inescrutables.

—¿Y eso qué significa? —le pregunté.

—¡Cómo es posible que alguien que tanto ha estudiado —me increpó— sea tan poco comprensiva con los demás y especialmente con las creencias ajenas!

Estaba a punto de contestarle, haciéndome la ofendida, cuando me di cuenta de que me había quedado sin palabras ni argumentos, y más confusa que al principio de nuestra conversación. Al ver que yo no parecía tener nada más que añadir, él me pidió permiso para ausentarse, y yo debí de asentir, pues enseguida se marchó, dejándome allí parada, en medio de la habitación, llena de rabia e impotencia.

Durante varios días con sus noches, estuve cavilando, sin poder aclarar mis pensamientos ni llegar a ninguna conclusión; de hecho, empecé a creer que estaba perdiendo el juicio, con tanta suspicacia y desconfianza. Eran tales mis sospechas que ni yo misma era capaz de concebirlas ni, menos aún, de expresarlas claramente. De modo que decidí hablar con alguien. En un primer momento, pensé en mi confesor, pero enseguida lo rechacé, pues me habría visto obligada a ponerle en antecedentes y había cosas que no podía contar. Al final, decidí confesárselo a la reina. Me imagino que debí de considerar que nadie como mi señora podría entenderme, ya que, para bien o para mal, era la que mejor me conocía y la única que estaba al tanto de toda la situación. Por otra parte, sería una manera de acercarme de nuevo a ella.

Cuando se lo revelé, me miró de hito en hito y me soltó que me había vuelto loca, y que, si no era así, no podía entender cómo se me había ocurrido dudar de mi marido de ese modo.

—Yo más bien creo que el que recela algo es él —repliqué yo—; de ahí su comportamiento.

—No os entiendo —se impacientó la reina.

—Pues que, de alguna forma, sospecha que ha habido algo entre el rey y yo, ya sabe vuestra alteza a lo que me refiero —argumenté.

—¿Y eso qué tiene que ver? —rechazó ella.

—Lo que quiero decir es que su conversión podría ser una forma de venganza —apunté yo.

—¡¿Venganza?! —exclamó la reina con incredulidad—. Pero ¿por qué motivo?

—Por despecho, por odio, por celos, cualquiera sabe —apunté.

—¿Acaso me vengué yo cuando me lo contasteis? Y eso que soy la reina —añadió muy digna—. Simplemente, agarré el toro por los cuernos, nunca mejor dicho, y busqué una solución.

—Eso es verdad —reconocí.

—Entonces, ¿por qué habría de hacerlo vuestro esposo? ¿Es que pensáis que su honor es más sensible que el mío?

—Yo no he querido insinuar eso —me defendí.

—Ya me imagino —comentó con ironía—. Por otro lado, lo más probable es que no sospeche nada.

—¿Y si mi marido fuera el traidor del que nos previno el espía de su alteza? —apunté yo sin poder evitarlo.

—¿Se puede saber de qué habláis?

—Del prisionero renegado al que habrían adiestrado para matar a su alteza. El propio espía dijo que podría tratarse de un oficial del ejército cristiano —le recordé.

—¿Sabéis a cuántos sospechosos hemos interrogado ya a raíz de esa información? Más de treinta, y todos por indicios tan endebles como los que vos señaláis; de ahí que hayan sido declarados inocentes —me explicó—. Me temo que lo de ese supuesto traidor no fue más que un rumor que hizo correr el sultán antes de irse de Granada, para que sospecháramos los unos de los otros, y así debilitarnos.

—Eso debe de ser —reconocí yo—. Ya le he dicho a vuestra alteza que eran solo ideas que se me venían a las mientes después de darle muchas vueltas al asunto —sugerí.

—Delirios de una mente ociosa, diría yo más bien —corrigió la reina.

—Seguramente también sea eso. O a lo mejor es que me siento, de alguna manera, culpable, no lo sé.

—¿Culpable?! ¿Vos?! ¿Por qué?! —exclamó perpleja—. Vos me dijisteis...

—No lo sé, mi señora. Se trata de sentimientos demasiado sutiles e indescifrables. Ya sabe vuestra alteza que tengo una conciencia demasiado escrupulosa —le recordé.

—Creo que deberíais tranquilizaros y pensar en la salud de vuestro hijo, si es que no deseáis perderlo. Y, por lo que más queráis —añadió con más firmeza—, seguid disimulando y siendo discreta. Vuestro marido no puede

llegar a saber nada, ni por lo más remoto, y el mío menos aún. Para ello, deberéis convenceros a vos misma de que nada ocurrió, y dejaos ya de una vez de tantas sospechas, ¿me habéis entendido? —me preguntó y yo asentí—. Pues ahora volved a vuestras ocupaciones.

—¿Qué ocupaciones? —inquirí yo—. Desde que ocurrió el aciago incidente, vuestra alteza no ha vuelto a encomendarme ninguna tarea, y ya sabe mi señora lo poco que me gusta estar ociosa.

—Pues deberíais estar haciendo siempre algo; así dejaríais de cavilar tanto.

—¿Qué más quisiera yo! —me lamenté.

—¿Por qué no escribís algún libro? ¿Qué os parece un tratado para la educación de las damas de la corte? —me propuso—. Podría ser muy provechoso, ¿no creéis?

Mi señora, como siempre, tenía razón, y no ya por el hecho de ser reina, sino porque era una mujer inteligente y práctica. De modo que volví a mis estudios, a mis latines, como los llamaba yo, de los cuales nunca debí haberme alejado. La verdad es que llevaba tiempo con la idea de escribir una obra que recogiera la vida de algunas mujeres ilustres de la Antigüedad, sacadas, en su mayoría, de fuentes romanas, para que pudieran servir de ejemplo, modelo y acicate para las damas de mi tiempo. Se trataba, en fin, de un libro de semblanzas, dirigido inicialmente a la reina, que pensaba titular *De laudibus mulierum* o *De mulieribus claris*, y que comenzaba más o menos de este tenor: «He querido, ilustre y excelente señora, relatar las proezas de un sinnúmero de mujeres de gran valor, para poner de manifiesto sus muchas virtudes y demostrar que, en muchos aspectos, superaron a los hombres».

El problema era conseguir los libros que necesitaba para ello. Por suerte, el conde de Tendilla había encontrado numerosos códices e impresos en varias salas y almacenes de la Alhambra, y estos habían sido trasladados a Santa Fe, para que fueran sometidos a examen por parte de los inquisidores. De modo que le pedí a la reina que me permitiera acceder a ellos por si había obras escritas en latín o alguna lengua romance, como así fue, lo que me llenó de gozo, pues me permitió iniciar por fin mi trabajo.

Por otra parte, era tal la actividad que llevaban a cabo los reyes en aquel tiempo que la corte era un ir y venir de toda clase de gentes: embajadores, comerciantes, obispos, abades, nobles, caballeros, catedráticos, estudiantes recién licenciados en busca de empleo... Esto me permitió hacerles algunas consultas y me deparó alguna que otra sorpresa, como la de tropezarme,

literalmente, en un corredor con el maestro Nebrija; el hombre iba cargado con varios cartapacios que a punto estuvieron de caer al suelo.

—Disculpad —le dije, toda apurada, cuando descubrí quién era.

—La culpa ha sido mía —replicó él—, iba tan distraído que no he reparado en vos.

—¿Tan embebido estáis en vuestros pensamientos que no reconocéis a una antigua discípula? —le pregunté yo.

El maestro, sorprendido, me miró con atención, hasta que por fin consiguió reconocerme.

—Pero ¡si sois vos, Beatriz Galindo, la Latina! —exclamó con júbilo—. Perdonadme que no me haya dado cuenta antes. En mi favor, argüiré que la última vez que os vi fue hace ya muchos años y vos ibais en hábito de estudiante; recuerdo, además, que estabais roja de vergüenza, pues vuestro tío os había descubierto vestida de esa guisa. Y miraos ahora, hecha toda una dama de la corte. Os felicito.

—Os lo agradezco —le dije yo.

—Lo último que supe de vos es que erais maestra de latín de la reina, nada menos —añadió con sincera admiración.

—Eso fue solo al principio, ahora ya no me necesita para esos menesteres —puntualicé yo.

—En cualquier caso, me siento muy orgulloso de haberos tenido como alumna, aunque no fuera de forma oficial —comentó.

—Más orgullosa me siento yo de que fuerais mi maestro. Pero, por favor, no hablemos más de mí —le rogué, algo abochornada—, sino de vos. Decidme: ¿qué hace un sabio como vos en la corte?

—He venido a presentarle a la reina mi *Gramática de la lengua castellana*, de la que ya le hablé hace unos años y que justo acabo de terminar, con la ayuda de mi hija Francisca, que ha decidido seguir mis pasos.

—¡Cuánto me alegra que sea así! —exclamé yo al saber lo de su hija, pues había oído hablar de ella.

—Mi intención ahora es publicarla en Salamanca antes de que acabe el año —me explicó—. Hasta donde yo sé, es la primera gramática que se escribe de una lengua romance, lo que habla muy bien de la pujanza de nuestra lengua y de la Corona de Castilla.

—¿Y para qué puede servir esa gramática? —me atreví a preguntar.

—Lo mismo quiso saber la reina hace cinco años y yo le dije entonces que,

si tenía previsto meter bajo su yugo a algunos pueblos bárbaros y a naciones o reinos de peregrinas tierras, le sería de gran utilidad, ya que la lengua siempre fue compañera del imperio, según nos enseña la Historia —me explicó—. Mi propósito más inmediato es, pues, facilitar el aprendizaje del castellano a los nuevos súbditos de la Corona, entre ellos los musulmanes que han decidido permanecer en Granada; o a aquellos pueblos bárbaros que nuestros reyes puedan someter en el futuro, a los cuales habría que imponer, como es lógico, la lengua del vencedor, como en su día hizo el imperio romano con el latín; o, incluso, a los naturales de otras naciones cristianas que por gusto decidan estudiarla, como ocurre ahora en el reino de Portugal, donde casi todo el mundo quiere hablarla por su gran prestigio. Pero mi principal objetivo —añadió— no es otro que fijar las normas y las reglas del castellano, para que luego no le ocurra lo que le pasó al latín al final del imperio. Y es que la unidad de la lengua es muy importante para conseguir la unidad religiosa y política.

—Entonces, ¿creéis vos que los reyes aspiran a crear una especie de imperio? —inquirí yo con gran curiosidad.

—Y con él un nuevo mundo, muy distinto al actual —aseguró—. En cuanto al rey, no lo sé con certeza, la verdad, pues apenas lo conozco, pero estoy totalmente convencido de que esa, y no otra, es la voluntad de la reina Isabel, a quien Dios guarde muchos años, aunque tal vez sea su hijo o alguno de sus nietos el que, a la postre, la lleve a efecto.

¿Estaría pensando el maestro Nebrija en la expansión de la Corona de Castilla por el norte de África, ahora que los reyes habían conquistado el reino de Granada, o en la conquista de Jerusalén y la liberación definitiva de la Tierra Santa, o en una cruzada contra el avance del imperio turco, o en algún otro proyecto, del que muy pocos estarían al tanto? Lo cierto era que hablaba con tal entusiasmo y clarividencia del asunto que parecía como si presintiera que algo grande iba a suceder en un futuro inmediato, como ya muchos habían profetizado desde hacía años, tras el paso de un cometa por nuestros cielos. Algunos astrólogos decían que ambos reyes habían nacido en la más alta y copiosa conjunción de planetas jamás conocida y que, por ello, estaban predestinados no solo a conquistar Granada y recuperar los Santos Lugares, sino también a acabar con la herejía y propagar por el mundo el imperio cristiano.

—En fin, me alegra mucho haberos encontrado después de tanto tiempo —

le dije yo, a modo de despedida, pues observé que tenía prisa— y veros tan animoso y con tantos proyectos.

—Y a mí que estéis tan bien y que seáis tan hermosa como docta —me correspondió él, lo que, en mi interior, agradecí, pues sabía que no era muy dado a los halagos—, y que os encontréis en la corte, donde tantas y tan variadas cosas se están cociendo en estos momentos.

(CATALINA DE DALT)

La estancia en la corte resultó ser más interesante de lo que esperaba, pues siempre había en ella gran movimiento y agitación. Una de las personas más singulares que en esos momentos andaban por Santa Fe era un tal Cristóbal Colón, un marinero de origen genovés que llevaba ya varios años en busca de apoyo y financiación para un proyecto que tenía de ir a las Indias por occidente, atravesando el océano tenebroso. Se trataba con ello de descubrir nuevas rutas que supuestamente favorecerían el comercio de las especias y otros productos de aquellas tierras. Pero, a esas alturas, la única persona que le daba crédito y le concedía audiencia era la reina, a saber por qué.

Según parece, el tal Colón había presentado ya su proyecto, directamente o a través de sus hermanos, a varios reyes y a personas muy poderosas, así como a varias comisiones de hombres sabios y maestros de universidad, y todos lo habían rechazado, por su carácter disparatado y por contener graves errores de cálculo. Y, a pesar de ello, la pobre Isabel seguía haciéndole caso, lo que había despertado todo tipo de rumores y suspicacias en la corte. Para la mayoría, había algo extraño y oscuro en aquella relación, incluso algo pecaminoso. «A ver si ahora va a resultar que ese dechado de virtudes, pureza y castidad, también tiene un amante», me decía yo. O tal vez fuera que Colón le había contado a ella algo que les ocultaba a los otros, algún secreto, en fin, que nadie más conocía. Lo cierto era que Isabel se quedaba embobada escuchando sus palabras, mientras que a su marido se lo llevaban los demonios.

Necesitaba, pues, averiguar qué había detrás de todos esos encuentros, y, para ello, recurrí a uno de los espías de mi hermano, un tal Gonzalvo de

Cascas, palafrenero del rey, que era el que nos informaba de casi todos los pasos que daba este, dentro y fuera de la corte. A cambio de sus servicios, yo le prometí no solo dinero, sino también otros bienes más deseables, pero más inalcanzables para él, y el pobre, claro, aceptó. Por lo visto, tenía tratos con una de las criadas de la reina y eso le permitía estar al tanto de todo lo que ocurría entre su alteza y Colón.

A juzgar por lo que esta le contó al palafrenero, el navegante estaba poseído por la idea de llevar a cabo su proyecto y parecía dispuesto a hacer todo lo que fuera por conseguirlo, incluso seducir a la reina. De momento, ya había conseguido engatusarla y embaucarla con su palabrería; de ahí que Isabel hubiera comenzado a recibirlo en su cámara privada, casi a escondidas, y, desde luego, a espaldas de su marido. Pero allí lo único que hacían era hablar de ese asunto y de lo mucho que la reina y la Corona de Castilla ganarían si la cosa salía adelante. Y, por lo que la sirvienta pudo entender, no se trataba solo de ganancias materiales, como oro, plata o especias, sino de algo mucho más puro, elevado y espiritual, y, por lo tanto, más valioso. Lamentablemente, eso era todo lo que había podido averiguar. De todas formas, lo importante para mí era que se había abierto una grieta en aquella fortaleza, un lugar por donde atacarla o escalarla, algo, en fin, que podría servirme para malmeter a Fernando contra su esposa y ganarme su confianza.

Un día recibí una nota del rey en la que me anunciaba que esa noche cenaría conmigo. Por lo visto, no aguantaba más tiempo sin catarme o no quería que me sintiera sola por las noches, ahora que no estaba mi hermano. Me advertía, eso sí, que no preparara nada, que él ya proveería de lo que hiciera falta, lo que significaba que no se fiaba de mí y que, por tanto, tenía miedo de que lo envenenara. No obstante, parecía más que dispuesto a caer en mis brazos.

A la hora convenida, se presentaron varios criados con las viandas y las bebidas y lo dispusieron todo sobre la mesa, sin descuidar ningún detalle. También vinieron algunos músicos para amenizar la velada y un retén de guardia, cuyos miembros se repartieron por la puerta y diversos lugares de la casa. Por último, cuando todo estuvo listo, llegó él. Iba vestido con sus mejores galas, como si fuera a visitar al papa, un gesto que me pareció enternecedor. Después del ritual de bienvenida, nos sentamos a la mesa, sobre la que había tantas y tan adornadas fuentes y bandejas con comida que apenas podíamos vernos el uno al otro. El rey mandó servir el vino, al que era

muy aficionado, aunque tal vez pensara utilizarlo, en este caso, para vencer mi posible resistencia. Con la copa en alto, propuso que brindáramos por nosotros.

—¿Por nosotros? —pregunté yo con intención.

—¿Por quién, si no? ¿Acaso queréis que incluya también a vuestro hermano?

—¿Y qué me dice vuestra alteza de la reina?

—La reina está ahora en su cámara con sus oraciones; de modo que no la molestemos.

—Y ella, ¿sabe que vuestra alteza está aquí?

—Por supuesto que no está al tanto. Además, en mi corazón mando yo —añadió.

—Yo más bien diría que lo que manda es lo que vuestra alteza tiene entre las piernas —precisé.

—Supongo que os referís a mi cetro.

—¿A qué otra cosa me iba a referir tratándose de un rey?

—Vayamos, pues, al grano —ordenó.

—¿Y la cena?

—Ya comeremos más tarde. Esto era solo para agasajaros —añadió, refiriéndose a lo que había sobre la mesa.

De repente, el rey dio unas palmadas y todos los criados desaparecieron como por encanto. Después se levantó y con un gesto me invitó a que lo condujera a mi cámara. Una vez en ella, se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada.

—No veía la hora de encontrarme a solas con vos —dijo por fin—, desde que el otro día os vi combatir con tanto arrojo y ardor en el torneo.

—¿Acaso vuestra alteza ha venido a pelear en secreto conmigo? —bromeé yo.

—Digamos que he venido a librar una batalla de amor con vos —anunció, abalanzándose sobre mí.

—En ese caso, ruego a vuestra alteza que se despoje antes de la ropa, que en estas lides no hace falta ninguna clase de armadura.

—¿Me estáis pidiendo que me desnude?

—Si vuestra alteza quiere usar la espada, antes tiene que desenvainarla, ¿no es así? —le recordé.

—En eso tenéis razón —concedió—. Pero os ruego que no miréis hasta

que esté dentro de la cama.

Mientras se desvestía, lo observé con el rabillo del ojo y comprendí sus reticencias. El rey tenía la barriga muy prominente y la verga demasiado corta, tanto era así que, contemplada desde arriba, una apenas dejaría ver la otra, ni siquiera cuando esta estuviera erecta, como era el caso, si bien debo reconocer que la tenía tan dura que semejaba un cetro de oro macizo, como enseguida pude comprobar, pues se arrojó sobre mí como un azor en busca de su presa y no paró hasta que me tuvo ensartada y a su merced, que parecía como si quisiera crucificarme sobre el lecho.

—Vuestra alteza me ha dejado exhausta —le dije, cuando terminó—. Si en el campo de batalla vuestra alteza se comporta así, no va a haber enemigo que se os resista.

—En las guerras suelo ser más comedido —advirtió.

—¿Quiere eso decir que vuestra alteza no participa directamente en ellas?

—Claro que participo —exclamó, algo ofendido—. Pero lo cierto es que las guerras ya no son lo que eran. Ahora con la artillería las cosas son muy distintas. De hecho, casi ningún caballero quiere pelear ya cuerpo a cuerpo en el campo de batalla. Eso explica que en el torneo del otro día vos os llevarais la palma, y conste que no os estoy quitando méritos. Si por mí fuera, ahora mismo os nombraría caballero y os daría un título. A ver si así cundía el ejemplo.

—¿Y qué pensarían los demás?

—Me importa poco lo que opinen mis súbditos —repuso él.

—Me refiero al momento en que se enteraran de que soy la nueva amante del rey. Tal vez acusarían a vuestra alteza de practicar el pecado nefando conmigo, dado que, oficialmente, yo sería un caballero —bromeé.

Mientras hablaba, comencé a acariciarle el ano con un dedo, como había oído que hacían ciertas rameras.

—Desde luego, no había pensado en eso. Pero ¿qué hacéis? —me preguntó, de pronto, sorprendido.

—¿Es que nunca antes...?

—¡Por supuesto que no! —me replicó muy digno.

—¿Es que a vuestra alteza no le resulta placentero? —insistí.

—Eso es precisamente lo que más me preocupa, que, si no pienso en ello, no me desagrada del todo —reconoció—; de modo que dejémoslo estar, os lo ruego.

—Es curioso que a vuestra alteza no le importe mucho poblar de bastardos la faz de la Tierra, pero sí que sus súbditos puedan saber que una mujer le metió un dedo por salva sea la parte y no le hizo ascos.

—Ni siquiera los reyes pueden permitirse ciertas cosas, al menos los cristianos —me recordó.

—¿Y a vuestra alteza no le gustaría probar? —lo desafié.

—*Vade retro me, Satana!* —me gritó—. Eso jamás. No os consiento que sigáis por esa vía tan estrecha.

—Espero no haber ofendido a vuestra alteza —me disculpé.

—Por supuesto que no —rechazó—. Pero, hasta ahora, nadie me había escandalizado tanto como vos.

—No sé si tomármelo como un elogio o como un insulto —comenté.

—Yo tampoco sé si tomaros como a una diosa del amor o como a un demonio que quiere perderme —repuso él.

—Entonces, ¿para qué ha venido a verme vuestra alteza? —le pregunté—. Si era solo para desahogarse, más le habría valido acudir a una puta.

—Tal vez tengáis razón —reconoció, al tiempo que se levantaba del lecho—. Lo mejor será que me vaya y que no vuelva a importunaros.

El rey se vistió con presteza y se marchó sin despedirse, como si de repente se hubiera sentido arrepentido o avergonzado por la situación.

Pero al día siguiente le faltó tiempo para venir a verme; esta vez sin avisar. Apenas había cruzado el umbral, cuando ya estaba desnudándose. Y se ve que llevaba todo el día pensando en mí, pues venía con la verga tiesa y palpitante. De modo que, en cuanto me vio, me arrastró hasta la cama y se lanzó sobre mí, sin demasiados preámbulos y sin pedir permiso a nadie.

—Un momento —le dije, parándole los pies—. No es así como se hacen estas cosas; no entre personas civilizadas.

—¿A qué demonios os referís? —protestó él.

—A que vuestra alteza se ha arrojado sobre mí como un jabalí en celo, sin ni siquiera acariciarme ni darme un beso.

—Pero si os he besado —replicó él.

—¿Acaso llama vuestra alteza a eso besar? Yo más bien diría que alguien ha babeado sobre mí como un perro hambriento —le expliqué—. Por no hablar ahora del olor a ajo que desprende vuestra alteza, como si fuera un vulgar gañán, dicho sea con el debido respeto.

—¿Y a qué queréis que huela, a sándalo y perfumes?! —bramó.

—¿Y por qué no?

—Para que lo sepáis —me informó—, lo del hedor tiene su razón de ser. A mí me place mucho el ajo, como a todo hijo de vecino, pero a la reina no le gusta nada y se lo tiene casi prohibido a los cocineros. Fijaos hasta dónde llega la cosa que, en una ocasión, a uno de ellos se le fue la mano y trató de disfrazar su sabor con abundante perejil, pero Isabel, nada más probarlo, exclamó: «¡Venía el villano vestido de verde!», lo que nos hizo reír a todos. Y eso fue lo que libró al cocinero en cuestión de ser castigado en la horca. De modo que yo aprovecho cuando como fuera para darme un buen atracón de ajos, pues tengo debilidad por ellos.

—De acuerdo —admití yo, enternecida—. Pero ¿cuánto hace que vuestra alteza no prueba el agua?

—Tan solo bebo vino —se apresuró a decir—. Según los físicos, el agua puede ser dañina; el vino, sin embargo, es bueno para la sangre, despierta el apetito y aumenta la virtud natural y el entendimiento, da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, color al descolorido, coraje al cobarde y diligencia al flojo, y ahuyenta la tristeza, conforta el cerebro, saca el frío del estómago y quita el hedor del aliento.

—No me refería ahora al gaznate, sino al real cuerpo de vuestra alteza, que no huele precisamente a rosas —precisé yo.

—En tal caso, también resulta nociva —aseguró—, y más si está caliente, pues ablanda la piel y abre los poros, dejando el cuerpo indefenso ante los terribles miasmas que inficionan el aire.

—¡Eso son necedades! —repliqué yo—. Si vuestra alteza quiere conquistar el mundo, debería darse un baño de vez en cuando para no oler tanto a cuadra. En esta materia, tenemos mucho que aprender de los árabes o de los judíos, a los que muchos cristianos suelen acusar de oler mal, cuando, en honor a la verdad, son ellos los que apestan como demonios.

El rey me miró confundido y perplejo, como si no supiera de qué le estaba hablando o más bien como si nadie le hubiera hablado nunca de esa forma.

—¿Y vos dónde habéis aprendido todo eso? —inquirió el rey con desconfianza.

—En la corte del ducado de Borgoña —le confesé—. Allí me envió mi padre para desbastarme cuando descubrió que me había convertido en una salvaje, y nunca se lo agradeceré lo suficiente.

—En fin, no sé muy bien adónde queréis ir a parar con todo esto. En

cualquier caso, no tengo tiempo para tales menudencias —se justificó.

—Si mi sirvienta estuviera levantada, ahora mismo le pediría que preparara un baño bien caliente para vuestra alteza. Pero ya se fue a la cama.

—¿Y a qué esperamos para hacer lo mismo?

—A que a mí también me apetezca —le solté—. Se ve bien que, para vuestra alteza, una mujer no es más que un útero donde engendrar hijos o un simple trozo de carne con el que obtener placer sin tener que dar nada a cambio, salvo tal vez algún dinero, si es que el señor ha quedado satisfecho.

—¿Y no es eso lo que buscan todos? ¿Por qué habría de ser yo diferente?

—Porque vuestra alteza debería mostrarse superior a los demás.

—En eso tenéis razón —concedió él, divertido—. ¿Me enseñaréis vos a comportarme como un verdadero caballero?

—Lo primero que vuestra alteza debería saber es que a las mujeres nos gusta mucho que nos besen y nos acaricien y, por supuesto, que nos den placer.

—Eso me parece pedir demasiado —puntualizó él—. Concentrémonos ahora en el beso, y luego ya se irá viendo lo demás.

—Está bien —concedí—. En cuanto al beso, vuestra alteza ha de saber que ha de ser como un diálogo sin palabras.

—¿Un diálogo?! —exclamó el rey, desconcertado.

—Cuando dos personas que se aman y sienten la fuerza del deseo, siempre llega un momento en que no encuentran vocablos para expresar lo que les pasa. Por eso, han de dejar que sean las propias lenguas las que hablen sin palabras, y, para ello, estas han de tocarse y entrelazarse la una con la otra —le expliqué.

—¿Y cómo es que sabéis tanto de las cosas del amor?

—Porque he leído mucho —le contesté—, mayormente a los autores de la Antigüedad, que de esto sabían bastante más que nosotros; entre otras cosas, porque eran mucho más libres. Vuestra alteza, sin embargo, aún está por desasnar en este terreno, quiero decir que aún le queda mucho que aprender, dicho sea de nuevo con el debido respeto.

—Un poco tarde, ¿no creéis? Tengo ya cuarenta años y estoy muy resabiado.

—Para el amor nunca es tarde, si uno tiene lo que tiene que tener —dejé caer yo.

Así que el rey se puso en mis manos y me dejó hacer a mí, al principio con

algo de recelo, pero enseguida seducido y fascinado, como arrastrado por una corriente que lo transportó a algunos lugares que ni siquiera sabía que existieran y le hizo gozar placeres que antes no había sentido ni imaginado.

Cuando cantó el gallo, anunciando la llegada de la aurora, traté de despertarlo. Pero me dijo que estaba rendido y que no quería irse. De modo que me costó Dios y ayuda convencerlo para que regresara a Santa Fe cuanto antes. En la puerta me dio un beso de despedida y me dijo algo que estuvo a punto de conmoverme:

—Aún el sol no ha salido y ya estoy deseando que se ponga, pues no veo la hora de volver a estar con vos.

Y lo cierto es que no se hizo esperar. A la caída de la tarde, el pobre vino corriendo desde la Alhambra, como un caballo desbocado, y lo primero que me dijo es que se había bañado y perfumado para mí, y que apenas había probado el vino o catado los ajos. Por un momento, me pareció un niño que trataba de agradar a su madre para que esta lo mimara y lo estrechara entre sus brazos, cosa que hice. Después se comportó con mucha delicadeza, como si fuera otro. Hay que ver lo que puede el deseo.

Mientras comíamos algo para reparar fuerzas, me contó que había decidido acudir a verme todas las noches, y también durante el día, cuando tuviera algún hueco. Yo le recordé que, en ese momento, no debía descuidar sus tareas en la corte ni llamar demasiado la atención. Pero él insistió; de modo que tuve que llamarlo al orden:

—Vuestra alteza debe ocuparse también de los asuntos de gobierno.

—Eso puede esperar —me replicó.

—De ningún modo —rechacé yo—. Cada hora de más que el rey pasa en Granada es a costa de dejar desatendidos otros asuntos no menos importantes en algún otro lugar.

—¿Qué queréis decir? —me preguntó, intrigado.

—Que Barcelona lleva tiempo esperando con los brazos abiertos. Por eso no conviene retrasar mucho más la partida —le aconsejé—. ¿Acaso nadie ha advertido de ello a vuestra alteza?

—Nadie en la corte osa hablarme con la franqueza con la que vos lo hacéis aquí, salvo la reina. Pero ella no cuenta, porque tan solo lo hace para fastidiarme o para defender sus propios intereses.

—Vuestra alteza necesita buenos consejeros, que sean honestos, valientes e imparciales —le sugerí.

—Tal vez tengáis razón —reconoció.

Luego se quedó pensativo, como si estuviera recapacitando.

—¿Cuánto tiempo hace que vuestra alteza no visita la ciudad de Barcelona? —inquirí yo.

—Tanto que ni me acuerdo, la verdad —admitió.

—No me extraña: debe de hacer más de diez años —le recordé—. Desde aquella ocasión en que vuestra alteza acudió con el príncipe don Juan, que tan solo tenía dos años, para que recibiera el juramento como primogénito en unas Cortes que fueron especialmente tensas.

—Es cierto —concedió.

—Y tampoco es que antes vuestra alteza se dejara ver mucho por el principado.

—Las circunstancias no me lo permitieron —se justificó.

—En cualquier caso, ya va siendo hora de cambiar de aires —le propuse.

—Eso creo yo también —convino el rey.

—Pues concluya vuestra alteza de una vez los asuntos que lo mantienen aquí —lo apremié.

—El problema es Isabel —me confesó—. Está empeñada en dejarlo todo atado y bien atado antes de partir. Yo le digo que hay cosas más urgentes, pero ella es tan obstinada que siempre se sale con la suya.

—En ese caso, vuestra alteza tiene que aprender a lidiar con ella —le expliqué—. Con personas así, nunca se debe ir de frente, sino de costado, dando siempre a entender lo contrario de lo que de veras se piensa o se desea, pues por costumbre van a decir que no a todo lo que se le proponga. De modo que si vuestra alteza quiere que la reina haga una cosa debería sugerirle justo la contraria —lo aleccioné.

—Creo que tenéis razón, pero no sé si dará resultado, ya que algunas veces aparenta ceder un poco para enseguida recuperarlo todo. Me temo que Isabel es mucho más astuta que yo y, desde luego, más obstinada —añadió con gesto de pesar—. Precisamente, ahora anda empeñada en que apoyemos el proyecto de un marino genovés llamado Colón, que quiere ir a las Indias por el oeste —me confesó—. Hace ya tiempo, nombramos una comisión de expertos para que examinara el asunto y esta se pronunció en contra de forma reiterada. Pero Isabel, erre que erre...

—¿Y no será que la reina tiene tratos con ese tal Cristóbal Colón? —dejé caer yo, como quien no quiere la cosa.

—¿Con Colón?! ¿Qué queréis decir?! —se sobresaltó el rey.

—Que, por lo que tengo entendido, pasa demasiado tiempo en su cámara con él —informé yo.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Son cosas que se oyen por la corte —me limité a decir.

—¿Y por qué no han llegado aún a mis oídos?

—Porque el interesado es siempre el último en enterarse —le expliqué—. Además, ¿quién osaría contarle a vuestra alteza una cosa así?

—Vos lo habéis hecho.

—A decir verdad, ha sido vuestra alteza quien ha sacado el asunto a colación, lo que indica que le preocupa, y con motivo —añadí yo, para terminar de confirmar sus sospechas.

(SARA DERTOSA)

Cuando el empleado de mi padre regresó de Tortosa, nos contó que el viaje había sido bueno, a pesar de todo, y que la familia se encontraba bien. En una breve carta, mi tío nos contaba que, informado de su regreso, había vuelto a verlo su rival y que él lo había amenazado con denunciarlo. También nos comunicaba que estaba ya en conversaciones con un grupo de comerciantes extranjeros para traspasarles sus negocios por una buena suma. De modo que muy pronto podrían marchar a Génova.

Tras varios días de zozobra e inquietud, mi padre se decidió a hablar por fin con el rabino y los principales representantes de las familias judías de Barcelona. Cuando les relató lo que a él le había dicho mi tío Samuel, unos pocos se mostraron dispuestos a marcharse de inmediato. Si aquí no se los quería, argumentaban, lo mejor sería irse a otra parte, a algún lugar en que fueran recibidos con los brazos abiertos, como ocurría en el imperio otomano, mucho más tolerante con las creencias ajenas que las naciones cristianas. Otros, sin embargo, entre los que se encontraba mi padre, preferían esperar a ver qué pasaba, pues no creían que los reyes, siempre tan mesurados, fueran a llegar tan lejos. Al final, entre todos acordaron lo siguiente: los primeros se marcharían, cuando estuvieran listos, en un barco fletado por su cuenta. Por consejo de mi padre, irían a Génova, donde mi tío Samuel tenía contactos, y allí se instalarían provisionalmente. Pasado un tiempo, si la expulsión no se llevaba a cabo, regresarían a Barcelona, donde reemprenderían su vida y sus negocios con la ayuda de los que se hubieran quedado. Y si, por el contrario, el edicto salía adelante, serían estos los que se dirigirían a Génova para reunirse con los primeros, que les ayudarían a situarse.

Días después del acuerdo, el rabino mandó a buscar a mi padre para que fuera a verlo a su casa, dado que se encontraba muy enfermo. Tenía el corazón débil y el cuerpo muy estropeado, y las últimas noticias habían agravado mucho su estado de salud. Como siempre, mi padre me pidió que lo acompañara, cosa que hice con gusto. Cuando llegamos, el rabino nos mandó sentar junto a su lecho y, sin más dilación, como si el tiempo apremiara, le confesó a mi padre que estaba muy preocupado. A juzgar por sus palabras, daba por sentado que la expulsión iba a producirse y que, para entonces, él ya habría desaparecido, pues tenía los días contados.

—Pero, antes de morir —añadió con otro tono—, quiero pedirlos que os hagáis cargo de nuevo de la *menorá*.

—¿Y no os parece que es demasiado pronto para hablar de eso? —se atrevió a objetar mi padre.

—Lo que está claro es que cada vez será más difícil sacarla de aquí, si es que los cristianos no nos la roban antes —argumentó el rabino.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no alguno de los que se van a ir ya?

—Porque es mejor que lo hagáis vos —insistió el rabino—; a fin de cuentas, vos la trajisteis y vuestra familia la ha custodiado durante estos últimos cien años. De modo que debéis viajar con ellos a Génova sin gran demora.

—¿Y los demás qué piensan?

—Lo mismo que yo —confirmó el rabino.

—En fin. Si esa es vuestra voluntad... —concedió mi padre, no demasiado convencido.

—Esa es la voluntad de nuestro Dio —precisó el rabino—. Alegraos, pues. La *menorá* os iluminará en este nuevo éxodo, y, gracias a ella, podréis fundar vuestra propia sinagoga, cuando lleguéis a Génova.

—Está bien, contad conmigo —se resignó mi padre.

—Os lo agradezco; así podré morir en paz —comentó el rabino.

A partir de ese día, noté a mi padre preocupado, como abrumado por una carga tan grande que amenazaba con aplastarlo, pero que, en todo caso, estaba dispuesto a sobrellevar como fuera. Por otra parte, no tardaron en llegar rumores que confirmaban las palabras de mi tío Samuel, rumores que pronto se vieron ratificados por medio de un pregón, lanzado al mismo

tiempo en todas las ciudades, villas y lugares de los diversos reinos y señoríos de Castilla y de Aragón, con lo que todo se precipitó y nuestros planes se fueron al traste. El caso es que, un mes después de haber sido firmado por el rey, el edicto para la Corona aragonesa fue dado a conocer por diversas plazas, pórticos y mercados de Barcelona. Y, para que nadie pudiera aducir que no se había enterado, el pregonero iba acompañado por un notario que levantaba acta de que este se había leído en tal sitio, en tal fecha y a tal hora. Desde ese momento, disponíamos de quince días para presentarnos ante dicho notario, con el fin de que pudiera registrar nuestros nombres y entregarnos un certificado, y de un plazo de unos tres meses para macharnos si no nos convertíamos.

Esto hizo que el miedo comenzara a extenderse por la ciudad como una horrible peste que tan solo atacara a los de nuestra religión, por lo que, en pocas horas, el pánico se apoderó de la comunidad judía. Era como si el tiempo hubiera quedado abolido para nosotros. Para colmo de males, murió nuestro rabino, a quien enterramos en medio de una gran consternación. Algunos pensaban que Dio se había manifestado, una vez más, contra su pueblo porque le había sido infiel; y, por lo tanto, la expulsión era el justo castigo para quienes habían preferido ocuparse de acrecentar su fortuna en lugar de cuidar su alma y alabar a su Creador. Mi padre, por el contrario, creía que era el precio que había que pagar precisamente por ser el pueblo elegido. Mientras lo escuchaba, no sé por qué, sentí una mezcla de angustia y coraje.

—No lo entiendo, padre —repliqué yo, sin poder evitarlo—; si somos el pueblo elegido, ¿por qué permite Dio que nos pase esto? ¿No sería más lógico que velara por nosotros?

—Es una prueba más y, como tal, debemos aceptarla —me explicó él—. Ya sabes que sus designios son inescrutables. Y no es la primera vez que algo así sucede.

—¿Debemos, pues, resignarnos? —insistí yo, que no acababa de ver claro ese empeño por parte de Dio en seguir poniéndonos a prueba.

—Eso me temo, hija mía —reconoció él con gesto de impotencia—. De todas formas, quiero que sepas que el único responsable de la expulsión es ese maldito rey. Nuestro Dio, de momento, lo permite, pero tarde o temprano lo castigará como se merece —añadió, mirando hacia el cielo.

—¿Y cómo? —inquirí.

—Pues azotando a Sefarad con diez plagas, como hizo con Egipto; o tal vez envíe a uno de los nuestros para ejecutar al rey —aventuró.

—¿Un rabino?

—El elegido podría ser cualquiera de nosotros. Se trata, simplemente, de ser un instrumento del Señor, que es el único que tiene derecho a vengarse cuando su pueblo ha sido maltratado —me recordó.

—¿Y eso a nuestro pueblo de qué le servirá? —quise saber yo.

—De consuelo en medio de la tribulación, pues significaría que Dio nos ha hecho justicia —contestó él, convencido.

—¿Y no hay ninguna forma de quedarse? —le pregunté una vez más, aunque de sobra conocía la respuesta.

—¿Supongo que no estarás pensando en la conversión?

—Eso nunca —aseguré yo, muy digna.

—Me alegra mucho saberlo. Algunos piensan que convertirse es simplemente cambiar de fe —me explicó—, pero, para nosotros, es transformarse en otra persona y, por lo tanto, perder la identidad. De modo que, cuando un judío se hace cristiano para poder permanecer aquí, ya no es él el que se queda, sino un extraño, una especie de muerto en vida. Te ruego, pues, tengas valor. Por el honor de nuestra fe y la ley de Dio, debemos salvaguardarnos de todos esos blasfemos que quieren perdernos. Si nos dejan con vida, bien está; si nos matan, pereceremos; pero nunca seremos infieles a nuestra Alianza, nuestro corazón nunca debe retroceder. Cuando llegue la hora de partir, lo haremos invocando el nombre del Eterno, nuestro Dio.

—Entonces, cuanto antes nos vayamos menos doloroso será —propuse yo.

—Eso creo yo también, hija mía —reconoció—. Pero primero tenemos que terminar de vender las joyas y algunos otros objetos de valor, para los que ya tenemos compradores, y, con el dinero que nos den, adquirir algunas mercancías con las que podamos comerciar luego en Génova, pues, como bien sabes, ni oro ni plata ni monedas podemos llevarnos.

—¿Y cómo vamos a sacar la *menorá*? —quise saber.

—Me imagino que Dio proveerá —apuntó mi padre—. Y, por favor, no me preguntes más cosas. Bastante tengo con pensar en lo que debo hacer ahora.

Conforme pasaban los días, en nuestra pequeña comunidad crecía la angustia y la agitación. De vez en cuando nos llegaban noticias de familias que habían sido atacadas en plena calle o en el interior de sus casas por algunos cristianos, ávidos de quedarse con sus pertenencias. Los rabinos, por

su parte, tuvieron que permitir que varios predicadores de la orden de los dominicos acudieran a las sinagogas para dar sermones llamando a la conversión. Y la canción que más se repetía, por entonces, era una que decía:

*Ea, judíos, a enfardelar,
que mandan los reyes
que paséis la mar.*

Por fin, una noche mi padre nos comunicó que ya teníamos barco para salir de la ciudad. Como tantas veces habíamos hablado, iríamos directamente a Génova, donde mi tío Samuel y su familia nos esperaban para acogernos en su casa y ayudarnos a instalarnos en la ciudad. Había llegado, pues, la hora de despedirnos de nuestros amigos. Fueron momentos de gran tristeza e inquietud, pues no sabíamos lo que nos depararía el futuro, pero también de cierta esperanza, ya que confiábamos en volver a reunirnos con ellos en alguna parte.

Aunque era mucho lo que había que resolver, mi padre y yo sacamos tiempo para efectuar una última visita a la antigua judería y a algunos otros lugares de Barcelona, por si acaso ya no regresábamos. Delante de la casa de mi bisabuelo, prometimos mantener viva la memoria del *call* y de aquellos que lo habían habitado, así como del cementerio profanado y de los que habían muerto en el asalto, hacía cien años. También hubo que decirle adiós a muchas cosas, pues era poco lo que podíamos llevarnos como equipaje. Allí, en la casa, que no habíamos querido vender, quedaron sayas, camisas, chapines, tocas, bordados, tapices, libros, pergaminos, tinajas, vasijas, jofainas, utensilios y adornos de toda clase... El hecho de tener que renunciar a ellas, tal vez para siempre, fue como desprenderse de una parte de nuestro pasado y de nuestra alma, que ya estaba hecha jirones.

El día elegido para embarcar llovía a mares, lo que iba a hacer más penoso y arriesgado el momento de la partida. El cielo estaba tan oscuro que parecía de noche y caía tanta agua que apenas podía verse nada más allá del barco. Se trataba de un pequeño navío con bandera veneciana atracado en el *moll* de la Santa Creu. Había sido fletado por mi padre y otros cuatro comerciantes, y en él podríamos viajar las familias y las mercancías que habíamos podido reunir. Estas habían sido revisadas por varios oficiales de aduanas, a los que, como era habitual, se les había pagado una buena suma por hacer la vista gorda.

Cuando ya estaba todo cargado y el barco a punto de zarpar, pidió subir a bordo uno de los alguaciles del puerto. En cubierta, los pasajeros nos miramos con miedo e inquietud. Quien más quien menos, todos habíamos escondido alguna joya u objeto de valor en el cargamento; algunos se habían tragado entre veinte y treinta monedas de oro, con la intención de expulsarlas cuando hubiera pasado el peligro. Por otra parte, nos llamó la atención que el alguacil estuviera solo, lo que significaba que no acudía como representante de la autoridad, sino de forma interesada y particular. Una vez arriba pidió que lo condujeran a la bodega para examinar la mercancía.

—La carga ya ha sido registrada —le informó el capitán, mostrándole unos documentos.

—Sí, ya sé que mis hombres no han encontrado nada en ella, lo cual resulta bastante sospechoso —replicó él—. De modo que me imagino que los habréis untado bien para que se hagan los tontos. Pero unos y otros deberíais haber sido un poco más astutos y dejar que apareciera algo, para no levantar sospechas.

—Comprendo vuestros recelos —comentó el capitán, cada vez más preocupado—, pero tenemos que zarpar ya, pues vamos con mucho retraso y se está preparando una buena tormenta.

—Partiréis cuando yo lo diga —gritó el alguacil.

—Si nos dejáis salir ya, sabremos cómo compensaros —propuso uno de los comerciantes.

—Demasiado tarde para eso, ¿no creéis? —replicó el alguacil.

—Nosotros no sabíamos cuál era el procedimiento en estos casos —se justificó el otro, consternado.

—Y ahora de poco os va a valer saberlo —advirtió el alguacil.

En la bodega, pidió que abriéramos algunas cajas, arcones y barriles, revolvió aquí y allá y, por último, clavó su espada en algunos sacos de trigo para comprobar si había en ellos algo que no fuera grano. Mientras lo hacía, pude ver que mi padre se mostraba cada vez más inquieto y angustiado. El sudor le corría por la frente y las sienes y no sabía dónde ocultar las manos.

—A ver qué tenemos aquí —exclamó de pronto el alguacil al notar que su espada había tropezado con algo metálico.

Con el arma hizo un desgarrón en el saco y metió la mano en el grano hasta dar con lo que buscaba.

—Vaya, vaya —exclamó el alguacil con una sonrisa de satisfacción—.

Pero ¿qué es esto?

Se trataba de la *menorá*, la misma que mi bisabuelo había rescatado de una de las sinagogas de Barcelona y mi padre había traído de nuevo cuando mi familia retornó a la Ciudad Condal; la misma, en fin, que le había entregado el rabino para su custodia hasta llegar a Génova.

—Es mío —confesó mi padre sin esperar a que el otro preguntara.

—El edicto dice bien claro que no podéis llevaros ni oro ni plata ni moneda amonedada —recordó el alguacil.

—Como bien sabréis, es un objeto sagrado —le explicó mi padre—; por eso no podemos venderlo ni enajenarlo. Procede de una de nuestras sinagogas y posee un gran valor simbólico para nuestro pueblo. Servirá para poder fundar una nueva sinagoga allá donde vamos, con el fin de seguir unidos bajo la protección de nuestro Creador.

—Para mí no es más que un candelabro de oro puro y macizo —puntualizó el alguacil, contemplándolo—; de modo que queda confiscado.

—¿Confiscado?! No, no puede ser —rechazó mi padre—. Eso sería un terrible sacrilegio.

—Y dad gracias de que no os mando azotar delante de vuestra familia —le advirtió el alguacil, mientras volvía a subir a cubierta con el candelabro.

Mi padre le propuso entonces un arreglo. Pero el alguacil no parecía muy interesado. Estaba claro que tenía la intención de quedarse con él, para mandarlo fundir y convertirlo en joyas u otra cosa.

Una vez en cubierta, autorizó al capitán a zarpar, antes de que se arrepintiera y los mandara detener a todos. Después, desembarcó y mi padre salió tras él. Mi madre trató de impedirselo, pero no le hizo caso. Estaba tan alterado que temí que fuera a hacer un disparate. De modo que me dirigí a proa y, sin que nadie me viera, descendí de la nave por una de las amarras.

—Os ruego que escuchéis lo que tengo que deciros —oí que decía mi padre, cuando conseguí acercarme a ellos.

—No podéis embarcar ese oro, ya lo sabéis —le volvió a recordar el alguacil, para quitárselo de encima—; así que no tenemos nada más que hablar.

—Si dejáis que me lo quede, os compensaré con creces —le ofreció mi padre.

—¿Tenéis acaso monedas? —inquirió el alguacil, volviéndose hacia mi padre.

—No, monedas no —respondió este tras un momento de titubeo, pues se dio cuenta de que podía tratarse de una trampa—. Pero sí valiosas mercancías.

—Entonces, no me interesa.

—Si no me lo devolvéis, os denunciaré —lanzó de pronto mi padre.

El alguacil se dio la vuelta y lo miró con un gesto de odio que no dejaba lugar a dudas.

—Por la cuenta que os tiene, no creo que os atreváis —dejó caer.

—Ya sé que, si lo hiciera, me lo confiscarían igualmente, pero a vos os castigarían con gran dureza, ya que, según se cuenta por ahí, los reyes se muestran muy celosos de que sus servidores cumplan lo establecido en el decreto de expulsión —argumentó mi padre.

—¿Me estáis amenazando? Porque, si es así, deberíais saber que aquí y ahora yo soy la única autoridad. Así que no me provoquéis —le advirtió—. Estoy casi seguro de que lleváis dentro de vos un buen puñado de monedas de oro. ¿No querréis que os abra en canal para comprobarlo?

—No es el oro lo que me importa —informó mi padre—. Pero ese objeto significa mucho para mi pueblo y yo soy ahora su custodio; si lo pierdo, me convertiré en unapestado.

—Mucho me temo que ya lo sois; puedo oleros desde aquí —se burló el alguacil.

—Sin él mi vida ya no tiene sentido, es como si estuviera muerto —insistió mi padre.

—En ese caso, lo mejor será que os mate de verdad, para que dejéis de sufrir y de darme a mí la matraca —le advirtió el alguacil.

—Por lo que más queráis, os lo suplico. Sé que, en el fondo, sois un hombre honrado y piadoso y un buen cristiano.

—En eso tenéis razón, y, con todo este oro, lo seré más todavía.

—Os lo imploro, no os manchéis las manos con un crimen tan execrable —suplicó mi padre.

—Si es por eso, luego me confesaré; estoy seguro de que mi pecado me será perdonado sin problemas. Es lo bueno de ser cristiano —se burló.

—Por mucho que os confeséis no seréis más que escoria —le soltó mi padre—. Con razón queréis expulsarnos de Sefarad. No soportáis nuestra presencia, porque sabéis que somos mucho mejores que vosotros: falsos, hipócritas, sepulcros blanqueados...

—Padre, ¡ya basta! —le pedí yo, agarrándolo del brazo para que regresara conmigo al barco.

—Antes déjame que le diga un par de cosas a este miserable —se resistió.

El alguacil se volvió, de pronto, lleno de ira y, ante mis ojos aterrados, le clavó la espada en el vientre sin previo aviso. Y se disponía a hacerlo de nuevo cuando yo me interpuse.

—¡Aparta, maldita perra! —me gritó el alguacil, al tiempo que me daba un fuerte empujón para hacerme a un lado—. Ya me encargaré luego de ti y de toda tu parentela.

A causa del golpe, yo caí al suelo aturdida, pero enseguida me recuperé e intenté levantarme. Mientras lo hacía, pude ver cómo el alguacil acuchillaba una vez más a mi padre, como si fuera un simple saco de grano o un pobre cordero en el ara del sacrificio, y, tras romperle la ropa y abrirlo en canal, le sajava los intestinos para comprobar si en su interior llevaba escondidos los malditos ducados de oro, como él pensaba.

Horrorizada, aparté la vista y, en ese instante, descubrí junto a unas redes uno de esos bicheros que utilizan los pescadores. Sin pensarlo dos veces, me agaché para cogerlo, lo agarré con firmeza y se lo clavé con todas mis fuerzas al maldito alguacil en la base del cráneo. Antes de morir, se dio la vuelta y me miró con asombro y con rabia, como si no pudiera creerse que una pobre judía como yo, casi una niña indefensa, hubiera tenido el valor y la osadía de atacarlo a él, un hombre curtido y bragado, cristiano viejo y alguacil del puerto, para más señas. Intentó hablar, mas de su boca tan solo brotó un chorro de sangre, y, entonces, se derrumbó como un muñeco de trapo.

Después corrí hacia el embarcadero para avisar a mi madre y a mis hermanos de lo que había ocurrido. Pero, cuando llegué al lugar en el que había estado amarrada la nave, descubrí con sorpresa que esta ya había partido. Miré a un lado y a otro, sin acabar de dar crédito a lo que me mostraban los ojos, y al final tuve que aceptar la situación. Seguramente el miedo, la avaricia y la cobardía los habrían empujado a huir sin atender los ruegos de mi familia, que ofrecerían todo lo que llevaban en la bodega para que volvieran e intentaran rescatar a mi padre. Y el capitán haría lo que le dijeran los otros comerciantes, que para eso le pagaban. De esa forma, evitaría también problemas con la justicia. Solo más tarde, en alta mar, mi familia descubriría, con horror, que yo tampoco estaba a bordo. Mi madre intentaría convencer a los demás de que había que volver, y estos le dirían

que ya era demasiado tarde, pues la tormenta se les había echado encima.

Cuando regresé junto al cadáver de mi padre, sentí un dolor tan inmenso y afilado que le pedí a Dio que acabara conmigo de una vez por todas; si no, lo haría yo misma con la espada del alguacil, mas el Señor se mostró impasible ante mi desgracia. Tal vez me estuviera probando, pensaba yo para mí, acordándome de mi padre. Si era así, se iba a llevar una terrible decepción. Cogí el pomo de la espada firmemente con las dos manos y dirigí la punta hacia mí, a la altura del corazón. Después, cerré los ojos y me dispuse a apretar. Los brazos, sin embargo, no me obedecían. Volví a intentarlo de nuevo, con el mismo resultado. Y así estuve un buen rato, hasta que una idea comenzó a abrirse paso poco a poco en mi alterada conciencia. Al principio, era algo vago e impreciso. Luego se fue concretando hasta convertirse en un sentimiento que acabó adueñándose de mi voluntad e invadió por completo mi corazón, sin dejar sitio para nada más. Miré al cielo y le juré a mi Dio que mataría al rey de Aragón, al que consideraba culpable de todo lo que había pasado por haber firmado el maldito edicto; y, mientras ello no aconteciera, no descansaría en paz.

Ese, y no otro, iba a ser mi destino; de ahí sacaría las fuerzas para seguir viviendo y luchando. Al fin y al cabo, lo había perdido todo, lo que ya poseía y lo que aún me faltaba por alcanzar. Mi vida, por tanto, carecía de sentido. No obstante, mi Señor no había permitido que me la quitara, pues sin duda esperaba algo más de mí: me exigía venganza, y no solo por lo que le había sucedido a mi padre, pues esa muerte ya estaba vengada, sino también por lo que le estaba ocurriendo a mi pueblo, el pueblo elegido, en tierras de Sefarad. Mi Creador, al salvarme e impedir que me matara, así lo había querido y así me lo había inspirado; esa iba a ser mi prueba definitiva.

De repente, me acordé de lo que me había dicho mi padre algunos días antes, cuando vaticinó que nuestro Dio castigaría al rey como se merecía por agraviarnos y expulsarnos de Sefarad y que, para ello, elegiría a alguien, que podía ser cualquiera, como instrumento de su venganza, el único legitimado para hacer justicia en su nombre.

Así pues, yo iba a ser el brazo ejecutor y la espada flamígera, y ello, lejos de disgustarme o atemorizarme, me enardecía. De hecho, solo con pronunciar mentalmente las palabras justicia y venganza ya me hervía la sangre de los pies a la cabeza, como si estuviera fuera de mí, dotada de una fuerza que me desbordaba y hacía que me sintiera capaz de cualquier cosa.

Pero, en ese momento, debía ocuparme de enterrar a mi padre. De modo que envolví su cadáver en un trozo de vela que encontré en un pequeño cobertizo y lo cargué con cuidado en una de las barcas que había amarradas en el *moll*, junto con la *menorá* y el bichero, así como una pala y una carretilla que había en el cobertizo. Después de abrigarme con la capa del alguacil, me adentré en el mar y comencé a remar en dirección a Montjuïc. Mi intención era darle sepultura en el cementerio judío, el mismo que había sido profanado y desmantelado por los cristianos tras su forzado abandono, aquel que mi padre y yo nos habíamos propuesto recuperar, antes de tener noticia del decreto de expulsión, si bien era consciente de que llevarlo hasta allí iba a resultar muy duro, pues había que subir por un camino muy tortuoso, que, en ese momento, estaría embarrado a causa de la tormenta. Para olvidarme de lo que me esperaba pensé en lo mucho que estarían sufriendo mi madre y mis hermanos, sin saber qué habría sido de nosotros, aunque imaginándose lo peor. Era ya plena noche y seguía lloviendo con fuerza, por lo que no se veía ni un alma por el puerto ni en ninguna de las embarcaciones en él fondeadas junto a las que pasaba, procurando no zozobrar ni ir a dar contra ellas a causa del oleaje. Cuando llegué a la altura de las atarazanas reales, tuve que alejarme algo más de la costa, para que no me vieran los centinelas que a esa hora hacían guardia junto a un fuego. El mar batía con fuerza contra los altos muros que las protegían, allí donde comenzaba la última cerca de la ciudad. Una vez pasada esta, volví a acercarme a la orilla con cuidado de que las olas no me lanzaran contra las rocas, hasta que divisé una pequeña ensenada, por la que pude llegar a tierra sin gran peligro.

Después de atracar, descargué la carretilla y coloqué en ella el cadáver de mi padre y todo lo demás. Luego me dirigí por una vereda paralela a las murallas hacia uno de los caminos que conducían a lo alto de Montjuïc. Por suerte, para entonces el cielo se había despejado y había salido la luna. Como me temía, el sendero estaba completamente encharcado, lo que hacía más dificultoso el ascenso. Mientras subía, unas veces empujando con todas mis fuerzas la carretilla, otras arrastrándola como podía, recordé la ocasión en que había hecho ese recorrido con mi padre a plena luz del día. ¡Quién le iba a decir entonces que pronto acabaría siendo enterrado, de forma clandestina, en ese cementerio que ya no lo era!

En esta nueva ocasión, tardé varias horas en cubrir una distancia que a mi

padre y a mí nos había llevado menos de media. Con frecuencia la rueda de la carretilla se quedaba atascada en el barro y me costaba mucho volver a sacarla. Por otro lado, iba a tientas, pues no se distinguía muy bien la serpenteante senda que terminaba en el cementerio judío, hacia la mitad de la ladera; de hecho, me perdí varias veces, hasta que, por fin, tropecé con una lápida y me di cuenta de que había llegado. Fue tan repentino que no podía creerlo.

Desde donde me encontraba, se veían abajo las sombras de la ciudad. A esas horas, los barceloneses dormían ajenos a todo, felices y despreocupados, como si esa noche, en el puerto, no hubiera ocurrido nada o el padecimiento de los judíos no tuviera que ver con ellos. A la luz de la luna, busqué el rincón en el que se encontraban las tumbas de nuestros antepasados y comencé a cavar con la pala en un espacio que quedaba libre, hasta que la tierra se volvió más dura y tuve que ayudarme con el bichero. Mientras lo hacía, creía sentir el aliento de los que allí estaban enterrados, animándome en la tarea por ser una hija tan piadosa.

Cuando por fin terminé de vaciar el hueco, era ya casi de día. Tenía las manos ensangrentadas, en carne viva, y me sentía totalmente exhausta y mareada. Al igual que las otras, se trataba de una tumba orientada al este, hacia Jerusalén, como manda nuestra tradición. Tras envolver de nuevo el cadáver de mi padre en el trozo de vela que habría de servirle de triste mortaja, en lugar del obligado *tajrijim* o lienzo blanco, lo deposité con cuidado dentro de ella. Después le fabriqué un cojín de tierra virgen bajo la cabeza y le metí en la boca una perla que él mismo me había regalado y que era lo único de valor que a mí me quedaba. A sus pies, puse la *menorá*, para que lo iluminara en su recorrido hacia el *Olam Habá* o mundo venidero, ya que esta había sido la causa involuntaria de su muerte en este mundo.

Una vez cubierta la tumba, grabé con un clavo el nombre de mi padre sobre una tabla que había arrancado de la carretilla y luego la coloqué a modo de estela funeraria, con la intención de sustituirla por una mucho más digna y duradera lo antes posible. No hizo falta desgarrarme la ropa en señal de luto, pues estaba más rota de lo debido. Junto a la tumba, hice mi planto solitario y pronuncié el *kadish* u oración de duelo, como había visto hacer a los hombres de mi familia en tantos entierros. Después, evoqué las virtudes de mi padre, lo mucho que había hecho por los suyos y por su pueblo y su gran piedad y devoción. Por último, recordé cómo había perdido su vida por poner a salvo

la *menorá* que le había sido confiada por el rabino y también mi promesa de matar al rey, al que consideraba culpable último de su muerte y del destino de los judíos de Sefarad. Con tal fin, desde ese día, y hasta que se cumpliera mi venganza, me convertiría en el *malaj hamavet* o ángel de la muerte, en el instrumento, en definitiva, de la venganza de mi Señor.

—Amén —exclamé, que en hebreo significa «así sea».

El sol estaba casi en lo alto cuando inicié el descenso. A su luz, pude contemplarme reflejada en un charco; parecía un espectro en medio de tanta desolación. En un arroyo que bajaba por la ladera del monte, me lavé las manos y la cara y me adecené un poco, para no llamar demasiado la atención. De buena gana habría abandonado la ciudad, pero antes debía encontrar un lugar donde esconderme durante unos días, pues estaba muy cansada y necesitaba ropa limpia, comida y algo de dinero. Luego ya buscaría la forma de escapar de Barcelona y viajar hasta Granada, donde los reyes seguían firmando decretos.

X

(BEATRIZ GALINDO)

Las cosas entre mi señora y su esposo iban de mal en peor, de sobresalto en sobresalto, a causa de la hermana del conde de Dalt. Los dos habían viajado a la corte desde Barcelona, tras la entrega de Granada, con sabe Dios qué intenciones. Ella se llamaba Catalina y era una mujer de gran belleza, pero de modales demasiado desenvueltos y carácter frío y calculador. Al parecer, había deslumbrado a su alteza el día en que se presentó de incógnito y armada como un caballero en un torneo organizado por su hermano, del que resultó vencedora, para sorpresa de todos los asistentes, incluido el rey, que no tardó en sucumbir a sus encantos, lo que tenía muy trastornada a la reina, como era público y notorio, hasta el punto de que, en alguna ocasión, la sorprendí cantando estos versos con gran sentimiento:

*Nunca fue pena mayor
ni tormento tan extraño
que iguale con el dolor
que recibo del engaño.*

Naturalmente, yo traté de mantenerme al margen del asunto, pues bastante tenía ya con mis propios problemas, pero al final acabé por enredarme en sus disputas amorosas, aunque no me interesaran ni tuviera ya nada que ver con ellas. El caso es que una tarde recibí la inesperada visita del rey. En ese momento, mi marido no estaba; como su alteza bien sabía, se encontraba en la Alhambra, redactando algunos decretos. Cuando la sirvienta me anunció su llegada, me cogió tan por sorpresa que di un respingo y el libro que tenía

sobre mi regazo, un códice de las *Metamorfosis* de Ovidio, cayó al suelo con gran estruendo.

—Perdonad que irrumpa de esta forma en vuestra casa y sin previo aviso —se disculpó él, al verme tan azorada—. Pero el asunto lo requiere.

No habíamos vuelto a vernos desde el día en que mi señora y él discutieron a cuenta de los judíos, y, por un momento, no supe qué decir; de modo que esperé a que él continuara.

—El embarazo os sienta muy bien. Os felicito —me comentó de pronto.

Me pareció que lo decía sin ninguna intención, salvo la de ser cortés y tal vez captar mi benevolencia antes de contarme qué era lo que lo había llevado hasta allí. Por otra parte, recordé que alguien me había comentado en cierta ocasión que no hay mejor protección contra las malas intenciones de un hombre que estar encinta; de modo que le di las gracias.

—El mérito es vuestro —aseguró él—. Siempre fuisteis la mujer más hermosa de la corte, y ahora con más motivo.

—Agradezco mucho las alabanzas, pero supongo que no es eso lo que vuestra alteza ha venido a contarme —dejé caer yo.

—Por supuesto que no —rechazó—. Veréis. Necesito tratar con vos un asunto muy delicado.

—¿Y por qué querría vuestra alteza tratar un asunto de esa naturaleza con una mujer tan insignificante como yo? —inquirí con fingida humildad.

—Se trata de la reina —me reveló.

—¿De la reina?! ¿Acaso se ha quejado de mí? —exclamé, con cierta preocupación.

—No, no. Tan solo quisiera que me dijerais algo sobre ella.

—¿Quién, yo?

—A fin de cuentas, es vuestra señora y la conocéis muy bien.

—Supongo que no tanto como vuestra alteza —corregí yo.

—Puede ser, pero hay cosas que a sus damas, por el mero hecho de estar tan cerca de la reina y de ser mujeres, seguro que no se os escapan —argumentó el rey.

—No sé a qué puede referirse vuestra alteza.

—Me refiero a ese oscuro navegante llamado Cristóbal Colón —soltó por fin.

—No entiendo, la verdad —dije yo, haciéndome la tonta—. Tal vez si vuestra alteza fuera más explícito.

—Si pudiera ser más explícito, no necesitaría preguntaros nada, ¿no os parece? —replicó él, con razón.

—Hablemos, pues —le invité, ya que no se me ocurrían más evasivas.

—Está bien. Como os decía... Lo que quiero decir... Creo que ese maldito embaucador ha conseguido seducir a la reina con su condenada labia —confesó por fin.

—¿Está seguro vuestra alteza?

—¡Vuelta otra vez! —exclamó con impaciencia—. Si estuviera seguro, ya lo habría matado con mis propias manos, ¿no creéis? De momento, es solo una sospecha que necesito confirmar cuanto antes —aclaró.

—¿Y por qué vuestra alteza no se lo pregunta directamente a la reina? —sugerí.

—¡¿A ella?! ¡Eso es imposible! —rechazó él con vehemencia—. ¿Y si luego resulta que estoy equivocado? Jamás me lo perdonaría —añadió, con voz temblorosa.

—Entonces, vuestra alteza debería mandar detenerlo a él por cualquier motivo y, después, hacerlo confesar bajo tormento —sugerí con ironía.

—Eso había pensado, sí. Pero ahora tengo mis dudas, no sobre el procedimiento, sino sobre mis sospechas —precisó.

—Yo, en cambio, pondría la mano en el fuego por mi señora —me aventuré a decir.

—La verdad es que no le echo la culpa a ella, sino a ese bribón —me confesó—. Ya sabéis el pico que se gasta y el ardor que pone en sus explicaciones. De modo que tampoco sería extraño que Isabel, que siempre ha sido muy soñadora, se dejara llevar en pos de cualquier quimera. No sé si me explico.

—Reconozco que ese tal Cristóbal Colón es muy elocuente. Yo misma me he dejado engatusar por su entusiasmo y su labia alguna que otra vez —admití—. Pero de ahí a que mi señora...

—Por otra parte, sé que la reina anda algo resentida a causa de mis aventuras y devaneos —añadió.

—Si fuera por eso, ya hace tiempo que su alteza...

—Ya sé lo que estáis pensando. Pero esta vez se trata de algo mucho más serio, algo que podría haber colmado el vaso de su paciencia —dejó caer—. De modo que no me extrañaría que haya querido aprovechar la ocasión para darme celos y vengarse de mí.

—Si es tan serio como dice vuestra alteza, bien pudiera ser lo que imagina, aunque no lo creo —dictaminé yo.

—¿Y por qué se pasa las horas muertas con ese embaucador, pidiendo que no se los moleste bajo ningún concepto? Seguro que hay gato encerrado —sentenció el rey.

—Conociendo a mi señora, eso es imposible —asegué con rotundidad, si bien debo confesar que comenzaba ya a tener mis dudas.

—¿Y si os dijera que yo mismo los he visto cuchicheando muy juntos una vez que entré por casualidad en una de las salas de la Alhambra? —me preguntó muy solemne.

—Eso son solo pruebas circunstanciales y, por lo tanto, no concluyentes, pues no permiten afirmar nada con certeza. ¿Qué pensaría, por ejemplo, mi marido si entrara ahora por esa puerta y nos viera aquí, susurrando para que no nos escuchen los criados? Con seguridad, se llevaría la misma impresión que vuestra alteza; sin embargo, no podría estar más equivocado, ¿no es cierto?

—Visto así, puede que tengáis razón —reconoció—, mas vuestras explicaciones no acaban de convencerme. No sé por qué, detesto a ese hombre desde el primer día que se presentó en la corte, hace ya de esto seis o siete años. Luego, no ha parado de seguirnos de un sitio a otro, como si fuera nuestra sombra. En mi opinión, es solo un advenedizo sin escrúpulos en busca de fortuna fácil. Nada más hay que verlo: vanidoso, soberbio, lleno de delirios de grandeza, insaciable y sediento de oro, como tantos genoveses, si lo sabré yo, que he tenido que vérmelas con ellos en tantas ocasiones. Pero por ahí no paso. Todos los maestros que han examinado su proyecto coinciden en que sus cálculos son un puro disparate y en que es hombre de cierto ingenio, mas sin muchas letras ni estudios; hasta dudan de que sea marino. Ni siquiera sabemos de dónde procede exactamente, siempre rodeado de misterio para parecer más interesante; algunos dicen, incluso, que podría ser catalán —añadió, no sé con qué intención—. Lo cierto es que a Isabel cada vez la tiene más encandilada con su proyecto o con... lo que sea, y, como comprenderéis, a mí eso no me hace ninguna gracia.

—Entiendo que vuestra alteza esté algo preocupado, pero no creo que haya ningún motivo para alarmarse —apunté yo, sin demasiada convicción.

—¿A qué viene, entonces, tanto secreto? Tenéis que hablar con ella —me rogó—. No os lo pido solo por mí, os lo imploro también en nombre de la

Corona. Si este hombre la embauca, no sé qué podría ocurrir, ya habéis visto lo testaruda que es la reina cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja.

—Lo sé muy bien —confirmé por mi parte, sin poder evitarlo—. Pero no creo que sea yo la más adecuada para cumplir esta misión. Sería mejor que vuestra alteza se lo pidiera a doña Beatriz de Bobadilla, que goza de su plena confianza.

—Imposible —rechazó el rey—. Esa dama es, en buena medida, la responsable de esa relación. Si no recuerdo mal, fue ella la primera que, en su día, se dejó engatusar por ese bribón, al que profesa un gran afecto y respeto, como es bien sabido en la corte. Por eso me malicio que es precisamente ella la que ahora la ha animado a recibirlo a solas y ha facilitado sus entrevistas, ya sabéis la enorme influencia que tiene sobre Isabel.

El rey estaba en lo cierto. La principal amiga y consejera de la reina era la que más había hecho para que esta tomara en consideración el proyecto del navegante y se interesara por él, por lo que, en efecto, era la menos idónea, y así lo reconocí.

—¿Lo haréis entonces vos? —me rogó de nuevo con voz lastimera, como si le fuera la vida en ello.

—Desde este instante, me comprometo a mantener los ojos y los oídos bien abiertos —le aseguré yo, sin poder evitarlo, tal fue la pena que me dio—, y, si por casualidad, yo viera algo que me pareciera revelador, se lo diría de inmediato a vuestra alteza, pues por encima de la lealtad que le debo a mi señora está, desde luego, la que le debo a la Corona.

—¡No sabéis cómo os lo agradezco! —exclamó el rey con sinceridad, antes de despedirse.

El causante de la preocupación del rey era un hombre de aspecto más bien anodino, pero que, cuando hablaba, se hacía notar, y no solo por su extraño acento, sino también por el gran entusiasmo que ponía en todo lo que comentaba. Tendría unos cuarenta años, tal vez más, y era pequeño de talla, aunque estaba bien constituido de cuerpo, esto es, ni magro ni grueso. Tenía el rostro alargado, bastante lleno y de buen color, y los cabellos rubios, si bien es cierto que la mayoría se le habían tornado ya completamente blancos, en contraste con su ropaje, pues vestía siempre de oscuro. Sus ojos eran vivos y luminosos; su nariz, aquilina; y sus labios, gruesos y brillantes.

Llevaba ya varios meses en Santa Fe, a la espera de que los reyes se pronunciaran de forma definitiva sobre un proyecto que les había presentado hacía ya mucho tiempo. Se trataba nada menos que de ir al este por el oeste y establecer una ruta directa hasta China y Cipango a través del océano Atlántico. Según sostenía, el extremo de la península y el comienzo de las Indias no estaban muy alejados, sino bastante próximos, por lo que era posible atravesar el mar en unos cuantos días, si se contaba con viento favorable, lo que lo llevaba a soñar de continuo con viajar a Oriente por esa ruta y arribar pronto a las islas de las especias y a la región de Catay y sus innumerables riquezas.

Los reyes lo habían recibido por primera vez en Alcalá de Henares. Más tarde lo invitaron al monasterio de Guadalupe y allí decidieron que el proyecto fuera examinado por una comisión de expertos, presidida precisamente por Hernando de Talavera. Desde entonces, esta se había reunido cuatro veces: la primera, en Salamanca, y la última, no hacía mucho, en el real de Granada; y el dictamen había sido siempre desfavorable, como también lo había sido el que le dieron en algunos otros reinos, como Portugal e Inglaterra. Y es que, según los expertos, el viaje tenía que ser, como mínimo, cuatro veces más largo de lo que pretendía Colón.

Por lo visto, sus cálculos se basaban en algunos errores muy notables, como evaluar la distancia desde el cabo de San Vicente a Cipango en ciento cinco grados, cuando, para ser exactos, era de ciento ochenta, o considerar que el grado medía cuarenta y cinco millas náuticas, a pesar de que Ptolomeo ya había señalado hacía tiempo que habría que cifrarlo en al menos cincuenta. Todo ello lo llevó a estimar un recorrido mucho menor que el que habría que cubrir en realidad. Por otro lado, resultaba más que evidente que una carabela jamás podría embarcar víveres y agua potable suficientes para cubrir esa distancia de un tirón.

En la corte se le tenía, pues, por un idiota y un autodidacta, ya que sus supuestas competencias no estaban garantizadas por ningún título universitario; o, en el peor de los casos, por un loco o un iluminado, movido por un sueño obsesivo: buscar el paraíso perdido y abrir una nueva ruta hacia Jerusalén, basándose en cálculos y especulaciones salidas de su delirante imaginación. Parecía persuadido, además, de que la Biblia confirmaba sus intuiciones y de que el Espíritu Santo le había confiado esa gran misión. Se trataba, en resumidas cuentas, de realizar una profecía, inspirado por las

Sagradas Escrituras y guiado por la Divina Providencia, por lo que no era posible fracasar. Los sabios consultados, sin embargo, no pensaban lo mismo; y, hartos de darle vueltas a las elucubraciones del navegante, emitieron su veredicto definitivo contra el proyecto pocos días después de la toma de Granada. Según ellos, era una idea tan quimérica como peligrosa; de modo que, si los reyes la apoyaban, quedaría muy comprometida la dignidad de la Corona de Castilla.

Tras enterarse del dictamen, Colón pensó abandonar la corte y presentar sus planes en otros reinos, pero, al final, decidió esperar un poco y jugar su última baza ante mi señora, que era la única que últimamente lo escuchaba, a pesar de que el rey siempre se había mostrado contrario a este, y hasta le daba, de cuando en cuando, algún dinero para ropa, a fin de que pudiera andar por la corte de forma adecuada, puedo dar fe de ello; de ahí que el genovés no la dejara ni a sol ni a sombra.

Se abrió, entonces, un nuevo periodo de negociaciones con el navegante por parte de la reina y sus consejeros más allegados, que, en su mayoría, estaban en contra del proyecto, por lo que no hacían más que recordarle a mi señora que, después de la guerra de Granada, las finanzas de la Corona no estaban para semejantes aventuras, a lo que ella contestaba siempre que Dios proveería. Por su parte, fray Hernando de Talavera, al ver que la reina parecía cada vez más interesada en el asunto, tuvo a bien suplicarle que no prestara oídos a ese loco sueño inspirado por el mismísimo diablo. Pero ella le replicó que, a su modesto entender, era nuestro Señor el que, seguramente, se lo había sugerido.

—¿Y vuestra alteza cree que, si fuera voluntad de Dios ver a sus hijos partir hacia lejanos mares, habría esperado la llegada de un extranjero del que nadie conoce los orígenes para su cumplimiento? —preguntó de forma retórica fray Hernando.

—Por esa misma razón, habría que desconfiar del propio Jesucristo, ya que también era extranjero, y judío para más señas —alegó la reina.

—No es lo mismo, y vuestra alteza bien lo sabe —se defendió fray Hernando, que era descendiente de judíos.

—En cuanto a orígenes, más os valdría callar —le soltó ella.

Pero era tal la insistencia de fray Hernando que la reina tuvo que recordarle que su misión era persuadir a los moros granadinos de que se convirtieran cuanto antes y no contradecir a la reina en cosas de las que él no sabía nada.

Esto hizo que el buen hombre abandonara la reunión y no volviera a opinar sobre el asunto. Desde entonces, la reina había seguido entrevistándose, en secreto, con el navegante en sus aposentos privados, lo que causaba una gran intranquilidad a su marido. Y yo ahora debía averiguar qué es lo que hacían y se decían en tales encuentros.

En un principio, pensé hablar abiertamente con ella de la cuestión, pues no creía que hubiera nada vergonzoso ni deshonesto en esa relación, mas enseguida caí en la cuenta de que eso podría ocasionarme algún problema, ya que con mi señora nunca se sabía... Así que decidí averiguarlo por mí misma. Como dama que era de la reina, tenía conocimiento de que en su cámara privada había una puerta secreta, oculta tras un tapiz, que permitía la huida en caso de que alguien tratara de entrar en la estancia con malas intenciones. Esta puerta iba a dar a un corredor, que, a su vez, conducía a una cripta, desde donde se podía salir fuera. De modo que lo único que necesitaba para espiar sus conversaciones era conocer el día y la hora de sus citas con el navegante. Para ello solo tuve que hablar con algunas de sus criadas y estar atenta a los movimientos en torno a su alteza.

Cuando por fin me enteré de la fecha y hora fijadas para el siguiente encuentro, me situé con la debida antelación tras el tapiz, en el umbral de la puerta secreta, y le practiqué un pequeño agujero a la altura de los ojos, para poder ver lo que ocurría dentro, aparte de escuchar. Al poco rato, llegó la reina, que parecía muy intranquila y no paraba de dar vueltas por la cámara. ¿Acaso se sentía culpable por lo que estaba haciendo o simplemente estaba impaciente por oír lo que Colón tuviera que decirle? Muy pronto lo sabría.

A la hora convenida, doña Beatriz de Bobadilla llamó a la puerta y anunció la llegada del navegante. Tras despedir a su dama, la reina lo mandó pasar. Una vez dentro, este la saludó de forma solemne y le hizo una reverencia un tanto exagerada.

—¿Y bien? —se limitó a decir la reina.

—Tenía muchas ganas de estar de nuevo a solas con vuestra alteza —exclamó él.

—Bueno, pues aquí me tenéis —se ofreció Isabel.

—Tengo tanto que decirle a vuestra alteza...

—Espero que esta vez seáis más explícito y convincente que la última vez —le advirtió la reina.

—Sin duda, lo seré, pero antes me gustaría enseñarle algo a vuestra alteza

—anunció, tras quitarse la capa y cerrar con llave la puerta de la cámara.

—¡Cómo! ¡Primero tratáis de seducirme para que apoye vuestro proyecto, y, ahora que os hago caso, utilizáis este para intentar llevarme al huerto! — exclamó la reina con ironía.

—Ruego a vuestra alteza me disculpe —dijo el navegante, algo abochornado—. Desde luego, no era ese mi deseo. Yo jamás me atrevería ni siquiera a poner los ojos en mi señora.

—¡¿Tan fea soy?! —profirió la reina, fingiéndose ofendida.

—Quería decir con intención libidinosa —precisó él, cada vez más descompuesto—, y menos después de recibirme en privado, y no es que vuestra alteza carezca de encantos, que los tiene, y muchos...

—¡Es que no vais a terminar de disculparos e ir al grano de una vez! —lo apremió ella con impaciencia.

—Yo lo único que en verdad deseo es hacer a vuestra alteza partícipe de mi secreto.

—Estoy harta de oíros hablar del dichoso secreto. ¿Por qué no os dejáis de tanto misterio y me lo contáis ya?

—A eso he venido —anunció el navegante.

—Hablad ya, os lo ruego —suplicó la reina, a punto de perder la paciencia.

—Hace ahora algo más de diez años —comenzó a relatar Colón—, cuando vivía en Madeira, donde aprendí casi todo lo que sé sobre el arte de navegar o marear, al tiempo que me familiarizaba con el Atlántico, tuve noticia de un piloto que había arribado al puerto en un pequeño barco a la deriva. Por lo visto, estaba muy enfermo y, a juzgar por lo que contaba, debía de haberse vuelto loco durante la travesía. Entre otras cosas, afirmaba haber estado en el paraíso terrenal. Los alguaciles, sin embargo, pensaban que todo eso lo decía para justificar la pérdida de sus hombres y de la mercancía. De ahí que lo hubieran encerrado en un calabozo hasta que las cosas se aclararan.

—¿Os importaría abreviar un poco? —le pidió la reina—. No me gustaría tener que esperar hasta que ese pobre hombre salga de la cárcel para conocer la verdad.

—Vuestra alteza tiene razón —reconoció el navegante—. El caso es que, haciéndome pasar por un amigo, fui a visitarlo a su celda. Le llevé algo de ropa y comida para ganarme su confianza y le pedí que me contara todo lo sucedido. Él me dijo que, hace tiempo, regresaban de Guinea con un valioso cargamento cuando una tormenta los apartó de su rumbo y produjo graves

daños en el velamen; luego los vientos y las corrientes marinas los arrastraron durante varios días, hasta atravesar el Atlántico y llegar a una isla desconocida, donde los nativos los recibieron con grandes muestras de júbilo. Estos iban medio desnudos, pero adornados con toda clase de joyas, hechas de oro, plata y piedras preciosas. Tras agasajarlos y darles de comer, los nativos les comentaron por señas que no eran los primeros cristianos que habían ido a parar a esas islas. De modo que cabía la posibilidad de que muchos de los barcos que se pensaba que habían naufragado en el Atlántico hubieran ido a parar allí, y, si estos no habían vuelto, tal vez fuera por falta de medios o porque la tripulación prefirió quedarse con los nativos, tal era la buena vida que llevaban. Pasadas varias semanas, ellos también discutieron sobre lo que más les convenía hacer, hasta que llegaron a un acuerdo salomónico: la mitad volvería a Madeira y los otros se quedarían hasta que los demás retornaran. Pero calcularon mal la duración del viaje y se les agotaron las provisiones, lo que hizo que muchos marineros se amotinaron y exigieran el regreso a las islas.

—Apurad, os lo ruego —le exigió de pronto la reina, que no veía la hora de que concluyera el relato.

—Por desgracia —prosiguió Colón—, el conflicto terminó en un baño de sangre y el piloto resultó ser el único superviviente.

—¿Eso es todo?! —exclamó la reina.

—En realidad, lo bueno viene a continuación.

—¿Y a qué esperáis?!

—Después de prometerle que me ocuparía de que lo curaran y lo sacaran de allí —continuó el navegante—, me hizo una carta de marear, señalando las tierras que había visitado y su localización aproximada, así como la ruta que, en su opinión, había seguido para ir y volver. Al entregármela, me pidió que la pusiera a buen recaudo, pues había muchos que serían capaces de matar por ella. Asimismo, me prometió que, si lograba salir con bien de ese trance en el que se encontraba, él y yo emprenderíamos un viaje a las famosas islas, con el que obtendríamos grandes riquezas. Desgraciadamente, el piloto falleció esa misma noche y nada más pude hacer por su persona, salvo pagar los gastos del entierro y un centenar de misas por la salvación de su alma. Busqué entre sus pertenencias para saber quién era, pero tan solo logré averiguar que se llamaba Antonio. Desde entonces, he estado intentando conseguir apoyo y financiación para realizar la travesía, aunque solo fuera

para cumplir su última voluntad.

—¿Y cómo es que nadie os ha prestado atención? —indagó la reina.

—Como hasta ahora no he querido revelar mi secreto ni dar datos demasiado precisos, para que nadie pueda aprovecharse de ellos y emprender el viaje por su cuenta, se deben de pensar que estoy equivocado o que soy un majadero, y, por eso, no me toman en serio. De todas formas, yo ya sabía que tarde o temprano encontraría a alguien en quien poder confiar y contarle toda la verdad, y ese día felizmente ha llegado.

—Os agradezco mucho la confianza —correspondió la reina—. Siempre estuve convencida de que sabíais más de lo que contabais, y veo que no me he equivocado. ¿Estáis seguro de que nadie más está al tanto del asunto?

—Yo fui el único que habló con el piloto, y, por lo que me dijo, no tenía familia ni amigos ni conocidos en Madeira. De los demás marineros, nada se supo. Es posible que todavía sigan disfrutando de la hospitalidad de los isleños —conjeturó.

—¿Y vos pensáis que su relato es cierto? —inquirió ella.

—Tenga en cuenta vuestra alteza que salió de boca de un moribundo. ¿Qué interés podría tener él en mentirme en una situación así? Por otra parte, lo he confirmado, hasta donde he podido —informó.

—¿Lo veis, pues, factible?

—Si otros lo han hecho sin pretenderlo, de manera accidental, con más motivo lo logrará alguien que ponga todo su empeño en conseguirlo —argumentó Colón—. Por otro lado, creo firmemente que solo vuestra alteza y yo hemos sido destinados a cumplir esta misión, por la que se hablará de nosotros por los siglos de los siglos.

—Dejadme un par de días para estudiarlo —propuso la reina—. Ahora debo atender otros asuntos. ¿Os importaría volver pasado mañana a la misma hora?

—Si he esperado seis años, bien puedo aguardar dos días más. Aquí me tendrá vuestra alteza —confirmó el navegante, antes de irse.

Esa misma noche le envié una carta al rey en la que le comunicaba que, por el momento, no había nada de lo que preocuparse y que la reina le era fiel, ya que lo único que estaba haciendo era seguirle la corriente al navegante, para ver hasta dónde llegaba la cosa, y lo cierto era que la estrategia estaba dando ya su fruto, pues el marino acababa de revelarle un secreto que confirmaba que el proyecto no era tan descabellado como a primera vista parecía. Por

último, le comunicaba que iba a seguir con las averiguaciones unos pocos días más, con el fin de ofrecerle unas conclusiones definitivas.

El día de la siguiente cita volví a ocultarme tras el tapiz. Mientras llegaba la hora de recibir a Colón, la reina se entretuvo contemplando uno de los mapas que le había dejado el navegante, y, de cuando en cuando, trazaba rutas imaginarias con la punta de su dedo índice. Por fin, doña Beatriz de Bobadilla le anunció la llegada del invitado, que parecía más impaciente y ansioso que de costumbre, como si hubiera estado contando las horas hasta ese momento.

—Ya veo que vuestra alteza está mirando el mapa de Toscanelli que le dejé —comentó, tras los saludos de rigor.

—Trato de imaginarme el viaje que os proponéis hacer —confesó la reina.

—Pues aquí traigo algo mucho mejor para eso —anunció el navegante, mostrando un talego que traía en la mano.

Y, sin más dilación, lo abrió y sacó de él una esfera de poco más de un palmo de diámetro. Por lo que pude ver a través del tapiz, se trataba de un globo terráqueo de color azul oscuro, bellamente dibujado. Según comentó el propio navegante, la superficie aparecía cubierta de detalladas indicaciones sobre los productos y peculiaridades de cada isla, región y país que en él se encontraba, con mención de los descubrimientos realizados por el reino de Portugal y los nombres proporcionados por Marco Polo, tras sus viajes. Pero lo más importante era que el océano Atlántico no semejaba ya un vacío, sino un espacio atravesado por seductoras rutas que conducían a las Indias por el oeste, y, en algún caso, hacia lo desconocido.

—Es realmente hermoso —exclamó la reina, después de contemplarlo—. No es como los otros que nos habíais enseñado. ¿Lo habéis hecho vos?

—Así es. Estando yo en Lisboa, hace cosa de ocho años —le explicó—, un cartógrafo y viajero llamado Martin Behaim me habló de su proyecto de construir un nuevo globo terráqueo, más veraz y preciso que los existentes. Él lo llamaba «la manzana de la Tierra». Durante varios días, intercambiamos información sobre lugares, rutas y distancias, con el fin de aunar esfuerzos y construirlo juntos. Pero finalmente discutimos y cada uno se fue por su lado. De modo que aproveché para completarlo con los datos que aparecían en la carta de navegar que me había dado Antonio y este es el resultado. ¿Se imagina vuestra alteza la cantidad de regiones y pueblos infieles que aún quedan por conquistar y evangelizar? El reino que los descubra será pronto

considerado el primero de toda la cristiandad, pues no se trata solo de oro, plata y especias, sino de miles y miles de almas esperando a ser bautizadas y ganadas para la Iglesia. De alguna manera, estamos ante una nueva e inmensa cruzada —concluyó con entusiasmo el navegante, que, a buen seguro, era consciente de qué pie cojeaba la reina.

La verdad es que había que reconocer que Colón había sabido jugar muy bien sus cartas. La reciente victoria de los reyes sobre los musulmanes en Granada se había interpretado por las naciones cristianas como una manifestación de la Divina Providencia, lo que parecía querer decir que Dios le había confiado a Castilla un destino heroico y excepcional. Y Cristóbal Colón se presentaba ahora como un instrumento de este. Por eso era tan importante que el proyecto se llevara a cabo en secreto, sin hacer ningún ruido, dejando creer a todos que no era más que una locura o un disparate. De modo que, si salía victorioso, nadie podría disputarle la gloria; y, si por casualidad fracasaba, muy pocos se lo reprocharían, pues casi nadie se habría enterado. Después de todo, ¿los reyes qué arriesgaban? Tal vez un poco de dinero, y además ajeno, pues estaba claro que ellos no iban a poner ni un solo maravedí, por más que se rumoreara que la reina había vendido o empeñado una parte de sus joyas para poder financiarlo.

—¿Me permitís? —demandó esta, refiriéndose al globo terráqueo.

—Por supuesto. Lo había traído para vuestra alteza —le dijo Colón, mientras se lo tendía con gran solemnidad—. Nadie lo merece tanto como mi señora.

La reina lo cogió, de forma cuidadosa, con las dos manos, para que no se le cayera. Después lo alzó hasta la altura de los ojos y lo sostuvo durante un buen rato, mientras lo contemplaba embelesada. Era como una simple pelota que, si quería, podía lanzar a lo alto o arrojar al suelo sin ningún esfuerzo. Después lo hizo girar con gran destreza sobre la punta del dedo índice, visiblemente complacida.

—¿Os dais cuenta? —comenzó a decir la reina—. Si alguien nos viera, podría pensar que sois el mismísimo diablo, tentándome con la manzana del árbol prohibido.

—¿Así es como vuestra alteza me ve? —quiso saber él.

—Al menos eso es lo que cree mi confesor —comentó, divertida—; por eso lo aparté de mí.

—Ojalá yo tuviera tanto poder como él cree —suspiró—. De todas formas,

hay que decir que no cualquiera puede aspirar a sostener el orbe terrestre en sus manos, como si fuera el dios Atlante, y gritar: «Es mío, solo mío» — comentó—. Para ello, hay que haber sido elegido.

—O, como en este caso, elegida —puntualizó ella.

—¿Y a qué espera vuestra alteza para conquistarlo?

—A que vos me ayudéis a conseguirlo.

—Por lo que a mí respecta, puedo asegurar que una buena parte de este mundo —explicó, señalando hacia el globo— será muy pronto de vuestra alteza.

—Si no es así —le advirtió ella—, más vale que muráis en el empeño y no volváis nunca por mis reinos.

—Será como digo —ratificó él con firmeza—. Ahora tan solo falta conseguir la aprobación del Consejo Real y firmar las capitulaciones.

—Eso dejadlo de mi cuenta. Vos ahora solo ocupaos de ir preparando el viaje.

—¿Cree vuestra alteza que el rey respetará mis condiciones?

—Tened por seguro que lo hará, por la cuenta que le tiene —sentenció ella.

Estaba claro, en fin, que la reina le era fiel a su marido, por lo menos en el lecho. Otra cosa muy distinta era lo que ocurría en el trono. Aquí mi señora no tenía ningún inconveniente en engañarlo y actuar a sus espaldas cuando le parecía oportuno, probablemente con la excusa de que lo hacía por el bien de la Corona y el futuro de la cristiandad. Pero lo cierto era que también la movía la ambición, una ambición tan desmedida que no tenía límites ni se paraba ante ningún obstáculo; de ahí que todos sus actos estuvieran perfectamente premeditados y guiados por una estrategia. Y es que tan solo ella era capaz de ver las cosas en el curso del tiempo y en toda su amplitud, más allá del momento presente y del campo de batalla.

Cuando, a la mañana siguiente, se lo conté al rey, me miró pensativo durante un buen rato, como si esperara que le dijera cómo debía reaccionar o lo que tenía que hacer a continuación. Yo, claro está, no comenté nada, bastante había hablado y me había implicado ya. Lo único que deseaba era irme lejos de la corte.

—Como os podéis imaginar —me indicó, por fin—, esto ha de permanecer totalmente en secreto. Nadie más debe saberlo, ni siquiera vuestro esposo. Yo tampoco comentaré nada —añadió—. Me negaré, eso sí, a rubricar esas malditas capitulaciones.

A pesar de ello, a los pocos días, estas fueron firmadas en Santa Fe y confirmadas dos semanas más tarde, si bien es cierto que hubo algunos desplantes por ambos lados y algún que otro desliz revelador de que el navegante sabía más de lo que públicamente decía. Al enterarse de sus condiciones, al rey casi le dio un arrebató de ira. «¿Y por qué no reclama también mi corona ese hijo de cardadores de lana? Ya es lo único que le falta», parece ser que exclamó. Y la verdad es que no era para menos, dado que Colón pedía ser nombrado almirante del mar océano, lo que lo equipararía a la más alta nobleza castellana, así como virrey y gobernador general de las islas y tierra firme que él descubriese, con carácter hereditario. Y a ello habría que añadir un diezmo de las riquezas encontradas: oro, plata, perlas, especias..., y la octava parte de los beneficios que se obtuvieran en el futuro gracias a las rutas descubiertas por el navegante.

Ante la negativa del rey, Colón se levantó, muy digno, y abandonó la sala, tras comunicar que se marchaba también de la ciudad. La reina ordenó que la dejaran a solas con su esposo. Por más que lo intenté, no llegué a averiguar de qué hablaron durante el tiempo que duró la reunión. Tan solo sé que, de cuando en cuando, se escuchaban algunos gritos de mi señora, y que, al final, Fernando tuvo que dar, de nuevo, su brazo a torcer. De modo que hubo que enviar, por la posta, a un alguacil de corte para que localizara al navegante y lo condujera de nuevo a Santa Fe, con el fin de firmar las dichas capitulaciones, lo que resultó fácil, pues, al parecer, no se había alejado demasiado. El único consuelo que le quedó al rey fue que nadie, salvo la reina y el interesado, pensaba que la empresa llegaría a buen puerto, nunca mejor dicho.

Algunos días después, el rey volvió a visitarme. Esta vez me encontró trabajando, por lo que su llegada me disgustó mucho, tanto que en un principio no me molesté demasiado en disimular mi malestar. A él se le veía sosegado y contento, a pesar de todo lo ocurrido días antes.

—Perdonad que vuelva a molestaros —se disculpó—; tan solo quiero daros las gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

—Vuestra alteza no tiene nada que agradecerme —me resistí yo.

—No estoy de acuerdo —insistió—; por eso, deseo ofreceros un regalo...

—No pienso aceptarlo —me apresuré a decir con firmeza.

—Antes de rechazarlo, me gustaría que lo vierais —manifestó el rey, dejándolo sobre la mesa—. Os lo ruego —añadió, con inusitada cortesía.

Venía envuelto en una tela de damasco. Cuando la retiré, descubrí que se trataba de un manuscrito en latín titulado *De viris illustribus*, del gran historiador romano Suetonio, y debo confesar que me conmoví, pues me pareció que ese gesto daba a entender que su alteza había comenzado a valorarme, o eso quise creer.

—Por casualidad, me he enterado de que os habíais interesado por esta obra y he pensado que en ningún lugar podía estar mejor que en vuestras manos —me confesó con naturalidad.

—En ese caso, no me queda más remedio que quedármelo —admití yo.

—Pues no sabéis qué feliz me hacéis —exclamó.

Tras darle, a mi vez, las gracias, le pregunté, de forma discreta, por lo que había pasado en su reunión con la reina con motivo de las capitulaciones, pero se limitó a contestarme que le estaban esperando y no tenía tiempo para hablar de ese asunto.

En cuanto el rey se fue, me puse a hojear el manuscrito, del que cayó un pequeño pergamino al suelo. En él había escritos cuatro versos, que decían así:

*Si vos me amaráis a mí,
yo por siempre os amaría.
Tras la noche vendrá el día,
si en vez de no decís sí.*

Me pareció que la letra podría ser del rey, pero no estaba segura. Y, en tal caso, ¿los había compuesto él para mí o los había copiado de un cancionero? Por si acaso eran suyos y los había dejado allí con alguna intención, quemé el pergamino en una bandeja.

Al poco rato, llegó mi marido, que, contra su costumbre, lo primero que hizo fue dirigirse a mi cámara, donde yo estaba absorta en la lectura del manuscrito. Por un momento, ingenua de mí, pensé que quería darme las buenas noches o preguntarme qué tal me había ido el día. Pero enseguida vi que no era eso. En realidad, se trataba de pedirme cuentas, pues había visto salir al rey y, engañado por las apariencias, se había imaginado, cómo no, lo que no era, tal y como yo misma había conjeturado unos días antes. De modo

que no se anduvo con rodeos:

—¿Desde cuándo el rey os visita en vuestros aposentos? —me espetó, nada más entrar.

—Tan solo ha venido a consultarme algo —comencé a explicarle.

—¿Ahora sois vos su consejera? Con razón a mí me rehúye —se quejó.

—¿No seréis más bien vos el que lo rehúye a él? —repliqué yo.

—¿De qué os ha hablado? —inquirió.

—No puedo decíroslo. Es algo que tiene que ver con la reina, pero me ha pedido que no se lo cuente nadie —le comenté.

—Un momento, ¿a qué huele? —preguntó de repente, mientras olfateaba el aire.

—Acabo de quemar un pergamino —le confesé.

—¿Y qué había escrito en él? —inquirió.

—Tampoco puedo revelároslo —le respondí.

—¿Y cómo esperáis que os crea y me fie de vos?

—En primer lugar, porque es verdad, pero, sobre todo, porque nunca antes os he dado pie para que pudierais pensar lo contrario —argumenté.

—¿Estáis segura?

—Sí, lo estoy —afirmé yo, de forma no demasiado convincente.

—¿Estarías dispuesta a jurármelo?

—No debería hacerlo, pues no lo merecéis. Pero os juro, por lo más sagrado, que entre el rey y yo no hay nada. Tenéis que confiar en mí.

—Y vos, ¿confiáis en mí? —quiso saber él.

—¿Por qué lo decís? —pregunté yo, haciéndome la ingenua.

—¿Qué creéis, que no me doy cuenta de cómo me observáis? Me miráis como si fuera un extraño, peor aún, un enemigo —apuntó con vehemencia.

—No sé de qué me habláis —disimulé yo.

—¿Acaso vais a negar que estáis siempre al acecho, vigilándome?

—Y vos, ¿os atrevéis a afirmar que sois completamente sincero conmigo y me lo habéis contado todo?

—¿A qué os referís?

—A vuestro extraño comportamiento de estos últimos meses.

Mi esposo se quedó pensativo, como si sopesara los pros y los contras de lo que iba a decirme, antes de pronunciar palabra.

—Me temo que estáis en lo cierto —reconoció por fin—. Hay algo que no os he confesado y que tal vez deberíais saber.

—¿Y a qué esperáis para contármelo? —lo animé.

—El día en que descubristeis entre mis cosas el ejemplar del Corán no os dije que este me había librado de una muerte segura; por eso está tan estropeado —añadió, como si el detalle fuera muy relevante—. Después de quitárselo a su propietario —continuó—, lo metí bajo el cinto de la espada. Y, en ese preciso momento, un sarraceno se lanzó contra mí, pillándome inerme y desprevenido. Por suerte, su espada fue a clavarse en el libro; y, cuando mi atacante se dio cuenta de que era un ejemplar del Corán el que me había salvado la vida, la vida de un infiel, se quedó tan desconcertado que huyó aterrado del campo de batalla. Si hubiera sido la Biblia, yo habría creído que se trataba de un milagro, pero, como se trataba del texto sagrado del enemigo, no sabía muy bien qué pensar. Miraba el libro una y otra vez, por dentro y por fuera, por arriba y por abajo, como si buscara una respuesta o una señal, hasta que, sin poder evitarlo, empecé a sentir curiosidad por lo que en él se decía. De modo que me gané la confianza de uno de los musulmanes conversos que militaban en nuestro ejército y le pedí que me tradujera algunos pasajes, que yo leía de vez en cuando, buscando en ellos algún sentido. Ya sé que puede pareceros una situación muy extraña. Pero el caso es que así fue.

—¿Eso es todo? —pregunté yo, pues presentía que había algo más.

—También debo confesaros que hacía tiempo que yo había comenzado a dudar de mi propia fe, la que había heredado de mis padres, la que se suponía que era la verdadera. Fue a raíz de la muerte de mi anterior esposa, que en gloria esté; su desaparición me pareció tan injusta que empecé a desconfiar de los designios divinos y, por extensión, de sus dogmas y, en consecuencia, de la existencia misma de Dios. Y, mirad por dónde, la lectura de unas cuantas suras del Corán, torpemente traducidas, además, me hizo volver a creer en Él, aunque fuera bajo el nombre de Alá. ¿No os parece paradójico?

—Lo es, sí —reconocí—. ¿Y qué pasó luego?

—A través de un mercader de Santa Fe, conseguí a precio de oro una copia manuscrita de una traducción del Corán al castellano hecha por un renegado, que leí y, en parte, me aprendí casi de corrido. Más tarde, cuando caí prisionero, fue de nuevo el Corán el que me trajo sosiego y me mantuvo cuerdo y con vida; mientras mis compañeros dormitaban o agonizaban en la celda, yo me apartaba un poco y comenzaba a rezar en dirección a La Meca, hasta que esto se convirtió en un hábito para mí, ya que no solo me consolaba

en el presente, sino que me daba esperanza para al futuro. Pero, desde que he vuelto a vivir entre cristianos, me siento cada vez más confuso, pues ya no sé muy bien en qué creo ni a qué Dios adoro.

—Supongo que, en el fondo, eso debería dar igual, ¿no os parece? —dije yo para tranquilizarlo—. En mi opinión, cada uno tiene derecho a creer en lo que quiera, siempre que no traicione ni haga daño a nadie ni se dedique a hacer proselitismo. Por otra parte, pienso que es la fe la que lo elige a uno, y no al revés —añadí, acordándome de Omar—. De todas formas, lo más importante es que sois un hombre bueno, honesto y piadoso; de modo que estoy segura de que Jesucristo sabrá perdonaros.

—No os imagináis cuánto me alegra que penséis así —exclamó, agradecido—. No obstante, os rogaría que lo mantuvierais en secreto. Si esto se supiera, no tardarían en llevarme ante el Santo Oficio, y allí de nada serviría vuestra comprensión ni mi brillante hoja de servicios como soldado.

—No hacía falta que me lo pidierais —le comenté—. Soy consciente de cuáles son mis verdaderas lealtades.

Lo cierto era que yo también estaba confundida y desorientada, aunque por otros motivos. Pero, en ese momento, me pareció que lo más importante era recuperar su confianza, entre otras cosas para intentar devolverlo al redil de su antigua fe, si bien debo confesar que no acababa de fiarme de sus intenciones, pues lo veía casi siempre al acecho y muy cuidadoso con sus palabras, lo que hacía que yo también tuviera que estar en alerta, por lo que pudiera suceder.

Luego vinieron unos días en los que las cosas comenzaron a mejorar un poco. Durante las comidas, él me hablaba de sus proyectos y yo le comentaba mis cosas. También jugábamos al ajedrez o leíamos en voz alta fragmentos de algún libro para ver qué le parecían al otro. Por supuesto, no dormíamos juntos, pero al menos nos deseábamos las buenas noches y, por la mañana, nos saludábamos con cierto entusiasmo. Hasta que un día ocurrió algo que echó por tierra todo eso y volvió a hacerme desconfiar. Faltaba poco para el alba cuando me despertó el ruido de una puerta en algún lugar de la casa. Cada vez más inquieta, me levanté y me dirigí a ver qué pasaba. Era mi marido, que se disponía a salir de casa a hurtadillas.

—¿Adónde os dirigís? —le pregunté con tono de preocupación.

—El rey me ha pedido que vaya a cazar con él —me informó.

—Os veo algo alterado —observé.

—La verdad es que no me encuentro muy bien de ánimo —reconoció—. Ayer intenté resistirme, pero él insistió y no me pude negar, ya sabéis lo caprichoso que es.

—Os comprendo —admití yo—. De todas formas, mandaré a un criado para que le diga que no podéis ir.

—No me parece una buena idea —objetó él—. Sé que el rey no me lo perdonaría; últimamente, está algo susceptible conmigo, no sé por qué.

—No creo que para él sea tan importante que vayáis hoy a cazar —repliqué yo.

—Os equivocáis —rechazó mi marido con cierta aspereza.

—No iréis a cometer ningún despropósito, ¿verdad? —le pregunté, sin poder evitarlo.

—¿A qué os referís? —inquirió con tono suspicaz.

—A nada en concreto —contesté.

—Entonces, no tenéis nada de lo que preocuparos —concluyó él—. Y ahora, con vuestro permiso, tengo que irme, pues me están esperando.

—Quedaos, os lo suplico —le rogué yo, impidiéndole el paso.

—Dejadme en paz de una maldita vez —me gritó él fuera de sí, mientras me apartaba de su camino con gran violencia.

De repente, me sentí tan sola y perdida que rompí a llorar de forma desconsolada, y así estuve durante varias horas, hasta que el manantial de mis lágrimas se secó y caí rendida sobre el lecho.

Una hora antes del mediodía, la tranquilidad de Santa Fe se vio alterada por la noticia de que se había producido un accidente de caza en la partida que había organizado el rey para agasajar a Catalina de Dalt. La mala nueva la había dado a conocer un heraldo. Un venablo había atravesado el cuello del montero mayor, que no tardó en morir desangrado, pero, de momento, era tal la confusión que no se sabía muy bien cómo había ocurrido. Enseguida comenzaron a circular rumores de que podría haber algún herido, tal vez el propio rey, lo que me dejó muy preocupada. «¿Habrás intentado mi marido atacar al rey?», me preguntaba yo, mientras aguardaba con gran angustia e impaciencia su regreso.

Los primeros en pisar la plaza fueron los otros monteros, abatidos y cabizbajos. Sobre una mula venía el cadáver de su compañero, atravesado

como un fardo y cubierto con una pobre manta teñida de sangre, que daba pena contemplarlo. Después, llegó la mayor parte de la comitiva, a excepción del rey y algunos más. La reina se asomó a la puerta de su residencia y, al ver que su marido no se encontraba entre los presentes, salió a la calle dando gritos, toda sofocada, pues pensaba que su alteza estaba herido y no querían decírselo. Los criados trataron de tranquilizarla, pero ella seguía empeñada en que algo malo le había pasado.

Y en esas estaba, cuando de pronto apareció, al otro lado de la plaza, el rey a caballo, acompañado de su amante, con la que venía conversando de manera amigable, a juzgar por las risas que, de cuando en cuando, se oían en medio de un silencio cada vez más embarazoso. Detrás venían varios hombres de confianza de su alteza, entre los que no se encontraba mi marido. La reina, muy digna, se volvió entonces sin decir nada y, con la cabeza muy alta y el paso decidido, regresó a su morada. Yo me sentí más aliviada, pero seguía preocupada por la ausencia de mi esposo.

En la plaza nadie se movía ni reaccionaba, hasta que el propio rey ordenó, con semblante severo, que los criados dispusieran el velatorio de su montero mayor y los demás nos preparáramos para una larga jornada de duelo. Como cabía esperar, no tardaron en multiplicarse los rumores sobre lo ocurrido en la cacería y luego en Santa Fe, la mayor parte de ellos absurdos y disparatados. Pero ninguno mencionaba a mi marido. De modo que me fui a casa.

Al poco de entrar yo, apareció él. Sin ni siquiera saludarme, se dirigió a sus aposentos y de allí no salió hasta que lo llamé para comer. Durante el almuerzo, estuvo más taciturno que de costumbre, como si algo lo torturara o le preocupara más de la cuenta. A pesar del miedo que me atenazaba, yo intenté sacar varias veces a colación el asunto, pero él me dejó muy claro que no quería hablar de ello.

—¿No habréis sido vos? —me atreví por fin a preguntarle, con la intención de provocarlo.

—¿A qué os referís?

—A la muerte de ese pobre hombre —aclaré yo.

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Como os veo tan agobiado... —improvisé.

—Sabed que fue un desgraciado accidente de caza —me explicó, convencido—. Pudo haber sido cualquiera de los muchos que en ese momento lanzaron sus venablos. Teníamos varios corzos a la vista y nadie

nos avisó de que el rey, su nueva amiga y su montero mayor estuvieran por allí. Probablemente, su alteza se había adelantado con ellos para disponer de alguna ventaja, ya sabéis cómo es: le gusta siempre ganar, y más cuando hay visitantes.

—Según he oído, el venablo le pasó rozando al rey —comenté yo con intención.

—Lo cierto es que le faltó poco, sí —confirmó—. Teníais que haber visto su cara cuando nos acercamos. Nunca lo había visto tan pálido y aterrado, ni siquiera en el sitio de Málaga, aquella tarde en la que no cesaban de caer pellas de fuego sobre nuestro campamento.

—Pues no se le notaba demasiado cuando se presentó esta mañana en la plaza —repuse yo—. Menudo chasco se llevó la reina.

—En eso tenéis razón —concedió él—. Pero yo os aseguro que, en aquel momento, el rey estaba muy asustado, aparte de dolido y enfadado, y no era para menos, ya que se trataba de su montero mayor, y va a ser muy difícil sustituirlo. De todas formas, tendría que darle gracias al cielo por no haberle tocado a él. Alguien debería decirle que ande con más cuidado y no se arriesgue tanto cuando salga a cazar.

—¿Por qué no se lo decís vos?

—Porque a mí no me hace caso. Esta mañana me dio la impresión de que sospechaba de mí —me reveló con cierta pesadumbre.

—¿Y cuál es el motivo? —quise saber yo, cada vez más preocupada.

—Eso deberíais preguntárselo a él la próxima vez que venga a consultaros algo, ¿no creéis?

—Deduzco de ello que, para vos, yo podría ser la causa de su desconfianza —comenté.

—Yo lo único que sé es que, si no se fía de mí, es porque piensa que sospecho algo de él, lo que demuestra que, al igual que vos, tiene mala conciencia —argumentó.

—Vuestro razonamiento parece un acertijo. ¿Por qué sois siempre tan enrevesado? —me lamenté.

—Tal vez vos podáis explicármelo —sugirió él, mirando fijamente hacia mi vientre, o eso fue lo que me pareció.

—Sabed que él nunca os deshonraría —le aseguré—, y menos aún con mi consentimiento.

—Entonces, no hay nada que temer —concluyó, aunque era más que

evidente que no lo decía convencido—. Ahora, si me lo permitís, me voy a descansar.

—Lo mismo haré yo —me limité a decir.

(CATALINA DE DALT)

A juzgar por lo que me contaban mis espías, la reina estaba que trinaba y se subía por las paredes. No había día en el que no discutiera con su esposo o en el que alguno de los dos no se fuera dando un portazo. Ella, naturalmente, le reprochaba que pasara todas las noches conmigo, mientras que él la acusaba, aleccionado por mí, de mantener relaciones con Cristóbal Colón, lo que la sublevaba todavía más, pues era inocente. Por mucho que yo lo había intentado, jamás pude obtener ninguna prueba de que la reina le fuera infiel a su marido, y me consta que el rey tampoco la consiguió, a pesar de haberlo procurado con la ayuda de alguna dama de la corte. Esto hizo que la reina se creciera y se decidiera a apoyar con firmeza el proyecto de Colón, aunque tan solo fuera para darle en las narices a su esposo, que era contrario a este. De ahí que el navegante se saliera con la suya y el rey se viera obligado a firmar las capitulaciones impuestas por el ambicioso marino, lo que aumentó las tensiones y diferencias entre Isabel y Fernando, Fernando e Isabel. El conflicto estaba, pues, ya servido y a punto de estallar.

La gota que desbordó el vaso de la paciencia de la reina fue la montería con la que el rey quiso obsequiarme y, de paso, desairar a su esposa. Ese día el rey estaba exultante, pues le gustaba mucho ir de caza, sobre todo cuando no había guerra y tenía que estar mucho tiempo inactivo. Además, era la primera vez que hacíamos algo juntos fuera de la cama. Una vez llegamos al lugar elegido, el rey y yo nos separamos del resto para gozar de más intimidad, acompañados por su montero mayor, que conocía muy bien el terreno. Después de un rato al acecho, descubrimos varios venados que acababan de abrevar en un arroyo próximo. A propuesta del rey, nos

acercamos un poco más a ellos para asegurarnos de no fallar, pues él presumía de ser un gran cazador de aves, pero no de esta clase de animales.

Y a punto estábamos ya de lanzarles nuestras armas, cuando oímos silbar detrás de nosotros varios venablos. La mayoría lo hizo a unos pasos de donde estábamos, en dirección a los venados, pero uno fue a clavarse en el cuello del montero, que se encontraba ligeramente por delante de nuestra posición. El pobre hombre cayó como si hubiera sido fulminado y sin poder decir nada, pues la punta le salía por la garganta.

—Creo que le he dado —se oyó decir a alguien por detrás de nosotros.

—Esperad, parece que se mueve algo —apuntó otro, lo que provocó cierta algarabía.

En ese momento, el rey se tiró al suelo y comenzó a gritar que pararan, que le habían dado a su montero mayor y que podían acabar matándolo a él mismo. A continuación, nuevos venablos pasaron zumbando a mi lado.

—¡Agachaos! —ordenó el rey, dirigiéndose a mí, que me había quedado paralizada.

Naturalmente, le obedecí. En el suelo, los dos nos miramos con miedo y preocupación, no por lo que le había pasado a la víctima, sino por lo que pudiera sucedernos, pues ambos pensábamos que los venablos iban dirigidos a nosotros. Yo, desde luego, estaba convencida de que me los habían lanzado a mí por orden de la reina. Y así se lo hice saber al rey. Él, por su parte, me dio a entender que se trataba de uno de sus hombres de confianza, que se sentía agraviado por algo, pero no quiso entrar en detalles, por lo que me imaginé que simplemente intentaba exculpar a su esposa.

—Ahora lo urgente es que nos pongamos a salvo los dos —me apremió—. Ya averiguaremos más tarde quién o quiénes son los culpables.

De común acuerdo, el rey y yo nos fuimos arrastrando por el suelo hasta alejarnos de la trayectoria de los venablos y de las voces que se oían a nuestras espaldas. Al poco rato, alguien debió de descubrir el cadáver del montero mayor y se lo comunicó a los demás. Al ver que el rey no se encontraba por allí, comenzaron a dar la voz de alarma, para que todos se enteraran, y se dispusieron a buscarnos.

El rey, mientras tanto, no sabía qué hacer, pues no tenía claro qué era lo que verdaderamente había ocurrido. Pero lo peor de todo era que ignoraba dónde podía hallarse el supuesto traidor. Como sus hombres no daban con nosotros, el rey comenzó a impacientarse y al final decidió llamar su

atención:

—Estoy aquí, venid a protegerme de una vez —les gritó.

Después de comunicarse la noticia y llamarse unos a otros, se dirigieron todos hacia donde estábamos. Conforme llegaban, le preguntaban al rey qué es lo que había pasado y si se encontraba bien. Fernando tomó, entonces, la palabra para decirles que alguno de ellos había intentado matarlo y había acabado abatiendo a su montero mayor.

La mayor parte de los presentes se hicieron cruces y comentaron que los monteros habían avistado un grupo de venados junto al arroyo, y que, si todos habían lanzado los venablos desde tan lejos, era porque temían que, si se aproximaban demasiado, los venados terminarían huyendo.

—¿Y cómo es que nadie nos vio a nosotros, teniendo en cuenta que estábamos en medio? —replicó el rey.

—Vuestra alteza debía de estar agachado y supongo que hablando en susurros, para no espantar a los venados —explicó uno de los monteros.

—¿Y nadie me echó en falta en el grupo? —inquirió el monarca.

—La verdad es que pensamos que vuestra alteza se habría apartado para tener un momento de solaz con su amiga —respondió uno de los hombres de confianza del rey, un capitán al que llamaban el Artillero.

—Y vos, ¿dónde os encontrabais, si se puede saber? —le espetó el rey.

Por el tono y las miradas que Fernando le echaba, deduje que debía de tratarse del principal sospechoso, según pensaba él.

—Naturalmente, con los demás —contestó el Artillero—. Y, como se puede comprobar, no he lanzado ningún venablo —añadió, mostrando los suyos.

Esto me confirmó que el que mató al montero iba dirigido contra mí.

—Está bien —admitió el rey—. ¿Alguien ha visto alguna cosa extraña?

Todos los presentes negaron con la cabeza.

—Y vosotros, ¿qué pensáis? —les preguntó a los monteros, que parecían muy consternados.

Por lo que dijeron, estaban convencidos de que se trataba de un desgraciado accidente de caza. Asimismo, comentaron que podía haber sido cualquiera, incluso alguno de ellos. De modo que el rey lo dejó estar. Tras dar algunas instrucciones, ordenó que regresáramos a Santa Fe para honrar a la víctima como se merecía.

Cuando llegamos al campamento, la reina salió a recibirnos toda

compungida, pero al comprobar que yo no solo seguía con vida, sino que, además, venía conversando amigablemente con su esposo, se dio la vuelta, llena de ira, y se marchó por donde había venido. Y, al poco rato, el rey se fue detrás, como un perro faldero.

Después, su alteza me contó la discusión que había tenido con su esposa. Parece ser que ella empezó a bramar contra mí, sin dejar que él le explicara nada, y a decirle que había sido yo la que había pagado a alguien para que lo matara. El rey lo negó de forma tajante y ella amenazó con mandar torturar a todos los que habían participado en la cacería hasta averiguar quién lo había hecho, si él no me repudiaba. Pero su esposo le replicó que, si se atrevía a hacer algo así, sería a ella a la que repudiaría. Y la reina comenzó a romper todo lo que encontraba a su paso en la cámara, hasta que se cansó y se encerró en su capilla privada. Según me comentó el rey, jamás la había visto tan enfadada, ni siquiera con sus peores enemigos en tiempos de guerra. Así las cosas, comencé a prepararme para aquello que pudiera ocurrir, pues era consciente de que mi rival, amén de ser una mujer muy poderosa, tenía mal carácter.

Lo que, desde luego, no me esperaba era que, unos días más tarde, fuera a verme en secreto a mi propia casa. Iba tapada de los pies a la cabeza y con la cara cubierta por un velo, como una mora; de hecho, cuando abrí el portón, pues los criados se habían ido a dormir la siesta, estuve a punto de darle unas monedas y pedirle que se marchara. Menos mal que enseguida desveló su rostro y me dijo quién era. Admirada por su atrevimiento, y sin que ella me lo pidiera, la mandé pasar, cuando lo más cuerdo habría sido intentar salir huyendo. La reina andaba por los pasillos con la nariz levantada, moviéndola de un lado para otro, como si estuviera olfateando la presencia de su marido.

—Si vuestra alteza busca a su esposo, debo advertirle que no está aquí —le comuniqué.

—No me vengáis ahora con disimulos —replicó ella—. Toda la corte sabe ya que lo habéis engatusado con vuestras malas artes.

—¡Qué más quisiera yo que practicarlas! —me lamenté—. Todo sería mucho más fácil y más efectivo para mí. De todas formas, me gustaría informar a vuestra alteza de que al rey solo lo recibo por la noche, después de caer el sol —le comenté, aunque me dio la impresión de que ya lo sabía.

—Os prohíbo que sigáis haciéndolo de ahora en adelante —me ordenó.

—No es a mí a quien debería dirigirse vuestra alteza, sino al verdadero

artífice de tales encuentros —me defendí yo—. Todas las noches viene como un toro cuando lo sacan a la plaza, con ganas de embestir todo lo que se le ponga por delante. Frente a eso, ¿qué puedo hacer yo, que tan solo soy una frágil mujer?

—Podríais marcharos —me sugirió.

—Ya lo he intentado, pero el rey me lo ha prohibido.

—Pues resistid sus ataques de forma heroica —me soltó—. Habéis demostrado que tenéis fuerza de sobra para ello.

—Pero vuestra alteza sabe que no es cuestión de fuerza —repuse yo—. ¿Qué pasaría si, durante el forcejeo, yo le hiciera daño al rey? ¿O si pidiera ayuda a mis criados y alguno de ellos lo hiriera? Sin duda, se armaría un gran escándalo, me detendrían por delito de lesa majestad y, al final, perdería la cabeza, después de ser torturada y vejada públicamente.

—Es posible que sea como decís —concedió—. En cualquier caso, es evidente que algo le habéis hecho para que siga fijándose en vos. No es de los que permanecen demasiado tiempo comiendo en el mismo plato; a él le gusta picar aquí y allá. Tampoco yo se lo permitiría, pues, en cuanto me entero de que visita más de dos veces a una, la expulso de la corte, si es dama o criada, o la mando desterrar, si es puta o campesina.

—La verdad es que no sé qué es lo que puede haber visto en mí —comenté yo con fingida inocencia.

—Creedme, yo también lo ignoro —replicó ella con ironía.

—Pero vuestra alteza debería conocer a su marido mucho mejor que yo —apunté con segundas.

—Sea como fuere, habréis de marcharos cuanto antes de Granada —sentenció.

—Mucho me temo que no puedo complacer a vuestra alteza. Ya me gustaría a mí, pero el rey me retiene contra mi voluntad —le recordé yo.

—Más bien sois vos la que le habéis arrebatado la suya con vuestras sucias tretas —replicó ella.

—Sería mucho más fácil si nos fuéramos a Barcelona —propuse yo.

—¿Por qué lo decís?

—Porque allí no creo que quiera seguir con este juego, dadas las circunstancias —le expliqué—. Por otra parte, va a estar muy ocupado con las negociaciones.

—¿Qué sabéis vos de tales negociaciones? —inquirió ella, sorprendida.

—Desde el fin de la guerra de Granada, en Barcelona no se habla de otra cosa —le informé—. Y, cuanto más tiempo pase, más difícil será conseguir la devolución de los condados. De modo que, si la cosa se retrasara demasiado, nos veríamos abocados sin remedio a una guerra con Francia, lo que nadie en su sano juicio desea ahora, ¿no es cierto?

La reina no dijo nada, pero se quedó pensativa, sin dejar de escrutarme.

—Puede que me haya equivocado con vos —comentó por fin—. Sois una mala pécora, pero en eso que decís no os falta cierta razón —reconoció.

—Ambas cosas las considero un cumplido, viniendo de vuestra alteza —admití yo, muy digna.

—Es una pena que seáis mi enemiga. Seríais una buena consejera —reconoció ella— y una magnífica intrigante, una habilidad muy necesaria para poder moverse por las arenas fangosas de la corte.

—¡Me halaga vuestra alteza! —exclamé yo, en pleno éxtasis.

—De todas formas, os recomiendo que os andéis con más cuidado de ahora en adelante —me amenazó.

—¿Acaso vuestra alteza va a ordenar que me lancen más venablos? —pregunté yo.

—Estáis muy equivocada —rechazó—. Si quisiera mataros, ya hace tiempo que estaríais muerta. Si hasta el momento no lo he hecho, ha sido por mi marido; cualquiera sabe cómo reaccionaría ante una cosa así.

Dicho esto, se cubrió el rostro con el velo y desapareció tan sigilosamente como había venido, dejándome a mí pensativa y preocupada. En cuanto salió por la puerta, me asomé a la calle, pero ya había desaparecido. Tampoco se veía a ningún soldado de la guardia.

Cuando, horas más tarde, se lo conté al rey, no me creyó. Se imaginó que era una argucia que yo me había inventado para tratar de alejarlo de mí. Pero me advirtió que no iba a servirme de nada, ya que quien mandaba en la corte era él y, para demostrármelo, no pensaba hacer otra cosa que su real gana.

Por suerte, de vez en cuando, yo recibía cartas de Oriol. En ellas me daba cuenta de lo mucho que me añoraba y de las ganas que tenía de verme, algo que yo ya sabía, pues nuestros sentimientos eran mutuos, si bien me confortaba mucho leerlo. Al igual que me pasaba a mí, en ese momento nada le apetecía, todo le disgustaba. Y es que, cuando dos almas gemelas se aman,

la vida sin el otro resulta insípida y tediosa. Por otra parte, nunca habíamos estado separados durante tanto tiempo ni con tanta distancia de por medio. Casi siempre habíamos permanecido juntos, en lo malo y en lo bueno, como si fuéramos uno. En sus misivas, eludía preguntarme directamente por mis avances con el rey, y, cuando lo hacía, me rogaba que, por favor, omitiera los detalles. Así era Oriol, como un niño que cree que basta con cerrar los ojos para que los problemas desaparezcan. En ellas me contaba también que estaba madurando un plan con Bernat de Martorell para matar a Fernando. Pero, para ello, tenían que encontrar al hombre adecuado. Todo esto me lo decía de forma críptica, con un lenguaje convenido que solo él y yo entendíamos, pues nunca se sabía quién podría llegar a leer sus palabras.

En mis respuestas, yo trataba de alentarle, darle cariño e infundirle fuerzas. Le hablaba también de Omar, del que no había vuelto a tener noticias, por si pudiera ser de utilidad en sus planes. Asimismo, le informaba de cómo iban las cosas por la corte y la posibilidad de que el viaje a Barcelona no se retrasara mucho más, por lo que lo apremiaba a que encontrara a alguien cuanto antes. Por fortuna, al poco tiempo, mi hermano me hizo llegar una carta a través de uno de nuestros servidores más fieles, que envió a Granada para que me protegiera, ya que toda precaución le parecía poca. En ella me decía lo siguiente:

Mi querida y añorada hermana:

El tiempo sin ti transcurre tan lento como un carro por caminos enfangados. Sin tu presencia, todo me resulta anodino y exasperante. No es necesario que te diga que nunca me he sentido tan solo. Es como si me faltara algo, nada menos que la mitad de mí mismo. Y, por si eso fuera poco, los celos me corroen. Trato de imaginarte, y siempre te veo acompañada por ese pasmarote, al que, si pudiera, me gustaría matar con mis propias manos.

Felizmente, nuestro amigo Bernat ya ha encontrado a alguien. Se trata de un anciano payés llamado Joan de Canyamars, a quien un vecino de uno de sus criados tiene acogido en su casa, pues son parientes. Como indica su nombre, es originario de Canyamars, en la comarca del Maresme, cerca del castillo de la Roca. Tiene sesenta años. Pero, a pesar de su avanzada edad, goza de buena salud y conserva aún mucha fuerza, pues puede partir un buen leño en dos de un solo hachazo. Llegó a

Barcelona en pleno invierno, poco después de morir su padre, acompañado por un tío carnal llamado Pere, un payés que ha participado en las guerras de los remenças, al igual que otros familiares, varios de ellos afectados por la sentencia de Guadalupe. Según mis fuentes, tuvieron que pagar una multa por haber participado en las revueltas e indemnizar a sus señores.

Por lo visto, Joan es un hombre bueno y piadoso, pero con cierta fama de loco, ya que tiene visiones y escucha voces que le dicen que él es el nuevo Mesías elegido por Dios, algo que le ha causado algunos problemas; de hecho, ha tenido ya un roce con la Inquisición, que lo detuvo por sospechas de que estaba endemoniado y practicaba la magia negra con la pretensión de hacer milagros. Pero es tal su simpleza que enseguida lo soltaron. Su vida ha transcurrido siempre en el campo, y ahora, en la ciudad, anda como perdido. Con frecuencia, manifiesta que él es el verdadero y único rey de la cristiandad, y que no descansará hasta ocupar el trono que por derecho le pertenece.

Todo esto ha llevado a Bernat a pensar que el tal Joan puede ser la persona adecuada para llevar a cabo la ejecución, siempre y cuando consigamos valernos de su locura y ponerla al servicio de nuestros intereses. Con el fin de conocerlo de cerca y hablar con él, el otro día le pidió a uno de sus criados que fuera a buscarlo y lo llevara, en secreto, a su casa. Durante el encuentro entre ellos, yo permanecí escondido detrás de unas cortinas, por lo que puedo dar fe de todo lo que allí se dijo.

Al principio, Joan me pareció una persona corriente; de hecho, pensé que, a simple vista, nadie podría decir que está loco. Pero la cosa cambió cuando Bernat le preguntó si de verdad creía que era rey. Y, para que tú misma puedas juzgarlo, aquí te copio parte de la conversación:

—En efecto, soy el rey de los cristianos —contestó el payés con naturalidad—, si bien aún no he sido proclamado.

—¿Y cuándo será eso? —quiso saber Bernat.

—Cuando mi Padre lo decida —aseguró Joan con convicción—. Ese día vendrá a nosotros el reino de la justicia y de la verdad y yo reinaré sobre todos sin excepción, pues soy el Elegido, esto es, el Salvador que, según los profetas, habría de venir antes del fin del mundo y cuatro décadas después de la caída de Constantinopla.

—¿Y quién te lo ha revelado, si se puede saber? —inquirió Bernat.

—Me lo ha inspirado una voz que habla dentro de mí —precisó el hombre.

—¿Una voz? ¿Qué clase de voz?

—Creo que se trata del Espíritu Santo —aventuró Joan, mientras se santiguaba.

—¿Ah, sí?! ¿Y en qué lo notas? ¿Cómo sabes que es Él?

—En que es una voz suave y pura, como venida de lo alto —explicó el payés—. Además, cuando acaba de hablar conmigo, siempre veo salir volando una paloma blanca, camino del cielo.

—Por ahí se dice que eres también el primogénito de Juan II de Aragón —dejó caer Bernat—. Parece ser que, en cierta ocasión —añadió para sustentar su mentira—, el rey estuvo de cacería en la comarca del Vallés y tu padre lo acompañó como ojeador. Luego, cuando terminó la jornada, su alteza decidió hacer uso de una de sus prerrogativas y se acostó con tu madre, que quedó preñada de ti o, como suele decirse, bendecida por el rey. De ahí que te bautizaran con el nombre de Joan. ¿Es eso cierto?

—Pudiera ser —respondió el hombre, sin comprometerse demasiado.

—¿Y por qué no reclamas la Corona de Aragón?

—Porque mi reino no es de este mundo —contestó el payés, muy solemne.

—Tampoco lo era el de Jesús —le recordó Bernat—. Pero sus partidarios lo consideraban rey de los judíos y, en consecuencia, de Israel; y, por lo visto, esa fue la causa de que lo crucificaran. ¿Acaso tienes miedo de que puedan hacer lo mismo contigo?

—Os equivocáis. Si he venido a este mundo, ha sido para sacrificarme por mi pueblo —replicó Joan.

—Si es así, ¿por qué no intentas redimirlo, especialmente a tus amigos, los payeses de remença, e implantas de una vez por todas el reino de los cielos aquí en la tierra? —le propuso Bernat—. Ellos deberían ser para ti el pueblo elegido, y tú, su único Mesías. Pero, para eso, es primordial que acabes con el usurpador, que no es otro que el rey Ferran, ese que está ocupando ilegítimamente el trono y aspira a ser el rey de la cristiandad.

—Lo que decís tiene mucho sentido, desde luego —reconoció Joan, sonriendo—. Sin embargo, no haré nada mientras no me lo pida el Espíritu Santo. Veni, Sancte Spiritus, e infúndeme tu carisma —añadió, mirando al cielo.

—Tarde o temprano lo hará, ya lo verás —auguró Bernat—. Ya me encargaré yo de que así sea —añadió entre dientes.

Estarás conmigo, querida Catalina, en que este hombre es perfecto para nuestros planes. De todas formas, vamos a necesitar a tu amigo Omar para que lo vigile de cerca y lo ayude a llevar a cabo su importante misión. ¿Qué te parece?

Tu hermano Oriol, que tanto te recuerda y te ama.

Aunque no estaba del todo convencida de que el tal Joan fuera la mejor opción posible, me produjo gran contento saber que en Barcelona las cosas marchaban según lo previsto por Oriol. Y así se lo comuniqué en una carta que le hice llegar a través del sirviente que me había enviado. En ella le decía también que no necesitaba a nadie que me protegiera, que podría arreglármelas sola. En realidad, lo que no quería era que me vigilaran, aunque fuera por orden de mi hermano.

Por desgracia, pronto me arrepentí de haberme desprendido del criado, ya que, poco tiempo después de enviarlo con la carta, se presentó Gonzalvo de Cascais en mi casa con el rostro descompuesto.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Esta mañana he tenido visita de mi hermano Alonso —me contó—, que me ha dicho que tiene conocimiento de que tramamos algo contra el rey.

—¿Cómo es posible! —exclamé, intentando mantener la calma—. ¿Y qué es exactamente lo que sabe?

—Lo ignoro, la verdad. Habrá observado algún indicio y él se ha imaginado todo lo demás —conjeturó nuestro espía.

—Al menos te habrá dicho qué es lo que desea.

—Lo de siempre. Pide dinero a cambio de silencio —me aseguró.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Yo lo he negado todo y he amenazado con matarlo —me comentó—. Pero él me ha pedido que os comunique que, si no atendemos enseguida sus demandas, acudirá al rey para delataros.

—¿Y tú crees que será capaz de hacerlo?

—Mucho me temo que sí —reconoció—. Mi hermano siempre ha sido algo esquinado y torvo —me explicó—; además, fue soldado al servicio del

rey en Navarra, donde fue bien recompensado, por lo que cree que le debe cierta lealtad, aunque, sin duda, es más leal al dinero.

—Está bien —admití yo, mientras sacaba de un pequeño cofre una bolsa con ducados de oro—. Dadle esto, pero exigidle que se aleje de Granada.

—¿Y qué haremos si vuelve? —quiso saber Gonzalvo.

—Tendrás que matarlo —le advertí yo.

—Lo veo razonable —concedió.

(SARA DERTOSA)

Como el tiempo apremiaba y no tenía mucho donde elegir, decidí refugiarme en casa de una familia de conversos que vivían en el arrabal de la Rambla, no muy lejos de Montjüic. A pesar de mi aspecto, me recibieron con los brazos abiertos y sin pedir explicaciones, pues le debían muchos favores a mi padre, lo que no quita para que se sintieran recelosos. Yo intenté tranquilizarlos, diciéndoles que no era mi intención permanecer mucho tiempo en su casa, que lo único que necesitaba era una cama y algo de comida, que luego ya me las arreglaría yo sola. Eso fue todo lo que tuve que decirles; lo demás lo dedujeron ellos. Al día siguiente, el padre me dijo que su hogar no era un buen cobijo para mí, pues él y su mujer eran considerados sospechosos de judaizar y cualquier día podría recibir la visita de algún familiar del Santo Oficio, a fin de comprobar que todo estuviera en orden. Después me contó que esa mañana había madrugado y me había encontrado un lugar mucho más adecuado y seguro. Se trataba del convento de Santa Clara, al otro extremo de la ciudad, en el barrio de la Ribera, donde nadie me buscaría, y muy cerca del portal de Sant Daniel, por si había que salir huyendo. Allí iba a trabajar como lavandera, con lo que podría ganarme el sustento sin tener que rendirle cuentas a nadie.

Después de despedirme de la familia, me dirigí hacia el convento vestida de cristiana. Cuando llegué, pregunté por la demandadera y ella me condujo a un edificio anejo. Por lo que pude entender, en él se recogía a las mujeres descarriadas que querían dejar la mala vida y volver al redil y a aquellas otras que se habían quedado solas y no tenían familia ni medios de subsistencia. A todas se les daba techo, alimento y algún dinero a cambio de trabajar para las

monjas o para algunas familias nobles vinculadas a ellas, siempre y cuando cumplieran las normas y su comportamiento fuera decente. Los dormitorios y comedores eran también comunes, por lo que estábamos obligadas a convivir todo el tiempo, lo que propiciaba todo tipo de roces y desavenencias entre nosotras.

Aunque traté de integrarme, al principio la mayoría me veía como a una extraña, pues no sabían cuál era la desgracia o el pecado que me había conducido hasta allí. Y, por más que lo disimulara, mi aspecto, mi conducta y mi manera de hablar me delataban como diferente. Por suerte, pronto entablé relaciones con las que parecían más abiertas y espabiladas. Muchas habían sido mujeres del partido y algunas tenían hijos a su cargo, por lo que los domingos trabajaban unas horas en la calle para poder pagar a las familias que cuidaban de sus criaturas.

—Como digas algo, te rajamos esa cara tan bonita que tienes —me advirtieron cuando me lo contaron.

Por ellas me enteré de que, a la mañana siguiente, habían encontrado el cadáver del alguacil junto al muelle. Por lo visto, no había habido testigos ni detenciones, pero se sospechaba que los autores del crimen se encontraban entre los judíos que aquella noche habían partido en un barco rumbo a Génova, ya que el muerto era uno de los encargados de velar por el cumplimiento del edicto de expulsión, por lo que, de momento, las autoridades no podían hacer nada, salvo esperar a que el navío regresara, si es que volvía, pues su capitán era de origen calabrés y, según parece, solía dedicarse a la piratería, lo que me hizo temer por la situación de mi madre y mis hermanos, después de lo que había sucedido en el puerto.

No obstante, no se descartaba que pudiera haber represalias contra los judíos que aún permanecían en Barcelona; de hecho, pocos días después, fueron asaltados varios negocios e incendiadas algunas casas cerca del puerto, entre ellas la de mi familia, como yo misma pude comprobar más tarde. Se trataba con ello de dar escarmiento, para que un crimen como aquel no se volviera a repetir. Yo lo sentí mucho por las otras familias afectadas. Desgraciadamente, en mi situación, lo único que podía hacer por ellas era sobrevivir e intentar vengarlas, dando muerte al rey. Pero, mientras ese día llegaba, debía permanecer escondida.

Un domingo traté de acercarme a mi antigua calle, para ver cómo había quedado nuestra casa, pero no fui capaz. Cuando me disponía a regresar al

convento, me crucé en una esquina con un hombre que se me quedó mirando. Tenía aspecto de mendigo y observé que le faltaba un brazo, por lo que supuse que me pedía limosna. Así que le di unas monedas y proseguí mi camino.

—Espera, yo te conozco —me dijo, de pronto—, tú eres la hija de Simón, el mercader. Debes tener cuidado, pues hay gente que te anda buscando —añadió en voz baja, mirando hacia un lado y el otro con disimulo.

En un primer momento, pensé volver atrás para ver qué más sabía, pero me dio tanto miedo que salí huyendo.

—No te vayas, lo único que quiero es ayudarte —gritó el mendigo.

Cada vez más asustada, continué corriendo por algunas calles cercanas, y, solo cuando estuve cierta de que nadie me había seguido, volví al convento, de donde no me moví en varias semanas.

Lo malo era que allí tampoco me sentía muy segura; de hecho, una tarde entraron varios alguaciles en busca de algunas de mis compañeras, pues, según dijeron, se había cometido un robo en una calle próxima y ellas eran las principales sospechosas. Como tenía miedo a ser interrogada y cometer algún desliz, decidí esconderme entre la ropa sucia, donde estaba convencida de que no iban a mirar. Allí pasé varias horas, aplastada por una montaña de sábanas y camisas y sin apenas poder respirar, para que no me descubrieran. Luego estuve oliendo a inmundicia durante varios días, lo que hizo que mis amigas me rechazaran y no quisieran estar conmigo.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Ni que te hubieras caído en un albañal —me soltó una de ellas, tapándose la nariz.

La vida en el convento era tan triste y rutinaria como la de un burro de noria. Nos la pasábamos trabajando de la mañana a la noche, con unas pocas pausas para comer y asistir a misa. Cuando llegaba la hora de dormir, estábamos tan cansadas que caíamos rendidas en el lecho. Y así un día y otro, salvo los domingos, que nos dejaban descansar un poco y dar un paseo por los alrededores, momento que yo aprovechaba para dejarme caer por algunos mentideros de la ciudad en busca de noticias. En ellos se decía que, para sorpresa de los reyes, la mayoría de los judíos estaba optando por el exilio, en lugar de por la conversión.

Al principio, cuando se hizo oficial la terrible nueva de la expulsión, hubo un gran duelo entre los míos, un profundo terror, una angustia como no se había sentido desde que los hebreos del reino de Judá, del pueblo de Israel,

fueran llevados cautivos por Nabucodonosor. Pero enseguida se reconfortaron unos a otros y comenzaron a prepararse para partir. Asimismo, los rabinos comparaban esta nueva salida con el éxodo de Egipto y animaban a su pueblo diciendo que no tardaría en producirse una manifestación del inmenso poder de Dio.

Según se contaba, fueron muchas las dificultades que la mayoría encontró para vender sus tierras y demás posesiones, pues los precios enseguida se arruinaron. Así que no tuvieron más remedio que malvenderlas a los cristianos, que se hicieron con ellas por muy poco dinero. Algunos incluso no hallaban quien se las comprase y andaban porfiando con ellas, hasta que un gañán les ofrecía un asno por una casa o un trozo de lienzo por una viña, ya que ni oro ni plata ni moneda podían llevarse. Por lo visto, hubo también unos pocos que siguieron confiando hasta el último momento en vanas esperanzas, pues se negaban a creer que la cosa iba en serio, tal era su ceguera y mala previsión, y al final tuvieron que abandonarlo todo sin obtener nada. Los más precavidos, eso sí, consiguieron negociar sus bienes con letras de cambio pagaderas por los socios de algún rico mercader en la ciudad a la que pensaban viajar, si bien no todos ellos lograron recuperar sus cuartos cuando llegaron a su destino.

También se comentaba que, antes de la salida, las familias, de común acuerdo, casaban a todos sus hijos mayores de doce años, para que cada muchacha pudiera estar protegida por su marido. Y, como los gastos del viaje corrían, por lo general, a cargo de los expulsados, se resolvió socorrer a los más necesitados con el producto de la venta de los bienes comunales, para que así pudieran pagar la manutención, el flete de los barcos, los derechos de paso... En cuanto a los cementerios, los rabinos concertaron con algunas familias cristianas que, a cambio de quedarse con una parte de sus haciendas, se comprometerían a cuidarlos y a mantenerlos como tales, pues el hecho de abandonarlos, aunque fuera contra su voluntad, podría considerarse un sacrilegio.

Por otra parte, se supo de algunas familias que habían rogado a sus señores que negociaran con los reyes para que les permitieran quedarse. Pero estos les habían recordado que el edicto no contemplaría excepciones y que toda persona que protegiera u ocultara a algún judío en sus tierras o en su casa sería severamente castigada, aunque fuera grande de España. Se contaba que hasta los judíos de Granada habían tenido que huir, a pesar de que los

monarcas les habían garantizado su protección en las capitulaciones firmadas antes de la toma, lo que hizo que los musulmanes empezaran a tomar buena nota de ello.

Corrían también rumores de que eran muchos los judíos que culpaban a la reina de haber sido la causante principal de las desgracias de nuestro pueblo, debido a su promesa de expulsar a todos los judíos de sus reinos, si el Señor les concedía la victoria en la guerra de Granada. «Si me entregas a este pueblo infiel, yo sacrificaré a Israel, que está sentado en mi reino, y lo apartaré de mi protección», se comentaba que había jurado solemnemente, inducida por Torquemada, para quien la purificación de Castilla era una auténtica obsesión.

Para la mayoría de los expulsados, las circunstancias fueron muy trágicas y difíciles. Según se decía, iban por los caminos y campos con mucho trabajo y esfuerzo, unas veces cayendo, otras levantándose; unos muriendo, otros enfermando, con tanto dolor que a veces despertaban la piedad de los cristianos, cosa harto difícil. Allá por donde pasaban, los invitaban a que se bautizaran para que dejaran de sufrir penalidades, pero solo algunos, muy pocos, los más desesperados, se convertían y se quedaban. A los demás, los rabinos los iban esforzando, y a las mujeres y mancebos les hacían cantar y tañer el pandero y el adufe para alegrarse. Los más ricos, por su parte, ayudaban a los más pobres; los más sanos, a los más enfermos; y los más alegres, a los más tristes. Y así fueron saliendo de los reinos de Sefarad; unos, para Portugal y los Países Bajos; y otros, para diferentes puertos, desde los que luego partirían hacia su destino final, sin apenas conocer detalles sobre los lugares a los que huían e ignorando si iban a ser bien recibidos o cruelmente rechazados. Los de la Corona de Aragón se dirigieron, en buena parte, al reino de Navarra, y los demás a Tortosa, Barcelona o Valencia, para luego embarcarse hacia Nápoles, Génova o algún puerto del norte de África o del oriente otomano. Quienes los habían visto comentaban que parecían espectros: pálidos, demacrados, con los ojos extraviados y el andar cansino, como si temieran morir en cualquier momento o quedarse sin fuerzas para seguir hasta el final.

En total, se calculaba que habían sido expulsados de Aragón y de Castilla unos ciento cincuenta mil judíos, con los que podían haberse poblado como mínimo seis ciudades del tamaño de Barcelona, pero era difícil saberlo con exactitud, pues en algunos lugares no había registros fiables. Los más

afortunados lograron encontrar refugio en sus lugares de acogida y, a buen seguro, conseguirían salir adelante, como tantas veces había ocurrido, sobre todo en Turquía. Por lo visto, Beyazid o Bayaceto II, sultán del imperio otomano, había enviado a las costas de Sefarad algunos barcos para transportar hasta sus dominios a todos aquellos judíos que lo desearan. Y se comentaba que estaba maravillado con la expulsión, pues, según él, era como arrojar la riqueza fuera de casa para que otros se beneficiaran de ella. «¿Y a ese tal Fernando, que empobrece sus estados para enriquecer los míos, le llamáis rey?», llegó a decirle al embajador español en Estambul. Y es que, en verdad, no podía ser llamado así aquel que, en nombre de una oscura idea, sacrificaba a una parte de su pueblo, y, a la postre, a la nación entera.

Pero no todos los que se fueron tuvieron tanta suerte. Pronto comenzaron a llegar noticias alarmantes de lo que a muchos de ellos les había sucedido durante el viaje. Eran historias terribles, que añadían más sufrimiento a la tragedia que de por sí ya suponía la expulsión, y que a mí me causaban un hondo pesar y temor. Entre otras cosas, se decía que en algunos barcos, a poco de partir, los musulmanes les habían abierto el vientre con sus alfanjes, para sacar de sus entrañas el oro que supuestamente se habían tragado, lo que una vez más me trajo el recuerdo del triste final de mi padre. A otros los habían arrojado al mar o los habían abandonado en islas desiertas completamente desnudos o los habían dejado morir en las bodegas de hambre o enfermedad. En otros casos, habían acabado vendidos como esclavos, tras separarlos de sus familias. En cuanto a las mujeres, muchas habían sido forzadas o martirizadas, pues la mayoría habían preferido la muerte antes que dejarse mancillar.

Por último, corrían rumores de que algunos se habían quedado en Sefarad, donde permanecían ocultos y a la espera de que las cosas volvieran a ser como antes, para poder abandonar sus escondrijos y retomar sus antiguas vidas. Las más de las veces, se trataba de simples infundios, pero dieron pie a los inquisidores para hacer numerosos registros y detenciones en algunos barrios. Bastaba la denuncia de algún vecino para que estos se presentaran, en mitad de la noche, con gran griterío, golpeando y humillando a todo el mundo, y se llevaran detenidos a los sospechosos con el fin de torturarlos para que confesaran. Fue de esa forma como descubrieron en un sótano a varios judíos barceloneses, que enseguida fueron condenados al escarnio público y a morir en la hoguera, y la misma suerte corrieron aquellos que los

habían socorrido, lo que sin duda serviría de escarmiento para los que estuvieran haciendo lo mismo o en el futuro pensaran hacerlo.

Todo esto, como es lógico, aumentaba mi miedo a ser descubierta, y más desde que mis compañeras de penurias se dieron cuenta de mis escrúpulos con la comida. Y es que, cuando nos servían algún alimento que me estaba vedado por mis creencias, yo trataba de compartirlo con las que tenía cerca, con el pretexto de que ellas estaban más necesitadas, lo que acabó despertando sus recelos.

—¿Cómo es que no tienes hambre? ¿Acaso estás enferma? —me preguntó una de las agraciadas.

—Así es —mentí yo.

—En ese caso, tendrás que hablar con las monjas, para que te envíen a algún sitio, pues no queremos que nos contagies —me soltó.

—No es nada grave, te lo aseguro. Se me pasará pronto —aseguré yo.

—Más te vale.

También se dieron cuenta de que, en las misas, estaba siempre ausente y nunca me confesaba; sin duda, pensaban que, si no lo hacía, era porque me consideraba mucho mejor que ellas, poco menos que una santa.

—Pero, en este mundo, todas pecamos, unas de pensamiento y otras de obra, que te quede claro —me advirtió una a la que llamaban la Sevillana, por su lugar de procedencia—. Y en el cielo se alegran más por una pecadora que se arrepiente que por noventa y nueve justas que no necesitan arrepentimiento, para que lo sepas.

Hasta que un buen día se percataron de que yo no tenía nada de santa ni de justa ni de buena cristiana, pues por las noches tenía violentas pesadillas y hablaba en sueños de algo terrible que había hecho, algo que, según mis compañeras, me torturaba y me provocaba gran agitación. Desde ese instante, su mayor empeño fue intentar sacar a la luz mi oscuro pecado, y, para ello, trataron de espiarme mientras dormía, cuando lo hacía, claro, pues, por lo general, permanecía en vela por miedo a que descubrieran mi secreto.

Así las cosas, decidí abandonar el convento y la ciudad para dirigirme a Granada, donde se encontraba el rey. Para ello, me corté el cabello y me disfracé de varón con algunas de las ropas que nos habían entregado para lavar, pues estaba claro que como mujer no iba a llegar muy lejos, dada la multitud de peligros que en los caminos acechaban. Al principio, me sentía algo incómoda y tenía mucho miedo de que me desenmascararan, pero

enseguida comprobé que todo el mundo me tomaba por un mozo. De esa guisa atravesé la ciudad, pues quería echarle un último vistazo antes de irme. Cuando estaba ya a punto de llegar al portal de Sant Antoni, iba tan pendiente de que nadie se fijara en mí que me di de bruces con un ganapán que salía de una taberna y que, a juzgar por el olor que desprendía su aliento, parecía bien servido; de ahí que cayera al suelo, desde donde comenzó a lanzarme improperios.

—Lamento mucho haberos atropellado —me disculpé, con una voz tan grave que a mí misma me sorprendió.

—Más lo lamento yo —protestó él.

—¿Hay algo que pueda hacer por vos? —me ofrecí, mientras lo ayudaba a levantarse.

—Largarte enseguida, si no quieres que te estropee ese rostro lampiño que tienes —me soltó con tono amenazante.

Y así lo hice, pues no deseaba seguir llamando la atención. En el portal, había una pareja de soldados que estaba interrogando a todos aquellos que querían salir de la ciudad. De modo que me di la vuelta. Pero, en ese momento, vi que el ganapán se dirigía hacia mí con ganas de seguir la riña. Dadas las circunstancias, opté por vérmelas con los soldados.

—¿Adónde vas? —me preguntó uno de ellos.

—Al monasterio de Valdonsella —respondí yo con voz firme.

—¿Y cómo es que no llevas equipaje? —inquirió el otro.

—Porque voy a tomar el hábito, que allí es lo único que necesito.

—Está bien —accedió.

Cuando al fin me dejaron partir, llegó el otro dando tumbos y pidiendo a gritos que lo dejaran pasar, por lo que no tardaron en detenerlo. Yo, por mi parte, me eché a correr tan deprisa como pude, hasta que perdí de vista las murallas y las torres de Barcelona con una mezcla de alivio y pesar.

Por el camino me encontré con dos frailes dominicos que iban a Zaragoza. De lo que decían, deduje que los acababan de expulsar del convento por faltar a uno de sus votos. Por la noche, me invitaron a cenar con ellos junto al fuego, en medio del monte. La comida fue más bien escasa, pero la bota de vino no paró ni un momento de circular entre nosotros. Aunque al principio me resistí un poco, los frailes insistieron en que yo también bebiera para entrar en calor, y lo cierto es que acabé un poco mareada. A la hora de ir a dormir, se empeñaron en compartir conmigo unas pobres mantas que

llevaban, y, aunque para mí resultaba un poco embarazoso, no me quedó más remedio que aceptar; al fin y al cabo, eran frailes. Mas no llevábamos ni un minuto acostados cuando sentí que una mano me subía por la entrepierna. De modo que me levanté y comencé a gritar:

—¿Y vos os llamáis fraile?

—¿Y qué esperabais? —replicó él—. Recordad que somos hombres antes que frailes.

—Pero yo soy un varón —le recordé.

—En un convento os quisiera ver a vos —repuso el dominico—. Allí comprobaríais cómo en menos de un mes ya no teníais tantos remilgos.

—¿Y por qué no dejáis la orden?

—¿Y renunciar a la sopa boba? ¡De eso nada! —exclamó convencido.

—Acostaos de una vez y lo discutimos debajo de las mantas —intervino el otro.

Al ver que la cosa volvía a ponerse caldeada, decidí salir huyendo en medio de la noche a campo través. Como no se veía nada, al cabo de un rato me detuve, no fuera a ser que de tanto dar vueltas acabara de nuevo en manos de los frailes. Por otra parte, seguía mareada y tenía el estómago revuelto. Así es que me senté con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y las piernas recogidas y rodeadas por los brazos, atenta a cualquier pequeño ruido, hasta que me venció el cansancio y me quedé dormida.

Por la mañana me desperté aterida y con un gran malestar, pero contenta de seguir viva e intacta. Aunque no debía de estar muy lejos del camino real, lo cierto es que tardé mucho en encontrarlo. Para entonces ya era mediodía, pues el sol estaba en lo más alto, y yo sentía un hambre tan atroz que parecía que me estaba devorando por dentro. Afortunadamente, al poco rato fui a parar a una especie de venta, donde a cambio de ocuparme de las cuadras conseguí que me dieran techo y comida. El trabajo encomendado no era muy duro, la verdad, y con gusto me habría quedado allí hasta el día siguiente, pero a primera hora de la tarde aparecieron los dos dominicos, que debían de haber pasado la mañana buscándome por el monte, no sé con qué mala intención. Así que me marché del lugar con gran sigilo.

Poco después, me encontré con un grupo de juglares. Habían parado a descansar junto a un arroyo y les oí decir que iban a Granada, donde pensaban ganarse la vida con sus canciones, juegos y danzas. Al principio, dudé mucho si unirme a ellos, pues sabía que los de su condición tenían fama

de truhanes y pendencieros, pero luego pensé que no podían ser peores que los frailes, ya que al menos se les vería venir. Viajaban con el séquito de una tal doña Mariana, una viuda de origen hidalgo, que se dirigía a la corte con la voluntad de reclamar no sé qué títulos que le habían sido negados a sus hijos, tras la muerte del marido en la guerra de Granada. Se trataba de una mujer corpulenta, con la cara llena de verrugas, que no paraba nunca de hablar y de hacer gestos sin ton ni son.

A los pocos días de estar juntos, aprovechando que habíamos parado para reponer fuerzas, la matrona me mandó llamar. Yo me presenté ante ella con cierta inquietud, temiendo que me hubiera descubierto o sospechara de mí.

—¿Puedo hacer algo por vos? —pregunté cuando llegué a su altura.

—He pensado que a lo mejor te apetece hablar un poco —me sugirió—. Por lo que he visto, siempre estás solo y apartado de los demás.

—Os agradezco mucho vuestra preocupación, pero estoy bien así —comenté.

—¿Acaso padeces penas de amor?

—De eso se trata —mentí yo.

—Es una lástima que no seas correspondido —exclamó—. Pareces un buen mozo y eres agraciado, y con ese rostro tan angelical no puedes ser mala persona. Acércate y deja que te vea bien.

De repente, comenzó a palparme, como si quisiera comprobar que en verdad era un mozo de carne y hueso, y no un espíritu u otra cosa.

—Agradezco mucho vuestro interés y vuestros halagos, mas en este momento preferiría estar solo —dije yo, al tiempo que me apartaba de ella.

—Como quieras —admitió la mujer, algo dolida—. Pero si necesitas un poco de consuelo o un hombro sobre el que llorar...

Desde entonces, doña Mariana no hacía más que observarme y estar pendiente de mí, como una madre solícita, lo que a mí me violentaba un poco.

—He visto que no tienes nada que llevarte a la boca y he pensado que tal vez quisieras comer algo conmigo —me propuso en cierta ocasión.

—Sois muy amable, pero no creo ser digno de tal honor —aduje yo, recelosa.

—Sí, si yo te lo concedo; de esa forma, podrás hacerme compañía —replicó ella—. Siéntate, pues, de una vez.

Yo, al ver tantos manjares sobre el mantel, no supe decir que no. De modo

que me acomodé frente a ella y comencé a dar cuenta de un muslo de cordero que me ofreció. Mientras lo devoraba, traté de responder como pude a las muchas preguntas que me hacía. En resumidas cuentas, le conté que acababa de ser rechazado por la doncella a la que amaba porque su familia no me consideraba un buen partido. Así que había decidido ir a la corte en busca de fortuna con el fin de hacerme digno de ella.

—No creo que en la corte haya sitio para alguien como tú —me advirtió ella con displicencia—, salvo que quieras alistarte como soldado en las huestes del rey. Pero, si fueras mi criado, la comida y la ropa no te habrían de faltar, y tampoco el dinero, si haces todo lo que yo te diga.

Doña Mariana se inclinó de repente hacia mí y comenzó a acariciarme la cara y a besarme las manos. Tenía las suyas frías y sudorosas y los labios grasientos.

—Con el tiempo —añadió, estrechándome con fuerza contra ella—, podría llegar a tratarte como a un hijo, ahora que los míos ya no están en casa. ¿Qué te parece?

—La verdad es que me siento abrumado con vuestro ofrecimiento —balbuceé yo, poniéndome en pie—. Pero necesito pensarlo.

—Está bien. No hay ninguna prisa —concluyó con cierta sequedad.

Al día siguiente, volvió a invitarme a comer a solas con ella. Yo traté de resistirme, diciéndole que no me encontraba bien. Pero ella insistió tanto que tuve que claudicar, pues tenía miedo de que se hubiera percatado de mi secreto.

—¿Qué, ya lo has pensado? —me preguntó tan pronto me acomodé.

—No me habéis dado tiempo —contesté yo.

—¿Por qué no pruebas unos días, mientras estamos de viaje? Podrás dejarlo cuando quieras —me propuso.

—¿Y qué es lo que habría de hacer? —quise saber yo.

—Darme gusto en todo lo que te pida, sin hacer preguntas ni poner objeciones —me explicó.

—Si lo que pedís es honesto y decente, no veo por qué habría de ponerlas —apunté yo.

—Por eso no has de preocuparte —me aseguró ella—. Ya verás como no te arrepientes.

—En ese caso, podéis contar conmigo —accedí.

—¿Te importaría empezar después del almuerzo?

—Como gustéis.

Cuando terminamos de comer, me ofrecí para ayudar a los otros criados a recogerlo todo. Pero ella me pidió que la acompañara a su litera, donde iba a serle de más utilidad. Una vez allí, me rogó que entrara, pues quería dormir la siesta antes de reemprender el viaje.

—Si os parece, yo me quedaré fuera, velando vuestro descanso —le propuse.

—Lo que ahora quiero es que estés conmigo y me des calor —precisó ella.

—Lamento no poder complaceros —repliqué.

—¿Acaso no te gusto?! —exclamó ella, muy ofendida—. Además, me prometiste no poner objeciones.

—Siempre que fuera algo honesto y decente —le recordé.

—Pues deberías saber que este es un honor que no le concedo a cualquiera —me comentó—. Muchos pagarían una fortuna por yacer conmigo, mientras que a ti te lo ofrezco de forma espontánea y por tu cara bonita.

—Os lo agradezco, pero yo no soy digno de esa clase de honores —decliné con firmeza.

—Eso seré yo quien lo decida, ¿no te parece? —me dijo, agarrándome por un brazo.

—Dejadme, os lo ruego —supliqué yo.

—En ese caso, me veré obligada a tomar por la fuerza lo que no quieres darme de buen grado. Y, si te resistes —me amenazó—, ten por seguro que empezaré a gritar.

La situación no podía ser más complicada y embarazosa para mí. Si accedía a lo que ella me demandaba, se descubriría el pastel y solo mi Señor sabía lo que iba a ser de mí. Y si, por el contrario, me resistía, sería objeto de la cólera de mi no deseada señora, pero mi secreto seguiría a salvo.

—Lo siento, pero no puedo —concluí yo.

—Eso habrá que verlo —insistió ella, tirando con fuerza de mí, para introducirme en la litera.

—No habrá tal —sentencié yo, zafándome como pude de la viuda.

Al ver que intentaba escapar, la mujer comenzó a chillar para llamar la atención de sus criados, que no tardaron en acudir en auxilio de su ama.

—Este rufián ha pretendido mancillarme —les mintió—. Atadlo fuerte a la parte de atrás del carro, hasta que pasemos por algún lugar en el que podamos entregarlo a la justicia para que le den su merecido.

Yo me dejé hacer sin protestar, por temor a que la cosa pudiera ir a mayores si en el forcejeo descubrían que era una mujer. En tal caso, estaba segura de que doña Mariana se sentiría tan ofendida y avergonzada que, a buen seguro, dejaría que los criados me violaran e hicieran conmigo lo que quisieran, para después abandonarme en medio del bosque.

Desde ese día, tuve que caminar amarrada como si fuera un esclavo o un perro, soportando las miradas y comentarios de los criados y los juglares y los gestos de burla y de desprecio de la mujer, que pensaba que de esa forma yo me ablandaría. Tan solo me soltaban una vez al día, para comer algo y hacer mis necesidades, vigilada a distancia por uno de los sirvientes, lo que hacía las cosas mucho más difíciles para mí. A la hora de dormir, tenía que acurrucarme debajo del carro, sin nada con lo que cubrirme. Pero, a pesar de todo, no me rendía ni me sentía desfallecer, pues seguía confiando en mi Dios, que no dejaba de ponerme a prueba.

XIII

(BEATRIZ GALINDO)

Cuando vi que se acercaban los calores del verano, decidí abandonar la corte y regresar con mi familia para dar a luz con tranquilidad. Pero mi marido, en cuanto conoció mis intenciones, se negó en redondo y me exigió que fuera con él a Madrid. Yo traté de negarme, mas mi esposo me recordó que debía acatar su voluntad y que ahora mi hogar estaba en su casa. De modo que no tuve más remedio que darle la razón. La reina, por su parte, me confesó que, a pesar de todo lo que había pasado, iba a echarme de menos y esperaba que pronto volviéramos a reunirnos. ¡Y yo que pensaba que se alegraría de perderme de vista! Claro que también cabía imaginar que prefería saberme cerca, para así poder controlarme mejor; con ella nunca se sabía. Del rey no pude despedirme, pues estaba, cómo no, de cacería con su nueva amante, a la que no dejaba ni a sol ni, sobre todo, a sombra.

El Artillero y yo apenas cruzamos palabra durante todo el trayecto. Él ni siquiera tenía la delicadeza de preguntar si estaba cansada o de intentar ayudarme cuando era preciso. En algunos de los lugares en los que pernoctábamos nos vimos obligados a compartir habitación, lo que hacía que la situación fuera mucho más incómoda y penosa para ambos. En tales ocasiones, pude comprobar que mi esposo sufría unas pesadillas muy agitadas; en ellas hablaba en lo que parecía una lengua extraña, que muy bien podía ser árabe, pues no se le entendía, y luego comenzaba a retorcerse y a dar vueltas en la cama, mientras sudaba a mares. Una vez me atreví a comentárselo, pero él me aseguró que desconocía esa lengua, y que, por tanto, eran fantasías mías; luego añadió que, si se lo contaba, era para que se sintiera culpable por algo y eludir de esta forma mi propia responsabilidad.

Por otra parte, empezó a comportarse de una forma cada vez más grosera y vejatoria hacia mí, incluso delante de los criados o de desconocidos, sabiendo que yo no le podía replicar, pues mi única preocupación era ese niño que pronto iba a nacer y que no tenía ninguna culpa de lo que hubieran hecho o pudieran hacer sus padres.

Tan pronto puse los pies en casa de mi marido, tuve la sensación de que estaba entrando en el infierno y debía dejar fuera toda esperanza de abandonarlo alguna vez, ya que tanto los sirvientes como los hijos y demás familiares me eran hostiles. Madrid no era más que un pueblo grande que había ido creciendo de espaldas a un río más bien pequeño, lo que enseguida me hizo añorar la corte y, desde luego, Salamanca y el calor de los míos y la alegría de los estudiantes. Sin duda, lo más destacado era el alcázar, que se alzaba sobre un otero, y alguna que otra iglesia. La mayoría de sus vecinos era gente tosca y desconfiada con la que apenas se podía conversar. De modo que, si iba a tener que vivir allí para siempre, debía inventarme alguna ocupación para estar distraída.

Conforme se acercaba el día del parto, el comportamiento del Artillero se hacía cada vez más violento y desagradable. Apenas me dirigía la palabra, pero no perdía nunca la oportunidad de zaherirme. Tampoco sus hijos se molestaban en ocultar su odio hacia mí, pues temían que el hermanastro que llevaba en mi vientre fuera a privarlos de sus derechos, sobre todo Juan, el primogénito, quien ya de entrada había perdido buena parte de su herencia en beneficio de mi futuro vástago. Era tal su animadversión que, a veces, tenía miedo de que fuera a envenenarme o a provocarme un aborto. Es más, estaba convencida de que, si no lo hacía, era porque yo tomaba las debidas precauciones.

Cuando por fin llegó la hora de dar a luz, el 24 de agosto, día de San Bartolomé, mi marido no tardó en desaparecer, lo que en el fondo agradecí, pues no habría podido soportar sus miradas de reproche. El parto fue largo y complicado, por lo que hubo que llamar a un físico, que no solo consiguió que la pobre criatura viniera sana y salva al mundo, sino que también logró mantenerme a mí en él. Según me dijo, había estado a punto de morir, pues había perdido mucha sangre y había quedado muy debilitada. Pero los colores me volvieron cuando la partera me trajo a mi hijo, antes de fajarlo. Se trataba de un varón sano y hermoso que apenas lloró al venir al mundo, y, tan pronto lo tuve entre mis brazos, sentí como si me esponjara por dentro y volviera a

la vida; a fin de cuentas, era carne de mi carne y sangre de mi sangre. En ese instante, comenzaron a sonar las campanas de la iglesia vecina anunciando el feliz nacimiento.

Al día siguiente, el Artillero regresó a casa borracho y con indicios evidentes de haber pasado la noche sabe Dios dónde y con quién, tal vez para vengarse de mí por lo que supuestamente le había hecho y dejarme así bien claro su rechazo y lo poco que le importaba el niño que acababa de nacer. Nada más llegar, una de las criadas quiso mostrárselo, pero él se negó a verlo de forma ostensible, como si le diera asco o la cosa no fuera con él. Y, a los que le preguntaban por su nuevo vástago, les respondía que se metieran en sus asuntos, que él no tenía que darle ninguna explicación a nadie.

Yo permanecí en cama durante un tiempo, pues seguía estando muy débil y necesitaba reposo y algunos cuidados, pero él jamás vino a visitarme ni a preguntarme cómo estaba o si necesitaba algo. Por decisión suya, el niño fue amamantado por la mujer de uno de los criados, Mateo de Torquemada, que así se apellidaba y que, entre otras cosas, tenía la misión de espiarme, para decirle luego a su amo con quién hablaba, a quién veía, qué hacía y de qué me lamentaba, pobre de mí, que apenas abría la boca en todo el día, ni siquiera para quejarme de los muchos dolores que me asaltaban.

Antes de bautizarlo, le recordé al Artillero la voluntad del rey de ser el padrino, aunque fuera por poderes; de hecho, su alteza había mandado ya a uno de sus hombres de confianza con una carta en la que expresaba sus parabienes y el deseo de que, si era varón, se llamara Fernán, como él. A mi marido le dio entonces un arrebató y exclamó que no se haría tal cosa, que en la corte podía mandar el rey, pero, en su casa, era don Francisco Ramírez de Madrid el único soberano, por encima de cualquier otra consideración, y que, por tanto, tan solo él decidiría el nombre de su hijo y todo lo demás.

Yo estuve varios días tratando de convencerlo con toda clase de argumentos. Llegué a decirle que al rey no le importaría que nuestro hijo llevara también el nombre de su padre, si es que era esa su voluntad. Pero él me dejó muy claro que tampoco quería que llevara el suyo ni el de nadie de su familia. De modo que yo ya no sabía qué hacer ni qué alegar para que entrara en razón. Por otra parte, no cesaban de llegar avisos de nuestro párroco, recordándonos que había que bautizar al niño lo antes posible, pues no estaba en gracia de Dios y, si por casualidad moría, nosotros seríamos los responsables de que fuera a parar al limbo, donde permanecería vagando por

toda la eternidad. A mi esposo, sin embargo, no parecía importarle mucho lo que le pudiera suceder.

Por último, le rogué que pensara en sus otros hijos, no fuera a hacer que cayera sobre ellos la desgracia y el poder del rey, por haber desobedecido sus órdenes y contrariado sus deseos, que, por otra parte, eran legítimos, dada la estrecha relación que los unía. En un principio, se limitó a negar que existiera tal vínculo, pero luego debió de pensárselo mejor y, por fin, accedió a que se hiciera como yo quería, con la condición, eso sí, de que fuera una ceremonia íntima, seguramente para evitar que sus convecinos pudieran ser testigos de su deshonra.

Por lo demás, me hizo pagar muy caro el hecho de haberme salido con la mía. Desde entonces, su actitud hacia mí empeoró, hasta el punto de que llegué a temer por mi vida y la de mi hijo, que, según él, cada día se parecía más al rey. Por fortuna, el Artillero desaparecía semanas enteras con el pretexto de ir a cazar o a visitar sus tierras y propiedades, que eran muchas y muy dispersas, y comprobar que todo estuviera en orden o a adquirir algunas más en el antiguo reino de Granada, pues su ambición se había hecho insaciable. Asimismo, arreciaron los ataques y desplantes de mis hijastros, que me miraban siempre con mala cara y se dirigían a mí con peores palabras, salvo si estaba presente su padre, ante el que intentaban comportarse como es debido, ya que también le tenían miedo. Pero cuando este no se encontraba en casa, me trataban como a una vulgar criada o, peor aún, como a una mujer del partido. De modo que me pasaba una parte del día llorando de forma desconsolada en mi cámara.

Una tarde dejé a mi hijo durmiendo en su cuna, mientras yo salía al jardín para coger unas flores, y, cuando volví, la criatura ya no estaba. Tras mucho buscar, alertar a todo el mundo y poner la casa patas arriba, Fernán apareció en una cesta junto al brocal del pozo. Convencida de que habían sido dos de ellos, los encerré durante un día entero en sus respectivas cámaras sin comida ni agua, con el fin de que reflexionaran sobre lo que habían hecho. Pero su padre les levantó el castigo, pues le dijeron que había sido yo la que, sin darme cuenta, había dejado al niño junto al pozo y luego me había olvidado de él. Otra vez le dieron a beber vino con una cuchara; y, en cierta ocasión, le metieron una rata bajo las sábanas, que a punto estuvo de morderle en la cara.

En momentos así, me sentía tan desamparada que maldecía la hora en la que había ido a la corte para convertirme en maestra de latín de la reina y

lamentaba no haber ingresado en su día en un convento de Salamanca, como habían dispuesto mis padres. Si les hubiera hecho caso, podría haberme consagrado a mis estudios sin ningún problema, como una forma más de honrar a Dios, y habría sido una mujer feliz, o por lo menos no habría sido tan desgraciada como me sentía en ese momento. Incluso podría haber llegado a abadesa, dados mis conocimientos, aunque me habría conformado con ser la hermana tornera, cualquier cosa antes que ese tormento y ese sinvivir por el que estaba pasando.

Por un lado, una parte de mi conciencia me decía que debía resignarme y desempeñar lo mejor posible mis tareas como madre, para que así mi hijo saliera adelante y gozara algún día del amor de su padre y del respeto de sus hermanastros, pues esa era la voluntad de Dios, y yo no tenía derecho a cuestionarla ni a discutir sus designios inescrutables. Pero debo confesar que me sentía extraña, como si estuviera fingiendo algo que no era o lo era tan solo hasta cierto punto; es más, tenía la impresión de que mi vida era un auténtico fraude y de que todo lo había hecho a medias o de mala manera: unos estudios no culminados, una carrera en la corte truncada, un hijo bastardo, un matrimonio falso... Por otro, había algo que me empujaba a sublevarme, de algún modo, contra ello y, en consecuencia, a enfrentarme a mi marido y sobreponerme a mi situación, haciendo algo útil.

Después de darle muchas vueltas, decidí volver sobre mi proyecto de preparar un libro de semblanzas de las grandes mujeres de la Antigüedad, para que sirviera de ejemplo a las actuales. Cada vez admiraba más a todas aquellas que habían sido capaces de hacer algo heroico y extraordinario, aunque para ello hubieran tenido que oponerse a la voluntad de sus esposos o de sus padres o de los reyes y gobernantes de turno. Gracias a ellas, podía probarse con claridad que no éramos tan débiles ni tan necias ni perversas como querían hacernos creer los hombres. Nuestro principal problema era que no recibíamos ninguna clase de educación, y ya se sabe que una tierra que no se cultiva, por muy buena que sea, no produce fruto, sino que se consume y estropea y acaba volviéndose yerta, como me estaba pasando por entonces a mí.

Era, pues, muy importante que las mujeres estudiaran; entre otras cosas, la gramática latina, pues sin ella no podrían acceder a los grandes libros del pasado, aquellos en los que se encerraba casi todo el saber. Felizmente, había algunos signos de que las cosas estaban cambiando. La propia reina, sin ir

más lejos, y a pesar de todos los pesares, era una decidida partidaria de la educación de las mujeres de la nobleza; y, en los últimos años, había hecho todo lo que estaba en su mano para que así fuera, como instruir a sus expensas a un gran número de doncellas. Pero ni siquiera ella podía pretender erradicar las viejas costumbres de la noche a la mañana. En tales casos, la política le aconsejaba ser cauta e ir poco a poco, para no suscitar grandes reacciones en contra, pues había que tener en cuenta que, hasta no hacía mucho, ni siquiera los hijos varones de la nobleza recibían la más mínima educación, y encima lo llevaban a gala, especialmente en poblaciones como Madrid, donde descubrir un libro en una casa era algo casi tan extraordinario como encontrarse con un avicornio de la laguna de Béjar en las orillas del Manzanares.

Durante un tiempo, me consagré día y noche a mi proyecto, leyendo y escribiendo sin cesar sobre la vida de esas mujeres de las que tanto teníamos que aprender. Mientras lo hacía, me sentía observada y reprobada, como si estuviera llevando a cabo algo sucio y pecaminoso, más bien propio de una bruja o una hechicera que de una mujer cristiana. Por otra parte, era muy difícil para mí poner en romance aquellas historias que venían de un mundo tan distinto y superior al nuestro. A pesar de proceder del latín, el castellano me resultaba en ocasiones una lengua demasiado pobre y tosca, y yo tenía que esforzarme y pelearme a brazo partido con las palabras para buscar equivalencias.

—Se puede saber qué hacéis todo el día garabateando —me dijo mi esposo una vez que llegué tarde a la mesa.

—Intento mantenerme ocupada —le contesté.

—¿Por qué no hiláis o tejéis, como las demás mujeres?

—Porque no soy como las demás —le repliqué—, y porque, de alguna manera, yo también hilo y tejo, solo que lo hago con palabras, y mi rueca y mi telar son la pluma y el papel —le expliqué—. ¿Os parece mal?

—Yo no me meto a juzgar esas cosas, pero la gente habla —me comentó, con gesto preocupado—. Según parece, a la mayoría le resulta extraño que os paséis todo el día encerrada en vuestra cámara, haciendo sabe Dios qué.

—Pedidle cuentas a esa gente por su extrañeza y por pasarse el día rumoreando sobre vuestra esposa, no a mí, que me ocupo de mis asuntos y no me meto con nadie —repliqué yo.

—¿Y qué asuntos son esos? —quiso saber él.

—Asuntos de mujeres —le solté—. Con ello trato de rendirles un servicio, para que en el futuro dejen de ser tan chismosas y empiecen a hacer cosas de provecho.

—Me gustaría ver qué argumentos utilizáis —comentó, reticente.

—¿Queréis leer lo que escribo? —propuse yo—. Así dejaréis de imaginaros lo que no es, aunque dudo mucho que os pueda interesar.

—¿Es que os creéis más que yo, porque sabéis latín y conocéis los textos de la Antigüedad, mientras que yo solo soy un simple soldado? —se lamentó.

—El latín es muy importante, qué duda cabe, pero a mí no me gusta presumir de ello, ya que la sabiduría sin humildad es pura vanidad y soberbia. En cuanto a vos, nadie os podría considerar un simple soldado, pues conocéis como pocos el arte de la guerra, que también requiere estudio y talento; de ahí que ello os haya reportado el sobrenombre del Artillero, como a mí el de la Latina —reconocí yo.

—Os agradezco mucho vuestra consideración. No obstante, debo recordaros que las conquistas importantes las hemos llevado a cabo siempre la gente de armas. Roma, sin ir más lejos, no habría sido nada sin sus grandes generales y poderosos ejércitos —adujo él.

—En eso tenéis razón, lo admito. Pero lo más difícil, en esta vida, no es conquistar, sino saber mantener y administrar lo conquistado; y, para ello, son de suma importancia las letras —puntalicé yo.

—Si es por eso —señaló—, también los reinos se defienden y gobiernan con las armas cuando es necesario.

—¿Y acaso los hombres de letras no conquistan nuevos territorios cada vez que descubren o crean algo nunca visto hasta entonces o imaginan historias nunca sucedidas? —argumenté.

—Así es —concedió—. Pero eso no los hace superiores.

—Contestadme a esta pregunta —le pedí yo—. ¿Qué es para vos superior, lo que más nos acerca a los animales o lo que más nos aleja y distingue de ellos?

—Lo segundo, con toda seguridad —contestó él, un tanto suspicaz—; no en vano estamos por encima en la escala de la creación.

—En ese caso, estaréis conmigo en que las letras son superiores a las armas —concluí yo.

—Un momento, yo no he dicho eso —rechazó con vehemencia.

—Pero es lo que se deduce de vuestras palabras —razoné yo—, ya que los

animales pelean por conseguir comida y defienden lo que es suyo, como la gente de armas, pero no dialogan ni llegan a acuerdos ni hacen leyes, como los hombres de letras.

—Eso que afirmáis es una infamia —protestó él—. Retíradlo si no queréis...

—¿Qué vais a hacer, traspasarme con vuestra espada? Sería algo muy propio de un hombre de armas, ¿no creéis? En caso contrario —concluí yo—, trataríais de persuadirme con las palabras, como he intentado hacer yo.

—Sin lograrlo, todo hay que decirlo —me recordó él.

—Porque sois terco como una mula.

—Y vos tan astuta como un... zorro —añadió mi esposo, cambiando el género de la comparación en el último instante y bajando la voz, para no ofenderme.

—Podéis decirlo en voz alta —le solté yo—. La equiparación no me molesta, al contrario, aunque ya me imagino que no era eso lo que teníais *in mente*.

—¿Es que nunca os dais por vencida? —se quejó él, amargamente—. Siempre queréis tener la razón y quedar encima del otro.

—Tan solo cuando la tengo —precisé yo.

—Que es casi siempre.

—Si vos lo decís.

—Sois vos la que lo tiene que reconocer.

—Lo reconozco.

—¡Lo veis! —exclamó, exasperado.

—Pero ¡si os estoy dando la razón!

—Para que me calle, como a los tontos.

La verdad es que fue una discusión bastante acalorada y, desde luego, muy poco agradable, pero al menos sirvió para que habláramos durante un buen rato; y eso, para nosotros, ya era un paso importante, después de tantos días sin apenas intercambiar palabra. Más valía reñir un poco que permanecer en silencio, pues este siempre acaba pudriéndolo y corroyéndolo todo.

(CATALINA DE DALT)

El tiempo corría como un corcel alado, y yo no veía la hora de regresar a mi casa y a los brazos de Oriol. El rey, sin embargo, no parecía tener ninguna prisa, a pesar de que su esposa y yo lo espoleábamos, cada una por un motivo y cada una a su manera. Parecía como si pensara que fuera de Santa Fe lo aguardaba algún peligro y por eso se resistiera a emprender viaje. Hasta que un día yo le planté cara y le dejé bien claro que no volvería a estar conmigo hasta que no partiéramos para Barcelona. Solo así conseguí que me prometiese que saldríamos en un plazo de diez días.

Por entonces, recibí una carta de Omar, firmada con nombre falso y llena de sobreentendidos, y tan torpemente escrita que a veces resultaba muy difícil leerla. En ella me daba cuenta de las muchas peripecias que le habían sucedido desde que había abandonado Granada con su hermano Alí. Según me decía, su viaje había estado lleno de peligros, aventuras y situaciones novedosas. Eran tiempos de cambio, movimiento y agitación, y por el camino se encontraron con toda clase de personas que iban y venían de un lado para otro: soldados que regresaban a sus casas después de la campaña de Granada, llenos de heridas y sin algún miembro, con la cabeza abierta y la bolsa vacía; mercaderes que habían hecho su fortuna durante la contienda o que esperaban hacerla en la paz; nobles descontentos con los reyes por un motivo u otro; caballeros en busca de aventuras, ahora que la guerra ya no se las brindaba; campesinos sin tierras que arar ni cosechar; judíos que abandonaban las suyas, bajo la vigilancia de Torquemada y los familiares del Santo Oficio; moros que huían de Granada, pues no se fiaban de las capitulaciones que habían firmado los reyes; frailes y feligreses que peregrinaban a Santiago

para dar gracias a Dios por haberlos librado de los sarracenos; mendigos y pordioseros a la caza de limosna; niños abandonados a su suerte; mujeres sin otro recurso que su cuerpo; mozos que trataban de mejorar su fortuna; y, por supuesto, estudiantes, arrieros y salteadores de caminos.

Aunque Omar y Alí eran muy precavidos y procuraban no salirse de las rutas más frecuentadas y seguras, al final no fueron capaces de evitar un grave percance. Ocurrió en una playa cerca de Oropesa, donde se habían detenido para descansar. Atraído por las olas, Alí se acercó a la orilla para meter los pies en el mar. También Omar se animó a bañar los suyos, pues imaginó que le vendría bien, después de tantos días andando sin respiro, algo a lo que no estaba muy acostumbrado. Según contaba, daba gusto sentir la caricia del agua y de la arena, mientras la sal hacía que le escocieran las heridas. Pero, de repente, oyeron gritos que venían de uno de los extremos de la playa y gente que corría hacia ellos, perseguida por varios individuos armados con grandes cimitarras. Cuando quisieron reaccionar, estos últimos ya habían llegado a su altura, cortándoles la retirada; así que no les quedó más remedio que dejarse capturar, junto a los que huían.

Todos ellos fueron atados en grupo con una cuerda de esparto que les hería en la carne cada vez que alguien hacía un movimiento violento o trataba, inútilmente, de escapar. Luego sus captores los condujeron a golpe de látigo al lugar en el que habían dejado los esquifes. Después de arrastrar los botes hasta el agua, repartieron la mercancía humana entre ellos y comenzaron a remar hacia un bajel que los esperaba no muy lejos de la playa. Omar dedujo enseguida que se trataba de piratas berberiscos, de esos que se dedicaban a saquear barcos y hacer incursiones por las costas cristianas del Mediterráneo, con el fin de conseguir cautivos, que luego vendían como esclavos en los mercados de Argel o Túnez.

Tras subir a los recién apresados al barco a fuerza de empujones, los arrojaron sobre cubierta, para que pudiera examinarlos el arráez o capitán.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Omar en árabe, cuando lo tuvo a su altura.

—¿Y a ti quién te ha dado permiso para hablar? —replicó este, con aspereza.

—Conmigo y con mi hermano os habéis equivocado —trató de advertirle Omar—. Somos musulmanes, como vosotros. Hasta no hace mucho, vivíamos en Granada, de donde tuvimos que salir huyendo.

—Deberías saber que hace ya tiempo que el sultán Beyazid II envió a vuestras costas una parte de la armada otomana, al mando de Kemal Reis, el mismo que apoyó al sultán de Granada frente a las huestes cristianas, para rescatar a los musulmanes y judíos que quisieran huir de los reinos de Castilla y Aragón —replicó el pirata.

—Claro que lo sé, pero mi hermano y yo no pudimos llegar a embarcar, pues estábamos encerrados en un calabozo, y, cuando nos liberaron, ya era demasiado tarde —mintió—. Así que tuvimos que vestirnos de cristianos y escapar de Granada para no ser bautizados a la fuerza.

—¿Es eso cierto? —le preguntó el otro a Alí.

—Mi hermano dice la verdad —confirmó.

—En todo caso, os llevaremos a Argel y el bajá decidirá qué hacer con vosotros —decidió el arráez.

—Pero nosotros no podemos ir a Argel —rechazó Omar.

—¿Y por qué no?

—Porque tenemos cosas importantes que hacer en Barcelona —anunció.

—Hace un momento me has dicho que queríais huir de los cristianos y ahora me confiesas que viajabais hacia Barcelona. ¿En qué quedamos? —inquirió el arráez.

—Lo de Barcelona surgió cuando decidimos matar al rey —precisó Omar, sin andarse con rodeos.

—¿Al rey? ¿Qué rey? —exclamó el capitán corsario, rascándose la cabeza.

—Al rey Fernando.

—¿Al que conquistó Granada? —quiso saber el arráez.

—Eso es mucho decir —comentó Omar—. Él apenas tuvo que hacer nada; yo más bien diría que el fruto del granado cayó por su propio peso.

—Me parece muy bien, pero ¿quiénes lo vais a matar? ¿Tú y tu hermano? —dijo el arráez con tono de burla—. Si apenas sois dos niños. Además, no os dejarán acercaros a él.

—A mí sí, pues me conoce —replicó Omar—. Yo era jardinero en la Alhambra y querrá saber por qué me fui y qué ha sido de mi vida. Por otra parte, tengo cómplices en Barcelona.

—¿Cómplices, dices?! —soltó el capitán corsario, cada vez más admirado.

Omar hablaba tan serio y convencido que el arráez comenzó a dudar, si bien debía de parecerle que se trataba de una sarta de mentiras o de medias

verdades. Tras mirarlo atentamente durante un rato, fruncir el entrecejo y rascarse varias veces el cogote, el capitán de los corsarios los mandó desnudar para comprobar si estaban circuncidados, cosa que ambos hicieron sin protestar. Por suerte, el color de su piel, sus cabellos negros y ensortijados y la falta de prepucio no dejaban lugar a muchas incertidumbres.

—Sea como fuere, el bajá decidirá —sentenció el arráez.

—Pero sería demasiado tarde —se lamentó Omar—. En cambio, si me devuelves a tierra ahora, todavía podré llevar a cabo mi cometido, lo que alegrará al bajá de Argel y, desde luego, al sultán otomano, y tú podrás presumir de que me ayudaste a conseguirlo. Por otro lado, te pagaré por tus servicios —añadió—. Conozco a gente en Barcelona, personas bien situadas que me darán el dinero necesario.

—¿Y por qué iba a fiarme de un mocoso como tú? —objetó el arráez.

—Porque la historia que te he contado es tan increíble que, por fuerza, tiene que ser cierta o contener una buena parte de verdad —argumentó Omar—. Además, te dejaré a mi hermano como rehén. Si no vuelvo en el tiempo que acordemos, podrás hacer con él lo que quieras. En el peor de los casos, tan solo me habrás perdido a mí. Pero si lo que digo es verdad, tienes mucho que ganar.

—Está bien —admitió el capitán—. Tienes suerte de que aún no hayamos terminado nuestra temporada de *pesca* —añadió, con un gesto de complicidad—. Precisamente, nos dirigimos hacia las costas de Tarragona, muy cerca de tu destino. Cuando mis hombres vayan a tierra a buscar cautivos, te dejaremos marchar. El día 15 de diciembre, según el calendario cristiano, volveré a ese mismo lugar. Si no estás allí o no envías a alguien con el dinero que me has prometido, mataremos a tu hermano en cuanto lleguemos a Argel. Lo haremos de forma lenta y dolorosa, para que tenga tiempo de maldecirte por haberlo abandonado —afirmó, con el fin de meterle miedo—. ¿Estás de acuerdo?

Omar miró a su hermano Alí, que enseguida asintió, y lo mismo hizo él, lo que demostró al arráez que la cosa iba en serio y que muy bien la historia que le habían contado podría ser verdad, a pesar de todo.

—Si vas a hacer lo que me has dicho que vas a hacer, yo me enteraré —le advirtió el corsario—, y en ese caso, dejaré libre a tu hermano, aunque no puedas acudir a la cita, como será lo más probable. En todo caso, procura, por tu bien, que no te cojan.

Cuando llegaron al lugar indicado, unas leguas al norte de la ciudad de Tarragona, Omar se despidió de su hermano, dándole un fuerte abrazo y pidiéndole que se cuidara y rogara por él a Alá, pues solo en sus manos estaba conseguir que saliera con bien de todo aquello. El muchacho, con lágrimas en los ojos, le aseguró que así lo haría.

—Espero volver a verte por aquí, por la cuenta que te tiene, ¿me has entendido? —le dijo el arráez.

—Aquí estaré —prometió Omar—, y para entonces con gusto viajaré contigo a Argel y allí lo celebraremos.

—Cuando regreses, procura venir cargado de oro, si no quieres que yo te cargue a ti de cadenas —bromeó el capitán.

Tras llegar a la orilla, Omar se despidió de los piratas berberiscos y se alejó de allí contento de haber recuperado de nuevo la libertad. Pero esta le iba a durar muy poco tiempo, ya que, en aquellas tierras, el interior era tan peligroso como las costas, y los bosques tan arriesgados como los procelosos mares, si no más.

El caso es que, dos días después de llegar a tierra, fue atacado por unos bandoleros. La mayoría eran forajidos y desertores del ejército del rey y estaban dirigidos por un tal Trajimón. Como una buena parte de los de su ralea, estos campaban a sus anchas por los caminos, a pesar de la Santa Hermandad, que había sido recientemente introducida en el reino de Aragón, sin grandes resultados.

Al ver que Omar no llevaba nada encima, estuvieron a punto de deshacerse de él. Pero, en el último momento, el cabecilla decidió conservarlo como cautivo. Trajimón, que aparte de soldado había sido fraile, era un individuo de muy mala catadura y, a juzgar por las cosas que decía, bastante sanguinario. Pero debía de sentir cierta debilidad por Omar, y hasta es muy posible que le gustara y quisiera llevárselo al lecho, algo que tampoco sería nada extraño, dado el tipo de vida que esos bandidos llevaban, siempre a salto de mata, de acá para allá, sin apenas compañía de mujeres, salvo las que se encontraban por los caminos.

Omar aprovechó la circunstancia para ganarse, poco a poco, la confianza de Trajimón, y no tardó en convertirse, aparentemente, en uno de los suyos. Como él mismo reconocía, no le habría sido difícil escapar en más de una ocasión, pero, por el momento, había preferido quedarse, pues con semejantes bandidos viajaba más seguro, valga la paradoja. Por otra parte,

quería sacarles toda la información que pudiera serle útil de cara a su misión, ya que era gente experimentada en administrar la muerte sin hacer grandes aspavientos.

En la carta me decía que una noche en la que estaban todos reunidos en torno al fuego, se decidió a sacar la cuestión.

—Seguro que vosotros seríais muy capaces de asaltar a los propios reyes, si se os presentara la ocasión —les comentó para provocarlos.

—¿Asaltar a los reyes?! Tú debes de haberte vuelto loco —le soltó uno.

—¿Tan difícil sería? —insistió él.

—¿Es que no sabes que, cuando viajan por sus reinos, van acompañados de un enorme séquito, compuesto no solo por sus criados, cortesanos y guardia personal, sino también por muchos soldados bien pertrechados? —le recordó el bandido.

—¿Y si fuéramos diez veces más de los que somos? —preguntó Omar.

—Sin duda, podríamos enfrentarnos a los soldados que los escoltan —apuntó—; a fin de cuentas, nosotros conocemos su oficio y sabemos cuáles son sus virtudes y defectos. Pero su guardia personal jamás consentirá que nadie se acerque a los reyes —explicó—. Antes darían su vida, si fuera preciso, pues han sido adiestrados para ello y siempre están alerta, por lo que pudiera pasar.

—Entonces, ¿tú crees que si alguien quisiera, durante un viaje, acabar con su vida, es solo una suposición, claro está, lo más probable es que no lo consiguiera? —preguntó Omar.

—Eso pienso —confirmó el jefe de los bandidos—. En mi opinión, sería más fácil hacerlo en la corte, pues en ese caso siempre se podría sobornar a alguien de su entorno para que facilitara las cosas. Para ello, eso sí, habría que conocer perfectamente sus costumbres, vicios y debilidades, y aprovecharse de las posibles carencias de su cuerpo de guardia, pues, después de un tiempo en un lugar, tienden a confiarse.

—En eso, desde luego, llevas razón —reconoció Omar, persuadido por los argumentos del otro.

Según parece, luego estuvieron hablando de los gajes y penalidades del oficio de bandolero.

—Aquí donde nos ves —le llegó a confesar, a ese respecto, Trajimón—, todos tenemos un pequeño tesoro escondido en alguna parte, para cuando nos retiremos. Pero no todo el monte es orégano, ya que somos muy pocos los

que llegamos a vivir lo suficiente para disfrutarlo. Y encima hay mucha competencia; no vayas a pensar que a esto tan solo nos dedicamos gente vil y necesitada —le explicó—. Por lo visto, hay muchos nobles y hasta grandes señores que poseen su pequeño ejército de bandoleros, sobre todo en Cataluña. Mayormente lo utilizan para solucionar los conflictos con sus enemigos y rivales, mas también aprovechan para rapiñar todo lo que pueden. Y es que aquí el que no corre vuela —concluyó, y no le faltaba razón al muy sinvergüenza.

Tal vez por haber sido fraile antes que soldado y bandolero, Trujimón presumía de poseer un pico de oro y se las daba de experto en todo lo que tuviera que ver con el mundo del delito. Asimismo, se jactaba de robar a los ricos para repartir luego una parte entre los pobres. Pero, al parecer, eso no era como pregonaba, al menos no durante el tiempo que Omar estuvo con él, pues nunca le vio entregar ningún dinero a los necesitados con los que cada día se cruzaban y no todas sus víctimas eran personas bien situadas. En cualquier caso, había que reconocer que el bandido sabía hacer bien su trabajo. De modo que, cuando la necesidad no lo apuraba y disponía de tiempo, preparaba de forma detallada sus robos, con el fin de obtener los mayores beneficios con el mínimo riesgo posible. Para ello era muy importante conocer previamente a las víctimas. De ahí que, de vez en cuando, Trujimón se adelantara con alguno de los suyos para examinar el terreno y la calidad de los posibles objetivos, y así poder asaltarlos luego con mayor seguridad.

Hacia apenas unos días, se había hecho acompañar por Omar hasta una venta próxima. Allí cenaron y conversaron con la clientela, para ver qué clase de personas se alojaban en sus dependencias, cuántos eran, qué portaban, hacia dónde iban, con qué protección contaban..., tomando buena nota de todo lo que se decía. Cuando llegó la hora de ir a la cama, se quedaron conversando con el ventero, que era muy poco discreto, para completar la información. Más tarde, mientras Trajimón dormía, Omar pidió recado de escribir y aprovechó la ocasión para contarme de forma viva y detallada lo que le había ocurrido desde que nos separamos, tal y como ahora acabo de relatarlo yo, más o menos. Lo último que me decía en la carta era que, después de concluir los robos que en ese momento se traían entre manos, se dirigirían a la sierra de Teruel, donde, por lo visto, era fácil tender una emboscada a los desprevenidos viajeros que pasaban por allí, ya que se

trataba de una encrucijada de caminos, y luego escabullirse por trochas y veredas hasta llegar a su refugio, en lo alto de una montaña próxima.

En cuanto a él, me aseguraba que trataría de escapar tan pronto tuviera la menor ocasión, para, más tarde, poner rumbo a Barcelona. Pero, una vez allí, iba a necesitar ayuda para esconderse hasta que yo apareciera, por lo que me rogaba que no tardara, ya que corría peligro la vida de su hermano, y le escribiera a mi amigo de Barcelona para avisarle de su llegada, cosa que hice enseguida, pues seguía pensando que Omar podría sernos de gran ayuda.

Por fin, a finales de mayo, los reyes decidieron abandonar Granada y Santa Fe y dirigirse a Barcelona. Iba a ser, eso sí, un viaje muy largo y complicado, dado que pensaban aprovechar para visitar varios lugares que les eran muy queridos o que requerían de su presencia inmediata, aunque para ello tuvieran que desviarse de su ruta o dar un gran rodeo. Antes de adentrarnos en cada villa o ciudad, los monarcas eran recibidos por el corregidor, el alcalde, los nobles y prohombres, el obispo y demás jerarquías y autoridades frente a las murallas, donde siempre se concentraba una gran muchedumbre para disfrutar con las evoluciones de la caballería que nos acompañaba, así como con los adornos de los jinetes y los caballos, debidamente enjaezados y dispuestos en formación. En todas partes, los reyes eran saludados por la gente como esforzados héroes y grandes defensores de la santa fe católica. Y así una y otra vez, sin que jamás se oyera una sola voz discrepante.

Después de pasar por Alcaudete, Baena y Córdoba, nos adentramos por los caminos de Extremadura hasta llegar a la Puebla de Guadalupe, donde permanecemos nueve días. Este era un lugar de peregrinación al que acudían miles de fieles para ver a la Virgen del mismo nombre y obtener su intercesión o darle las gracias por haberla logrado. Según se contaba, la imagen se le había aparecido a un pastor junto al río Guadalupe, casi dos siglos antes, y en ese lugar se había construido una ermita, que luego fue entregada a la orden de los jerónimos, y estos la convirtieron en un importante santuario. En torno a él fue surgiendo enseguida la población, rodeada de grandes campiñas y viñedos y dedicada a proporcionar comida, cuidados y alojamiento a los miles de viajeros que allí acudían cada año.

Nosotros nos alojamos en el real monasterio de Santa María, un edificio imponente y de gran belleza, a pesar de su aspecto fortificado. Como suele

decirse, la fe mueve montañas, o cuando menos levanta construcciones tan grandes como aquellas para mayor gloria de Dios. Una vez allí, lo primero que hicieron los reyes fue darle gracias a la Virgen por su triunfo contra los infieles en la guerra de Granada; después, fuimos recibidos por los frailes, que nos acogieron con gran cordialidad y hospitalidad.

Al día siguiente, tuvo lugar en el monasterio la conversión pública de un poderoso judío llamado Abraham Senior, que, entre otras cosas, era el principal recaudador de impuestos de la Corona y rabí mayor. Hasta el último momento había intentado convencer a los reyes de que no firmaran el edicto de expulsión, y, cuando vio que ya no había vuelta atrás, optó por bautizarse, se supone que para no perder sus muchas propiedades, cargos, privilegios, honores y prebendas, en lugar de dar ejemplo y seguir el camino del destierro, como su pueblo habría esperado, dado su gran prestigio. Al margen de que la conversión fuera o no sincera, esta constituía un gran triunfo para los reyes, por la enorme influencia que podía tener en otros judíos, que todavía estaban dudando si hacerse cristianos o partir para el exilio.

Por más vueltas que le daba, la verdad es que no lograba entender por qué motivos los reyes querían desprenderse de unos súbditos tan valiosos y pacíficos como los judíos. Imaginé que los monarcas lo harían para quedarse con todos sus bienes y propiedades, si bien yo estimaba que serían de mucho más provecho si se les permitía quedarse. Claro que también cabía pensar que se habían convertido en un obstáculo para los ambiciosos proyectos de los reyes, como lo éramos nosotros, los nobles levantiscos del principado, aunque, desde luego, por otras razones. De ahí que Isabel y Fernando hubieran optado por una solución tan drástica como la expulsión.

Dada la importancia estratégica del bautismo de Abraham Senior, el acto fue muy solemne y se notaba que había sido preparado con mucho detalle. Entre otras cosas, se trataba de hacer visible la gloria que les aguardaba a todos aquellos que se convirtieran. El oficiante fue nada menos que el cardenal arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, y en la ceremonia participaron, como padrinos y protectores, los propios monarcas. Del rey tomó el neófito el nombre de Fernando, y de la antigua nobleza castellana, en la que de alguna forma iba a ingresar, los apellidos de Núñez Coronel. Junto a él, fue bautizada también toda su familia, incluido su yerno. Concluido el oficio, se celebró un gran banquete en su honor que duró toda la tarde.

Por la noche, el rey fue a visitarme bastante borracho. Según me confesó, con voz entrecortada, Guadalupe era uno de sus lugares predilectos; allí se sentía exultante y poderoso, como si una extraña fuerza emanara de aquel espacio tutelar. Para mí, en cambio, era el sitio en el que él había firmado la dichosa sentencia de arbitraje con la que había pretendido dejar zanjado el problema con los *remenças* y que tanto había perjudicado a mi familia. Y así se lo dije, sin poder evitarlo. Él, entonces, se revolvió y me gritó:

—¿A qué viene ahora esa historia? Eso es agua pasada —añadió, arrastrando las palabras—. La peor parte, además, se la llevaron los *remenças*, como bien sabéis. Pensé que todo eso estaba ya superado y olvidado.

—Eso creía yo también —le mentí—. Pero resulta que este maldito lugar ha vuelto a recordármelo.

—Pues yo voy a hacer que lo olvidéis de una vez —me anunció con un tono que no me gustó.

En ese momento, me agarró con violencia por un brazo y me arrancó la camisa, dejándome desnuda y vulnerable.

—Poneos de rodillas —me ordenó, empujándome contra la cama.

A continuación, se arrojó sobre mí, como un halcón real sobre su presa. De repente, sentí entre mis nalgas su verga dura y caliente, como un leño ardiendo, que pugnaba por entrar a la fuerza por la puerta falsa, sin conseguirlo, de una manera ciega.

—¿Qué es lo que pretende vuestra alteza? —protesté yo con voz firme.

—¿Acaso no lo notáis? Voy a montaros por detrás —proclamó él con rabia.

—Antes vuestra alteza tendrá que matarme —rechacé yo, intentando zafarme de él.

—¿De pronto os habéis vuelto recatada? ¿No erais vos la que decía que había que probarlo todo? —me recordó, mientras seguía intentando penetrarme torpemente por detrás.

El muy bastardo me había inmovilizado los brazos y las piernas con el fin de que no pudiera defenderme. De modo que encogí las nalgas todo lo que pude para tomar impulso y luego le golpeé con ellas tan fuerte como pude en la verga y en los compañeros, lo que hizo que me soltara y comenzara a aullar de dolor.

—Me gusta probarlo todo cuando se trata de gozar o de causar placer, pero

no de ser sometida y humillada —le informé con rabia—, y vuestra alteza no tiene ningún derecho sobre mí.

—¡Maldita zorra! ¿Es que habéis olvidado que soy vuestro rey? —me soltó, mientras me golpeaba en la cara, con tal fuerza que fui a parar al suelo.

—Y vuestra alteza, ¿acaso ha olvidado que yo no soy su sierva? —le repliqué, tratando de incorporarme.

—Por muy importante que os creáis, vuestro cuerpo me pertenece, ¿lo habéis entendido? —me hizo saber el rey, al tiempo que me zarandeaba.

—Ahora veo por qué vuestra alteza quiere arrebatarlos nuestros antiguos privilegios, para poder disfrutarlos en exclusiva —apunté.

—Vos lo habéis dicho —reconoció.

El rey volvió a ponerme de rodillas, apoyándome contra la cama, para tenerme de nuevo a su merced.

—En todo caso, vuestra alteza debería saber que esa puerta está vedada, hasta para un monarca —le advertí yo.

—Si lo decís porque es un pecado nefando y contra natura, sabed que a un rey tan cristiano como yo todo le está permitido —proclamó.

—Además, estamos en un monasterio —le recordé.

—Mejor aún, ya que la magnitud del pecado aumenta la intensidad del placer.

El rey se lanzó al asalto sobre mí, como quien se dispone a abrir un hueco en la muralla, mientras yo mordía las sábanas para no chillar.

—Vuestra alteza me está haciendo mucho daño —me quejé.

—Eso también acrecienta mi gozo —me confesó.

Después de varios embates, su miembro comenzó a desgarrarme la entrada prohibida, hasta hacerme sangrar, lo que me provocó un tremendo dolor, casi tan grande como el que me causaba en el alma la vejación a la que, por gusto, me estaba sometiendo.

—¡Basta ya, por favor! —le rogué entre lágrimas—. Haré cualquier otra cosa que me pida vuestra alteza.

El rey, lejos de parar, arremetió con más fuerza y rapidez, como si en verdad quisiera traspasarme, y cuanto más aullaba yo más se excitaba él. Mi dolor era tan vivo y tan intenso que tenía la sensación de que me estaban quemando por dentro, no con fuego, sino con puro hielo. Pero lo peor era la humillación, pues las heridas de la carne cicatrizan y se curan con el tiempo, pero no las del alma, que reviven y se agrandan una y otra vez en la memoria,

provocándonos tal sufrimiento que preferiríamos estar muertos a vivir así.

—Le ruego a vuestra alteza que me deje, si no quiere que... —lo amenacé con apenas un hilo de voz.

—¿Qué vais a hacer, denunciarme? —me interrumpió—. No podéis, y, aunque lo hicierais, nadie os creería y, si insistís, acabarán acusándoos de alta traición, con lo que el castigo se volverá enseguida contra vos —me previno.

—Me arriesgaré —proclamé yo.

—Dudo mucho de que vuestro orgullo os permita hacer pública esta afrenta —argumentó él.

Cuando vi que ni los ruegos ni las razones ni las amenazas iban a servir de nada en tales circunstancias, me acordé de la daga que solía esconder debajo de la almohada, por lo que pudiera ocurrir, y a la que le tenía mucho cariño, pues me había salvado la vida en alguna que otra ocasión. Así es que estiré la mano todo lo que pude con gran disimulo, hasta que conseguí tocarla con la punta de los dedos; luego la agarré con fuerza y me di la vuelta, amenazándolo con clavársela. Él intentó apartarse de mí, pero se tropezó y cayó al suelo. Entonces, me eché sobre él y, tras inmovilizarlo, le puse la daga en el cuello.

—Eso que estáis haciendo es un delito muy grave —me advirtió, con un hilo de voz—. Si quisiera, podría ponerme ahora a dar gritos para alertar a la guardia, que enseguida acudiría a rescatarme.

—En ese caso, encontrarán sin vida a vuestra alteza en medio de un charco de sangre —auguré yo.

—No creo que tengáis valor para hacerlo —me retó.

—¿Por qué no me pone a prueba vuestra alteza? Lo estoy deseando —lo desafié.

—Está bien, está bien. Dejémoslo ya —me rogó—. No era mi intención ofenderos, creedme. Yo tan solo quería dejar bien claro quién manda aquí. Y vos sois como un potrillo salvaje al que hay que domar.

—Tampoco yo tenía voluntad de matar a vuestra alteza, como es fácil imaginar. Lo único que pretendía era demostrar que a mí nadie me avasalla ni me monta sin mi permiso —le expliqué yo, mientras me incorporaba y lo dejaba libre.

—Estamos, entonces, en paz —concluyó él, poniéndose en pie.

—Yo más bien diría que, por el momento, hemos quedado en tablas —corregí yo.

—Espero, en cualquier caso, que podáis perdonarme, estaba algo borracho —se justificó.

—Y yo que vuestra alteza sepa respetarme de ahora en adelante, aunque haya bebido —exigí yo.

—Contad con ello —me prometió.

—En tal caso, vuestra alteza tiene mi perdón.

Cuando el rey se marchó, cogí la daga y comencé a desgarrar con rabia y furor el colchón, la almohada, las cortinas y los tapices que adornaban la cámara, hasta quedar exhausta. Por si todavía albergaba alguna duda en mi interior, la dolorosa afrenta sufrida esa noche venía a confirmar su sentencia de muerte. A la desaparición de mi padre y a la pérdida de buena parte de las propiedades familiares se unían ahora nuevos motivos, más íntimos y personales, pero no por ello menos poderosos. Esa noche, antes de dormirme, me prometí que su cabeza rodaría por el suelo cuando llegáramos a Barcelona, aunque tuviera que ser yo la que lo ejecutara. Hasta entonces, eso sí, debía seguir fingiendo para poder mantenerme cerca de él.

De Guadalupe nos fuimos a Ávila, una ciudad que parecía haber brotado de pronto de entre las piedras, y luego a Arévalo y Valladolid, que se alzaba en una extensa llanura, junto al río Pisuerga. En todos estos lugares los reyes fueron recibidos con gran aparato e interminables festejos en los que la falta de buen gusto intentaba compensarse con la abundancia de comida. En esos momentos, pude comprobar de cerca la enorme pujanza que estaba adquiriendo Castilla, gracias sobre todo al comercio de la lana, pero también su falta de elegancia y buenas maneras, ya que allí hasta los nobles parecían gañanes y los obispos, pastores, y no precisamente de almas, tan zafios y rústicos eran, a pesar de que nadaran en la abundancia. Al fin y al cabo, se trataba de un pueblo de cabreros. De modo que parecía evidente que, por mucho que compartiéramos una misma religión, jamás podríamos estar unidos bajo una misma Corona, tal vez sí bajo un mismo yugo, en el caso de que este nos fuera impuesto, claro está, por la fuerza de las armas; así y todo, trataríamos de sacudirnoslo en cuanto pudiéramos.

Los hombres, en general, me miraban con recelo y desconfianza, como si fuera una espía, una bruja o una especie de amazona; y las mujeres no hacían más que criticarme y reprobarme por mi manera de ser, de actuar y hasta de

vestir, cosa que me deleitaba. El rey, por su parte, me exhibía sin recato, como si fuera un botín de guerra o una especie de trofeo, algo que a nadie agradaba, y menos a su esposa, que aprovechaba que estábamos en Castilla para amenazarlo con montar un escándalo si continuaba comportándose de esa forma. Y no dejaba de ponerlo en evidencia siempre que podía, y hasta lo maltrataba de palabra a la menor ocasión, con lo que sus relaciones se volvieron cada vez más violentas. Ya no se trataba solo de que discreparan en público, delante de sus consejeros, o discutieran en privado, a la vista de sus criados; parecía más bien una guerra solapada, pero incesante, con sus ataques en campo abierto, sus continuos asedios y sus pequeñas escaramuzas, en la que el rey era el que salía peor parado, si bien no era la única víctima. También la reina se estaba resintiendo y a punto estuvo alguna vez de perder los estribos. Lo que no habían conseguido los partidarios de la Beltraneja ni los moros de Granada estaba a punto de lograrlo yo, Catalina de Dalt; tanto es así que una tarde me amenazó públicamente con sacarme los ojos si no me iba de la corte, y, a buen seguro, lo habría intentado allí mismo de no haber sido por su marido, que se interpuso entre las dos.

Así las cosas, Isabel decidió tomar nuevas medidas y comenzó a enviar cartas a Roma, con el fin de que el santo padre se involucrara en el asunto, lo que no gustó nada al rey, que, tras montar en cólera delante de mí, se dirigió a los aposentos de su esposa, tan manso y dócil como un cachorrillo, para implorar perdón por su conducta, y la reina, lejos de castigarlo, lo acogió dulcemente en su seno, como una madre tolerante y comprensiva, tal era la debilidad que sentía por él.

Tampoco yo estuve ajena a los sobresaltos, pues uno de los días que pasamos en Aranda de Duero, cuando me retiraba a mis aposentos para descansar, vi salir de mi cámara a un hombre embozado. Traté de seguirlo, pero al instante saltó a la calle desde una ventana y se perdió en las sombras. Después de revisar mis cosas, lo único que eché en falta fue la famosa daga y una carta de mi hermano que no había querido destruir, por las palabras tan hermosas que en ella me dedicaba, y que, por fortuna, no era demasiado comprometedor. Intenté averiguar quién podía haberlo hecho y llegué a la conclusión de que tenía que tratarse de Alonso, y así se lo comuniqué a Gonzalvo, para que estuviera alerta e hiciera lo convenido.

Mientras tanto, no dejaban de llegar correos desde Aragón en los que se instaba al rey a acudir con presteza a sus reinos, que se encontraban cada vez

más desasistidos y en gran peligro de perderse, pues un pueblo sin su monarca era como un rebaño sin pastor, siempre en peligro de extraviarse y quedar a merced de los lobos, que, en ese momento, eran numerosos. Alarmado por tan apremiantes avisos, Fernando decidió adelantar la partida y así se lo hizo saber a la reina, que no dudó en acompañarlo, junto con el heredero y las infantas, pues era mucho lo que estaba en juego.

El 18 de agosto entramos por fin en Zaragoza, donde Fernando e Isabel fueron recibidos y alojados por el arzobispo, hijo bastardo del rey, y vitoreados y agasajados por toda la ciudad. Y allí permanecimos durante más de mes y medio, un tiempo que, como cabía esperar, fue bastante ajetreado. Ahora que estábamos en el reino de Aragón, Fernando trataba de desquitarse de todas las humillaciones que había tenido que soportar en el trono, que superaban con creces a las que él le había causado a su esposa en la cama, debido a su debilidad por las mujeres. A este respecto, yo ya le había hecho ver al rey que, en época de paz, era Isabel la que en realidad tomaba las decisiones importantes, como la expulsión de los judíos o el apoyo al proyecto de Colón, y, desde entonces, estaba deseoso de tomarse la revancha y demostrar quién llevaba el cetro en ese matrimonio, y más después de los últimos acontecimientos.

Esto hizo que pronto volvieran las riñas y las disputas, las refriegas y los ataques. La reina amenazaba de continuo con marcharse de Zaragoza y regresar a Castilla si el rey no me repudiaba de una vez por todas, y este no hacía más que retarla a que lo hiciera, sabiendo que Isabel no era de las que abandonan el campo de batalla. Al final, ella encontró una solución intermedia y decidió no acudir a Barcelona hasta que él no recuperara el juicio. Así es que el 5 de octubre Fernando emprendió la etapa final del viaje sin su querida esposa, acompañado naturalmente por mí y, claro está, su enorme séquito de cortesanos, soldados y criados, que aquello parecía una ciudad entera en movimiento.

(SARA DERTOSA)

Pocos días después de que me ataran al carro, nos encontramos con varios familiares de la Inquisición que llevaban presa a una anciana. Al verla, doña Mariana ordenó a sus criados que pararan y les preguntó a los miembros del Santo Oficio que de qué se la acusaba. Ellos le respondieron que era una conversa sospechosa de judaizar. La viuda se acercó de pronto a la mujer y le escupió con asco en la cara. La detenida permaneció impasible y con la cabeza bien alta, como si no hubiera pasado nada. Uno de los inquisidores comentó que ya se le bajarían los humos cuando la condenaran a morir en la hoguera, y todos, salvo la pobre anciana y yo, se echaron a reír. Doña Mariana quiso saber entonces si, tras el edicto, había habido muchas conversiones. Los familiares le contaron que, por fortuna, la mayoría de los judíos se habían ido. Tenían noticia, eso sí, de que algunos de los más pudientes se habían convertido para no perder sus posesiones. Entre ellos se encontraba —¡quién iba a decirlo!— el rabí mayor Abraham Senior, del que muchos habían esperado que terminaría por convencer a los reyes de que se equivocaban, y no al revés. A juzgar por lo que hablaron, su bautismo se había celebrado con gran pompa y solemnidad ante los propios monarcas, que lo habían puesto bajo su protección y habían actuado como padrinos. A modo de recompensa, días después fue nombrado regidor de Segovia, miembro del Consejo Real y contador mayor del príncipe de Asturias. Y al parecer, eso trajo consigo que otros judíos de gran posición también se cristianizaran, para vergüenza y oprobio de nuestro afligido pueblo. Por lo que más tarde supe, no fue ese el caso de uno de los principales consejeros y financieros de los reyes, Isaac Abravanel, que en un principio había intentado

negociar una demora en la salida, y, al no obtenerla, decidió abandonar Sefarad sin esperar a la fecha límite fijada en el decreto. Para ello, embarcó con su familia en el puerto de Valencia, rumbo a Nápoles. Gracias a los muchos servicios prestados a la Corona, obtuvo, eso sí, un permiso especial de los reyes para poder llevar consigo oro y plata, hasta un valor de mil ducados.

Una vez saciada su curiosidad, doña Mariana se despidió cortésmente de los miembros del Santo Oficio. Uno de ellos, al pasar junto a mí, me lanzó una mirada tan escrutadora que a punto estuve de echarme a temblar.

—Ya veo que vos también lleváis un detenido —bromeó el inquisidor, dirigiéndose a doña Mariana.

—Es un criado que tiene la mano muy larga, y quiero darle una lección —contestó ella, al tiempo que nos poníamos en marcha.

Como me imaginaba, pronto se vio que doña Mariana no tenía interés alguno en entregarme a la justicia y que lo único que quería era persuadirme para que diera mi brazo a torcer y yaciera con ella, pues ignoraba que yo no podía otorgarle esa satisfacción. En una ocasión, hasta me amenazó con arrojarme a un barranco si no accedía a sus peticiones. Y es muy posible que lo hubiera llevado a cabo si no hubiéramos sido atacados por un grupo de bandidos cuando atravesábamos la sierra de Teruel por un estrecho valle. Tan pronto aparecieron estos, los juglares salieron huyendo, como si la cosa no fuera con ellos, abandonándome a mi suerte, que, tal y como pintaba, no podía ser nada buena, pues, pasara lo que pasara, iba a salir con daño de este nuevo incidente. De todas formas, lo que más lamentaba era estar allí maniatada y sin poder hacer nada para defenderme. De modo que le pedí a mi dueña que me liberara, que yo también quería pelear. Pero ella me dijo que de ningún modo, ya que, si me soltaba, aprovecharía para escaparme, como el resto de mis compañeros.

En esas estaba, cuando vi cómo, en medio de la refriega y la confusión, uno de los bandidos abandonaba sus filas para dar un rodeo y, de esta forma, poder atacarnos por detrás. Yo comencé a gritar para llamar la atención de los criados de doña Mariana, pero estos me ignoraron deliberadamente. El criminal se dirigió hacia donde yo estaba para hacerme callar. Al llegar a mi altura, levantó la espada y se dispuso a descargarla con fuerza sobre mí. En ese instante, cerré los ojos y le pedí a mi Dios que me ayudara. Como no sentí ningún golpe ni dolor, volví a abrirlos, y descubrí que, en lugar de mi cabeza,

el bandido había cortado las cuerdas que me mantenían sujeta al carro. No sé si fue por el hecho de comprobar que aún seguía viva y que alguien me había liberado, pero debo confesar que el muy bribón me pareció el joven más apuesto y gallardo que había visto nunca.

—¿Por qué estabais atado al carro? —me preguntó.

—Ha sido esa bruja —le contesté, señalando con la cabeza hacia doña Mariana—; el otro día quiso forzarme, pero yo me resistí.

—Pues más os hubiera valido daros un revolcón con ella que veros expuesto a toda clase de peligros —razonó.

—Y yo cómo iba a imaginar que una pobre viuda reaccionaría de esa forma ante mi negativa —me justifiqué.

—Sabed que las viudas de su calaña suelen ser de armas tomar, pues en esta vida ya no tienen nada que perder —me informó él.

—¿Y cómo es que una persona tan cortés, discreta y reflexiva como vos ejerce de bandido? —inquirí yo, sin poder evitarlo.

—Dejémonos ahora de explicaciones y cumplidos, pues mi historia es larga de contar, y sumémonos a la refriega en favor de la viuda, que, en este caso, es la más necesitada —propuso él.

—De eso no hay duda —comenté yo con segundas.

Y, sin más dilación, nos lanzamos a la pelea con tal denuedo que los bandidos no tuvieron más remedio que replegarse, dado que habían perdido ya varios hombres, a manos de los criados de doña Mariana, y no querían arriesgarse a quedar diezmados. El más renuente a retroceder fue el que parecía su jefe, que no acababa de salir de su asombro.

—¿Se puede saber qué te hemos hecho para que nos traiciones así? —le preguntó a mi salvador.

—Vosotros me obligasteis a seguiros y ahora yo os invito a que os marchéis; eso es todo, ni pierdo ni gano —explicó él.

—Pero tú hiciste un juramento.

—Yo no recuerdo haber jurado nada, y, en el caso de que así fuera, sería obligado por vosotros, por lo que no tiene ninguna validez.

—Entonces, ¿estás decidido a cambiar de bando?

—De momento, me conformo con abandonar el vuestro, al que nunca debí pertenecer —puntualizó el joven desertor.

—En ese caso, ya no hay nada que hablar —concluyó el otro, muy digno—. Pero ten por seguro que volveremos a encontrarnos.

—Me parece muy bien.

Tan pronto los bandidos se fueron, doña Mariana se acercó a donde estábamos para mostrarle su agradecimiento a nuestro inesperado salvador:

—Si no llega a ser por vos, ahora mismo estaríamos en poder de esos malhechores, que cualquiera sabe lo que nos habrían hecho. Por eso me gustaría pedirlos que formarais parte de mi guardia personal. Son tan peligrosos estos caminos...

—Os lo agradezco. Pero debo seguir el mío, que va en dirección opuesta a la que vos lleváis —se justificó él.

—Decidme entonces: ¿qué queréis cómo recompensa por vuestra valiosa ayuda? —insistió doña Mariana.

—Me bastaría con que me entregarais a ese mancebo que llevabais atado, para poder convertirlo en mi sirviente —respondió él con presteza.

—Ya veo que a vos también os ha cautivado con sus encantos —dijo ella con cierta malicia.

Mi mirada y la del falso bandido se cruzaron por un instante, para luego dirigir ambos los ojos hacia doña Mariana, que no se perdía detalle.

—Me temo que aquí era él el único cautivo —replicó de pronto el joven.

—Él solo se lo buscó —repuso ella, con naturalidad—. Pero, en fin, vos sabréis; quedáoslo enhoramala, que nosotros tenemos que irnos.

—Más os vale que no vuelva a veros —le solté yo.

—Lo mismo digo —gritó ella desde la litera.

Cuando nos dejaron solos, mi salvador y yo permanecemos mudos durante un buen rato, sin saber muy bien qué decirnos.

—¿Por qué lo habéis hecho? —me atreví a preguntar por fin.

—¿El qué?

—Liberarme del carro y luego de esa bruja, renunciando así a vuestra merecida recompensa —le recordé.

—Como ya he dicho, yo también estaba prisionero de esos bandidos y sé lo que se siente en tal situación —me informó—. Por otra parte, no creo que esa harpía me hubiera dado más que unas monedas y algo de comida —añadió, para quitarle importancia a su gesto.

—En cualquier caso, os lo agradezco.

—Estoy seguro de que vos habrías hecho lo mismo si hubierais estado en mi lugar —comentó.

—No lo dudéis —confirmé yo.

En ese momento, aparecieron los juglares por el otro extremo del camino y me preguntaron, desde lejos y por señas, si ya se habían ido los bandoleros. Pero, al ver que uno de ellos estaba conmigo, volvieron a darse la vuelta. Yo les grité que no tuvieran miedo, que ya se habían marchado, y que mi acompañante había abandonado el grupo, pues lo tenían retenido, igual que a mí doña Mariana.

—¿Y dónde está ella ahora? —quisieron saber.

—Camino de Granada.

—Pues podía habernos esperado —se quejó uno de ellos.

—¿Y a vos no os da vergüenza haber huido de ese modo dejando atrás a una dama y a un pobre amigo? —intervino el falso bandido.

—Si lo decís por la viuda, no creo que esa mala mujer mereciera nuestro sacrificio. En cuanto al mancebo —añadió, refiriéndose a mí—, pensamos que ya se las arreglaría, como en efecto así ha sido; de hecho, veníamos a buscarlo.

—A buenas horas —dije yo—. Ya no es menester vuestra ayuda.

—Lo normal habría sido que con tanta canción de gesta y tantos romances guerreros se os hubiera pegado algo —les soltó el falso bandido con mucha sorna.

—No veo por qué —rechazó el juglar—. Si vos fuerais pintor y os dedicarais a retratar damas, no por eso os convertiríais en una de ellas. Y, ya que os las dais de listo —añadió, algo escocido—, deberíais saber que el Señor promueve las guerras y labra la perdición de los mortales para que los juglares tengamos algo que cantar. Pero eso no quiere decir que nosotros debamos combatir o ser víctimas de tales desgracias. Cada uno tiene su cometido en este mundo, y el nuestro es cantar cuando se nos requiere y salir huyendo cuando hay jaleo, salvo que se trate de una pelea con otros juglares o gente semejante, que, en ese caso, enseguida nos apuntamos. ¿Lo habéis comprendido?

—Lo que me ha quedado claro es que tenéis mucho más pico que agallas —le espetó, con toda la intención, el falso bandido.

—Y eso es lo que me ha mantenido vivo hasta ahora —concluyó el juglar, sin querer entrar en más discusiones.

Para tranquilizar los ánimos, uno de sus compañeros comenzó a entonar un romance, al tiempo que tañía una zanfoña. Se titulaba «Romance del rey Chico que perdió Granada», y decía, más o menos, así:

*El año de cuatrocientos — que noventa y dos corría
el rey Chico de Granada — perdió el reino que tenía.
Salióse de la ciudad — un lunes a mediodía,
cercado de caballeros, — la flor de la morería.
Su madre lleva consigo, — que le tiene compañía.
Por ese Genil abajo — el rey Chico se salía,
pasó por medio del agua, — lo que hacer no solía,
los estribos se han mojado, — que eran de grande valía.
Por mostrar más su dolor — que en el corazón tenía,
ya que esa áspera Alpujarra — era su jornada y vía,
desde una cuesta muy alta — Granada se parecía.
Volvió a mirar a Granada, — de esta manera decía:
«Oh, Granada, la famosa, — mi consuelo y alegría,
oh, mi alto Albaicín — y mi rica Alcaicería,
oh, mi Alhambra y Alijares — y mezquita de valía,
mis baños, huertas y ríos — donde holgar me solía;
¿quién os ha de mí apartado, — que jamás yo vos vería?
Ahora te estoy mirando — desde lejos, ciudad mía;
mas presto no te veré, — pues ya de ti me partía.
¡Oh, rueda de la fortuna, — loco es quien de ti se fia:
que ayer era rey famoso — y hoy no tengo cosa mía!*

—¡Qué sabréis vos de la guerra de Granada! —lo interrumpió de pronto el falso delincuente, con tono desabrido—. ¿Acaso habéis estado allí?

—Al igual que no hay que ser valiente para exaltar a un héroe, tampoco necesito haber estado en Granada para poder cantar su belleza —replicó el juglar—. Para eso están los ojos de la imaginación.

—Con razón dicen que los poetas sois gente mentirosa y perjudicial para la república —repuso, por su parte, el falso delincuente.

El juglar, algo irritado y ofendido, miró al cielo, como pidiendo paciencia a su Señor, para luego continuar con más entusiasmo:

*Siempre el triste corazón — lloraba su cobardía,
y estas palabras diciendo — de desmayo se caía.
Iba su madre delante — con otra caballería;*

*viendo la gente parada — la reina se detenía,
y la causa preguntaba, — porque ella no la sabía.
Respondiole un moro viejo — con honesta cortesía:
«Tu hijo mira a Granada — y la pena le afligía».
Respondido había la madre, — de esta manera decía:
«Bien es que como mujer — llore con grande agonía
el que como caballero — su estado no defendía».*

—Callad de una vez, os lo ruego —volvió a interrumpir el falso bandido —, ya que una cosa es imaginar y otra muy distinta faltar a la verdad. Y eso que vos contáis no sucedió de esa manera.

—¿Y tú por qué lo sabes? —protestó el juglar.

—Porque yo estaba allí cuando ocurrió.

—¿Ah, sí? ¿Y vos en qué bando estabais, si puede saberse? —replicó el juglar.

—Desde luego, no en el bando de los cobardes y mentirosos como vos — soltó el falso bandido.

El juglar, al verse infamado de forma tan grave e insistente, dejó la zanfoña sobre la hierba para no dañarla; después cogió una gruesa rama que había en el suelo y se lanzó contra el falso bandido con tanta ira que este tuvo que desenvainar su espada para defenderse. Los demás juglares rodearon a mi libertador con la intención de darle entre todos un buen escarmiento.

—Dejadlo —grité yo—. Si no hubiera sido por él, ahora estaríamos todos muertos, vosotros incluidos, pues deberíais saber que esta clase de delincuentes no acostumbran a dejar con vida a los testigos de sus fechorías.

—Decidle vos que guarde la espada y no se meta con nosotros —exigió uno de los juglares.

—Ya habéis escuchado —le comenté yo a mi nuevo amigo, que, aunque a regañadientes, optó por envainar su arma.

—Y ahora sigamos cada uno nuestro camino —propuso el juglar—, y a quien el Señor se la dé san Pedro se la bendiga, y no digo más, que luego todo se sabe.

—Me parece bien —convine yo.

Tras recoger su impedimenta, que no era mucha, los juglares se pusieron en marcha sin despedirse. De modo que, de nuevo, nos quedamos solos el falso bandido y el todavía más falso mancebo en que yo me había convertido

por necesidad.

—¿Adónde viajabais? —quiso saber él.

—A Granada, precisamente —respondí yo.

—Vaya, yo vengo de allí —reveló.

—Ya lo deduje antes, al ver vuestro enojo a propósito del romance —comenté.

—Es que no me gusta que esos necios hablen de lo que no saben —insistió.

—Si lo supieran, ya no serían necios —comenté yo, para hacerme la graciosa.

—En todo caso, nunca permiten que la verdad les estropee una buena rima; de modo que la cambian siempre a su conveniencia —argumentó el falso bandido.

—En eso tenéis razón —concedí yo.

—Siento mucho, de todas formas, haberme puesto como me puse —se disculpó.

—Por un instante, llegué a pensar que erais un moro sarraceno —bromeé.

—¿Y qué pasaría si lo fuera? —me preguntó él muy serio.

—A mí, desde luego, no me importaría nada —aseguré, muy tranquila.

—Me alegra saberlo —se limitó a comentar él.

—¿Y cuál es vuestro destino? —inquirí yo, para cambiar de tema.

—Barcelona —me informó él.

—¿De verdad? No puedo creerlo.

—¿Tan extraño es que quiera ir a esa ciudad? —exclamó, amoscado.

—Me he sorprendido, porque, casualmente, yo vengo de allí. Es como si nuestros opuestos destinos se hubieran cruzado en este punto —le expliqué.

—Eso parece, sí —reconoció.

—Es una pena que no vayáis a Granada —me lamenté yo.

—Por desgracia, me esperan en Barcelona, y a Granada no puedo volver —me informó—, y no porque no quiera. La verdad es que se trata de una maravilla digna de verse —añadió con entusiasmo—. Os recomiendo que no dejéis de visitar la Alhambra, especialmente sus jardines; no habréis contemplado una cosa igual.

—Pues yo tampoco puedo regresar a Barcelona —le confesé.

—¿Os habéis escapado de casa?

—Es una larga historia.

—Comprendo.

—Entonces, debemos separarnos.

—Así es.

—Lo mismo creo yo.

—Eso me temo, sí.

Sin embargo, ninguno de los dos nos movíamos, como si una fuerza extraña y poderosa lo impidiera.

—Aunque tal vez sea lo mejor —apuntó él.

—¿Por qué lo decís? —quise saber yo.

—Aún no lo sé, pero presiento inminentes peligros si permanezco más tiempo con vos —me soltó.

—¿Peligros? ¿De qué tipo? —inquirí, alarmada.

—Si yo lo supiera...

De repente, se quedó embobado mirándome, como si no se creyera lo que veía o hubiera algo que no le cuadrara o que desentonara en mi semblante, sin lograr saber qué era lo que podría estar fuera de sitio o mal acomodado. Sus ojos eran oscuros como una noche sin estrellas, mas tan brillantes y luminosos como dos grandes soles; de ahí que cada vez que me miraba me hiciera enrojecer.

—¿Y queda muy lejos Granada? —pregunté yo, por decir algo.

—Bastante. ¿Acaso os están aguardando?

—Espero que no.

—¿Tenéis familia allí o es que vais a casaros?

—¡No! —rechacé yo.

—¿Acudís, pues, a la corte?

—Así es —admití.

—En ese caso, viajaréis en vano —me advirtió.

—¿Por qué lo decís?

—Porque, cuando lleguéis a Granada y a Santa Fe, que es donde paran los reyes, la corte ya no estará allí, sino camino de Barcelona —aseguró.

—¿De Barcelona?! ¿Estáis seguro? —inquirí yo, con voz vacilante.

—Creedme, sé de lo que hablo —confirmó él.

—¿Y también el rey va a viajar a Barcelona?

—Ciertamente. ¿Qué sentido tendría entonces la corte sin su rey o el rey sin su corte? Donde está el uno ha de estar la otra y viceversa, ¿no os parece?

—Eso es cierto —reconocí yo de nuevo.

—No iréis a decirme ahora que vais a ver al rey, ¿verdad?

—¿Yo, al rey?! ¿Por qué? —exclamé, toda sonrojada—. ¿Acaso lo conocéis?

—Es posible.

—¿Y qué sabéis de él?

—¿Por qué me lo preguntáis?

—No sé, por hablar de algo.

—¿Y cómo reaccionaríais si declarara que me parece un canalla? —me preguntó de pronto.

—Supongo que os diría que no os falta razón.

—¿Y si yo os confesara que lo odio con todas mis fuerzas? —me soltó.

—En tal caso, os reconocería como un hermano o un espíritu afín —revelé yo de forma impulsiva.

—Entonces, ¿vos también...?

—Así es.

—¿Estáis seguro?

—Tanto como vos.

—Démonos, pues, un abrazo —me propuso.

El falso bandido me estrechó con gran fuerza entre sus brazos y me besó varias veces las mejillas, en señal de contento y amistad, momento en el que noté cómo algo le crecía bajo las calzas, en la zona de la entrepierna, hasta ponerse duro, lo que me hizo temblar. Al darse cuenta de lo que ocurría, se apartó de mí de forma violenta, visiblemente avergonzado, como si no supiera dónde meterse, tratando de ocultar el bulto con ambas manos de forma disimulada.

—¿Qué os pasa? —le dije.

—No, no es nada —contestó él sin atreverse a mirarme a la cara.

—¿Es por esa inflamación que os he notado? —me atreví a preguntar.

—¿Acaso a vos os ha pasado lo mismo? —quiso saber él con ansiedad.

—No, a mí no —aclaré.

—¡Que Alá me perdone! —exclamó, cada vez más abochornado.

El pobre me dio tanta pena que decidí confesarle que yo no era un mancebo, lo que no solo explicaba mi ausencia de erección, sino también la notoriedad de la suya.

—Veréis. Hay una cosa que debo contaros —comencé a decir.

—¿Que vos también...? —se apresuró a preguntar.

—Que yo, en realidad, no soy... cristiano —declaré en el último momento, sin poder remediarlo, pues no me atrevía a contarle lo otro.

Supongo que mi intención era desviar la atención del asunto que más me preocupaba, pero lo único que conseguí fue enredar aún más las cosas.

—Si es por eso, yo tampoco lo soy —me aseguró de pronto él.

—¿Cómo?! —exclamé yo.

—Que vos teníais razón sin saberlo: soy un moro de Granada —me reveló.

—¿Es eso cierto?

—Si me vierais desnudo, mi miembro me delataría —argumentó él—; quiero decir que estoy circuncidado, no vayáis a pensar mal.

—¿Y por qué vais disfrazado de cristiano? —inquirí.

—Me imagino que por la misma razón que vos, para pasar inadvertido, si bien debo confesar que yo sí estoy bautizado —puntualizó—. Pero no lo hice por miedo o por interés, sino por una buena causa.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que fue para salvar a mi hermano de ser encarcelado —me explicó—. Por fortuna, el Corán nos permite mentir y hasta fingir que renegamos del islam cuando se trata de engañar al infiel.

—Comprendo.

—¿Y vos?

—Yo no soy mahometano ni estoy bautizado —declaré.

—¿Sois, por tanto, judío? —concluyó él.

—Así es —reconocí yo, sabiendo a lo que me arriesgaba.

—Pues no lo parecéis —comentó, después de examinarme bien la cara—. De entrada, tenéis la nariz recta y pequeña.

—¿Acaso queréis que os enseñe el miembro? Os aseguro que yo también estoy circuncidado —bromeé yo.

—No, no, por favor. Os creo, os creo —se apresuró a decir él—. A ver si vais a pensar que mis palabras eran una argucia para que me lo mostrarais. Ya solo me faltaba eso. Lo dije únicamente para asegurarme.

—¿Acaso mi condición es un problema para vos? No iréis a delatarme, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo? —se molestó él—. Los judíos y los musulmanes no somos enemigos, sino más bien aliados. Nuestro común enemigo son los cristianos, que se han propuesto acabar con nosotros y echarnos de estos reinos.

—A los míos ya los han expulsado.

—Y los míos no tardarán en correr la misma suerte, por mucho que los reyes hayan prometido respetar nuestras creencias —profetizó él.

—Me temo que tenéis razón.

—De todas formas, hay una cosa que no entiendo —objetó él de pronto—. Si sois judío, ¿por qué queréis ir a la corte? ¿Acaso tenéis intención de implorar el perdón del rey?

—¿Y por qué había yo de pedirle perdón al tirano que ha arruinado mi vida? Si quiero ir a la corte es porque he prometido no descansar hasta matarlo —se me escapó.

—¿Es eso cierto?! —exclamó él.

—¿Tanto os asombra? Sabed que él es el causante de que un desalmado matara a mi padre de la forma más cruel y de que mi familia y los míos hayan sido expulsados de Sefarad —le conté.

—Desde luego, tenéis motivos más que sobrados para querer darle muerte —comentó él—. Si me he sorprendido es porque yo también... me he propuesto acabar con ese bastardo.

—¿Ah, sí?! —grité yo, sin poder creérmelo.

—Como os lo digo —me aseguró con firmeza.

—¿Y por qué motivo? —quise saber yo.

—Primero obligó a mi padre, que era el médico personal de Boabdil, a convertirse en espía a su servicio, a cambio de liberar a mi madre, a mi hermano y a mí, pues habíamos sido capturados cuando intentábamos huir de Granada; y, más tarde, llegó a traicionarlo, revelándole su condición al sultán, que enseguida lo mandó matar y se quedó con todos sus bienes, lo que provocó la muerte de mi madre.

—No sabéis cuánto lo lamento —me compadecí yo.

—Os lo agradezco. Yo también siento mucho lo de vuestro padre y la expulsión de vuestro pueblo —me comunicó.

—¿Sabéis una cosa? Estoy empezando a creer que no ha sido ninguna casualidad que nos hayamos encontrado hoy aquí —sugerí yo.

—Lo mismo creo yo —confirmó él—. No todo iba a ser malo en estos días.

—¿Habéis trazado ya algún plan? —quise saber.

—Mi intención es esperarlo en Barcelona —señaló—. Allí tengo un contacto que me proporcionará algún dinero y un refugio seguro donde

esconderme. Luego, cuando encuentre el momento y el lugar más adecuados, trataré de acercarme al rey con el pretexto de pedirle perdón por haber abandonado la corte. Él me conoce, pues fue mi padrino de bautismo en Granada; así que lo más probable es que me escuche.

—El plan podría dar resultado —reconocí yo—. Pero ¿cómo vais a justificar vuestra huida?

—Ya se me ocurrirá algo —contestó con tono despreocupado—. ¿Por qué no os venís conmigo a Barcelona? —me propuso de pronto—. Juntos podríamos llevarlo a cabo con más seguridad.

—Lo siento —decliné yo—. Pero no puedo volver a Barcelona.

—Si es por temor a que os prendan, yo os protegeré —se ofreció.

—Veréis. Hay algo que aún no os he contado —le expliqué—. A mi padre lo mató un alguacil del puerto, cuando estábamos a punto de zarpar para Génova. El muy ladrón había descubierto que llevábamos escondido un candelabro de oro en un saco de trigo y decidió quedárselo —continué—. Se trataba de la *menorá* que el rabino de nuestra sinagoga le había entregado a mi progenitor para que la custodiara. De ahí que se fuera tras el alguacil y le hiciera toda clase de súplicas. Temiendo que mi padre se metiera en problemas, yo salí detrás de los dos. Pero no fui capaz de evitar que ese canalla lo matara y se ensañara vilmente con él delante de mí. Yo estaba tan lleno de cólera que no dudé en arrebatarle la vida con un bichero que encontré por allí. Fue horrible, horrible, horrible —exclamé, deshecha en lágrimas.

—Creo que hicisteis lo correcto —me dijo él para tranquilizarme— y demostrasteis mucho valor en ello —añadió con admiración—. Yo habría intentado hacer lo mismo, os lo aseguro. Además, estabais a su merced, por lo que fue un acto de legítima defensa.

Luego le conté cómo llevé el cadáver de mi padre al cementerio abandonado y le di entierro, y todo lo que pasó en los días posteriores hasta que me fui de Barcelona.

—Tal vez, a estas alturas, el asunto haya sido olvidado —concluí—, pero, si vuelvo y me reconocen, alguien podría atar cabos.

—Como os he dicho —me replicó él—, tengo algún contacto importante en la ciudad, gente noble y bien situada, que nos ocultará el tiempo que sea necesario y nos ayudará a prepararlo todo. Ellos también se la tienen jurada al rey.

—¿Estáis seguro de que es así?

—Por lo que sé, el rey se ha hecho muchos enemigos durante todos estos años, y no solo entre los nobles, sino también entre los campesinos —me aseguró—. Mis cómplices nos ayudarán a llevar a cabo nuestro plan, no os preocupéis. Ellos son los primeros interesados en que la cosa salga bien.

—En ese caso, creo que os acompañaré —accedí yo.

—No sabéis qué alegría me dais —gritó él, disponiéndose a darme un abrazo, pero, en el último momento, debió de acordarse de su inoportuna erección y se echó atrás—. En cuanto a lo que ocurrió antes...

—¿Os referís a la hinchazón? —lo ayudé yo.

—Así es —confirmó—. Me gustaría que lo olvidarais.

—No sé de qué me habláis —le dije, guiñándole un ojo.

—Por cierto, me llamo Omar —me informó, tendiéndome la mano—; para los cristianos, Fernando.

—Y yo Samuel —improvisé, estrechándosela con fuerza—; Sancho, para los cristianos.

Después de comer algo, los dos nos dirigimos a Barcelona, pero sin mucha prisa, pues preveíamos que los reyes no llegarían allí hasta bien entrado el otoño. Cuando nos encontrábamos con alguien, nos presentábamos como dos amigos que querían conocer mundo y buscarse el sustento, trabajando aquí y allá; de hecho, tuvimos que desempeñar los más variados oficios: pastor, labrador, albañil, pícaro de cocina..., hasta que Omar se atrevió a poner en práctica todo lo que había aprendido de su padre, que había sido un reputado físico en Granada. En tales ocasiones, yo le ayudaba a preparar los remedios que él aconsejaba para curar las diferentes heridas y enfermedades.

Por el camino, Omar me contaba cómo había sido su vida en Granada antes de que la desgracia se cebara con su familia y yo le hablaba de mis días en Besalú, pues de mi estancia en Barcelona prefería no relatarle más, tan doloroso era su recuerdo para mí. Gracias a algunos viajeros, supimos que, en muchos pueblos y ciudades, habían saqueado y destruido las juderías, así como los cementerios hebreos, con la intención de borrar todo rastro de nuestra presencia en Sefarad, y eso aumentó mi sufrimiento y mi odio hacia los cristianos. Mientras tanto, Abraham Senior y otros traidores como él asistirían a misa por las mañanas y seguirían enriqueciéndose con todos sus cargos, ahora bajo otro nombre, como correspondía a su nueva identidad, para vergüenza y oprobio de mi pueblo. Siempre que hablábamos de estos

asuntos, yo notaba que Omar sentía como suya la expulsión, pues estaba convencido de que algún día los reyes echarían también a los moros de sus tierras y hogares, salvo a aquellos, claro está, que se convirtieran de buen grado o por la fuerza.

El caso es que, poco a poco, fue surgiendo entre nosotros una gran amistad y complicidad. Lo malo era que yo tenía que andar con mucho cuidado para que él no descubriera que era moza, y no mancebo, sobre todo a la hora de ir a dormir, lo que no fue fácil. A él, por ejemplo, le extrañaba mucho que, cuando parábamos para orinar o hacer nuestras necesidades, yo me apartara un buen trecho.

—¿Por qué os vais tan lejos? —me preguntó una vez—. ¿Es que tenéis miedo de que os vea desnudo? Ya os he dicho que no soy bujarrón.

—No se trata de eso —le expliqué yo—. Deberíais saber que los judíos somos muy pudorosos y remilgados con las cosas del cuerpo.

—También los árabes —me replicó él—. No en vano somos primos hermanos, pues, según parece, descendemos de Sem, que, como sabréis, era hijo de Noé.

Otra vez me siguió, cuando me adentré en el monte, y me sorprendió orinando en cuclillas detrás de un árbol.

—¿Por qué orináis como una mujer? —me preguntó.

—La verdad es que intento hacer otra cosa, pero con vos ahí delante no creo que pueda —le reproché yo, para que se apartara—. Además, decía mi abuelo que, en medio del bosque, conviene orinar siempre agachado, para no ser visto por las alimañas en una situación tan delicada.

Tampoco él lo tenía fácil, pues todas las mañanas se levantaba con el miembro tan duro y tieso como la mano de un mortero o el badajo de una campana.

—¿Es que a vos no os pasa? —inquirió, avergonzado, en una ocasión.

Esa noche habíamos dormido en una venta, ya que fuera hacía un frío que te helaba hasta el alma y llevaba varios días lloviendo. Y el jergón era tan pequeño que habíamos tenido que juntarnos mucho.

—Oh, sí, claro, con frecuencia —mentí yo.

—Me alegra mucho saberlo; no me gustaría que pensarais...

—¿Y por qué iba a pensar algo así? Es lo normal cuando eres mozo.

—Pues a mí antes no me pasaba tanto —me explicó—. Y os aseguro...

—Que no sois un bujarrón, ya lo sé —lo interrumpí yo.

—Ni tampoco un sodomita o bardaje —añadió él, por si acaso—. De hecho, me gustan mucho las mujeres, y puedo juraros que hace ya tiempo que perdí la inocencia. No me refiero a que me hayan dado por ahí, ya sabéis. Lo que quiero decir es que ya lo he hecho con varias mujeres y a todas las he dejado muy satisfechas.

—¿Ah, sí?! —exclamé yo, algo amoscada.

—Al menos eso me pareció —matizó él, cambiando de tono.

—¿Acaso se lo preguntasteis?

—No hizo falta. Eso se nota.

—¿Y en qué se nota?

—En su manera de gemir y de respirar, y en que las mejillas se les ponen rojas como un tomate y los ojos en blanco, hasta que de pronto se desvanecen.

—Pues no deberíais fiaros mucho —le advertí yo—. Las mujeres son muy diestras en el arte de fingir.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Porque las conozco bien, mucho mejor que vos.

—Sí, ya —comentó, reticente.

Para demostrárselo, comencé a gemir con el aliento entrecortado, cada vez más deprisa y cada vez más alto, mientras me pellizcaba las mejillas para que me subiera el rubor a la cara y volvía los ojos hacia arriba:

—¡Sí, sí, siiiiiiiiiiiiiiiiiií...! ¡No, no, no paréis! —exclamé yo, antes de simular un desmayo.

—¿Se puede saber qué pasa ahí? —gritó alguien al otro lado de la pared.

—No es nada —se apresuró a responder Omar—. Era mi compañero, que estaba soñando.

—Pues decidle que lo haga en voz baja —replicó el otro.

—¿Qué os ha parecido? —le pregunté a Omar al oído.

—¡Será posible! —susurró él—. Lo habéis fingido a la perfección. Y reconozco que ello me produce una gran perplejidad.

Lo vi al pobre tan confuso y preocupado que me habría gustado contárselo todo. Pero no sabía cómo hacerlo y tenía miedo de su reacción, de que se enfadara por haberlo tenido engañado y me dejara abandonada, sola y privada de su compañía. De modo que decidí esperar un poco más, si bien era consciente de que, cuánto más tiempo pasara, más difícil sería para mí confesárselo y para él aceptarlo. Y tanto aguardé que al final...

Lo que sucedió fue que un día arribamos a un arroyo de aguas frescas y cristalinas que discurría entre grandes peñas, formando aquí y allá algunas pozas en las que el agua se remansaba. Junto a él crecía un frondoso soto que daba sombra a sus orillas. De modo que decidimos descansar allí. Hacía tanto calor que Omar me propuso que nos diéramos un baño para refrescarnos y quitarnos el polvo del camino. Yo me resistí un poco, por razones obvias, pero me apetecía tanto que me metí vestida. A él, sin embargo, le faltó tiempo para desnudarse y lanzarse al agua desde una roca.

—¿Por qué no os desnudáis? —me propuso—. Es un placer sentir el agua acariciándote la entrepierna.

Yo le dije que prefería bañarme vestido, pues de esa forma lavaba también la ropa, que buena falta le hacía. El pretexto era ridículo, lo reconozco, pero lo cierto es que él no insistió; supongo que, después de tanto malentendido, no quería que pensara que deseaba verme a toda costa en paños menores. En cuanto a mí, no podía dejar de comérmelo con los ojos cada vez que se encaramaba a una peña para volver a saltar al agua, tan hermoso y ágil era.

Mientras me bañaba, noté que se me habían desatado las vendas que me aplastaban los pechos. De modo que abandoné el agua para tratar de arreglarlo, sin darme cuenta de que él salía detrás de mí. Una vez en la orilla, yo me volví para decirle que regresaría enseguida y me topé de frente con Omar, que empezó a mirarme con la boca abierta y los ojos como platos, cubriéndose el miembro con las dos manos, pues lo tenía erecto, a pesar de que acababa de salir del agua.

—Creo que con el baño os han crecido los pechos y brotado los pezones, mientras que en la entrepierna no se adivina nada, salvo una pequeña hendidura —me soltó de repente, sin poder salir de su asombro.

Yo, entonces, bajé los ojos y vi que la camisa y las calzas se me habían pegado a la piel, dejando bien a las claras las formas de mi cuerpo. Por instinto, miré a un lado y a otro, para comprobar que no había nadie más observando detrás de los árboles, mientras él seguía papando moscas.

—Perdonadme por habéroslo ocultado —le rogué a Omar.

—¿¿Cómo?! —preguntó él, confundido y con el rostro demudado.

—Que soy una mujer —aclaré yo.

—¡Loado sea Alá! —exclamó Omar, aliviado por mi revelación—. Eso explica que me enamorara de vos nada más veros, aunque hasta ahora no quisiera reconocerlo. Y os aseguro que se trata de algo que nunca antes había

sentido ni creía que existiera en este mundo, fuera de los poemas de Ibn Hazm, a quien el Creador tenga en su gloria —me explicó.

—Lo que prueba que los poetas no son tan mentirosos como vos creíais —comenté yo.

—Eso parece —reconoció—. Y vos, ¿sabéis lo que es estar enamorada?

—Hasta ahora yo tampoco he sabido que lo estaba, la verdad, y desde el instante mismo en que os conocí —le confesé.

—¿Eso quiere decir que me amáis? —insistió Omar, como si no acabara de creérselo.

—Con toda mi alma —le declaré, aunque era mi cuerpo el que en ese momento se agitaba como un junco sacudido por el viento.

Sin poder evitarlo, Omar y yo nos abrazamos con tal fuerza que por un momento pensé que íbamos a traspasarnos. Teníamos tantas ganas de besarnos que no lográbamos que nuestras bocas se encontraran. Cuando por fin se fundieron en una sola, yo sentí como si un rayo me entrara por la nuca y una oleada de placer me recorriera todo el cuerpo hasta hacerme estremecer. El corazón me latía tan deprisa que pensé que iba a salirse del pecho como un caballo desbocado. Luego noté su miembro, duro y palpitante, junto a mi hendidura, como una espada ávida por envainar, y fue tal mi miedo y mi excitación que a punto estuve de desmayarme.

—¿Os encontráis bien? —me preguntó Omar.

—Nunca me había sentido mejor —reconoció yo—. Pero ahora preferiría que os vistierais, pues, aunque no se nos note tanto como a los hombres, las mujeres no estamos hechas de mármol.

—Perdonadme, por un momento había olvidado que estaba desnudo —me dijo, mientras se separaba bruscamente de mí para cubrirse las vergüenzas.

Al perder su apoyo, yo estuve a punto de caer al suelo. Por suerte, él me sujetó en el último instante y me sentó con cuidado sobre una roca.

—Disculpad mi torpeza, no debía haberos soltado tan deprisa.

—Y vos, ¿podréis otorgarme vuestro perdón por haberos engañado?

—Bien está lo que bien acaba, ¿no os parece? —proclamó Omar.

—Espero que esto sea más bien el principio de una nueva vida —deseé yo.

—¿Acaso lo dudáis?

—No, mientras estéis a mi lado.

—Sabed que nunca os abandonaré —me prometió—. Y ahora, si me lo permitís, voy a vestirme.

—Os lo ruego —suspiré yo.

Por precaución, decidimos que yo seguiría viajando vestida de hombre, pues ya estaba más que acostumbrada y era menos comprometido para nosotros. Aunque dormíamos juntos, ya fuera en medio del bosque o en una venta o posada, él siempre tuvo buen cuidado de respetarme y no aprovecharse nunca de la ocasión. Si lo hubiera intentado, bien sabe mi Señor que yo habría sucumbido de inmediato, ya que lo anhelaba tanto como él. Pero ambos éramos fuertes y teníamos un gran sentido del honor y temor de Dio. Y es que el hecho de que fuéramos capaces de planear la muerte del rey no significaba que lo demás también nos estuviera permitido; al contrario: debíamos extremar el recato y el decoro, pues ello dignificaba aún más nuestra causa.

No obstante, tengo que confesar que, una vez pasados los primeros días, cada vez nos resultaba más difícil no dejarnos arrastrar por la concupiscencia o disimular nuestros sentimientos delante de los otros, que, con frecuencia, nos sorprendían mirándonos con arrobos y nos tomaban por lo que no éramos, con gran riesgo de nuestras personas. Había noches en las que apenas podíamos dormir, pues nos las pasábamos dando vueltas en el jergón o en el suelo, acuciados por una comezón que no nos dejaba reposar ni un instante, como si padeciéramos calentura. Era tal el prurito que, a menudo, teníamos que levantarnos y echarnos agua fría por la nuca. Cuando por fin nos calmábamos, era ya hora de levantarse, por lo que el resto del día andábamos como en sueños.

—No sé cuánto más voy a aguantar así —me confesó una vez Omar.

—Debemos ser fuertes —lo animé yo.

—Si al menos pudierais darme un anticipo de lo que voy a obtener en la noche de bodas —me dejó caer.

—Si os diera un anticipo, por pequeño que fuera, enseguida me pedirías todo lo demás —le advertí yo.

—Como mucho, os pediría la mitad —me aseguró él.

—¿Y qué decís de mi virginidad? Si os entregara solo una parte, por pequeña que fuera, sería lo mismo que si os la otorgara toda entera. ¿O acaso vos creéis que se puede ser medio doncella? —le preguntaba yo.

—Tenéis razón —reconocía él—, más vale que, de momento, os ponga en una hornacina y piense en otras cosas.

Lo peor era cuando en una venta teníamos que compartir habitación, lo que

sucedía las más de las veces. En esos casos, Omar se pasaba la noche pendiente de que nadie se acercara a mí, y yo, de no arrimarme a él, por lo que pudiera pasar. Pero había momentos en que no podíamos evitar bajar la guardia. Una mañana, los compañeros de habitación se burlaron de mí porque me había pasado la noche gritando «Te quiero, oh, Mar». Menos mal que ellos pensaron que se trataba del nombre de una mujer y no de mi compañero de jergón.

Por otra parte, había noches en que nos divertía acariciarnos de forma subrepticia para liberar un poco la tensión. Aunque tratábamos de sofocar la risa, tapándonos la boca con una mano, los otros huéspedes no tardaban en molestarse, pues no alcanzaban a averiguar qué es lo que estaba pasando. Para colmo, en cierta ocasión, Omar tuvo que ir a orinar, y, cuando regresó a la habitación, no se le ocurrió otra cosa que intentar acariciarme las nalgas al pasar por mi lado, con tan mala fortuna que se equivocó de camastro y fue a posar sus manos en las posaderas de un soldado veterano, que, al sentir las, se levantó como un resorte y puso el grito en el cielo y la espada en el pecho de Omar.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendías? —preguntó el veterano militar con voz airada.

—Os suplicó perdón —le rogó Omar—. Debí de tropezar y fui a caer sobre vos.

—Sobre ti voy a hacer caer yo la cólera del Señor, como no te apartes de mi vista, maldito bujarrón —replicó el soldado.

—Ya me aparto, no os preocupéis, y os pido de nuevo disculpas por haberos tocado sin querer —insistió Omar, mientras buscaba su jergón.

—Eso os pasa por meter las manos donde no debéis —le susurré al oído, cuando se tendió junto a mí, y ambos nos echamos a reír, lo que pudo costarnos muy caro, dado el mal humor que se gastaba el militar.

Durante el día, una de las cosas que más nos gustaban era tumbarnos al sol sobre la hierba y mirar pasar las nubes o sentir la brisa acariciándonos, la misma que agitaba las ramas de los árboles o los campos de trigo, que sembraban un mar de oro. Después, cerrábamos los ojos y parecía como si flotáramos uno al lado del otro, como si nos eleváramos, lejos de este triste mundo.

Una vez los abrí de repente y me lo encontré mirándome muy concentrado.

—¿Qué hacéis? —le pregunté.

—Contemplándoos. Lo hago con frecuencia, sobre todo cuando dormís. Sois tan hermosa que vuestra belleza me estremece —me reveló.

Yo le confesé que también lo observaba con arrobó a la menor ocasión y que sentía algo muy parecido.

—¡Ojalá el tiempo se detuviera en momentos así! —exclamó Omar.

—Pase lo que pase —le aseguré yo—, nadie podrá quitarnos esto ni destruir nuestro amor.

Para ratificarlo, acerqué mis labios a los suyos, lo que hizo brotar un incendio en nuestros pechos, que enseguida tuvimos que apagar.

Ahora, cuando recuerdo aquellos días tan extraños, debo reconocer que sufríamos mucho, pero, al mismo tiempo, me embarga una gran añoranza. Nuestras conversaciones estaban llenas de sobreentendidos y alusiones, ya que esa era la única forma de expresar nuestros sentimientos que podíamos permitirnos. También nos gustaba cantar y recitar poemas o leer libros de amor, uno al lado del otro, junto al fuego, teniendo buen cuidado, eso sí, de no pasar nunca de las palabras a los hechos, algo que cada vez era más difícil, pues, cuanto más nos conteníamos, más fuerte era el deseo y más intensa nuestra pasión. De modo que no veíamos la hora de casarnos y estar juntos, como esposo y esposa.

Afortunadamente, en una venta, oímos hablar de la morería de Caspe, situada extramuros de la ciudad, donde desde antiguo y hasta el momento de la expulsión habían convivido moros y judíos sin ningún problema, según nos dijeron. Y hacia allí nos dirigimos. Nada más llegar, troqué mis ropas por las de mujer, y Omar y yo nos unimos en matrimonio por el rito musulmán, sin que, por supuesto, ello supusiera que yo renunciara a mi religión. De hecho, teníamos el compromiso de volver a celebrar la boda por el rito judío en cuanto estuviéramos fuera de Sefarad, si es que lográbamos salir con vida de lo que nos proponíamos, cosa harto difícil, por no decir imposible, para qué engañarnos. Pero, en tal caso, mi Dio sabría perdonarme.

Con toda certeza, aquellos fueron algunos de los momentos más dichosos de mi azacaneada existencia. Gracias a Omar, yo había vuelto a recuperar la ilusión y las ganas de vivir, sin olvidar, eso sí, la tragedia de mi familia ni, menos aún, la promesa que le había hecho a mi padre y a mi Dio. Pero mientras llegaba ese día, había que seguir adelante y tener fe en lo que estaba por venir. Nadie que nos viera en aquellos días tan felices podría haber pensado que estábamos huidos y que nuestro objetivo era matar al rey.

XVI

(BEATRIZ GALINDO)

No todo estaba perdido entre mi marido y yo. Tras la discusión que tuvimos sobre la importancia de las armas y las letras, nuestras relaciones mejoraron bastante. No es que habláramos mucho, pero ya no nos rehuíamos. Ahora era él quien me espiaba, en lugar de los criados, pero lo hacía de forma discreta y con verdadero interés por saber a qué me dedicaba cuando estaba a solas. Recuerdo que una tarde, después de la hora de la siesta, noté que alguien me estaba observando desde el otro lado de la ventana que daba al patio. No podía precisar cuánto tiempo llevaba allí, pero me dio la impresión de que hacía un buen rato, y eso me intrigó. De modo que me volví para ver de quién se trataba y me encontré con su rostro. Al verse descubierto, salió huyendo, sin darme tiempo a decirle nada, por lo que fui en su busca para pedirle que me hiciera compañía mientras trabajaba, cosa que llevó a cabo sin protestar.

Otro día lo descubrí en mi cámara, echándole un vistazo a mis escritos. Estaba tan absorto en lo que leía que no me oyó llegar; así que me di la vuelta y me marché para no interrumpirlo. Durante la comida, pensé que me hablaría del asunto, pero no lo mencionó, tal vez por miedo a que le planteara algún reproche. En ese instante, me hubiera gustado tanto poder sincerarme con él; confesárselo todo de una vez y pedirle que me odiara abiertamente por lo que le había hecho. Pero no me atreví, y eso me exasperaba. Hubo incluso un momento en que intenté romper a hablar y las palabras no me obedecieron, como si tuviera la boca sellada o la lengua pegada al paladar. Por las noches, eso sí, soñaba que se lo contaba sin omitir ningún detalle, y él me rogaba que lo olvidara, que, entre nosotros, todo estaba ya perdonado.

Para ser sincera, debo confesar que yo también lo espiaba a veces. Lo veía

andar como perdido en su propia casa, cabizbajo, encorvado y con las manos cogidas por detrás de la espalda, como un anciano lleno de cavilaciones, hasta que de repente le daba por hablar solo, tan deprisa, eso sí, que apenas se le entendía nada, como cuando hablaba en sueños, o por golpearse el pecho con la mano en señal de contrición o por quedarse ensimismado delante de nuestro hijo. Mi cabeza parecía una noria, subiendo y bajando siempre los mismos pensamientos sin llegar a ningún resultado. Éramos como dos almas en pena obligadas a vagar sin consuelo por un recinto pequeño y cerrado. La situación no podía seguir así. Había que hacer algo cuanto antes; si no, perderíamos el juicio los dos y nuestro hijo quedaría desamparado. De modo que una noche decidí entrar en su cámara, dispuesta a dialogar con él.

Sería cerca de medianoche. Tras unos instantes de vacilación, llamé con los nudillos a la puerta y mi marido preguntó quién era. Cuando supo que era yo, me mandó pasar. El Artillero estaba leyendo a la luz de una vela. Se trataba de una obra que yo conocía, pues no hacía mucho que la había estado hojeando. Su título era *Cárcel de amor* y el autor, Diego de San Pedro. Él retiró los ojos del libro y me miró sin sorpresa, como si, de alguna forma, hubiera estado esperando mi visita desde hacía mucho tiempo.

—Necesito contaros algo —me apresuré a decir.

—Tal vez sería mejor que fuerais a ver a vuestro confesor —me propuso con naturalidad.

—Es a vos a quien debo pedir perdón —le expliqué.

—¿Y por qué ahora?

—Porque no soporto veros sufrir más.

—¿Y no será más bien que vuestra conciencia no deja de torturaros? —inquirió con cierta dureza.

—Lo uno va con lo otro —reconocí yo.

—En ese caso, podéis desahogaros —me dijo mi esposo, cerrando el libro.

Después, me invitó a sentarme junto a él al otro lado de la mesa.

—Veréis. No es nada fácil hablar de este asunto —comencé yo—. Por otra parte, tengo la impresión de que ya lo sabéis todo.

—Aunque así fuera, me gustaría escucharos —apuntó él.

—Está bien. Como recordaréis —comencé a decir—, fue la reina la que se empeñó en que nos casáramos antes de que acabara el año, a pesar de que la toma de Granada aún no se había producido, so pretexto de que os pudiera ocurrir algo.

—¡Cómo olvidarlo! —exclamó él—. Parecía que a la reina le iba la vida en ello.

—El verdadero motivo era que el rey...

Hice una pausa con la intención de que él completara la frase.

—Os escucho —se limitó a decir.

—... me había forzado una noche en la que estaba borracho —proseguí, con gran esfuerzo—, y el matrimonio con vos era la única forma de evitar el escándalo. Además, cabía la posibilidad de que estuviera embarazada, como, en efecto, así fue.

Volví a detenerme, por si quería reprobar mi conducta, mas se mantuvo en silencio y aparentemente tranquilo.

—De modo que os pido perdón por haberos engañado y utilizado vilmente —continué— y también por haber contribuido sin querer a vuestra deshonra, y, sobre todo, por haberos hecho tan desgraciado, si bien quiero que sepáis que yo también he sido víctima de este asunto —añadí, para aligerar mi culpa—. Ya sé que podía haberme negado a secundar a la reina, pero me pregunto si habría servido de algo. Vos y yo estábamos prometidos, por lo que puede decirse que el rey ya os había deshonrado, y si hubiera estallado el escándalo, os habríais visto obligado a actuar de algún modo, y eso habría sido vuestra total perdición, mientras que de esta forma...

—Ya veo que lo tenéis todo bien estudiado —me interrumpió—. Después de todo, voy a tener que agradeceróslo —comentó con ironía.

—Le he dado muchas vueltas, es verdad —admití—. Pero si ha sido así, es porque, a pesar de todo, me importáis.

—Si de verdad os importara —me replicó—, me lo habríais contado hace ya mucho tiempo, ¿no creéis?

—Tal vez tengáis razón —reconocí—. Ojalá nada de esto hubiera sucedido —exclamé, poniéndome en pie, con la intención de abandonar a toda prisa la cámara, pues no quería que me viera llorar.

—¿Ya habéis terminado? —me preguntó.

—¿Os parece poco? —respondí yo, sin poder contener el llanto.

—Está bien, podéis marcharos —me indicó él.

Por un momento, pensé arrojarme a sus pies, en señal de humildad y sumisión, mas al final opté por irme y confiar en que, pasado un tiempo, pudiera perdonarme.

Al día siguiente, me desperté algo más aliviada por haber descargado mi

conciencia. Pero pronto comencé a sentir una enorme congoja y una gran tristeza, no ya por el sufrimiento que le había causado a mi marido sin querer, ni siquiera por lo mucho que yo misma había sufrido, sino por lo que aún me quedaba por padecer, pues tenía la sensación de que lo nuestro ya no tenía arreglo posible. Él, por su parte, dejó de rehuirme y espiarme y comenzó a tratarme con más cortesía, una cortesía, eso sí, fría y distante, que para mí resultaba más dolorosa que la violencia anterior.

Poco tiempo después, recibí una carta de la reina, fechada en Zaragoza y escrita en latín, para que no pudiera ser leída por quien no debía. En ella me daba cuenta de su preocupación por las relaciones entre su esposo y la tal Catalina, que, lejos de atenuarse, habían ido a más con el tiempo, para asombro y comidilla de la corte. Mi señora había hecho todo lo posible para separarlos, hasta llegar a rebajarse ante ella o a portarse como una tirana con él, pero todo había sido en vano. Así es que no le quedaba más remedio que morderse la lengua o hacer rechinar sus dientes, a la espera de que se le ocurriera algo mejor, cualquier cosa antes que montar un gran escándalo, pues no quería que la Iglesia interviniera y arriesgarse a perder el gran prestigio adquirido en toda la cristiandad como defensores de la fe. El rey, por su lado, se complacía en enseñarle a su amante los lugares y ciudades por los que pasaban, mientras ella debía viajar aparte con sus hijos, procurando que estos no la vieran llorar ni se enteraran de lo que ocurría.

Mientras leía la misiva sentí una mezcla de despecho y de rabia al ver cómo el hombre que me había forzado y dejado embarazada estaba disfrutando con otra mujer, al tiempo que mi marido y yo llevábamos una vida infeliz por su culpa. No obstante, debo confesar que me alarmé cuando leí que la reina temía cada vez más por la vida de su esposo, pues estaba convencida de que la tal Catalina y su hermano, con la complicidad de algún otro, estaban urdiendo una trampa para acabar con él. Por último, me rogaba, por lo que más quería, que eran sus hijos, que en cuanto pudiera acudiera a Barcelona para hacerle compañía y ayudarla a recuperar a Fernando y librarlo de las garras de esa harpía, aunque no lo mereciera, por egoísta e insensato.

En un principio traté de desoír su llamada de auxilio y pensar en otra cosa, pero no fui capaz; al fin y al cabo, era mi señora, y mi obligación era servirla en todo lo que me pidiera y al margen de si a mí me gustaba o no, y más en este caso, en el que, según ella, estaba en juego el futuro de la Corona. Por otra parte, era una buena oportunidad para alejarme por un tiempo de mi

marido. De modo que, esa misma noche, durante la cena, le conté al Artillero que la reina me requería urgentemente a su lado en Barcelona. En un principio, él simuló no escucharme, por lo que tuve que insistir.

—¿Y vos qué tenéis que hacer allí? —me preguntó por fin.

—Parece ser que me necesita.

—¿Acaso su marido no le hace caso?

—Eso pienso —reconocí yo.

—¿Y creéis que a vos os lo hará?

—No se trata de eso —precisé.

—¿Habéis escuchado alguna vez esa expresión que dice que cada palo aguante su vela? Claro que vos lo diríais en latín, que resulta mucho más refinado, ¿no es cierto? De todas formas, creo que su sentido es bastante claro y muy apropiado para el caso —sentenció.

—Olvidáis que estáis hablando de la reina —le reproché.

—Y vos, que estáis hablando con vuestro marido —me replicó.

—¿Por qué os empeñáis en retenerme aquí si luego no me hacéis ningún caso? ¿Es que no veis que me estoy pudriendo por dentro? —le pregunté.

Mi esposo se quedó, de pronto, pensativo, como si estuviera considerando la posibilidad de que eso fuera cierto, pero sin atreverse a mirarme, por miedo a comprobar que, en efecto, lo era.

—Está bien —concedió, tras una pausa—. Iréis con la condición de que yo pueda acompañaros. Y eso no será posible hasta dentro de varias semanas.

—Pero yo debo partir ya —insistí.

—Es mi única oferta —concluyó—. Lo tomáis o lo dejáis.

—¿Y para qué queréis ir vos a Barcelona? —inquirí, alarmada.

—Mi obligación es estar donde esté mi esposa, ¿no os parece? —me contestó con naturalidad—. Y os recuerdo que aún soy secretario del rey y espero que él tampoco lo haya olvidado.

—Eso era en Castilla, pero ahora los reyes, como sabéis, están en la Corona de Aragón —argumenté.

—De todas formas, ya va siendo hora de que vuelva a ponerme a su servicio. No vaya a ser que se olvide de mí y de *mis* hijos —añadió— y, por supuesto, de lo mucho que me debe, pues no fue en la corte donde me gané el apodo del Artillero, sino en el campo de batalla.

Durante varios días estuve dudando entre la conveniencia y el deber. Lo que más me echaba para atrás era la idea de que, una vez en Barcelona, mi

marido se sintiera relegado y sin nada que hacer en todo el día, salvo cavilar sobre su situación, hasta que un día le diera una ventolera y acabara tramando algo de lo que luego tuviera que arrepentirse. Pero no me quedó más remedio que aceptar sus exigencias, pues parecía que esa era la única forma de que él consintiera mi petición.

En cuanto a mi hijo, debo decir que me habría gustado mucho llevarlo conmigo, mas enseguida pensé que no resultaría apropiado, pues mi marido y la reina podrían sentirse molestos de alguna manera, y solo Dios sabía cómo reaccionaría el rey, si de repente veía en el niño algún parecido con él. De modo que decidí dejarlo a cargo de una dueña y de su ama de cría, con las que estaría más seguro y hasta puede que mejor atendido que en la corte. No obstante, los días previos a la partida los pasé llorando, pues tenía miedo de que en mi ausencia pudiera sucederle algo; era tan vulnerable... Por otro lado, me había hecho a su compañía, y solo de pensar que iba a estar varios meses sin verlo ni abrazarlo sentía tal angustia que a punto estuve de suspender mi viaje a Barcelona.

Acuciada por mi marido, que me recordó la carta de la reina, a mediados de octubre nos pusimos por fin en marcha. Y lo primero que tengo que confesar es que el viaje fue mucho menos penoso de lo que en un principio cabía augurar. Cuando apenas llevábamos recorridas varias leguas, me sorprendí intentando iniciar una conversación con mi marido:

—¿No os apetece hablar?

—¿Y de qué queréis que hablemos? Yo tan solo sé de armas —se excusó él.

—Pues contadme cómo os hicisteis artillero —le rogué, con verdadera curiosidad.

—Fue por casualidad. En una ocasión me presenté voluntario para ayudar a un maestro artillero que el rey había mandado traer de Milán y descubrí que era algo que me gustaba y se me daba bien —me explicó—. Tampoco me importaba mancharme las manos de pólvora u oler a humo casi todo el tiempo. En el fondo, somos simples herreros o, si acaso, una mezcla de alquimistas y herreros. Debemos dominar no solo los secretos de la pólvora, sino también el arte de construir hornos, fundir y alear metales, crear ingenios, planificar asedios, establecer defensas y afinar el tiro hasta dar en el blanco. De ahí que no abunden los maestros; la mayoría son tudescos y franceses, que están más adelantados en este campo. De todas formas, el gran

problema de la artillería es su transporte. En el caso de Málaga, pudimos llevar las piezas en barcos, pero, por lo general, tenemos que cargarlas en mulas, que no tardan en morir exhaustas, o ponerles ruedas para que las arrastren los bueyes de forma lenta y trabajosa, debido al barro o al mal estado de los caminos.

—A juzgar por lo que decís, debe de tratarse de un trabajo muy difícil, pues exige ingenio, destreza y fuerza física —comenté yo.

—La verdad es que somos un cuerpo muy singular dentro del ejército, formado por gente extraña y de muy diversa procedencia. También somos bastante rudos y, en general, taciturnos y solitarios, pues hemos visto cosas terribles en el campo de batalla. Pero todos nos valoran y respetan porque somos imprescindibles. Y es que, para bien o para mal, la artillería se ha convertido en el arma por excelencia del rey, en la *ultima ratio regis*, como diríais vos; por eso la llaman el arte real, si bien todavía hay algunos que la consideran cosa del diablo, y no les falta razón. Al fin y al cabo, nuestro secreto consiste en saber utilizar un polvo negro que, cuando se mete en un cañón de hierro o bronce, produce un estruendo que te destroza los oídos y lanza por los aires una bola de fuego, dejando tras de sí un fuerte olor a azufre y provocando unos efectos devastadores. ¿Se puede imaginar algo más diabólico? Ni el propio demonio lo haría mejor. A Dios gracias, nuestro oficio tiene también un lado más amable —añadió con otro tono—. ¿Sabíais que a las piezas de artillería las llamamos con nombre de mujer?

—Es la primera vez que lo oigo. ¿Y por qué motivo? —inquirí.

—Supongo que por el gran peligro que encierran —bromeó él—. Por otra parte, exigen mucha atención; por ejemplo, después de usarlas, hay que abrugarlas con mantas para que no se enfríen demasiado rápido y acaben agrietándose, pues a pesar de su dureza son muy delicadas. En el asedio de Málaga teníamos unas bombardas muy efectivas llamadas las hermanas Isabeles, que cuidábamos como si fueran las niñas de nuestros ojos. Deberíais haber visto el día que los moros las destrozaron. Algunos lloraron como si hubieran perdido a su propia esposa, tal vez más que si hubiera sido así —añadió, pensativo.

Al final, cambiamos de asunto y acabamos hablando de las cosas más variopintas, pues mi marido resultó ser un gran conversador. Pero lo que más me admiró fue comprobar que también sabía escuchar, una virtud que cada día aprecio más en los hombres. Asimismo, se mostró muy atento conmigo.

De vez en cuando, me preguntaba si estaba cansada o si necesitaba algo, si me apetecía esto o prefería lo otro. Al llegar a la venta en la que paramos para alojarnos, sus modales fueron exquisitos y siempre estaba pendiente de los menores detalles para que nada me disgustara, lo que causaba el asombro de todos los que allí se encontraban. Nuestros criados debían de estar maravillados, ya que nunca antes nos habían visto cruzar más de dos palabras seguidas sin gritarnos. A simple vista, cualquiera habría pensado que éramos una pareja de recién casados, salvo por el hecho de que no dormíamos juntos.

Con el tiempo, mi esposo demostró ser un gran compañero de viaje. Entre otras cosas, le gustaba hablar de los lugares por los que pasábamos. Me contaba historias relacionadas con ellos, de gente a la que había conocido o de la que le habían hablado. Incluso nos desviamos unas leguas de nuestro recorrido para que yo pudiera ver la iglesia en la que un ladrón se había quedado atrapado cuando intentaba escapar por un hueco que había en uno de los muros con un cáliz de oro que acababa de robar del sagrario. Por intervención divina, el criminal se había convertido en piedra, y allí lo habían dejado, a modo de escarmiento. Y, ciertamente, junto a una de las puertas del templo, podía contemplarse un bulto de forma redondeada que parecía brotar de entre unos sillares. Yo le dije que era una hermosa leyenda, pero él me aseguró que era algo que había sucedido y que había conmocionado la vida de ese pueblo.

Otro día pasamos por una encrucijada en la que, según me dijo, un bandido había sido arrojado a tierra por el caballo en el que huía de la Santa Hermandad y el delincuente lo consideró un aviso del Señor para que dejara de una vez la mala vida. De modo que volvió sobre sus pasos y él mismo se entregó a sus perseguidores. En la cárcel, se convirtió en un hombre bueno y virtuoso y hasta llegó a tener fama de santo, pues, por lo visto, había sanado a muchos presos enfermos a los que los físicos habían ya desahuciado. Antes de morir, pidió ser enterrado en el lugar en el que había visto la luz, bajo un crucero de piedra que él mismo había encargado, para que sirviera de aviso a los viajeros que por allí pasaban y les recordara que, si se lo proponían, aún estaban a tiempo de cambiar de vida.

—La historia que acabáis de contar es muy edificante, pero ¿creéis vos que uno puede empezar de nuevo y trocar el mal pasado en bien futuro? —le pregunté yo.

—Al menos eso es lo que viene a decirnos Jesucristo o lo que nos

demuestra san Pablo con su ejemplo o el bandido del que os acabo de hablar —me respondió él.

¿Estaría mi marido intentando darme una lección con todo aquello?, me preguntaba yo. Y, en el caso de que así fuera, ¿significaba eso que el perdón era posible, siempre que yo mostrara el debido arrepentimiento y no pretendiera huir? Dado mi carácter receloso y un tanto desconfiado, hasta me llegué a plantear si su comportamiento de esos días no sería más que una estratagema para vengarse de mí por haberlo deshonrado, mostrándome lo buen marido que habría podido ser si las cosas hubieran sucedido de otra manera. Pero luego pensé que eso sería demasiado mezquino por su parte. De modo que decidí olvidarlo y seguir disfrutando del viaje sin pensar en nada más.

(CATALINA DE DALT)

Ahora que estábamos solos el rey volvió a frecuentar mi compañía sin tener que preocuparse por su esposa. De todas formas, yo lo notaba cada vez más ansioso, como si tratara de apurar deprisa y corriendo los últimos posos de la copa del placer antes de arribar a Barcelona. Mientras tanto, me imaginaba a la reina, en Zaragoza, mordiéndose las uñas, paseándose de un lado para otro o haciéndole pagar sus berrinches a las criadas. Pero esa situación duró poco. Nada más llegar a Lérida, apareció un heraldo de Isabel con el aviso de que esta venía de camino con el príncipe y las infantas y el ruego de que el rey la esperara para poder entrar juntos en Barcelona. De modo que tuvimos que aguardarla hasta que ella se dignó unirse al cortejo, lo que a Fernando no le pareció nada bien, ya que arruinaba sus planes y retrasaba algo más la llegada a la Ciudad Condal.

Cuando por fin apareció, la pobre parecía cansada, pero procuraba disimularlo. Nada más bajarse del caballo cogió del brazo a su marido, que había acudido raudo a recibirla, y se lo llevó a sus aposentos, dejándome a mí en la estacada.

Para mi contento, pocos días después, mi hermano Oriol nos salió al encuentro, pues estaba muy impaciente por verme. Para agasajarlo, los reyes se vieron obligados a invitarnos a cenar en su compañía en la casa de postas de Mollerusa, convertida en posada real. La situación fue bastante embarazosa, pues entre ellos todo eran pullas, indirectas, alusiones veladas y medias palabras, dichas, eso sí, con mucha cortesía y sin dejar de sonreír. En un momento dado, a Fernando se le ocurrió preguntar qué habría sido de Cristóbal Colón. Lo último que se había sabido del navegante era que había

partido a comienzos de agosto del puerto de Palos de la Frontera en tres frágiles embarcaciones y con noventa hombres de la peor ralea, lo que, en opinión del rey, no auguraba nada bueno. La reina, en cambio, se mostró convencida de que la empresa culminaría con bien y reportaría grandes beneficios, no solo para Castilla y Aragón, sino también para toda la cristiandad, y esto iba a ser posible gracias a ella, pues su marido se había manifestado siempre en contra por pura cabezonería, poniendo sus mezquinos intereses por encima de los de la Corona. El rey le replicó que más bien era la reina la que mezclaba las cuestiones políticas con los asuntos privados e incluso íntimos; a lo que Isabel contestó con aquel refrán que dice que cree el ladrón que todos son de su misma condición. Esto hizo que Fernando plegara velas, cambiara de rumbo y no volviera a hablar más del maldito genovés.

A los postres, la reina empezó a cortejar con cierto descaro a mi hermano Oriol. Al principio, él se resistió, pues se sentía algo intimidado, pero luego decidió seguirle la corriente, tal vez por despecho hacia mí, lo que provocó una gran tensión entre nosotros. Isabel lo invitó a que fuera a visitarla a su cámara, pues quería enseñarle unos libros que acababan de regalarle. Como era de esperar, esto colmó la paciencia del rey, que arrojó su copa al suelo, no muy lejos de donde estaba la reina, y anunció que la fiesta había terminado.

Cuando por fin pudimos vernos a solas en nuestros aposentos, yo le reproché a Oriol su odioso comportamiento durante la cena. Él, claro está, lo negó todo, diciendo que eran cosas mías, fruto seguramente de mi mala conciencia. Pero enseguida me confesó que lo había hecho porque estaba dolido conmigo y celoso del rey.

—Pues no tienes motivos para ello —le aseguré.

—No sé cómo has podido aguantar a ese bastardo —me soltó él.

—Recordándome a mí misma que lo hago porque me lo pidió mi hermano y por una buena causa —puntalicé—, ¿o es que lo has olvidado?

—Pensé que no ibas a viajar con él, que te adelantarías y juntos prepararíamos su recibimiento —me reprochó.

—Créeme, no ha habido más remedio —le expliqué.

—Solo de pensar que estabas en la cama con él, me llevaban todos los demonios —me reveló.

—Si lo vieras desnudo, desaparecerían esos celos tan irracionales —le comenté—. Es un patán sucio y repugnante, parece mentira que sea rey de

Aragón. Aunque no te lo creas, la reina es más decidida y vale mucho más que él, tenlo por seguro, hasta el punto de que a veces pienso si no deberíamos matarla a ella, en lugar de a ese fantoche; o, en todo caso, a los dos —añadí con cierta rabia.

—Pero él seguro que te ama —insistió Oriol.

—Para el rey, yo soy una mera conquista a la que intenta someter y humillar —precisé—. Nada más. Me desea y me odia a partes iguales. Si tú supieras de lo que es capaz —añadí, arrepintiéndome al instante de haberlo dicho.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—A nada en concreto —mentí yo—; es solo su actitud.

—¿No te habrá vejado de alguna manera? —insistió.

—Ya sabes que no se lo habría permitido —lo tranquilicé.

Naturalmente, yo estaba pensando en lo sucedido aquella noche en el monasterio de Guadalupe, pues era algo que no se me iba de la cabeza. Pero, desde el primer momento, había decidido no contarle nada a Oriol, ya que no quería causarle ningún daño. También porque me daba miedo su posible reacción; no fuera a ser que, en un arrebato de ira, intentara matar al rey con sus propias manos y a la vista de testigos, lo que acarrearía su muerte inmediata y mi total perdición. Desde muy niña, no era capaz de imaginar mi vida sin la suya, hasta tal punto lo amaba.

—De todas formas, parece claro que está obsesionado contigo y que no va a querer soltarte así como así —me previno Oriol.

—Lo hará cuando lo matemos, ¿no te parece? —comenté yo con sorna.

—Eso es ahora, en verdad, lo único que importa —reconoció él.

—Por cierto, ¿está ya preparado nuestro hombre?

—Bernat está adiestrándolo, no te preocupes —me informé.

—Podríais haber intentado conseguir a alguien más apropiado, ¿no crees? —dejé caer yo.

—Ninguno de los *remenças* huidos se atrevería a poner los pies en Barcelona, y menos estando los reyes. Créeme, Joan es la persona idónea —me aseguré—, pues cada vez está más convencido de que él es el auténtico rey. Tendrías que ver a Bernat; lleva días susurrándole al oído, como si fuera el Espíritu Santo: «Mata al rey y tú serás el rey. Por la fuerza, él ha conseguido lo que es tuyo y por la fuerza tú habrás de arrebatárselo». Y el pobre hombre no para de repetirlo.

—Me alegra mucho escuchar eso —concedí yo, pues no quería seguir hablando de ese asunto.

—Y a mí verte contenta.

—Contenta de verte.

—Pues demuéstremelo.

—A ello voy.

No pude ya contenerme y me arrojé a sus brazos. Él me besó como una bestia sedienta que, después de atravesar un largo desierto, puede saciar al fin su deseo a su antojo, y yo me estremecí como la primera vez, cuando éramos todavía unos niños y estábamos en los jardines de uno de los palacios de mi padre. Era verano y habíamos estado toda la tarde jugando cerca del estanque, atrapando ranas y luego torturándolas con un puñal, los dos medio desnudos y cubiertos de barro. Nos entendíamos tan bien que apenas necesitábamos decirnos nada para comunicarnos. De repente nos miramos y nos abalanzamos el uno contra la otra, la una contra el otro, hasta fundir nuestras bocas en una sola. Después sentí cómo él entraba en mí con la fuerza de un ariete empujado por mil soldados, hasta incendiarme por dentro y hacerme sangrar. Era como si me hubiera convertido en un volcán cuya lava ascendía, de forma lenta, por todo mi cuerpo hasta llegar a la cabeza, donde, al final, estallaba en crecientes oleadas de placer. Por último, sentí como si me desvaneciera y me fundiera con mi hermano en una sola alma y un mismo cuerpo. Luego permanecemos acoplados durante mucho tiempo, como si fuéramos uno: con su verga todavía envainada en mi coño, que eran también mi verga y su coño, totalmente confundidos. Así debimos de estar durante varios meses, cuando compartimos el cálido vientre de mi madre. Pero al venir al mundo nos dividieron para que viviéramos separados. De todos modos, la fuerza de la sangre había vuelto a reunirnos de forma inesperada pocos años después. En aquel momento, supe que ya no podría ser verdaderamente dichosa con nadie que no fuera mi hermano. Y esa nueva noche, tras varios meses sin vernos, volví a experimentarlo con una fuerza inusitada; y lo mismo debió de sentir él, a juzgar por lo que me susurró al oído, justo antes de quedarme dormida:

—Mil veces preferiría morir a tener que vivir sin ti.

Al día siguiente, de madrugada, nos despertaron unos tremendos golpes en la puerta. Era el rey, que venía con urgencia de estar conmigo. Yo le dije que se calmara, que mi hermano estaba en la cámara de al lado y podría

despertarlo.

—Pues abridme de una vez —insistió.

—No puede ser; no me gustaría que se enterara de lo nuestro —argumenté yo.

—¿Qué creéis, que no estoy enterado de los tejemanejes que él y vos os traéis entre manos? —dejó caer el rey.

—¿A qué tejemanejes se refiere vuestra alteza? —le pregunté yo, preocupada.

Oriol, mientras tanto, me miraba sorprendido e indignado y también algo aterrado, hay que reconocerlo, pues la situación se había puesto muy complicada, por decirlo de una manera suave.

—A vuestro plan para conseguir que os devuelva las propiedades confiscadas a vuestro padre y os deje campar a vuestras anchas —contestó el rey.

—Si de verdad quisiera eso, ya lo habría pedido, ¿no le parece a vuestra alteza? —repliqué yo, aliviada.

—Está bien. Ahora no quiero hablar; lo que deseo es estar con vos. Os lo suplico. Si no abris, echaré la puerta abajo —amenazó.

Cuando escuchó eso, Oriol comenzó a buscar un lugar en el que esconderse, pues la huida ya no era posible.

—Si vuestra alteza hace eso, acabará provocando un escándalo —le advertí.

—¿Es que acaso hay alguien con vos?

—¡Eso es ridículo! —rechacé yo.

Por si acaso, mi hermano ya había recogido sus ropas y se había escondido en un arcón que había a los pies de la cama.

—En ese caso, no tenéis nada que temer —me advirtió el rey.

Dicho esto, el monarca debió de lanzarse contra la puerta, a juzgar por el estruendo que provocó. No obstante, esta resistió el embate, si bien lo más probable era que no pudiera aguantar otro más.

En ese momento, comenzaron a oírse nuevas voces fuera. Una de ellas era la de la reina, que, tras increpar a su marido, le preguntó:

—¿Qué se supone que estáis haciendo aquí?

—Me pareció oír ruido por aquí y he venido a ver qué pasaba —explicó el rey—. ¿Y vos?

—Lo mismo me pasó a mí —replicó la reina con ironía—. ¿Y qué habéis

averiguado?

—Poca cosa.

—Entonces, será mejor que regresemos a la cama, ¿no os parece?

Cuando volvió el silencio al otro lado de la puerta, mi hermano salió del arcón y comenzamos a reír de tal manera que tuvimos que meternos debajo de las sábanas, donde enseguida nuestros cuerpos se buscaron y volvieron a acoplarse. Sin duda, el miedo y la risa nos habían excitado.

Por la mañana, no fuimos capaces de reprimir nuestra alegría delante de todo el mundo. Era como si flotáramos o levitáramos en medio de aquellos tristes mortales y cualquier cosa se convertía en motivo de gozo y de chanza.

Quienes no estaban tan contentos eran los reyes; bastaba ver sus oscuros semblantes. Gracias a Gonzalvo, el palafrenero del rey, que no dejaba ni un momento de espiarlos, me enteré de que, tras la cena, la reina no había parado de darle la matraca a su marido.

—Deberíais haberos quedado en Zaragoza —parece ser que le soltó este, en una ocasión, más que harto de escuchar siempre la misma copla.

—Eso creo yo también —indicó, entonces, ella—. Si he cedido es porque soy una reina y una esposa responsable, y, sobre todo, porque tengo miedo de lo que puedan hacer esos desalmados en cuanto lleguéis a Barcelona.

—Pero ¿de qué habláis? —protestó el rey.

—¿Es que no os dais cuenta de que vais derecho al matadero? —le preguntó con vehemencia.

—¡Qué exagerada sois! Ni que yo fuera un pobre corderito perdido en la montaña —exclamó él, con gesto despreocupado.

—Creedme: si no abandonáis a esa ramera de una vez, lo pagaréis muy caro —le advirtió.

—Por supuesto que la voy a abandonar —admitió—. Pero habéis de saber que, si lo hago en este momento, ella podría interpretarlo como una ofensa, lo que la llevaría a intentar poner a los nobles barceloneses contra mí, justo ahora que necesito que vengan a comer de mi mano.

—Mirad que sois ingenuo —le reprochó Isabel—. Si seguís teniendo tratos con esa mujer, serán ellos los ofendidos, con lo que no solo perderéis su favor, sino que también me perderéis a mí y, muy posiblemente, vuestra vida y, claro está, vuestros reinos.

—¿Por qué lo decís? —quiso saber él.

—Porque estoy segura de que os están tendiendo una trampa y de que vos,

con vuestro absurdo comportamiento, os estáis metiendo en la mismísima boca del lobo —le explicó ella.

—Eso no son más que elucubraciones vuestras —replicó él—. Si fuera como vos pensáis, ya me habría enterado.

—Con razón dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver —concluyó ella, agitando los brazos con desesperación.

—Ni peor necio que aquel que cree que lo sabe todo —replicó el monarca con suficiencia.

—Desde luego hay una cosa que sí tengo clara, y es que no conseguiremos mantener unidas nuestras Coronas durante mucho tiempo si nosotros no estamos unidos —concluyó la reina con gran congoja.

La situación se había vuelto tan difícil entre los reyes que ni siquiera podían evitar pelearse delante de nosotros, y mi hermano, que siempre estaba al quite, no perdía la oportunidad de echar más leña al fuego, como quien no quiere la cosa, lo que enredaba todavía más la disputa y contribuía a encrespar los ánimos. Y lo mejor era que la tensión y el encono parecían ir en aumento conforme nos acercábamos a Barcelona, donde la reina temía perder todo su poder e influencia. De modo que, si la cosa seguía así, al final no iba a hacer falta hacer nada, pues acabarían matándose entre ellos, tal era la pasión con la que discutían.

Después de dejar al príncipe don Juan en el monasterio de Valldonsella, ya que él iba a hacer su entrada triunfal al día siguiente, para así poder recibir el juramento como heredero y sucesor del rey, llegamos por fin a Barcelona el 24 de octubre. Como era de rigor, antes de entrar, el rey tuvo que jurar defender las leyes y privilegios de la ciudad. En el portal de Sant Antoni, los monarcas fueron recibidos con gran solemnidad por el *conseller en cap* y demás *consellers*, los cónsules del mar, el veguer y otros notables y representantes de la ciudad, entre los que se encontraban algunos de nuestros supuestos aliados, que, desde la reunión en la cripta, no habían vuelto a querer saber nada de Oriol ni de nuestros planes, pues preferían permanecer a la espera de acontecimientos.

Luego se inició el recorrido por las calles de Barcelona, profusamente engalanada para la ocasión. Aquí y allá se veían arcos triunfales con diversos motivos y leyendas, banderas y colgaduras en ventanas y balcones, así como guirnaldas y estandartes. En primer lugar, los reyes se dirigieron a la Rambla, donde les esperaba un enorme gentío; a continuación, bajaron por ella hasta

el portal de Framenors, siguieron por el *carrer* Ample y, desde allí, se encaminaron a la *plaça* de Sant Jaume; por último, se internaron en el *carrer* de Sant Honorat, con el fin de detenerse en la casa de la Diputació del General de Catalunya, donde tuvo lugar una nueva ceremonia.

Por unas horas, la ciudad parecía haber recobrado todo el esplendor y la alegría de antaño. Una parte de los barceloneses los saludó con entusiasmo y alegría, porque creía que su añorado rey iba a poner las cosas en su sitio y arreglar todos sus problemas; otros, sin embargo, lo hicieron con cierto recelo, pues pensaban que este iba a acabar con las libertades de la ciudad y del principado. Según supe luego, los más díscolos y descontentos habían sido conminados a permanecer en sus casas, para no causar ningún alboroto.

Durante todo el itinerario, Isabel y Fernando se mostraron ante sus súbditos muy unidos y sonrientes, como si no existiera ningún conflicto entre ellos, saludando a diestro y siniestro, como quien reparte una bendición, y dispuestos a conquistar el mundo, del que ya se veían emperadores, aunque para conseguirlo tuvieran que acabar con una parte de su pueblo y con las libertades del resto.

Por último, los monarcas se trasladaron a la catedral; allí los canónigos cantaron el tedeum y el obispo pronunció una alocución de bienvenida. Cuando salimos a la calle, las campanas del templo comenzaron a repicar, en señal de regocijo por la presencia de tan ilustres huéspedes, y enseguida les respondieron las del resto de las iglesias, conventos y monasterios de la ciudad, lo que asustó al palafrén de la reina, que a punto estuvo de arrojarla al suelo. «No caerá esa breva», recuerdo que pensé yo. Con ello se daba inicio a varios días de festejos populares en los que habría procesiones, representaciones, torneos, juegos de cañas y hasta naumaquias o justas de barcos y marineros en el puerto, para disfrute de todos y mayor gloria de los reyes.

En cuanto a mí, ya estaba más que harta de tanta fiesta y tanto recibimiento. Lo que quería era darme un buen baño y acostarme con Oriol.

(SARA DERTOSA)

Si algo he aprendido en esta vida es que lo malo dura mucho tiempo y lo bueno se acaba enseguida, y aquel momento de felicidad no iba a ser una excepción. De modo que, con gran pesar, tuvimos que abandonar Caspe, pues sabíamos que el rey ya había salido de Zaragoza, camino de Barcelona, al parecer sin la reina, pero acompañado por una tal Catalina de Dalt, conocida de Omar, lo que favorecería mucho nuestros planes. Mientras caminábamos, vestidos de cristianos, como un matrimonio cualquiera, hablábamos de nuestra futura vida juntos, mas por debajo pensábamos en lo que nos aguardaría en la Ciudad Condal. Conforme nos acercábamos a ella, crecía, desde luego, mi congoja; era como si, poco a poco, se fueran removiendo y aflorando a la superficie los recuerdos de los últimos meses.

Cuando llegamos, Barcelona estaba ya tomada por los soldados del rey, que vigilaban las entradas y patrullaban las calles en busca de posibles sospechosos. En la puerta no hubo problemas, ya que acabábamos de comprarles a unos payeses un par de cestas llenas de hortalizas y le dijimos al portero que íbamos al mercado de la *plaça* Nova a venderlas, si bien tuvimos que pagar la correspondiente tasa y dejar que las inspeccionaran, por si llevábamos un arma escondida en ellas. Una vez dentro, yo andaba como encogida, pues tenía mucho miedo de que, de repente, pudiera aparecer alguien que me reconociera o que descubriera que era judía y me denunciara.

En algunas de las calles por las que pasamos había señales de violencia y se notaba una gran tensión, en particular en aquellas habitadas por conversos. Desde que los judíos habían sido expulsados, los sospechosos de judaizar eran perseguidos con más saña y sin ningún miramiento; de tal forma que el

recelo y la desconfianza se habían instalado en muchos hogares. Se daba, por otra parte, la circunstancia de que por la ciudad circulaba el rumor de que había sido un médico de origen judío el que había hecho fracasar la transfusión de sangre por vía oral de tres niños al papa Inocencio VIII, que se encontraba muy enfermo y que al final murió, junto con los pobres donantes, de apenas diez años, lo que aumentó el rencor contra los conversos y dio lugar a terribles represalias, hasta el punto de que tuvieron que mandar buscar a nuevos inquisidores a Zaragoza, así como algunos instrumentos de tortura, pues los que había resultaban insuficientes.

Así las cosas, Omar decidió ponerse en contacto enseguida con un amigo de Catalina de Dalt, al que supuestamente esta habría anunciado su llegada. Se trataba de un caballero de origen francés llamado Marcial Conget, que enseguida nos acogió en su casa con gran cortesía y hospitalidad, todo hay que decirlo. Era bastante alto y apuesto y parecía tener buen corazón, por lo que enseguida simpatizamos. A mí Omar me presentó como Fátima, su esposa. Después de mostrarnos nuestra cámara, Marcial nos anunció que Catalina no tardaría en arribar a Barcelona; de modo que había que empezar a pensar en un plan para matar al rey.

Al día siguiente, fuimos a ver el palacio real mayor y las calles de los alrededores, no muy lejos, por cierto, del antiguo *call*, buscando el lugar más propicio para matar al monarca, pero ninguno nos pareció adecuado, pues la zona estaba muy vigilada por soldados del ejército real, cosa que no agradaba mucho a los barceloneses, a juzgar por algunos pequeños incidentes entre aquellos y varios vecinos, que se consideraban molestos con sus registros y su continua presencia.

—Pues si esto es ahora, imaginad lo que será cuando por fin llegue el rey —me comentó Omar.

—Entonces, ¿qué proponéis? —pregunté yo, muy preocupada.

—La única forma de acercarse a él va a ser con la ayuda de Catalina de Dalt, pues, según parece, han hecho buenas migas —me recordó.

—¿Y si, al llegar aquí, el rey deja de fiarse de ella? —objeté.

—En tal caso, recurriré a alguien de la corte a quien yo conozca —indicó—. A través de esta persona, le comunicaré al rey que quiero verlo, con el fin de poder implorar su perdón por haberme escapado de Granada sin despedirme ni solicitar su permiso. Cuando por fin me reciba, me presentaré con vos y, tras arrojarme a sus pies, le explicaré que lo hice por amor, para

poder casarme con mi amada Fátima —añadió, señalando hacia mí—, ya que sois hija de un rico comerciante granadino, y vuestro padre no os dejaba contraer nupcias conmigo por ser pobre y haberme hecho cristiano.

—Entonces os dirá que teníais que habérselo contado a él, que, por el mucho amor que os tiene, se habría encargado enseguida de convencer a mi padre de que más le valía consentir —repuse yo.

—Y yo le replicaré que no quería causarle ningún mal a vuestra familia y que por eso no acudí a él —argumentó Omar con gran desparpajo.

—Está bien —concedí yo—. Pero, luego, ¿qué haremos? ¿Cómo lo vamos a matar? Se supone que nos registrarán antes de entrevistarnos con el rey.

—Con eso ya contaba —me comentó—. Tendremos que idear algo.

—¿Como qué?

—No lo sé; tal vez Catalina pueda sobornar a algún criado para que la esconda en la sala del trono o, si no, llevaremos un veneno oculto en alguna parte. Algo se nos ocurrirá en los próximos días. ¿Acaso no os gusta el plan? —quiso saber.

—El plan me parece bien —reconocí yo—; lo que quiero es asegurarme de que podremos llevarlo a cabo...

—Un momento —me dijo Omar para llamar mi atención—. Tengo la impresión de que alguien nos sigue.

Con disimulo, miré hacia atrás y comprobé que, efectivamente, alguien parecía ir tras nuestros pasos, sin preocuparse mucho de que lo descubrieran. Estábamos ya cerca de la casa de Marcial Conget; de modo que, a una señal de Omar, tiramos por una calle que salía a la izquierda y lo mismo hizo nuestro perseguidor.

—¿Creéis que viene solo? —pregunté.

—Yo diría que sí —apuntó Omar—. Será muy fácil despistarlo.

—¿Por qué, en lugar de eso, no le tendemos una trampa y averiguamos de quién se trata? —propuse yo.

—¿En qué estáis pensando? —inquirió.

—Dejadme a mí —le pedí yo.

Siguiendo mis indicaciones, nos dirigimos hacia la antigua judería y lo mismo hizo nuestra sombra. Cuando entramos en el laberinto del *call*, tuvimos que ir con cuidado de que él no nos perdiera de vista, pues conforme las calles se iban haciendo más estrechas y solitarias, nuestro hombre nos dejaba más ventaja, ya que era más difícil pasar inadvertido. Al llegar a la

entrada de un callejón sin salida, nos detuvimos para comprobar que venía detrás. En cuanto oímos sus pisadas, nos internamos en él; luego empujé a Omar hacia un hueco que se abría en uno de los lados y yo fui detrás. Allí nos apretamos bien contra la pared, hasta que lo vimos pasar. Entonces, abandonamos nuestro escondite y lo sorprendimos por la espalda. Él echó a correr, pero enseguida se topó con una pared que le impedía avanzar. Antes de que se volviera, Omar y yo lo agarramos con fuerza por los brazos y lo metimos en una de las casas abandonadas. El hombre apenas opuso resistencia. Olía mucho a vino, de lo que dedujimos que estaría borracho. Por último, lo llevamos hasta un patio que había en medio de la casa.

—¿Quién sois? —le preguntó Omar a nuestro cautivo.

—Me llamo Alonso —contestó el otro con voz pastosa.

—¿Qué más?

—Soy el hermano de Gonzalvo de Cascais, uno de los palafreneros del rey —informó.

—¿Por qué nos seguís?

—Te reconocí el otro día, cuando te vi por los alrededores del palacio real —confesó.

—¿Acaso sabéis quién soy?

—Sé que te llamas Omar, y que, en Granada, te acostabas con una ramera llamada Catalina, que, no por casualidad, ahora es amante del rey —añadió con malicia.

Tan pronto me percaté de lo que acababa de escuchar, volví la vista hacia mi esposo y él me rehuyó la mirada.

—¿Es verdad eso que dice? —le pregunté, cada vez más confundida.

—Ya tendremos tiempo de hablar de ello —me contestó—. Ahora deberíais ir a buscar a Marcial, para ver qué hacemos con este malnacido.

—Antes quiero que contestéis a mi pregunta —insistí yo.

—No es el momento —me replicó, con firmeza—. Os ruego que hagáis lo que os he pedido.

—Está bien —concedí yo, dadas las circunstancias.

Aunque no estaba del todo convencida de que fuera una buena idea, me dirigí a casa de Marcial. Por el camino, no paraba de darle vueltas a las palabras que había dicho aquel hombre con toda naturalidad. ¡Omar se había acostado con una ramera llamada Catalina, la actual amante del rey! No podía creerlo. Pero él ni siquiera había hecho amago de negarlo. ¡Cómo podía

haberme ocultado un hecho así! ¡Y qué más sorpresas me depararía ese día!
¡Qué otros engaños o secretos saldrían a la luz!

Cuando quise darme cuenta, ya estaba en mi destino. Mandé llamar a Marcial, y este, nada más verme, me preguntó si le había ocurrido algo a Omar, tan afectada me vio. Yo le conté que habíamos sorprendido a alguien siguiéndonos y que lo había dejado en poder de Omar en una casa abandonada del antiguo *call*. Marcial me dijo que no me preocupara, que él lo arreglaría todo, que lo importante era que lo habíamos descubierto... Pero yo le confesé, con lágrimas en los ojos, que habría preferido no haberlo hecho, pues, a causa de ello, me había enterado de que mi esposo había tenido relaciones con esa tal Catalina. Tras escucharme, él no pudo evitar echarse a reír, mientras yo hacía esfuerzos para no llorar delante de un extraño.

A continuación me explicó que Catalina se acostaba con todos aquellos a los que quería utilizar o sacarles algo y que resultaba muy difícil resistirse, dado que era muy atractiva, carecía de escrúpulos y conocía muchas tretas, que él lo sabía por experiencia, ya que también había sucumbido en su día a sus hechizos, y que, por lo tanto, no debía ser demasiado rigurosa con mi marido, pues ya se sabe que la carne es débil, y en eso somos iguales los cristianos, mahometanos y judíos. Yo le pedí que se callara, que no quería seguir escuchando sus sucias argumentaciones. Pero, de repente, comprendí que, a su manera, Marcial podía llevar razón, lo que me indignaba todavía más.

En cuanto llegamos a la casa, llamé en voz baja a Omar, pero no me contestó. En el pasillo tropezamos con un cuerpo; yo pensé que se trataba de mi esposo, por lo que comencé a gritar. Pero Marcial le dio la vuelta y, aunque tenía el rostro cubierto de sangre, vi que se trataba de nuestro perseguidor. Después buscamos a Omar por toda la casa, hasta que descubrimos que se encontraba en el patio. Estaba sentado en cuclillas, cabizbajo y con la espalda apoyada en una de las paredes.

—¿Lo habéis matado? —preguntó Marcial.

—No lo sé —contestó Omar, con voz ausente.

—Teníais que haber esperado a que yo lo interrogara —le reprochó el otro.

—Ya le saqué yo todo lo que tenía que decir —explicó.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Porque apenas era capaz de aguantar el dolor.

—Eso es lo que él os habrá hecho creer —puntualizó Marcial—. ¿Y qué es

lo que os ha dicho?

—Que era hermanastro de Gonzalo de Cascais, palafrenero del rey, y que me había descubierto por casualidad frente al palacio real; luego nos había seguido para ver qué es lo que hacíamos, pues sabía de mi amistad con Catalina y nuestro comportamiento le resultaba muy sospechoso —informó Omar.

—¿Y no os ha dicho para quién trabaja?

—Por lo que declaró, lo hace por su cuenta —le reveló Omar—. Su única intención era sacarles a Oriol y Catalina todo el dinero que pudiera a cambio de guardar silencio, pues conocía sus planes regicidas, ya que su hermanastro espía para ellos. Al parecer, no era la primera vez que los extorsionaba —añadió—. Pero se le había acabado el dinero y deseaba volver a la carga; de ahí que quisiera utilizarnos para conseguir más información. Luego me pidió que lo dejara marchar; que si lo hacía, se iría de Barcelona y no volveríamos a tener noticia de él. Ante mi negativa, comenzó a amenazarme con revelar a mi esposa algunos detalles sobre mi relación con Catalina. Así es que me ofusqué y empecé a golpearlo con rabia para que se callara. No tenía que haber contado nada —confesó con voz entrecortada.

—Está bien, será mejor que nos vayamos —propuso Marcial.

En ese instante, Omar me miró y yo aparté la vista de él. Aparte de triste, estaba horrorizada por lo que acababa de pasar. Cuando volvimos a entrar en la casa, descubrimos que ¡nuestro perseguidor había desaparecido!

—¡No es posible! —exclamé yo.

—Parecía que estaba muerto —comentó Omar.

—Me temo que os engañó y a nosotros también —reconoció Marcial.

Acuciados por el temor de que hubiera escapado, lo buscamos dentro y fuera del edificio, pero no dimos con él.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —pregunté yo.

—Os llevaré a casa de un amigo —anunció Marcial— y no volveréis a salir de allí hasta que llegue el día de actuar.

—Para mí ha sido un alivio descubrir que no lo he matado —proclamó Omar—. Y vos no deberíais preocuparos —añadió, dirigiéndose a mí—; en realidad, no sabe nada sobre nosotros.

—De momento, sabe de vos más que vuestra esposa —repliqué yo, muy dolida.

—¿Lo decís por lo de Catalina?

—¿Vos qué creéis? —le contesté.

Después de dar muchas vueltas y revueltas, para evitar que nos siguieran, llegamos a la casa de un tal Bernat, hombre de confianza de Catalina y de su hermano. Una vez dentro, Marcial lo puso al corriente de quiénes éramos y lo que había ocurrido. Bernat, a su vez, nos presentó a un viejo payés llamado Joan de Canyamars, que no hacía más que sonreírnos. Era de estatura mediana, enjuto de carnes y algo cargado de espaldas.

—Él será vuestro cómplice —nos informó Bernat—. ¿Tenéis ya algún plan?

Tras pedirme permiso con la mirada, Omar le explicó la idea que se le había ocurrido sin omitir ningún detalle.

—¿Y cuál sería el cometido de Joan en todo esto? —inquirió Bernat.

—No habíamos pensado en ello, la verdad —reconocí yo.

—¿Y si hacemos que, mientras nosotros estamos con el rey, Joan se dedique a hacer ruido fuera del palacio, para distraer a la guardia real? De esta forma, tendríamos una oportunidad de huir —propuso Omar.

—En principio, no me parece mal esa opción —comentó Bernat—. De todos modos, habrá que esperar a que Oriol y su hermana le den el visto bueno. Ellos son los que deciden.

—¿Y cuándo será eso? —quise saber yo.

—Oriol ha salido al encuentro de los reyes y de su hermana y muy pronto llegarán a la ciudad —nos informó Bernat—. Entonces, Marcial y yo les daremos cuenta de todo y ellos ordenarán qué es lo que hay que hacer; de momento, tenéis que descansar. Para que nadie sepa que estáis aquí, habréis de dormir los tres en el granero y tan solo podréis salir al corral. Dentro de un rato, el mozo de cuadras os llevará la cena y unas mantas. En cuanto a ese tal Alonso, no debéis preocuparos, Marcial y yo nos ocuparemos de él.

El granero estaba al otro lado de un pequeño patio y no parecía muy amplio, sobre todo si iba a tener que compartirlo día y noche con un desconocido y con un esposo con el que estaba muy dolida y enfadada. En un rincón, cerca de la entrada había una especie de jergón de paja, donde supuse que pasaba las noches Joan.

—Yo dormiré en la parte de arriba —me apresuré a decirle a Omar— y vos, aquí abajo con él.

—Un momento... —comenzó a protestar.

—He dicho que vos abajo y yo arriba —insistí con firmeza—; no hagáis

que tenga que repetíroslo.

—¿Y por qué?

—¡Y todavía me lo preguntáis! —exclamé, cada vez más irritada—. Deberíais habérmelo contado antes de casarnos.

—Pero si eso ocurrió antes de conocernos —se justificó Omar—. Y, si no os lo confesé, fue porque me sentía muy avergonzado. Tendríais que haberla visto; tiene muchas artimañas.

—¿Acaso os obligó a acostaros con ella?

—No exactamente —matizó él.

—¿Y me vais a decir que no disfrutasteis? —le solté.

—¿Y qué queríais que hiciera? —alegó—. Yo estaba pasando un mal momento y ella no cesaba de halagarme y engatusarme. Me tenía totalmente seducido y deslumbrado. Por otra parte, encontré en esa mujer a una cómplice para mi proyecto de venganza.

—¡¿Una cómplice?! —exclamé, llena de ira—. ¿Acaso es eso lo que yo soy para vos? ¿Fue por eso por lo que os casasteis conmigo? Decidme, ¿fue por eso por lo que me hicisteis creer que os habíais enamorado de mí?

—Pero ¡qué estáis diciendo! —protestó él con vehemencia—. No es lo mismo; no tiene nada que ver.

—Claro que no es lo mismo —rechacé yo—, pues a ella no tuvisteis que engañarla, como a mí.

—Por favor, os lo ruego, no digáis esas cosas —me suplicó.

—Desde luego que sí. Y, si no fuera por mi promesa de matar al rey, ahora mismo os abandonaría para siempre —le advertí, a punto de echarme a llorar.

—Si hicierais eso, me moriría de pena y de arrepentimiento, pues jamás podré dejar de amaros —aseguró él, muy sentido.

—Lo dudo mucho, la verdad.

—Perdonadme, os lo suplico.

—Tal vez pudiera perdonaros el hecho de que os acostarais con esa mujer, pero no el de no habérmelo contado —le avisé.

—Nunca más volveré a ocultaros nada ni, por supuesto, haré nada de lo que luego me tenga que avergonzar —proclamó.

—No prometáis aquello que no podéis cumplir —rechacé yo.

—No deberíais hablar así —intervino de pronto Joan, con una voz muy tranquila y bien templada.

—¿Y a vos quién os ha dado vela en este entierro, si puede saberse? —le

solté yo, sin darme cuenta.

—Mi querida niña —me replicó—, es muy posible que tengáis motivos más que de sobra para estar disgustada con él, pero deberíais ser un poco más comprensiva y dejarle que se explique.

—Lo he hecho, pero lamento decir que sus razonamientos no me convencen —le contesté.

—Eso es porque no sois demasiado generosa —repuso él—. Por mucho que nos indigne o que nos duela, hay que intentar ser más transigente con las debilidades y los errores de los seres queridos. —El hombre hablaba con mucha calma. Su rostro, siempre risueño, y sus modales corteses inspiraban también paz y mansedumbre—. No deberíais extrañaros de lo que digo ni de cómo lo digo —continuó, como si me hubiera leído el pensamiento—, ya que es el Espíritu Santo el que habla por mi boca.

—Si de verdad fuera el Espíritu Santo —le advertí yo—, debería saber que yo soy judía y que, por tanto, me rijo por otra Ley.

—Al Espíritu Santo le importan poco las creencias que tengáis; lo que cuenta es que seáis buena, honesta y coherente con vuestra fe —me replicó.

—Eso es precisamente lo que intento —señalé yo.

—Los judíos estáis acostumbrados a ser muy rigurosos y exigentes, pero olvidáis que no todos pueden ponerse a vuestra altura —me recordó—. De modo que deberíais mostraros algo más flexibles y compasivos con los demás. En cuanto al asunto que en este momento os atribula, yo os diría que lo dejarais estar, pues no conviene tomar decisiones en caliente ni decir cosas que luego podríais lamentar. Ahora es tiempo de dormir, ya veréis como mañana pensáis de forma muy distinta. En casos como este, el sueño suele ser un buen consejero.

Dicho esto, cada uno se fue a su correspondiente rincón. Desde arriba, pude ver cómo, antes de acostarse, Joan y Omar hacían sus respectivas oraciones, pero yo estaba tan cansada que enseguida me dormí.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, descubrí que estaba sola en el granero. Por un momento, temí que Omar se hubiera ido y hubiera cometido algún disparate, con la complicidad del pobre Joan, y que eso pudiera dar al traste con nuestro plan, pues Marcial y Bernat nos habían dicho que bajo ningún concepto podíamos salir a la calle. Pero me los encontré en el corral, haciendo algunos ejercicios con la espada. A pesar de su avanzada edad, el viejo payés se mantenía ágil y fuerte y era capaz de derribar a alguien mucho

más joven que él de un solo golpe. Nada más verme, Joan me preguntó qué tal había amanecido. Tal y como él había supuesto, del disgusto sufrido el día anterior ya apenas quedaba nada, y así se lo di a entender a Omar, que de nuevo me pidió perdón con lágrimas en los ojos.

Dos días más tarde, fue a vernos Bernat para comunicarnos que los soberanos, acompañados por Oriol y su hermana, ya habían llegado a Barcelona, donde habían sido recibidos por un gran gentío. Luego nos enteraríamos de que el rey había apartado a Catalina de su lado, para evitar problemas con la nobleza y no dar lugar a comentarios por parte de los barceloneses. También corrían rumores de que había sido la reina la que lo había metido en cintura y lo había obligado a dejarla. Fuera como fuese, lo que estaba claro era que los reyes se habían puesto en guardia.

XIX

(BEATRIZ GALINDO)

Entramos en Barcelona en pleno otoño, con un tiempo frío y lluvioso y un viento procedente del mar que apenas nos permitía desplazarnos. Según nos informaron, en ella habitaban unas veinticinco mil almas, tal vez menos, dada la despoblación que había padecido en las últimas décadas a causa de la peste, lo que suponía casi la décima parte de la población total de Cataluña. Por lo que pude comprobar luego, la ciudad era asaz hermosa, aunque no pasaba precisamente por su mejor momento. De su antiguo esplendor y poderío aún quedaban, eso sí, muchas muestras. Tenía dos iglesias principales, la *seu* o catedral y la de Santa María del Mar, e importantes edificios públicos, como la Diputación del General, la fachada del municipio y la casa de la lonja, algunos de los cuales acababan de ser construidos y eran muy dignos de ver. También me llamaron la atención sus hermosas plazas y sus calles empedradas y limpias; una de las más vistosas y animadas era la de los mercaderes. Pero lo más impresionante de todo era el mar: los barcos de todos los tamaños que arribaban al puerto o salían rumbo a otros lugares y las olas que acariciaban la playa o rompían contra los altos murallones de las atarazanas reales, donde se construían, reparaban y guardaban, durante el invierno, las galeras de la flota de la Corona de Aragón.

Cuando nos presentamos en el palacio real mayor, la reina acudió enseguida a recibirnos. Tras los saludos y reverencias de rigor, esta se deshizo en elogios hacia mi persona sobre lo bien que me veía y lo guapa que estaba, a pesar del viaje y del reciente parto.

—Debe de ser de la alegría que me causa estar de nuevo en la corte con vuestra alteza —mentí yo, aunque en alguna medida era cierto.

—Por favor, no hace falta que me halaguéis —repuso la reina—; supongo que en este momento preferiríais estar con vuestro hijo.

—Eso es verdad, pero también me agrada estar con mi señora —confesé yo.

—¿Y qué tal se encuentra el niño? —quiso saber la reina.

—El pequeño Fernán está creciendo sano y fuerte —contesté.

—Como su padre —apuntó la reina sin segundas intenciones.

Mi esposo, sin embargo, dio un respingo, como si él sí las hubiera percibido. Naturalmente, no dijo nada. De hecho, no había vuelto a abrir la boca desde que llegamos a palacio; incluso se le veía cohibido y sin saber muy bien cómo comportarse. Luego, la reina me habló de las muchas cosas que teníamos que hacer juntas en los siguientes días. Se notaba que estaba en tierra extraña y necesitaba una amiga y una cómplice. Yo le dije que, por supuesto, podía contar conmigo para lo que quisiera.

—Ahora un criado os mostrará vuestros aposentos —nos anunció— y más tarde os recibirá el rey. Estoy segura de que se alegrará mucho de veros.

Dadas las circunstancias, mi marido y yo teníamos la prerrogativa de poder alojarnos en el palacio real, si bien sus altezas no residían siempre en él. Preferían el del obispo por estar más recogido y disponer de mayores comodidades, ya que, en este aspecto, el suyo dejaba mucho que desear, debido, entre otras cosas, a que apenas se usaba. Pero también por razones de seguridad, pues estaba claro que, si por entonces hubiera habido una revuelta, los barceloneses jamás se habrían atrevido a asaltar la residencia episcopal, a pesar de estar menos protegida.

Lo que más atrajo mi interés del palacio real fueron sus espaciosas salas, especialmente la del Tinell, que estaba junto a la entrada principal y destacaba por sus grandes arquerías, y la profunda soledad que se sentía cuando se recorrían sus grandes corredores y pasillos. Sus muros estaban llenos de humedad y las pinturas y artesonados se estaban ya desconchando. En cuanto a nuestros aposentos, había que reconocer que eran demasiado sobrios y lúgubres, aunque, eso sí, muy amplios.

Tras instalarnos, nos dirigimos a presentar nuestros respetos al rey, que acababa de salir de una reunión del Consejo Real. Aunque su alteza se esforzó en recibirnos de forma cálida y obsequiosa, enseguida nos dimos cuenta de que la situación no era todo lo buena que cabría desear. El rey trataba de mostrarse optimista, pero lo cierto era que en la corte y en las

calles se palpaba bastante descontento y cierta hostilidad hacia él. En cualquier caso, parecía muy complacido de que mi esposo hubiera tomado la iniciativa de volver a la corte, para ponerse de nuevo a su servicio, y sin haber sido requerido para ello, ya que como capitán mayor de artillería se había ganado un merecido descanso, ahora que Castilla no estaba en guerra.

—Habéis llegado en el momento más oportuno —proclamó su alteza con entusiasmo—. Quiero que seáis mi secretario personal, alguien con quien poder discutir libremente los asuntos, al margen del Consejo Real y de la gente de Barcelona. Como pronto descubriréis, aquí cada uno va a lo suyo, sin importarle nada el bien de la Corona, sino el propio o el de su facción. No sabéis lo fino que tengo que hilar cada día para conciliar los intereses contrarios de todos ellos, sin sacrificar más de la cuenta los míos. De todas formas, he de reconocer que yo soy, en parte, culpable de todo esto. He estado demasiado tiempo fuera, y ahora debo ganármelos de nuevo y tratar de meterlos en cintura. Por suerte, están muy desunidos y pronto los tendré comiendo de mi mano —auguró.

—Sea como fuere, vuestra alteza no debería bajar nunca la guardia; con gente así es difícil saber cuándo va a atacar —le advirtió mi marido—. Lo mismo te abraza que te apuñala por la espalda, y a veces puede llegar a hacer las dos cosas a un tiempo y con idéntico gesto.

—Me parece que exageráis un poco —comentó el rey, divertido.

—Pues yo creo que no le falta razón —apuntó la reina, muy seria—; de modo que haríais bien en hacerle caso, para variar, ya que no me escucháis a mí.

—Haga lo que haga, vos nunca estaréis satisfecha —se defendió él.

—Ahora sois vos el que exagera —se quejó ella.

—Por favor, no hablemos más de mí —propuso el rey—. Le toca el turno a vuestra dama favorita. Parece que le ha sentado muy bien la maternidad, o tal vez sean los aires secos de Madrid —comentó, como si no estuviera yo delante.

—Agradezco el cumplido —dije yo—, pero la verdad es que el parto se complicó y estuve a punto de morir; de hecho, aún me siento algo débil —le informé.

—Pues yo os veo más hermosa que nunca —afirmó él con total naturalidad.

Ante la insistencia en el halago, la reina lo miró con cierta desaprobación,

mientras mi marido clavaba los ojos en mí para ver cómo reaccionaba. Yo no pude evitar sonrojarme como una niña, lo que hizo que el Artillero frunciera el ceño y apretara los puños para no estallar.

—Y mi ahijado, ¿cómo está? —inquirió el rey, para cambiar de tema.

—Él está bien, gracias a Dios —me limité a decir.

—Me alegra mucho oír eso —proclamó con entusiasmo—. Isabel y yo hemos decidido otorgarle algún cargo y privilegio en cuanto nos sea posible, aunque todavía no tenga edad para ello.

—No sabe vuestra alteza cómo se lo agradezco —me apresuré a señalar yo.

—Y vos, ¿no tenéis nada que añadir? —le preguntó el rey a mi marido.

—Lo que vuestra alteza haga estará muy bien, para eso es el rey —apuntó el Artillero.

—No lo decís muy convencido —comentó Fernando.

—Si no estuviera convencido del buen juicio de vuestra alteza, no estaría aquí —le recordó mi marido—. Al fin y al cabo, he venido por propia voluntad.

—Por eso quiero recompensaros a través de vuestro nuevo hijo, si os parece bien.

Con esa explicación mi esposo quedó satisfecho, o esa impresión me dio.

La reina parecía mucho más tranquila de lo que se había mostrado en su carta. Cuando más tarde pude hablar con ella a solas, me dijo que las cosas ya se habían calmado y que, nada más llegar a Barcelona, el rey se había distanciado de Catalina de Dalt, pues no quería que en la ciudad se supiera que había sido su amante, ya que su familia pertenecía a la nobleza más díscola de todo el principado, y eso habría dado lugar a nuevas tensiones y malentendidos, en un momento en el que las heridas de las guerras pasadas no solo no habían cicatrizado, sino que podrían volver a aflorar.

—No sabéis cuánto me alegra que estéis aquí conmigo —añadió con sinceridad—; así me haréis compañía y me ayudaréis a velar por la seguridad del rey, que, a pesar de su prudencia, no las tiene todas consigo.

—¿Acaso cree vuestra alteza que su esposo está en serio peligro? —le pregunté.

—Los reyes siempre lo estamos, querida Beatriz, pero, desde que entramos en Barcelona, hay motivos concretos para alarmarse —me reveló.

—¿Se refiere vuestra alteza a Catalina y su hermano?

—Desde el principio, desconfié de ellos, y ahora con más razón —me confesó con gesto preocupado.

—Si yo pudiera ayudar a vuestra alteza de algún modo... —me ofrecí.

—¿Por qué no intentáis haceros amiga de ella? —me soltó, sin pensárselo dos veces, tal vez porque ya lo tenía muy meditado.

—¿Quién?! ¿Yo?! ¿De ella?! Pero si debe de saber que yo soy una de las damas más fieles de vuestra alteza —objeté, sorprendida.

—Cuando la veáis, podéis mostraros resentida conmigo, porque os he obligado a venir a Barcelona contra vuestra voluntad —me sugirió.

—Pero eso no es cierto —rechacé yo.

—¿Y eso qué importa! La conozco bien y sé que no perderá la ocasión de congraciarse con alguien que albergue algo contra mí, sobre todo si puede proporcionarle información de primera mano —me explicó la reina.

—¿Qué clase de información? —quise saber yo.

—Cualquier cosa que le sirva para hacernos daño —me aclaró—. En caso de que así sea, dejaos querer.

—No sé si lo conseguiré —le advertí yo—. Lo más probable es que me descubra y se imagine enseguida que estoy confabulada con vuestra alteza.

—No lo creo, y, aunque eso sucediera, a vos no os pasaría nada —me aseguró.

—¿Y cómo podría llegar a conocerla?

—De vez en cuando, se deja caer por palacio para ver si el rey la recibe o le permite acompañarlo en uno de sus recorridos por la ciudad, a los que tanto se ha aficionado —me informó—. Hacedos la encontradiza.

—Si tanto insiste vuestra alteza, lo intentaré —concedí—, pero no puedo garantizar nada.

—Seguro que lo haréis cumplidamente —me animó.

Lo dijo con un tono que no supe cómo interpretar, pues era una de esas alabanzas que bien podrían esconder un reproche o una velada acusación. ¿Acaso pensaba la reina que yo era una hipócrita consumada y que, por tanto, sabría fingir delante de la propia Catalina? ¿O me estaba equiparando de alguna forma con ella? La verdad era que con mi señora nunca se sabía qué estaba tramando realmente o cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Tras ese primer encuentro con los reyes, quedó claro que había que estar

alerta, pues cualquier cosa podía suceder. Durante el día, mi marido apenas se separaba del rey, siempre a la vista, unos pasos detrás de él, por si este lo necesitaba, como si fuera su sombra, más que su secretario. Nunca lo había visto tan servicial, y eso me intranquilizó; incluso llegué a pensar si no sería una estratagema para que su alteza se confiara y así tener la oportunidad de poder vengarse.

Aparte de conseguir la devolución de los condados del Rosellón y la Cerdaña, el principal empeño del rey en esos días era recuperar el prestigio y la popularidad que había perdido tras tantos años de ausencia de Cataluña, donde aún había muchos descontentos y se le miraba con cierta desconfianza. De ahí que, en ese momento, se multiplicara y esforzara por atenderlos a todos; para ello contaba también con la ayuda de mi marido, que lo acompañaba allá donde fuera, aunque a veces tuviera que quedarse esperando al otro lado de la puerta o escondido en alguna parte. A medio plazo, el sueño del rey era recuperar aquellos reinos que habían pertenecido a su familia, esto es, Navarra y Nápoles.

En cuanto a mí, procuré complacer a mi señora en todo lo que me había pedido; después de varios días de estar al acecho, conseguí hacerme la encontradiza con Catalina. Fue en la puerta del palacio; yo fingí que pasaba por allí justo cuando ella entraba. La pobre venía malhumorada, pues se había manchado su manto forrado de armiño cuando descendía del palafrén.

—¿Puedo ayudaros en algo? —le pregunté yo.

—Ese estúpido palafrenero ha detenido mi caballo justo al lado de un charco lleno de lodo —me explicó, indignada— y mirad cómo me he puesto. Lo habría matado, si no fuera porque luego tiene que llevarme a casa.

Supuse que hablaba en broma, pero, a juzgar por el tono, cabía la posibilidad de que lo dijera totalmente en serio.

—Lo lamento mucho —comenté yo.

—Si supierais cómo detesto la suciedad —se quejó con amargura—. «*Malo mori quam foedari*», es uno de mis lemas, que, si no estoy equivocada, quiere decir: «Antes morir que mancharme».

—Tenéis razón, pero yo creo que lo de mancharse se refiere a hacer algo vil o deshonroso, y que, por tanto, pueda manchar el alma y no el cuerpo o el vestido —dejé caer yo.

—¡Y qué mayor deshonra puede haber, para alguien como yo, que presentarse en palacio con un manto manchado de lodo! —exclamó, agitando

las manos—. Vos debéis ser la Latina, ¿no es así?

—Preferiría que me llamarais Beatriz, si no os importa —le rogué—, pues ya no soy maestra de gramática.

—Oí hablar de vos en Granada y alguna vez me pareció veros por la corte —me comentó, como si estuviera haciendo memoria.

—Es posible, aunque procuro pasar siempre inadvertida.

—Justo lo contrario que yo —se apresuró a decir.

—Entonces, vos sois, sin duda, la condesa de Dalt.

—Podéis llamarme simplemente Catalina, ya que, como imaginaréis, el título lo ha heredado mi hermano —me corrigió.

—Perdonad mi error —me disculpé—. Si queréis, puedo mandar que alguna criada os limpie el manto —le ofrecí—. Seguro que no tarda nada.

—Os lo agradezco, pero no quiero arriesgarme a que lo estropeen más —rechazó ella.

—Podéis estar tranquila. Por su trabajo en la corte, están habituadas a tratar este tipo de prendas —le aclaré yo.

—¿Y qué voy a hacer yo sin mi manto? En este palacio hace un frío espantoso —se lamentó—. Yo creo que el rey lo quiere así, para que nadie pueda aguantar mucho tiempo esperando, y enseguida se marche por donde ha venido. De esta forma, se quita de encima a quienes no quiere recibir, ¿no os parece?

—Mientras lo limpian, podéis subir conmigo a mi cámara y sentaros junto al fuego —le propuse—. Así aprovecharemos para charlar.

—Si no os importuno demasiado —accedió.

—En absoluto —aseguré—. No todos los días tiene una la oportunidad de charlar con alguien como vos. La vida en palacio es tan aburrida...

—Eso es verdad —ratificó.

Cuando llegamos a la cámara, le pedí a mi criada que llevara el manto de Catalina a limpiar, no sin antes rogarle que tuviera mucho cuidado con él.

—Hacía mucho tiempo que no sabía de vos —me confesó—. Según oí comentar, os habíais ido a dar a luz a vuestra casa, ¿no es así?

—Así fue. Pero ahora mi señora ha vuelto a llamarme, no sé muy bien para qué, la verdad. Si os soy sincera, preferiría estar con mi hijo a permanecer aquí como un pasmarote —dejé caer.

—No parecéis estar muy contenta con vuestra señora, ¿me equivoco? —se aventuró a decir Catalina.

—Más bien es ella la que no lo está con nada —le repliqué—. No sé qué es lo que le sucede, pero lo cierto es que antes no era así.

—Tal vez esté preocupada por algo, ¿no creéis? —sugirió Catalina.

—Sea lo que fuere, cualquiera diría que ha perdido el seso, y lo malo es que lo paga con las demás —me quejé—. Ayer, sin ir más lejos, mandó azotar a una criada porque no le tenía lista la ropa que se iba a poner —añadí, acordándome de su deseo de matar a su palafrenero por un motivo similar.

—Tal vez ella también se aburra en palacio, ahora que su marido la tiene relegada —aventuró ella.

—Lo cierto es que apenas se ven.

—¿Tanto trabaja el rey? —quiso saber ella.

—Más de lo que le conviene —contesté yo.

—Pues a mí lleva varias semanas sin recibirme en audiencia; me trata como si estuvieraapestada —se quejó.

—No se lo toméis en cuenta, ya os digo que está muy ocupado —la tranquilicé.

—¿Y qué podría hacer yo para que me recibiera? Hay un asunto importante que me gustaría comentar con él —señaló.

—Si es algún asunto personal, me temo que tendréis que esperar un poco —le advertí.

—¿Y vos no podríais...?

—Por desgracia, me es imposible ayudaros en eso —me apresuré a decir.

—Tal vez vuestro marido —apuntó ella enseguida—. Si no estoy mal informada, él es el que lleva ahora algunos de los asuntos privados del rey.

—En cierto modo, así es —reconocí—. Pero habéis de saber que es muy reservado y a mí no me cuenta nada. No obstante, veré lo que puedo hacer.

—Me conformaría con que a mi hermano y a mí se nos permitiera acompañar al rey en uno de sus paseos matinales. De esta forma podríamos enseñarle algunos lugares de la ciudad que seguramente no conoce y, de paso, hablar del asunto —propuso Catalina.

—Se lo diré —concedí—, pero no os prometo nada, pues mi marido es muy estricto con esas cosas.

—Seguramente sabréis cómo convencerlo, y yo, cómo agradeceróslo a vos —añadió con tono de complicidad.

—No tendréis que agradecerme nada —repuse yo—. Bastará con que me dejéis ser vuestra amiga. Aquí no conozco a casi nadie.

—Contad con ello —me aseguró ella sin dudar—o. Y, como prueba de afecto hacia vos, me gustaría invitaros mañana a comer en mi palacio, que no está muy lejos de aquí. ¿Qué os parece?

—Con tal de abandonar estas paredes por un rato... —me dejé tentar yo.

—A mediodía os mandaré a mis criados para que os acompañen. Estad lista para entonces —me rogó.

—Lo estaré —le prometí.

En ese momento, llamaron a la puerta. Era la criada, que volvía ya con el manto, que, a simple vista, parecía impoluto.

—La verdad es que ha quedado muy bien —reconoció Catalina, tras contemplarlo de cerca.

—Lo que no se consiga en palacio... —dije yo con segundas.

—¡Qué razón tenéis! —admitió ella—. Hasta mañana, pues.

Al día siguiente, a la hora concertada, los criados de Catalina ya me estaban esperando en la plaza del Rey. Poco después, me dejaban en su palacio, cuya fachada me admiró sobremanera; era mucho más rica y hermosa que la de la residencia real. Naturalmente, lo que más destacaba era el escudo de la familia, de gran tamaño y situado justo encima del dintel. En este había una inscripción con el lema de su linaje, que decía así: «*Aut consiliis aut ense*», esto es: «O por consejos o por la espada». Lo que me provocó cierta inquietud.

Nada más entrar, fui conducida a un salón, donde me aguardaban Catalina y su hermano Oriol, vestidos como para asistir a una fiesta en la corte. Ahora que los veía a solas y de cerca, pude darme cuenta de lo parecidos que eran. Cada uno de ellos podía considerarse la versión, en el sexo opuesto, del otro.

—De modo que vos sois la célebre Beatriz Galindo —me dijo el conde, tras las presentaciones y saludos.

—Nunca pensé que mi fama hubiera llegado hasta vos —repuse yo, un tanto confundida.

—Debéis saber que la reina os puso una vez como modelo de cómo ha de ser una dama —me explicó—. Fue el día del torneo en el que me venció mi hermana. Supongo que asistiríais.

—No suelo acudir a ese tipo de diversiones, pero oí hablar mucho de ello, como es natural. En cuanto a lo que os comentó la reina, mucho me temo que

ahora no os diría lo mismo —puntualicé yo.

—Eso es porque los reyes son muy volubles y cambian de opinión según sus caprichos e intereses —señaló él.

—Lo cierto es que a veces dejan mucho que desear —comenté yo, para ver cómo reaccionaba.

—En mi opinión —apuntó el conde—, les queda demasiado grande la corona, permitidme que sea franco con vos. Y conste que esto no quiere decir que no los apreciemos o que no les rindamos la debida pleitesía. Pero las cosas como son, ¿no os parece?

—No le hagáis caso; le gusta mucho provocar —intervino su hermana.

—Tal vez tenga algo de razón —concedí yo, sorprendida de que no se molestara en ocultar sus reticencias hacia los reyes delante de una dama de la corte.

De repente, la conversación fue interrumpida por la llegada de un criado, que, por lo visto, tenía algo muy importante que transmitirle a su señor. El conde lo invitó a que se acercara y el mozo le dijo algo al oído. Como debía de tratarse de algo urgente, Oriol me pidió disculpas, con mucha cortesía, por tener que ausentarse y luego se fue con el sirviente.

—¿Algún problema? —pregunté yo a su hermana.

—Se trata de un asunto doméstico, no os preocupéis. Oriol lo resolverá en un momento —me explicó.

Mientras esperábamos a Oriol, Catalina me enseñó una parte del palacio. Cerca del comedor, había varias salas llenas de panoplias y tapices sobre la guerra de Troya. Pero lo que enseguida llamó mi atención fue la librería o biblioteca, sin duda la más notable que había visto nunca en una casa particular. En ella había numerosos códices y legajos de todo tipo, pero también algunas decenas de libros impresos. Por lo que pude ver, la mayoría estaban escritos en latín, francés y catalán, y eran de muy diverso género.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. Me pasaría el día entero aquí.

—Podéis venir cuando queráis —dijo mi anfitriona con sinceridad.

En una de las paredes había una gran chimenea y, sobre ella, presidiéndolo todo, se encontraba el retrato de un hombre de aspecto señorial; con la mano izquierda sostenía un grueso libro de leyes y con la derecha acariciaba el pomo de una espada con guarniciones de oro que llevaba al cinto, haciendo honor así al lema familiar, que aparecía escrito, en una leyenda, en la parte inferior del cuadro. Su rostro tenía las facciones muy duras, pero sus ojos

parecían tristes y soñadores; guardaba un evidente parecido con Catalina y su hermano.

—Se trata de nuestro padre —confirmó ella—. Era un gran hombre y un buen ejemplo de lo que debe ser un gran señor. Desgraciadamente, para mi hermano y para mí, estaba casi siempre fuera de casa.

—¿Y vuestra madre? —le pregunté.

—Falleció durante el parto —me informó—. Oriol y yo estábamos entrelazados dentro de su vientre y no queríamos salir; de modo que tuvimos que nacer por cesárea, lo que hizo que ella muriera desangrada, como ocurre siempre en estos casos. Al principio, mi padre quedó muy afectado y no quiso saber nada de nosotros, pues nos consideraba culpables de lo sucedido. De ahí que nos criáramos solos y ajenos a su cariño. Tuvimos, eso sí, los mejores preceptores, tanto en las armas como en las letras. Pero, en lo demás, crecimos a nuestro aire, como auténticos salvajes. Cuando cumplimos catorce años, mi padre empezó a llevarnos consigo, y, con el tiempo, nos convertimos en sus mejores soldados y consejeros, lo que hizo que por fin se sintiera orgulloso de nosotros. Después, las cosas nos fueron muy bien, hasta que el rey se cruzó en nuestro camino.

—No sabéis cuánto lo lamento —le dije yo, sin poder evitarlo.

—Pero eso ahora ya no importa —comentó ella—. Y hablando del rey, ¿le comentasteis a vuestro marido lo que os pedí?

—Se lo dije anoche, sí —mentí yo—, y me ha asegurado que hablaría con él. Pero no quiero que os hagáis ilusiones. Este tipo de decisiones las toma su alteza sobre la marcha, sin que nadie sepa nada de antemano —le conté—. De modo que es el rey el que, en el último momento, escoge a alguno de los que tenga cerca o manda llamar a este o a aquel por si están por allí.

—Es comprensible —dijo Catalina, pensativa.

Por fin, regresó su hermano y nos sentamos a la mesa. Ninguno de los dos hizo alusión al asunto que lo había hecho ausentarse. La conversación fue muy distendida y hasta agradable. Desde luego, había en ellos algo que me disgustaba mucho, pero, si he de ser sincera, debo reconocer que, durante toda la velada, fueron muy amables y atentos conmigo, lo que no quita para que yo siguiera actuando con la debida cautela, pues nunca se sabe lo que puede esconderse tras la máscara de la cortesía. Lo cierto es que tenía la sensación de estar departiendo con un matrimonio muy bien avenido, de esos que tanto escasean, ya que, a simple vista, no solo se querían, sino que

también se respetaban. En Granada yo había oído rumores de que mantenían relaciones carnales. Pero la idea me pareció tan monstruosa que no le concedí ningún crédito. Sin embargo, durante la velada, me dio la impresión de que podía ser verdad. En todo caso, lo que estaba claro era que Oriol y Catalina se regían por unos códigos muy distintos a los del resto del mundo, y que, por supuesto, nada tenían que ver con los mandamientos y dogmas de la Iglesia. De ahí que no viera ningún crucifijo ni ninguna imagen religiosa en todo el palacio.

En cuanto a la comida, puedo decir que fue exquisita, aunque no muy abundante, cosa que agradecí, pues, tras el parto, había ganado algo de peso y me había hecho el propósito de ser mucho más comedida en la mesa. El vino, según me dijeron, era originario de sus tierras, mas yo apenas lo probé.

Cuando acabamos, me invitaron a quedarme un rato más con ellos. Pero yo pretexté tener cosas que hacer en palacio y les pedí permiso para marcharme.

—A mi hermano y a mí nos gustaría que alguna vez vinierais a conocer nuestro feudo —me propuso Catalina—. No está lejos de Barcelona y estoy segura de que os va a encantar. Tenemos un castillo maravilloso, cuyas torres y defensas el rey mandó desmochar, y ahora nosotros hemos vuelto a levantar, más imponentes todavía, para dar testimonio de nuestros derechos y nuestro poder. Deberíais verlo antes de que desaparezca a manos de estos nuevos tiempos que se avecinan. Está sobre una colina, en medio de un gran vergel, rodeado de campos de cereales y salpicado de viñas y olivos.

—Confío en que pronto haya ocasión —manifesté yo, sin querer comprometerme demasiado.

—Eso espero. Vos y yo tenemos ciertas cosas en común —añadió ella, enigmática—. Gracias por vuestra visita.

—Y a vos por vuestra hospitalidad —me despedí yo.

Después de ese día, volvimos a coincidir en una de las fiestas de la corte, donde Catalina me pidió, una vez más, que le rogara a mi marido para que intercediera ante el rey. Pero yo no hacía más que darle largas. También me reiteró su invitación a conocer sus tierras y a hacer uso de la biblioteca familiar o a visitarla siempre que quisiera.

Por supuesto, de todo ello le fui dando cuenta a la reina. También le comenté que, delante de mí, los dos hermanos se expresaban con aparente franqueza, sin molestarse lo más mínimo en disimular lo que pensaban sobre sus altezas.

—No os dejéis engañar —me advirtió ella—. Con su fingida sinceridad, tan solo intentan ganarse vuestra confianza.

Y es que la reina estaba totalmente convencida de que ambos tramaban algo. El problema era averiguar de qué se trataba.

(CATALINA DE DALT)

Desde que llegamos a Barcelona, el rey ya no quiso verme, como si de repente yo me hubiera convertido en una apestada o él en un mojigato. Tal vez su intención fuera no ofender a los míos, presentándome en público como su amante, o, simplemente, tuviera miedo de que yo pudiera hacerle daño, ahora que estábamos en mi territorio. También podía ocurrir que la reina lo hubiera convencido por fin de que se deshiciera de mí con alguna de sus muchas artimañas. El caso es que Fernando no me recibía cuando iba a palacio ni contestaba a mis cartas ni quería saber nada de mi persona. Y esto, naturalmente, me enfurecía y me contrariaba mucho, pues había contado con seguir estando cerca de su alteza, para así poder planear su muerte desde dentro, aprovechándome de las circunstancias.

Ingenua de mí. Todo el enorme esfuerzo realizado y lo mucho que había tenido que soportar durante los meses anteriores al final no había servido para nada. El muy bastardo se había valido de mi confianza, me había utilizado a su antojo y según su conveniencia, y luego me había arrojado a la calle, como si fuera un cubo de inmundicia. Y ahí estaba de nuevo junto a su esposa, con la que sin duda formaba la pareja perfecta, pues eran tal para cual. Por mucho que discreparan y discutieran, parecía evidente que estaban unidos por algo mucho más fuerte y resistente que el amor, y era la ambición de poder.

Mi hermano y yo habíamos tenido la osadía de ir a la corte para tratar de embaucar al rey y ahora resultaba que había sido él el que nos la había jugado; o como dicen en Castilla, que no solo es tierra de pastores, sino también lugar de origen de la maldita dinastía de los Trastámara, fuimos por lana y volvimos trasquilados. Solo de pensarlo la rabia me subía a la boca

hasta ahogarme y la sangre me hervía de tal forma que si lo hubiera tenido delante le habría cortado el cuello con mi propia daga, como debí haber hecho aquella noche en el monasterio de Guadalupe.

Pero las desgracias nunca vienen solas. Dos semanas después de nuestro regreso a la ciudad, Oriol y yo tuvimos un nuevo encuentro con Gonzalvo de Cascais, con el fin de aleccionarlo sobre lo que tenía que hacer a partir de entonces y la información que debería brindarnos. Cuando estábamos ya a punto de despedirnos, apareció un criado para decirnos que en la puerta había un hombre, con la cara llena de heridas y la cabeza vendada, preguntando por Gonzalvo. Recelosos, mandamos que lo hicieran pasar al patio, para que, desde arriba, pudiéramos ver de quién se trataba.

—Es mi hermano Alonso —informó Gonzalvo con cara de disgusto—. Seguramente, viene a exigir más dinero.

—En ese caso, le daremos su merecido —aseguró Oriol.

El recién llegado estaba hecho unos zorros y a duras penas podía mantenerse en pie. Sin embargo, su actitud era más bien desafiante.

—¿Se puede saber qué es lo que te ha pasado? —le preguntó Gonzalvo—. Cualquiera diría que te has tropezado con una manada de toros.

—Ha sido solo una pelea en una taberna, ya me conoces —informó el otro.

—Como si te hubiera parido —confirmó Gonzalvo—. Pero dime, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—Sé que seguís tramando algo —proclamó sin rodeos— y no me iré de aquí hasta que no me paguéis como es debido por mi silencio.

—¿Tu silencio? ¿Acaso crees que el rey le va a hacer caso a alguien como tú? —le solté yo.

—Probad a ver —replicó él con tranquilidad—. Si no me gratificáis, se lo contaré todo.

—Ya te hemos dado más dinero del que tú vales —le reprochó su hermano—. ¿Se puede saber en qué te lo has gastado?

—En putas y vino —se limitó a contestar.

—Algo muy propio de ti —confirmó Gonzalvo.

—En lo de putero, de casta le viene al galgo —comentó el hermano con sorna—. Y si bebo es, sobre todo, para olvidar cómo he conseguido el dinero —se justificó—. Pero este se ha acabado y he vuelto a recuperar la memoria. Es lo que ocurre cuando dejas de darle a la jarra, ¿no te parece?

—Maldito seas —exclamó Gonzalvo, cada vez más enfurecido—. Tenía

que haberte matado en el vientre de tu madre, antes de que nacieras.

—Lo malo es que también era la tuya —replicó el otro con insolencia.

—Es posible, pero no tuvimos el mismo padre, de eso estoy seguro. A ti debió de engendrarte el mismísimo Satanás.

—Lo que a ti te convierte, ni más ni menos, que en hijastro del diablo —concluyó Alonso en buena lógica.

—Tan solo mientras vivas —le advirtió su hermano—, que no va a ser durante mucho tiempo, a juzgar por cómo te han dejado.

—¿Tú crees? No te va a ser fácil librarte de mí —proclamó Alonso.

—No me tientes, si no quieres que yo mismo te atravesase con mi espada ahora mismo —lo amenazó.

—Eso habría que verlo.

—Sentirlo, más bien.

Los dos hermanos desenvainaron al mismo tiempo sus espadas y comenzaron a batirse. Ambos eran muy diestros con el arma, pero Gonzalvo se encontraba en ese momento en mejor estado y eso le daba cierta ventaja. No obstante, Alonso se defendía con bastante eficacia; no en vano había sido soldado. A pesar de su torpeza, logró esquivar las acometidas de Gonzalvo. Este trató, entonces, de acorralarlo en un rincón del patio, lanzando estocadas a uno y otro lado. Alonso, al verse contra la pared, tomó impulso y comenzó a contraatacar. Combatía con la temeridad de quien ha sobrevivido a muchos percances y batallas y, por tanto, se sintiera más allá de la vida y la muerte.

Gonzalvo, ante tal empuje, no paraba de perder fuelle ni de ceder terreno, hasta que de repente se plantó. Durante un buen rato, logró repeler los golpes de su hermano con gran firmeza, lo que hacía que saltaran chispas cada vez que sus espadas se entrecruzaban y que el ruido fuera atronador. Harto de tanta danza, Alonso cambió la trayectoria de su estocada y la lanzó de abajo arriba, desarmando a su adversario, que quedó a su merced. En lugar de matarlo, le puso la punta de la espada en la garganta y le dijo entre dientes:

—La próxima vez olvidaré que eres mi hermano, ¿entendido?

Gonzalvo hizo un gesto de asentimiento con su mano derecha, pues no se atrevió a mover ni un solo músculo de la cara por miedo a que el arma se le clavara.

Cuando por fin su hermano la retiró, Gonzalvo sacó una daga de su cinto y le asestó una cuchillada en el vientre, lo que hizo que Alonso cayera al suelo sin sentido.

—Ya te he dicho que solo somos hermanastros —le recordó, demasiado tarde.

—¿Está muerto? —pregunté con ganas de que así fuera.

—Creo que sí —contestó Gonzalvo, sin atreverse a comprobarlo.

—En ese caso, deshazte de él —ordenó Oriol.

Con ayuda de dos de nuestros criados, lo cargaron en un carro y se dirigieron a uno de los muladares situados extramuros. Tras asegurarse de que no había testigos, allí lo arrojaron, como si se tratara de un saco de excrementos, que es lo que en realidad era o, mejor dicho, había sido hasta el momento de su muerte, con lo que mi hermano y yo respiramos más tranquilos.

Ese mismo día, tuve la oportunidad de conocer a Joan de Canyamars en una de las casas de Bernat, donde permanecía oculto. Lo pude ver a través de una celosía, pues no convenía que él nos conociera ni supiera quiénes éramos.

—Te presento al futuro rey de Aragón, Joan III, primogénito de Joan II —me susurró mi hermano, sin apenas poder reprimir la risa.

No sé por qué, me había hecho la idea de que se trataría de un ser repulsivo, pero, al verlo, se me antojó un viejecillo bastante agradable, con los ojos muy vivos, la nariz recta y grande, corto de estatura y cargado de espaldas, como aquellos que han trabajado mucho en el campo. Desde luego, parecía fuerte y decidido, a pesar de su edad, y, según Bernat, pronto estaría listo para llevar a cabo su cometido.

—¿Y no teméis que de repente recupere la cordura y dé al traste con todos nuestros planes? —pregunté yo, pues no acababa de estar convencida de que fuera la persona adecuada para esa misión.

—Por eso no hay problema —me tranquilizó—. Solo está loco en lo tocante a sus delirios de grandeza; en lo demás, está tan cuerdo como vos y como yo o incluso más; de hecho, tiene salidas muy ingeniosas, que lo dejan a uno pensativo. No sé si está capacitado para convertirse en rey, pero de lo que no me cabe duda es de que podría ser un excelente bufón en cualquier corte. Hace un momento le dije que sería, para mí, un gran placer ayudarle a conseguir lo que era suyo, y enseguida me contestó que se sentía muy honrado de tenerme a su servicio y que algún día me recompensaría por ello. «Mi mayor recompensa será ver rodar la cabeza del tirano», le comenté yo. A lo que él replicó: «Y la mía poder jugar a la pelota con ella. Es el mejor final

para un usurpador, ¿no os parece?». Y, sin esperar a que yo respondiera, el pobre loco se echó a reír de tal forma que nos contagié a todos.

—¿Y qué tal se lleva con Omar? —quise saber yo.

—Por lo que he podido apreciar, se entienden muy bien —me informó—. Al parecer, Joan le ha prometido un sitio a su lado cuando sea rey, lo que indica que el buen hombre es generoso y agradecido. Omar, por cierto, me ha rogado que os diga que desea veros —añadió, de pronto, Bernat.

—¿Sabe que estamos aquí? —pregunté yo, sorprendida.

—No lo creo, aunque puede que lo haya imaginado.

—¿Y no os ha dicho para qué me quiere?

—Supongo que para pedirnos algo.

—Está bien, id a buscarlo.

Al poco rato, apareció Omar, conducido por un criado de Bernat. Habían pasado apenas unos meses, pero lo noté muy cambiado; a simple vista, parecía mucho más seguro de sí mismo y, desde luego, más avisado. Junto a él, estaba una muchacha muy hermosa. Esta parecía algo cohibida por la situación, pero en absoluto asustada.

—Benditos sean los ojos, Omar. Estás ya hecho un hombre —le dije, a modo de saludo.

—No es de extrañar. Me han pasado más cosas en estos meses que en el resto de mi vida —convino él.

—Confío en que haya sido todo para bien. Lo último que supe de ti es que te habías hecho bandolero —dejé caer.

—A la fuerza ahorcan —admitió—. Por fortuna, pude escaparme enseguida y mejorar mi estado.

—¿Y no vas a presentarme a tu amiga?

—Es mi esposa y se llama Fátima —me informó—. Nos conocimos por casualidad, cuando era todavía aprendiz de bandolero. Precisamente, fue por ella por quien dejé de serlo. Mi primera intención fue asaltarla, pero al final fue ella la que acabó robándome a mí el corazón.

—Una historia conmovedora —comenté yo con ironía, mientras su esposa se ruborizaba—. Pero ¿por qué la has traído aquí?

—Porque ella también quiere matar al rey —respondió, muy serio—. Tiene motivos más que sobrados para hacerlo y puede ser de gran ayuda.

—Está bien. Contaremos con ella, siempre y cuando obedezca nuestras órdenes —concedí yo.

—Por eso no habrá problemas —señaló Omar.

—¿Y qué tal os tratan mis amigos? —pregunté yo.

—No tenemos ninguna queja. Pero hay una cosa que quisiera comentar con vos y vuestro hermano —apuntó.

—¿De qué se trata?

—Es sobre la ejecución —indicó—; ellos dicen que la llevará a cabo Joan...

—Así es —confirmó Oriol—; él es el más legitimado para hacerlo.

—¿Legitimado por quién?

—Por el Espíritu Santo.

—¡No me hagáis reír!

—Él, desde luego, así lo cree, y nosotros no somos quiénes para llevarle la contraria —le explicó mi hermano—. De modo que no insistas.

—Yo pensaba que... —objetó Omar.

—Puestos a pedir —lo interrumpí yo—, a mí también me gustaría ser el autor material, qué duda cabe. Pero cada uno tiene una misión que cumplir en este plan; solo así podremos actuar como un solo cuerpo. El objetivo es que ruede la cabeza del rey por el estrado —les recordé—; lo de menos es la mano que va a empuñar la espada. Todos seremos artífices de su muerte.

—Eso es verdad —admitió Omar, persuadido por mis argumentos.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó la muchacha, que, a juzgar por el tono, no parecía tan convencida.

—En principio, vuestro cometido será distraer la atención del rey y sus acompañantes, para que Joan pueda acercarse tranquilamente por detrás y cortarle la cabeza de un solo tajo, ¿entendido? —preguntó Oriol.

Omar miró a su esposa e hizo un leve gesto de asentimiento, que luego ella confirmó.

—De todas formas —continué yo—, debéis estar preparados para lo que pueda suceder. Y, si a Joan le fallaran las fuerzas o, en el último momento, no se atreviera a hacerlo, cosa que bien podría ocurrir, tratándose de un loco, seréis vosotros los que ejecutaréis al rey, mientras que nosotros nos encargaremos de facilitaros la huida. Pero, si todo va según lo previsto, haréis lo que se os ha mandado e intentaréis ayudar a Joan a escapar. Luego tendréis la oportunidad de marcharos con los piratas berberiscos, que, gracias al dinero que os daremos, os llevarán muy lejos de aquí. ¿No es eso lo que queréis?

Omar y la muchacha volvieron a asentir, qué remedio les quedaba. Nosotros, sin embargo, sabíamos que, pasara lo que pasara, esa situación no se iba a dar. Lo importante, en cualquier caso, era que el plan ya estaba listo. Ahora solo faltaba ultimar algunos preparativos y buscar la fecha más adecuada para llevarlo a efecto. Mientras esta llegaba, no cabía otra cosa que esperar, como la araña aguarda el momento en que la mosca acuda a la tela que ha tejido para atraparla.

En las jornadas posteriores, yo intenté varias veces visitar al rey, sin ninguna fortuna, ya que siempre estaba ocupado, o al menos eso era lo que me decían, aunque yo creo que era cosa de la reina, que lo había convencido de que me mantuviera apartada de su presencia. De modo que no pude recabar ninguna información que pudiera sernos útil.

Gonzalvo nos tenía al corriente de lo que sucedía en palacio, así como de las salidas del rey, especialmente de sus paseos a caballo hasta el mar los días en que tenía alguna audiencia. En ellos se hacía acompañar de algunos de sus cortesanos más próximos. Así que pensé que esa podía ser la oportunidad que andábamos buscando para poder acercarnos a él; de hecho, le escribí a su alteza para pedirle que me dejara formar parte de su pequeño séquito, pero no me contestó.

Pese a ello, decidí volver a intentarlo presentándome en palacio con mis mejores galas y amenazando con montar un escándalo si no me recibía, tan herida estaba en mi orgullo. Pero las cosas no salieron como esperaba, pues uno de mis criados cometió la torpeza de detener mi palafrén justo al lado de un gran charco, lo que hizo que, al descender del caballo, se manchara mi manto de armiño. Por suerte, andaba por allí una de las damas de la reina, Beatriz Galindo, cuyo marido era secretario personal del rey. Esta le pidió a una de sus sirvientas que limpiara la prenda y, mientras aguardaba, tuve la oportunidad de conversar con ella. A juzgar por sus palabras, me dio la impresión de que no estaba muy a gusto con su señora. Así que decidí hacerme amiga de ella. Mi intención era ganarme su voluntad para que le pidiera a su marido que intercediera por mí ante su alteza, con el fin de que este me dejara acompañarle en sus paseos. De esta forma podría tratar de congraciarme con él y, una vez recobrada su confianza, buscar la ocasión más propicia para acabar con su vida.

Al día siguiente, la invité a comer a mi palacio para que me contara lo que había hablado con su marido. Según me dijo, su esposo no podía hacer nada por incluirme en el pequeño séquito del rey, pues era este el que decidía sobre la marcha quiénes serían sus acompañantes. Aunque me pareció sincera, había algo que me hacía recelar de sus intenciones.

Así las cosas, pensé que lo mejor sería presentarme los días de paseo delante de la puerta de palacio, para que el rey tuviera ocasión de elegirme, mas ese día supimos algo que hizo que nuestros planes se precipitaran. Habían llegado rumores a la corte de que en la ciudad se estaba preparando alguna conjura contra su alteza. Por el momento, este no había querido darles ninguna credibilidad. Sin embargo, el Consejo Real le había pedido que tomara algunas precauciones y, sobre todo, que prescindiera de sus paseos. El rey, por su parte, les había dado largas, si bien había accedido a que aumentara la guardia en torno a su persona y disminuyeran sus acompañantes, lo que iba a complicar mucho nuestros planes. Pero lo más probable era que la situación se pusiera cada vez más difícil. Según nuestros informantes, era cuestión de poco tiempo que su alteza se atrincherara en su palacio hasta nueva orden. Así que había que actuar cuanto antes, aunque hubiera que improvisar algunas cosas.

La suerte quiso que el día siguiente fuera viernes, jornada en la que el monarca solía impartir justicia en el salón del Tinell, desde las ocho de la mañana hasta el mediodía, que era cuando, por lo general, salía a dar uno de sus paseos. Una vez descartada la posibilidad de actuar durante la audiencia o en el recorrido por la ciudad, la única ocasión que nos quedaba era el momento en el que el rey saliera del palacio, circunstancia en la que siempre se formaba un cierto revuelo que podíamos aprovechar para sorprenderlos a todos, ya que nadie se esperaba que un hecho así fuera a producirse justo en ese instante, con tanto gentío y a plena luz del día.

(SARA DERTOSA)

Los días pasaban lentos en la casa de Bernat, a la que apenas nos llegaban noticias de lo que sucedía en Barcelona. Por otra parte, los planes para dar muerte al rey habían ido cambiando en función de las circunstancias o de los intereses de nuestros aliados, que eran los que tomaban las decisiones. Una tarde recibimos la visita de Catalina y de su hermano. Acudieron tan solo para que ella pudiera ver a Joan, que iba a ser el encargado de llevar a cabo la ejecución. Pero Omar se enteró de su llegada y exigió hablar con su antigua amante. De modo que, antes de irse, esta nos mandó llamar.

Después de interesarse por Omar, quiso saber quién era yo. Mi marido le dijo que me llamaba Fátima y que también tenía motivos para matar al rey. Ella me miró de arriba abajo como quien examina a una esclava que tiene intención de comprar. En lugar de amilanarme, yo también la observé con detenimiento. De entrada, debo reconocer que era mucho más hermosa de lo que había imaginado, si bien había algo en su rostro que no me agradaba, tal vez fuera la dureza de sus rasgos o su excesiva palidez. Por otra parte, me pareció una mujer fría, distante y altanera, muy acostumbrada a ser obedecida sin protestar. A juzgar por sus gestos, era evidente que yo tampoco le gustaba, pero era la esposa de Omar y no tuvo más remedio que aceptarme, del mismo modo que yo iba a tener que soportarla a ella. «El deseo de poder y la sed de venganza dan lugar a extrañas alianzas», solía decir un rabino amigo de mi padre, y la nuestra, desde luego, lo era.

La reunión, por lo demás, fue muy humillante, al menos para mí. Omar le planteó a Catalina que quería ser la mano ejecutora, pues no le parecía que Joan fuera la persona más adecuada para llevar a cabo la tarea. Pero ella le

contestó que eso no era decisión suya, que lo importante, a fin de cuentas, era que el rey muriera y no la persona que lo matara, ya que no se trataba de algo personal, por lo que cada uno debería limitarse a cumplir con su cometido. Y, como ya no había vuelta atrás, a Omar y a mí no nos quedó otra que agachar las orejas y seguir adelante con el plan trazado por ellos. No obstante, se nos aconsejó que estuviéramos preparados para el caso de que, en el último momento, Joan no pudiera hacerlo, dado su carácter. En cuanto a la fecha, se nos dijo que Bernat nos la comunicaría cuando llegara el momento.

Hasta entonces, Joan, Omar y yo tuvimos que permanecer encerrados en el granero, pues al corral apenas podíamos salir, dado que hacía mucho frío y llovía sin parar. A Omar le preocupaba también que se cumpliera el plazo que le había dado el capitán de los piratas berberiscos y todavía siguiéramos allí, mano sobre mano, esperando la orden de ponernos en marcha. Alguna que otra vez nos planteamos incluso la posibilidad de ejecutar al rey por nuestra cuenta, pero enseguida renunciábamos, ya que estábamos atados de pies y manos. Asimismo, nos daba miedo que Alonso estuviera al acecho en la calle y acabara denunciándonos.

En ese tiempo sucedió algo que vino a aumentar mi inquietud. Y es que una tarde comencé a sentir unas extrañas náuseas y un repentino deseo de revesar. Sin decir nada a nadie, me fui al corral y eché fuera la comida. Al principio, pensé que podría estar enferma, dadas las condiciones en las que vivíamos. Pero luego me acordé de que en los últimos días había sufrido varios mareos y no hacía más que ir a orinar. A ello había que añadir que los pechos me dolían un poco y llevaba ya más de dos meses sin que me viniera el achaque. Era, pues, muy probable que estuviera encinta, noticia que no me hacía demasiado feliz, para qué vamos a engañarnos. Lo que en otro momento habría sido motivo de gran alegría, en esas circunstancias era un gran contratiempo y un motivo más bien de zozobra. Así que decidí no contarle nada a mi esposo. Bastantes cosas tenía él ya en las que pensar.

Para matar las horas solíamos sentarnos los tres alrededor del fuego para conversar. El que más hablaba era Joan, que resultó ser muy locuaz y entretenido, pues se sabía muchas historias, especialmente de los Evangelios, que él relataba de forma muy viva, como si hubiera sido testigo de estos. Un día Omar y yo le preguntamos que a qué se debía esa afición.

—De niño, aprendí a leer con el cura del pueblo y este me hacía memorizar algunos pasajes del Nuevo Testamento que él mismo me traducía del latín —

nos contestó—. Con el tiempo, me dio por soltar versículos aquí y allá, cada vez que se me presentaba la ocasión, y aunque no vinieran a cuento, y pronto empecé a adquirir fama de santo en toda la comarca. Como era tan inocente y bondadoso, la gente me acogía en su casa y me invitaba a comer, y luego me pedía que les impartiera algún sermón o les contara alguna parábola o, simplemente, que los confortara con la palabra divina, pues, según decían, les gustaba mucho escucharme. Hasta se corrió la voz de que había realizado algunos milagros, como encontrar a una niña que llevaba varios meses perdida en lo más profundo del bosque o hacer que una mujer estéril quedara preñada.

—¿Y eran ciertos tales milagros? —le pregunté yo, sin saber qué pensar.

—Yo lo único que hacía era rogar por esas criaturas; lo demás lo hacía el Señor —se limitó a responder.

—¿Y por qué creéis que eran vuestras plegarias las que habían sido atendidas? —inquirí yo.

—Porque fue por entonces cuando comencé a tener visiones y a escuchar voces en mi interior que decían hablar en nombre del Espíritu Santo y que, poco a poco, me fueron revelando que era el elegido, el señalado por el Creador —nos explicó, con naturalidad—. Yo, por supuesto, me resistí a creerlo. Pero lo cierto es que cada día mi fe era más fuerte y más poderosa. Todo esto me llevó a entender los Evangelios no como un relato de algo acontecido hacía siglos, sino como una especie de profecía de lo que iba a suceder en un futuro que por fin estaba próximo, y, en consecuencia, a pensar que yo era el nuevo Mesías, que había venido al mundo para renovar la palabra divina y traer por fin la paz, el amor y la justicia para todos, convirtiéndome así en el rey de los cristianos. Y, como tal, fui recibido en algunos pueblos de la comarca.

Lo que contaba parecía exagerado, pero la verdad es no me extrañó, pues la vida me ha enseñado que en este mundo siempre hay gente dispuesta a seguir y alabar a cualquier iluminado que les dé esperanzas y consuelo en medio de la miseria y la desesperación.

—Claro que también eran muchos los que pensaban que me había vuelto loco de tanto leer los Evangelios y repetir, sin ton ni son, las palabras de Jesucristo —continuó con naturalidad—. El Santo Oficio me llegó a abrir un proceso en el que se me acusaba de ser un blasfemo y un hereje y hasta de tener tratos con el diablo, del que salí absuelto, como no podía ser menos,

pues era más que evidente que en mi caso no había ninguna clase de maldad.

Todo esto debió de ser lo que hizo que los cómplices de Oriol y Catalina vieran en Joan la persona apropiada para acabar con el rey, sin que ellos tuvieran que mancharse las manos de sangre, y haciendo, de paso, recaer las sospechas sobre sus enemigos naturales, los payeses de *remença*, con los que Joan podía estar emparentado. Desde entonces, sus acólitos, y especialmente Bernat, le habían ido llenando la cabeza con infundios e historias ridículas, hasta hacerle creer que él era el hijo primogénito de Juan II y, por lo tanto, el auténtico heredero de la Corona de Aragón, destinado a ser, además, el principal rey de toda la cristiandad, lo que, de alguna manera, venía a confirmar sus propias profecías. De ahí que estuviera tan dispuesto a acabar con el que consideraba un usurpador.

—¿De verdad pensáis que son ciertas todas esas supercherías? —le planteó Omar.

—¿Y por qué no iban a serlo si vienen a corroborar lo que dicen los Evangelios? —argumentó Joan.

—Pero ¿es que no os dais cuenta de que intentan utilizaros?

—Seré yo el que los utilice a ellos, ya lo veréis —aseguró, convencido.

—¿Y cómo?

—Saliéndome con la mía —susurró, mirando a uno y otro lado.

—Dejadnos a nosotros al menos la tarea de ejecutar al rey —le pedí— y después vos podréis dedicaros a traer la paz a este pueblo sin tener que mancharos las manos de sangre.

—Yo no he venido a traer la paz, sino la espada —replicó él con firmeza.

—Así lo único que conseguiréis es que os maten —le advertí.

—En cualquier caso, esa es la voluntad de mi Padre, expresada a través del Espíritu Santo y libremente asumida por mí, que acepto gustoso el martirio al que con seguridad voy a ser condenado, pues estoy convencido de que muy pronto resucitaré convertido en rey —proclamó—. Y es que, por ser hijo del Señor, la muerte no tiene dominio sobre mi persona. Así que no estéis tristes —añadió a continuación—; pronto empezará una nueva época para la cristiandad, más gloriosa que la anterior, y los dos estaréis conmigo en el paraíso.

—Sabéis de sobra que eso no es posible —objeté yo.

—¿Lo decís porque él es mahometano y vos sois judía?

—¿Vos qué creéis? —le pregunté con cierta sorna.

—Si es por eso, no debéis preocuparos. Recordad que el propio Jesucristo, mi predecesor, fue un judío devoto, como seguramente lo seréis vos, lo que significa que no estamos tan lejos —concluyó.

—Tal vez fuera así en un principio, pero con el tiempo se ha ido abriendo un gran abismo entre nosotros —apunté yo—. No en vano se nos acusa de haber matado a vuestro Salvador.

—Pero yo he venido a acabar con esos malentendidos —aseguró él—. Recordad que vuestro Mesías todavía está por llegar. En cuanto a vos —añadió, dirigiéndose a Omar—, me consta que estáis bautizado, y, aunque no lo hayáis hecho de forma sincera, habéis de saber que ese sacramento imprime carácter, quiero decir que es como una marca o un sello espiritual que no se puede borrar ya de vuestra alma. De modo que sé muy bien lo que me digo.

—¡Eso es absurdo! —protestó mi esposo.

—Pensad lo que queráis. Lo cierto es que aquí estamos los tres unidos por una misma causa —proclamó Joan—, ¿no os parece maravilloso? Tal vez sea el anuncio de una inminente reconciliación.

—Pero ¿es que no os dais cuenta de que eso no es viable?

—Dejémoslo estar —le aconsejé yo a Omar, en voz baja—. En cuestiones de fe, de nada sirve intentar razonar.

—Y menos con un loco —me susurró mi esposo al oído.

Así es que lo dejamos por imposible. Por otra parte, no teníamos elección. Había que seguir adelante con él, pasara lo que pasara, y ya se vería luego en qué acababa todo. De momento, tan solo se podía rezar y confiar en Dios.

En todo caso, no hubo que esperar mucho. Esa misma tarde se presentó Bernat para comunicarnos que el hecho tendría lugar al día siguiente, al mediodía, cuando saliera el rey de su palacio.

—¿Y qué pasa con Alonso? —quiso saber Omar—. No me gustaría que apareciera por allí y lo echara todo a perder.

—Por ese no tenéis que preocuparos, pues ya está criando malvas —respondió el otro, con naturalidad.

—¿Estáis seguro? —le pregunté yo.

—Por supuesto. Lo mató de una estocada su propio hermanastro para evitar que hablara —reveló él.

—¿Y por qué no nos lo has contado hasta ahora, sabiendo lo importante que era para nosotros? —inquirí yo.

—Porque nunca me lo preguntasteis ni salió a relucir la cuestión —se limitó a contestar, dando el asunto por zanjado.

Joan, desde luego, se puso muy contento con la noticia. Pero Omar y yo no supimos cómo reaccionar. Tantos días esperándola con ansiedad y, ahora que por fin había llegado, nos dejaba sumidos en la mayor de las zozobras. De todos modos, lo más importante era que todo acabara de una vez y cuanto antes. El resto de la tarde estuvimos ultimando los preparativos y apenas tuve tiempo de pensar.

Sin embargo, por la noche, me vinieron de golpe todos los miedos, las dudas, las reticencias, las desconfianzas, las preocupaciones, las debilidades... No es que no estuviera convencida de lo que tenía que hacer, que lo estaba, ya que, en mi fuero interno, yo creía que era justo y necesario matar a un rey cuando este se comportaba como un traidor y un tirano, aunque solo fuera con una parte de sus súbditos, a los que, en lugar de proteger, como era su obligación, condenaba a muerte o al exilio, si no se convertían a su religión. En mi conciencia, yo contaba, además, con el aval de Dio y de mi familia, que iban a sentirse orgullosos de mí y me lo recompensarían de alguna forma; y algo muy parecido podría decirse del bueno de Omar, pues habíamos hablado de ello muchas veces; los dos pensábamos que era un deber hacia nuestros respectivos pueblos. Pero ¿qué sería de nosotros? Pasara lo que pasara al día siguiente, iba a ser muy difícil que los dos saliéramos indemnes del asunto. Lo más probable era que muriéramos, si no los dos, al menos uno, o que fuéramos detenidos, torturados y condenados a la hoguera, justo ahora que habíamos encontrado la felicidad aquí en la Tierra y el Señor iba a bendecirnos con un hijo, un hijo que tal vez no llegara a nacer. Y esto, desde luego, me parecía muy injusto, mas había que aceptarlo, pues formaba parte de los riesgos que, con nuestras respectivas promesas, los dos habíamos asumido en su momento ante nuestro Creador.

Por otra parte, había que admitir que, si no hubiera sido por mi voluntad de matar al rey, yo no habría conocido a Omar ni él me habría encontrado a mí ni nuestros destinos se habrían cruzado. De modo que debíamos aceptar las consecuencias, las buenas y las malas, pues, por más que lo intentáramos, no podrían separarse las unas de las otras. De alguna forma, el deseo de venganza nos había unido, y la culminación de esta posiblemente nos separaría para siempre sin remedio, ya que, en nuestro caso, ni siquiera

tendríamos el consuelo de que nuestras almas volvieran a reunirse en la otra vida, dado que pertenecíamos a distintas religiones y profesábamos doctrinas diferentes al respecto, lo que, en principio, implicaba que uno de los dos podría estar equivocado. Así y todo, había merecido la pena tropezármelo por el camino, y muy gustosa habría vuelto a enamorarme y a casarme y a concebir un hijo con él. Pero lo cierto es que ya no nos quedaba mucho tiempo.

A mi lado, Omar parecía dormir muy tranquilo, si bien lo más probable es que estuviera fingiendo y, asimismo, se estuviera preguntando si yo dormía o tan solo simulaba hacerlo. Pero ninguno de los dos se atrevía a comprobarlo, no fuera a ser que descubriera que su pareja estaba despierta y aquejada de la misma inquietud, lo que habría hecho mucho más profunda la aflicción y nos habría obligado a hablar de ello. Así que lo mejor era sufrir a solas, sabiendo que al día siguiente, a esa misma hora, ya estaríamos muertos o encarcelados o quién sabía dónde.

Imaginaba, por otra parte, a Joan de Canyamars, despierto, como nosotros, allá abajo, pensando en lo que pasaría cuando llegara el momento, tal vez aparentando ser un caballero que vela sus armas antes de la batalla, creyendo ser el dueño y señor de su destino, a pesar de no ser más que un títere en manos de unos desalmados, al igual que lo éramos Omar y yo, que consentíamos que nos utilizaran porque no teníamos otra opción. Solo que a él no parecía importarle mucho tener que inmolarsse en esa oscura misión; tal vez porque estaba loco y, por ello, no era muy consciente del riesgo que corría o porque, desde el comienzo, su sacrificio estaba ya previsto dentro de los planes que, según aseguraba, le había revelado el Espíritu Santo, del mismo modo que lo estaría su posterior resurrección.

En vela me figuraba también a Catalina y a Oriol, preocupados por lo que iba a suceder, pero sintiéndose a salvo de las posibles consecuencias, dado que otros iban a hacer el trabajo sucio; y a los reyes, insomnes en sus respectivos lechos, debido al peso de la corona y a los remordimientos de conciencia. Y, no sé por qué, me vino a las mientes el espectro de Alonso, al que creí ver vagando como alma en pena por la ciudad, sin encontrar el deseado descanso eterno.

Traté de sumirme en el sueño, aunque solo fuera una hora, y no lo conseguí. Me repetía una y otra vez la plegaria con la que me dormía de niña: «*Shemá Yisrael, Adonai Eloheinu, Adonai Ejud* (Escucha, Israel, el Señor es

nuestro Dio, el Señor es Uno)». Y cuanto más lo intentaba más me desvelaba, hasta que dejé de insistir. Era ya noche cerrada y no se oía nada a mi alrededor. Pero, si hacía un esfuerzo y contenía la respiración, podía llegar a escuchar, de forma nítida, la de la ciudad, hecha de todas y cada una de las respiraciones que, en ese preciso instante, alentaban en los hogares y rincones de Barcelona, las de los que dormían, más regulares, y las de los que aún permanecían en vela, más inquietas y cambiantes. Los unos sumidos en sus sueños, los otros en sus cavilaciones. El pobre soñando con ser rico y el opulento, con poder disfrutar de sus posesiones sin miedo a que se las arrebaten. Y es que el sueño, como la muerte, a todos nos iguala; una vez dormidos o acabados, lo mismo da ser rico que pobre, rey que gañán, noble que vasallo, cristiano que judío, judío que musulmán, pues, al final, todos pisamos el mismo lodo y estamos hechos del mismo barro.

Yo seguí en vela y cavilando, debido a que era incapaz de quedarme dormida, de sumergirme en el bendito sueño, como me había aconsejado Joan, hasta que, de repente, me di cuenta de que el alba ya estaba a punto de romper para dar a luz un nuevo día, no uno más, no uno cualquiera, sino aquel en el que, para bien o para mal, todo cambiaría para nosotros. Y no podríamos quejarnos, porque, de alguna forma, así lo habíamos elegido. Pero, para que ese nuevo día naciera, la larga noche debía morir, y eso era lo que más me asustaba y me llenaba de angustia.

—Oh, tú, noche reparadora, no te vayas aún —rogué yo, entonces, en voz baja—, concédeme un respiro, una tregua, una pausa entre un día y otro, entre el deseo de venganza y su realización, entre la víspera y la fecha de la consumación, para que ya no tenga que pensar más en ello, pues el miedo resulta paralizante y las dudas acaban por anular la voluntad.

XXII

(BEATRIZ GALINDO)

Nunca, por más que viva, olvidaré lo que ocurrió en Barcelona el viernes 7 de diciembre de 1492. Ese día amaneció limpio y soleado, sin una sola nube que permitiera presagiar que, pocas horas después, iba a suceder algo extraordinario. Yo me encontraba, por casualidad, en una pequeña galería del palacio que daba sobre la plaza del Rey. Me había asomado para gozar del sol invernal. En una ventana me pareció ver al archivero real, Pere Miquel Carbonell, al que saludé con la mano. En un primer momento, la explanada estaba casi vacía, tan solo atravesada, de cuando en cuando, por algún que otro artesano o campesino que se dirigía al palacio o que volvía de él, cabizbajo o alegre, según le hubiera ido dentro. Pero, poco a poco, el lugar se fue animando.

Como todos los viernes a esa hora, el rey estaba celebrando audiencia pública en el salón del Tinell. Desde primera hora de la mañana hasta el mediodía, tenía que escuchar las denuncias, súplicas, quejas y lamentaciones de algunos de sus súbditos más humildes con el fin de impartir justicia y solucionar sus conflictos, y eso era algo que le aburría mucho, pero que él hacía con gran aplicación, pues sabía lo importante que era para su pueblo y para reafirmar la autoridad y la buena imagen del rey en una ciudad en la que su dominio y soberanía siempre estaban en tela de juicio. De todas formas, muchos de los casos ya los había tratado con sus asesores, que le aconsejaban la mejor manera de abordarlos. Y, por lo general, él era comprensivo y magnánimo y enseguida se compadecía de los pobres desgraciados que, por alguna circunstancia, se veían en un aprieto.

Mientras tanto, la plaza seguía llenándose. A esa hora, había ya varias

personas que me eran conocidas, en su mayoría miembros de la corte y del servicio del rey; entre ellos estaba, cómo no, mi marido, que aguardaba en la puerta con algunos documentos que su señor debería firmar antes de abandonar el palacio. Lo habitual era que esperara dentro, pero seguramente había salido para tomar el aire y estirar las piernas, después de varias horas revisando documentos, una tarea que le desagradaba. Un poco más abajo, junto a las escaleras, estaban el conde de Dalt y su hermana Catalina con varios de sus criados, a la espera de que el rey por fin los invitara a acompañarle en el paseo a caballo que daba ciertos días antes de comer. Habitualmente, a su alteza le gustaba cabalgar hasta la playa o hasta las atarazanas reales y contemplar el mar, lo que le producía gran sosiego, y eran muchos los cortesanos que aprovechaban la vuelta para tratar de hablar o congraciarse con él. Ese día en concreto, los dos hermanos parecían muy expectantes, como si les fuera la vida en ello.

Dispersos por la plaza, se veían también varios grupos. A juzgar por su aspecto y vestimenta, eran forasteros y gente del pueblo que se habían acercado a ver al monarca cuando saliera de la audiencia; unos en señal de respeto, otros por mera curiosidad. Detrás de un carro cargado de paja para las caballerizas reales, me pareció distinguir un rostro conocido; en un principio, no logré ponerle nombre, pues estaba muy cambiado, pero enseguida me di cuenta de que se trataba del joven Omar, también llamado Fernando, al que había conocido en la Alhambra, poco antes de su bautizo, y al que no había vuelto a ver, pues había desaparecido de repente de Granada. ¿Qué hacía allí?, me pregunté. Supuse que habría acudido para ver al rey, su padrino, y pedirle perdón por haberse ido en su día sin avisar. Entonces, ¿por qué se escondía? ¿Tenía miedo de que lo descubrieran y lo castigarán? Con él estaba una mujer. Aunque no se le veía bien el rostro, me pareció que era también muy joven y hermosa y con la tez algo morena. ¿Acaso Omar había huido de Granada para casarse con una mora? Los dos estaban muy tensos y pendientes de lo que sucedía a su alrededor, por lo que apenas hablaban entre ellos.

En ese momento, comenzaron a sonar en la catedral las campanas que anunciaban de nuevo la hora del ángelus, lo que hizo que se espantaran las palomas que había en la plaza. Poco después, se formó un pequeño revuelo en la puerta del palacio. Era el rey, que, tras haber concluido la audiencia pública, salía del Tinell. Se le veía cansado y yo diría que un poco hartó, algo

más de lo ordinario, aunque, como siempre, trataba de disimularlo, pues se supone que los reyes están muy por encima de las debilidades humanas. Una vez fuera, Fernando se detuvo un momento delante de la pequeña escalinata, justo en el ángulo que forman la fachada principal del palacio real y la puerta de la capilla de Santa Águeda, para hablar con su tesorero y ordenar que le prepararan el caballo, ya que tenía muchas ganas de montar.

En la plaza, la gente comenzó a vitorearlo y el rey les correspondió saludando con las dos manos en alto. A mi marido, que se encontraba a solo unos pasos de él, se le veía cada vez más inquieto, y lo mismo sucedía con Oriol y Catalina, que no paraban de mirar a un lado y a otro de la plaza, al tiempo que Omar, seguido por la muchacha, abandonaba su sitio y se dirigía hacia la escalera, abriéndose camino casi a empujones entre los asistentes, con la mano derecha escondida bajo las ropas. «Mi marido, Oriol y Catalina, el joven Omar: los cuatro coincidieron no hace mucho en Granada, conocen al rey y, seguramente, tienen motivos para odiarlo», recuerdo que pensé.

Su alteza, por fin, se puso en marcha. Mi marido dio un paso hacia él con el cartapacio en una mano y la otra puesta en el pomo de la espada, mientras Oriol y su hermana se dirigían al lugar en el que estaba el caballo del rey y Omar y la joven se situaban junto a las gradas. De alguna forma, yo intuía que algo iba a ocurrir, pero no acertaba a imaginar qué ni sabía cómo evitarlo. De repente alguien salió de la capilla de Santa Águeda y se acercó al rey por la espalda, al tiempo que sacaba algo de debajo de la capa. Se trataba de una espada corta y ancha, una especie de terciado o alfanje de no más de tres palmos. El desconocido alzó, entonces, el arma y la blandió con firmeza en el preciso instante en el que el rey empezaba a descender las escaleras.

Al ver que su vida corría peligro, yo grité con todas mis fuerzas desde el lugar en el que me encontraba, y Fernando, sorprendido, comenzó a volverse hacia mí, como me figuro que harían muchos de los presentes. Gracias a ello y a que al agresor debió de temblarle un poco el brazo, tal vez estorbado por alguno de los que estaban junto a él, el golpe le rozó la sien y la oreja y fue a dar en el hombro izquierdo, justo donde se une al cuello, en lugar de ir a parar directamente a este. El impacto fue amortiguado, además, por una cadena de gruesos eslabones que el rey llevaba puesta, el célebre collar de la orden del Toisón de Oro. Así y todo, el criminal consiguió asestarle un gran tajo oblicuo que le causó una herida enorme y profunda, a juzgar por la sangre que de ella salía. Si la trayectoria no se hubiera desviado, a buen

seguro le habría cortado la cabeza.

Tras el ataque, su alteza se echó la mano al cuello y comenzó a exclamar:

—¡Traición, traición! ¡Oh, Santa María! ¡Váleme, Señora!

Después se produjo un enorme revuelo. El traidor intentó un segundo golpe, pero los criados más cercanos al monarca, un trinchante llamado Antonio Ferrol y el mozo de espuelas Alonso de Hoyos, se abalanzaron sobre él y consiguieron reducirlo y apuñalarlo varias veces con las dagas que llevaban al cinto. Y allí mismo lo habrían rematado si el rey no los hubiera contenido.

—Que no muera ese hombre —me pareció que les decía.

La herida, mientras tanto, no paraba de manar sangre, tanta que ya no tuve corazón para seguir contemplándola. Así que cerré los ojos, pero la sangre seguía ahí, en el velo de mis párpados, como si todo se hubiera teñido de rojo para siempre. La sensación fue tan dolorosa que todavía hoy me estremezco con solo recordarlo y apenas soy capaz de seguir escribiendo...

De repente, me acordé de mi marido y de los otros. Una vez que se llevaron detenido al agresor, que tenía aspecto de campesino y debía de rondar ya los sesenta años, los busqué entre el gentío que se agolpaba en torno a las escaleras, pero no logré verlos. De modo que abandoné la galería y me dirigí a la entrada del palacio. Cuando llegué, estaban ya trasladando al rey al interior, en medio del rumor atropellado de la gente. Después de ir de un lado para otro, se lo llevaron a la cámara en la que antaño solía descansar su padre. Allí lo acomodaron en una silla hasta que llegaron los físicos y cirujanos, entre los que se encontraban el maestro Guadalupe y el valenciano Lluís Alcanyís, de origen converso, que estaba de visita en la corte. Estos le hicieron beber un poco de vino, que el soberano no fue capaz de tragar. Aunque le habían taponado la herida, su alteza seguía perdiendo mucha sangre.

El rey miró hacia mí y con un leve gesto de la mano me dio las gracias por haberlo alertado, o al menos eso me pareció. Luego la cara le fue cambiando de color.

—Tenedme fuerte, que se me va el corazón —musitó, antes de caer desvanecido.

A su alrededor, todos comenzamos a gritar y a llorar de forma desconsolada, como si fuéramos unos pobres niños que acabaran de perder a su padre, hasta que el rey recobró de nuevo el conocimiento y nos pidió a

todos que nos calmáramos, que él aún no estaba muerto y que, con la ayuda del Señor, no pensaba irse por ahora. Los médicos, aliviados, procedieron a examinarlo.

Aunque la herida era grande, como de un jeme de larga y cuatro dedos de profundidad, los físicos aseguraron que, en principio, no era mortal, pues, gracias a Dios, el filo de la espada no había tocado, por muy poco, la vena vital, y el golpe tan solo le había roto la clavícula. Parecía como si el arma hubiera entrado por el lugar por donde podía haber menos peligro, dejando a salvo el cuello, el hueso de la nuca y todas las cuerdas. Le faltó tan solo un hilo de araña, ese con el que, según los antiguos, tejían nuestro destino las Parcas. Algo más a la derecha, y este se habría roto, y el rey habría muerto sin remedio.

Después de retirar la parte del hueso astillado y lavar bien la herida, discutieron los físicos y cirujanos sobre si deberían coser la herida o tratar de curarla con aguas fuertes. Al final, decidieron suturarla con siete puntos, y, al cabo de un rato, el rey comenzó a sentirse mejor. Mientras su alteza se recuperaba, volví a buscar a mi marido por la sala y en la entrada, pero no lo encontré. Pregunté por él a varios criados y uno de ellos me dijo que lo había visto salir corriendo en dirección al otro extremo de la plaza, lo que me causó una gran desazón.

El palacio, por otra parte, era un ir y venir de gente desorientada. Los cortesanos castellanos pensaban que se trataba de una conspiración de los catalanes, a los que acusaban de traidores; de ahí que algunos miembros del Consejo hubieran ordenado que los soldados ocuparan con sus armas las calles cercanas. Asimismo, habían mandado preparar las galeras del rey en el puerto, por si este, la reina y sus hijos tenían que ponerse a salvo y salir raudos de la ciudad. Los catalanes, por su lado, le echaban la culpa a los castellanos y a los navarros, y aquí y allá se veían riñas y conatos de pelea que nadie era capaz de atajar. Era tal la sensación de desorden y desconcierto que parecía que en cualquier momento podría desatarse una guerra.

De la calle llegaban rumores confusos que decían que habían sido los franceses, con el fin de entorpecer las negociaciones sobre los condados, o los moros o algún judío o falso converso. Los campesinos, por su parte, señalaban con el dedo acusador a los nobles y estos, a los payeses de *remença*, lo que había propiciado algunos enfrentamientos y disturbios en varios lugares de la ciudad. Y eran muchos los que creían que el rey había

muerto, lo que agravaba más las cosas.

De pronto comenzaron a oírse algunos gritos en la puerta. Era la reina, que, angustiada por lo sucedido, acababa de llegar al palacio con algunas damas de su séquito, preguntando a unos y a otros con gran angustia: «¿Dónde está mi rey y señor? ¿Está muerto o vivo?», que daba pena verla. Tras ser informada por los médicos sobre su estado, mi señora tuvo que esperar un poco para poder visitarlo, pues el rey estaba confesándose.

Al notarla tan inquieta y abatida, me acerqué a ella para intentar tranquilizarla. Estaba despeinada y el vestido que llevaba parecía roto y manchado. Sin tener que preguntarle, la reina me contó que, cuando salía del palacio del obispo, se había caído al suelo y tuvo que ser socorrida por sus damas, a las que rogó que la sujetaran por las axilas, pues quería ir a pie a ver a su esposo lo antes posible. Durante el camino, no había parado de llorar y había tenido que enjugarse las lágrimas con una de las mangas de la camisa.

—Venía también a daros las gracias —me dijo de pronto—. Alguien me ha comentado que fueron vuestros gritos los que alertaron a mi marido y que eso le ha permitido salvar la vida.

—Por fortuna, yo me encontraba en la galería de arriba y pude darme cuenta de lo que estaba pasando —corroboré—. Si se ha salvado, ha sido por la voluntad de Dios, que me condujo hasta allí.

La reina quiso saber si había observado algo que llamara mi atención y yo le confesé que había visto a Omar, acompañado de una mujer, y, no muy lejos de ellos, a Oriol y a Catalina, en actitud sospechosa.

—¿Creéis vos que podría tratarse de una conjura? —inquirió la reina.

—Eso me temo —confirmé yo—, y lo mismo debió de pensar su alteza, pues ordenó enseguida que no mataran a su agresor, supongo que con la intención de averiguar si actuaba solo o formaba parte de una conspiración.

—Seguro que detrás de todo esto está la mano de Catalina de Dalt —apuntó la reina con vehemencia—; de ahí su interés en que viniéramos a Barcelona. Lo malo es que no tenemos pruebas, y sin ellas no podemos acusarla, pues se nos echaría encima una buena parte de los nobles y de las instituciones de la ciudad.

—¿Y qué me dice vuestra alteza de la presencia de Omar? —sugerí yo.

—Ese traidor y Catalina fueron amantes en Granada, poco antes de que él desapareciera —me informó.

—No lo sabía —comenté, sin poder disimular mi asombro.

—Es que vos no tenéis espías, como yo —me recordó ella—. Así y todo, de poco me valen cuando se trata de algo importante —se lamentó.

En ese momento, llegó un oficial de la guardia del rey, que pidió hablar con mi señora. Esta le ordenó que se acercara, y el hombre le comunicó que, en un muladar, había aparecido el cadáver de un tal Alonso, antiguo soldado de su alteza y hermano de uno de sus palafreneros, Gonzalvo de Cascais, lo que, de alguna forma, parecía confirmar la hipótesis de la conjura. Había muerto acuchillado y tenía el cuerpo lleno de heridas. Entre sus ropas encontraron una daga que a la reina le resultó familiar. Mi señora ordenó, entonces, que buscaran al palafrenero, con el fin de poder interrogarlo, y que detuvieran a Omar y a su acompañante. Para ello, tuve que hacerle al oficial una descripción de estos.

—No sabéis cómo agradezco toda vuestra ayuda —me indicó mi señora.

—Hay algo más que me gustaría comentar a vuestra alteza —anuncié yo.

—Hablad —me animó ella.

—Se trata de mi marido.

—¿Vuestro marido?! —exclamó, sorprendida.

Antes de que pudiera añadir nada, uno de los criados le comunicó a la reina que los físicos habían dicho que ya podía ir a visitar al monarca, pues se encontraba mucho mejor.

—¿Me acompañáis? —me rogó, de pronto, mi señora—. Estoy segura de que se alegrará de veros.

—A mí también verlo con vida —proclamé yo.

Cuando llegamos a la sala en la que lo habían instalado, observamos que había alguien con él. Aunque estaba de espaldas y había muy poca luz, comprendí enseguida que se trataba de mi esposo. Este llevaba algo en las manos y estaba inclinado sobre el rey, que no paraba de gemir y manotear, como si le faltara el aire.

—No, no lo hagáis —grité yo, en cuanto me di cuenta de que podía estar asfixiándolo con la almohada.

—¿Y por qué no? —replicó mi marido, volviéndose hacia mí—. Simplemente estaba ayudándolo a incorporarse un poco, tal y como su alteza me pidió, ya que la reina venía a verlo y quería estar más presentable.

—¿Es verdad eso? —le preguntó al rey mi señora.

—Pues claro —respondió este, sonriendo—. ¡No iba a recibiros abatido! Pero se ve que, al intentar cambiar de postura, me han vuelto de golpe los

dolores; lamento haberos asustado.

Después, se produjo un silencio un tanto embarazoso, al menos para mí. La verdad es que no sabía si reír de felicidad, por haber descubierto que mi marido no albergaba intenciones de matar a su alteza, o echarme a llorar de forma desconsolada, por haber desconfiado de él hasta ese punto. La reina me sacó del apuro, dándole las gracias a mi esposo, al tiempo que apretaba la mano derecha del rey en señal de cariño y apoyo.

—¿Y qué tal os encontráis? —inquirió, dirigiéndose a su marido.

—Un poco estropeado —reconoció este—, pero con muchas ganas de vivir, pues me he dado cuenta de que también los reyes, por muy poderosos que seamos, podemos morir en cualquier instante.

—*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres* —recordé yo en voz alta.

—¿Cómo decís?! —preguntó el rey.

—Es una cita de Horacio: «La pálida muerte de igual modo pisa las chozas de los pobres que las torres de los ricos» —traduje yo.

—A eso me refería —confirmó su alteza.

—¿Acaso antes pensabais que por ser rey erais inmortal? —comentó mi señora, divertida.

—Eso me hicieron creer los cronistas y algunos aduladores, después de haber participado en tantas guerras y conflictos sin recibir ni un rasguño. El Señor era mi ayuda y yo no temía lo que pudieran hacerme los hombres. Pero no siempre fue así —precisó—. ¿Os acordáis del testamento que mandé redactar cuando apenas tenía veintitrés años y estaba a punto de entrar en batalla con el rey de Portugal para defender vuestros derechos? Entonces sí que era consciente de los peligros que corría.

—¿Cómo lo iba a olvidar! —exclamó la reina, emocionada—. En él me dedicabais unas palabras muy hermosas y sentidas. Recuerdo que, entre otras cosas, me pedíais que, cuando llegara mi hora, nos enterraran juntos donde yo quisiera, ya que era vuestro deseo que, así como habíamos sido ayuntados por matrimonio y singular amor en vida, no estuviéramos separados en la muerte.

—Más que miedo a la muerte lo que tenía era miedo a perderos, pues sé lo mucho que valéis y que me amáis —precisó el rey.

—Me alegra mucho oír eso.

—Debería contárselo a todo el mundo, para que se supiera lo afortunado que soy —proclamó—. De los dos, vos sois sin duda, y con diferencia, la más

inteligente, decidida y esforzada. Y yo lo único que he hecho en los últimos años es faltáros al respeto y defraudaros continuamente; de ahí que Dios me haya mandado un aviso —añadió el rey con voz estrangulada.

—Es posible que así sea —admitió la reina—. Pero lo importante es que habéis sobrevivido.

—En cuanto a eso, quiero que sepáis que, si no llega a ser por la buena de Beatriz y por este bendito collar —añadió, señalando el de la orden del Toisón de Oro, que colgaba del cabecero de la cama—, ahora ya no estaría aquí.

—Como diría el propio Horacio, las Parcas han sido indulgentes con vuestra alteza —apunté yo.

—Desde luego, ha sido una gran suerte, pues Dios os ha dado una segunda oportunidad —confirmó mi señora.

—Mucha gente creerá que ha sido un milagro —especuló el rey.

—En tal caso, dejaremos que siga creyéndolo, pues eso nos conviene y favorece —argumentó la reina—. Al fin y al cabo, somos reyes por la gracia divina —añadió para justificarse.

—Si os parece, a los aragoneses les diremos que intervino la Virgen del Pilar y a los catalanes que fue la Moreneta —propuso él.

—En cuanto a los traidores, sean quienes sean, tened por seguro que lo pagarán muy caro —sentenció ella con firmeza.

En ese instante, llegaron noticias de que, tras los primeros interrogatorios, se había sabido que el agresor era un campesino catalán llamado Joan de Canyamars, seguramente un loco o un orate, a juzgar por las cosas que decía y el poco aprecio que sentía por su propia vida, lo que nos sorprendió mucho a todos, y en especial a la reina, que, a pesar de semejantes indicios, creía que detrás tenía que haber alguien más. Por otra parte, estaba muy indignada con el hecho de que alguien de tan baja y vil condición hubiera osado poner sus impuras manos sobre su alteza.

Aún no habíamos terminado de asimilar tales nuevas cuando se presentó en la cámara del rey Pere Bussot, *conseller en cap* del Consell de Cent, que era el encargado de regir la ciudad. Aunque trataba de parecer tranquilo, lo cierto es que se le notaba muy alterado, tal vez debido al origen del detenido y a las posibles consecuencias que ello podría acarrear para Barcelona.

—He venido a saber cómo se encuentra su alteza —le dijo a la reina, fingiendo una preocupación que, a buen seguro, estaba muy lejos de sentir.

—Ya veis lo que me dan en esta tierra cuando vengo a visitarla —comentó el rey desde su lecho, con voz quejumbrosa.

—Lo que en esta tierra dan los locos, allá en la tierra de donde viene vuestra alteza lo dan los cuerdos, los infantes y los hermanos —replicó el *conseller en cap*, muy digno, sin poder reprimirse.

—No creo que sea este un momento para desaires ni reproches —lo reprendió la reina con mal tono.

—No era esa, desde luego, mi intención, pero hay insinuaciones que no puedo tolerar —se justificó el *conseller en cap*—. Por desgracia, locos hay en todas partes, incluso entre los que presumimos de *seny* o sensatez.

—¿Y cómo os explicáis que haya ocurrido esto aquí? —inquirió Isabel.

—Con toda seguridad, ha tenido que ser en un momento de *rauxa* o arrebató, del que nadie está libre, y menos en determinadas circunstancias —explicó—. Y ahora, si se me permite, debo ir a velar por mi pueblo.

—Id en buena hora, no vaya a ser que se os desmande —le soltó la reina, con mucha ironía.

—Confío en que no haya represalias contra los barceloneses por algo con lo que ellos no tienen nada que ver, de eso estoy bien seguro —dejó caer el *conseller en cap*, a modo de despedida.

Cuando se fue, nos miramos sorprendidos por lo que habíamos escuchado.

—Me pregunto qué habría pasado si ese pobre loco hubiera logrado su objetivo —comentó el rey con tono jocoso—. Supongo que, para algunos, el orate ahora sería un héroe.

—No penséis en esas cosas; lo importante es que os recuperéis —sugirió su esposa, con semblante pensativo—. Estoy segura de que, si mantenemos la calma y lo hacemos bien, aún podremos sacarle mucho partido a esta situación.

Mientras tanto, en las calles, seguían circulando todo tipo de rumores sobre el terrible incidente y el estado del rey. Entre otras cosas, se decía que estaba muy grave e incluso que había muerto a consecuencia de las heridas. En cuanto al responsable, todavía eran muchos los que, a despecho de las últimas averiguaciones, seguían proclamando que se trataba de un francés que quería provocar una guerra; o que apuntaban a los payeses de *remença* insatisfechos o, en el otro extremo, a la nobleza descontenta con el rey; o que dirigían sus

sospechas hacia los judíos, debido a la expulsión, o hacia los moros, por la toma de Granada.

Esto último me llevó a pensar en Omar y su amiga, que todavía no habían aparecido, como si se los hubiera tragado la tierra. En cuanto a Gonzalvo de Cascais, acababa de ser hallado muerto cerca de una taberna de mala fama, en los alrededores del puerto; parece ser que lo habían degollado para robarle, pero, entre sus ropas, se encontró una bolsa repleta de monedas, lo que no casaba con el supuesto hurto, aunque sí con el pago de una posible traición.

Una parte de la ciudad estaba ocupada por los soldados del rey, que, nada más producirse el intento de regicidio, se habían desplegado por algunos lugares estratégicos, como medida de precaución, hasta que se descartara totalmente la hipótesis de la conjura. Desde primera hora de la tarde, comenzaron a hacerse numerosas procesiones y rogativas en torno a la catedral y a la iglesia de Santa María del Mar. Una de ellas llegó hasta la plaza del Rey, donde se detuvo para rezar por el pronto restablecimiento del monarca. Esto hizo que su alteza se empeñara en asomarse a la ventana de su cámara para que vieran que seguía vivo y con ganas de seguir gobernando. Pero la reina, en un principio, no lo consintió. Él, no obstante, persistió en la idea y su esposa no tuvo más remedio que ceder. Era ya casi de noche, y en esos momentos la plaza estaba llena a rebosar de gente que había acudido a pedir por su salud y a manifestarle su apoyo y lealtad.

El revuelo que se armó cuando se abrió la ventana y se asomó por ella el monarca, cubierto con un grueso manto para no coger frío, fue digno de verse. «¡Mirad! ¡Es él, es él!», exclamaron algunos de los presentes, como si estuvieran ante el mismísimo Cristo resucitado. Para muchos de ellos, se trataba, con toda seguridad, de un auténtico milagro. Hasta sus detractores lo miraban atónitos, como si no pudieran dar crédito a lo que veían sus ojos. El soberano saludó entonces con la mano derecha e intentó forzar una sonrisa, a pesar del dolor que la herida le causaba, un gesto que los asistentes agradecieron con aplausos y gritos de «¡Viva el rey!».

Enseguida supimos que, entre los presentes, estaba Catalina de Dalt, que había regresado con su hermano con la intención de ver cómo estaba su alteza. Y, en cuanto mi señora se enteró de que se encontraba en la puerta, ella misma salió a echarla con cajas destempladas delante de todo el mundo. Después, le dio instrucciones al oficial de guardia para que no se le permitiera volver a entrar en palacio y ordenó a los alguaciles de la corte que la

siguieran con discreción e hicieran pesquisas sobre ella y su hermano. Pero no hallaron nada que pudiera implicarlos. Pese a ello, la reina seguía convencida de su culpabilidad; de hecho, se hizo la promesa de no descansar hasta conseguir acabar con ellos.

Ya fuera por una cosa o por otra, lo cierto es que esa noche la reina no durmió. Yo intenté sustituirla durante unas horas junto al lecho de su marido, pero ella se negó. Después de mucho insistir, me permitió que la acompañara durante un rato, que ella aprovechó para dar rienda suelta a sus miedos y desahogarse conmigo.

—¿Vos creéis que saldrá de esta? —se atrevió, por fin, a preguntarme.

—Estoy convencida de que sí, al menos eso es lo que piensan los médicos —la tranquilicé.

—¡Qué sabrán ellos! —exclamó—. Hoy he pasado tanto miedo que me tiembla el corazón solo de recordarlo. Nunca me he sentido más desamparada.

—Ha sido un día duro, desde luego —confirmé yo.

—Hay que ver la de cosas que nos han pasado últimamente. Hace casi un año, vos tuvisteis aquel percance con el rey —me recordó—, y hoy, sin embargo, le habéis salvado la vida, lo que constituye todo un ejemplo de lealtad.

—Tan solo he hecho lo que tenía que hacer —puntalicé yo.

—Lo que no quita para que yo os lo agradezca —insistió—. En este día hemos visto que los reyes pueden perecer de cualquier desastre, como los demás, por lo que conviene tenerlo todo aparejado para bien morir —me explicó—. Naturalmente, esto es algo que yo ya había pensado muchas veces, y más en las épocas de grandeza y prosperidad. Pero hay una gran diferencia entre saberlo y probarlo. Por eso me gustaría que, si en otra ocasión vuelve a tocarme la muerte tan de cerca, Dios no lo quiera, me encuentre en mejor situación, en especial en lo que se refiere al pago de las deudas que tengo contraídas. De ahí que, en cuanto tenga tiempo, lo primero que voy a hacer es escribirle a mi antiguo confesor, fray Hernando de Talavera, con el encargo de que saque las cuentas de todo el dinero que debo y me prepare un memorial, para intentar afrontarlo cuanto antes y así quedarme más tranquila, pues nunca sabes cuándo te puede tocar a ti. Por suerte, las otras deudas, las del alma, las llevo más al día —añadió con orgullo.

El resto del tiempo lo pasó la reina sin moverse del sitio ni un solo

instante, como un centinela en medio de la noche, velando y rezando para que la muerte no entrara en la cámara con paso sigiloso y se llevara a su marido.

(CATALINA DE DALT)

Parece mentira, pero el muy bastardo logró sobrevivir contra todo pronóstico, y aún me sigo preguntando cómo fue posible. Me imagino que, si no llega a ser por la maldita Beatriz, que estaba contemplándolo todo desde una galería del palacio, y por la buena suerte del rey, que parecía seguir contando con la protección divina, ahora las cosas serían muy distintas. Cualquiera otro habría muerto con un tajo tan descomunal como aquel, pero no Fernando, que de momento había logrado conservar la cabeza y la corona en su sitio.

Después de un primer momento de confusión, mi hermano y yo decidimos huir, por lo que pudiera pasar, ya que los dos habíamos escuchado que el rey había pedido que interrogaran al detenido, suponíamos que con la intención de averiguar si detrás de tamaño crimen había alguna conjura. Durante horas, aguardamos noticias en un almacén que había cerca del puerto, donde nos esperaba un pequeño barco de pesca, dispuesto para partir con nosotros, si era necesario, rumbo a Francia. Mientras tanto, yo me preguntaba qué habría sido de Omar y su esposa. Imaginaba que habrían aprovechado el desconcierto para huir de la plaza, pero no creía que hubieran podido salir de la ciudad, ya que todas las puertas estarían cerradas y vigiladas desde el momento en que se tuvo noticia de los hechos.

Como me daba miedo que los detuviera alguna de las muchas rondas de soldados que había en esos momentos por las calles, le ordené a Marcial que los buscara y se deshiciera de ellos de manera discreta; de esta forma, no podrían delatarnos bajo tortura ni traicionarnos a cambio de que a ellos les perdonaran la vida. Bastante teníamos ya con ese maldito loco que lo había

echado todo a perder. Estaba tan indignada y enfurecida con él que, de haberlo tenido delante, yo misma le habría quitado la vida y arrancado las entrañas.

Tras varias horas de espera sin recibir noticias, mi hermano y yo pensamos que lo más sensato sería volver al palacio para interesarnos por la salud del rey y, de paso, ponernos a su servicio. Si no lo hacíamos de ese modo, confirmaríamos las sospechas de la reina y acabaríamos por despertarlas en los demás.

En nuestro recorrido hasta el palacio, pudimos comprobar que eran muchos los que pensaban que este había muerto o que, al menos, estaba ya agonizando y en las últimas, dado que los rumores eran muy confusos. Pero justo cuando llegamos a la plaza, pudimos ver a Fernando asomado a la ventana para desmentirlos y tranquilizar así a la muchedumbre, que, tras contemplarlo con gran asombro, comenzó a aclamarlo y a darle gracias a Dios y a la Virgen de Montserrat, como si se tratara de un milagro.

Durante un instante, mi hermano y yo nos miramos horrorizados, pues empezábamos a darnos cuenta de que, con nuestro acto, estábamos consiguiendo justo lo contrario de lo que pretendíamos, aumentar la popularidad del rey en Barcelona y afianzarlo más en el poder. Y, si no hacíamos algo pronto, las cosas aún podrían empeorar.

El caso es que nos armamos de valor y tratamos de acceder al palacio. Pero enseguida apareció la reina y me espetó que yo no era bien recibida en la corte; lo dijo en voz alta, sin ningún tipo de discreción, para que todos lo oyeran.

—Tan solo quiero saber cómo se encuentra su alteza —pedí yo, aparentando naturalidad—, y, si fuera posible, verlo.

—¿Para qué? ¿Para intentar rematarlo? —preguntó la reina con tono sarcástico.

—¡Eso es absurdo! Vuestra alteza sabe que yo lo quiero...

—Lo que queréis es verlo muerto —replicó ella con gran virulencia.

—Comprendo que en este momento vuestra alteza se encuentre muy afectada, pero eso no justifica que se me trate de esta forma —me quejé.

—Callad, y no me hagáis hablar más, que, si por mí fuera, ahora mismo os mandaría detener —me amenazó.

—En todo caso, ruego a vuestra alteza le diga al rey que he venido a interesarme por su estado —le pedí.

—Se lo diré, descuidad. Le divertirá mucho saberlo, después de lo que ha pasado hoy. Y no os molestéis en volver —añadió con firmeza.

—Eso tendrá que decidirlo el rey —le recordé yo.

—El rey no está ahora en condiciones de decidir nada —me replicó.

—Entonces, volveré cuando lo esté —concluí yo, dirigiéndome hacia la puerta, seguida por mi hermano.

Parecía, pues, bastante claro que la reina sospechaba de mí, pero no disponía de ninguna prueba. Si la hubiera tenido o hubiera contado con el apoyo del Consejo Real, sin duda ya me habría hecho prender. Pero se ve que las circunstancias no lo aconsejaban, ya que ello habría dado pábulo a la sospecha de que se trataba de una conjura de los catalanes, y eso, en tales momentos, no resultaba conveniente ni oportuno para los intereses de la Corona. Desde que se supo que el agresor era del principado, había aumentado mucho la tensión en la ciudad.

Después de que le curaran las heridas y le pusieran grilletes, Joan de Canyamars fue debidamente interrogado por algunos miembros del Consejo Real, que no consiguieron arrancarle más que una sarta de disparates. No obstante, al día siguiente, se le envió a la sede del Santo Oficio, para que fuera sometido a tormento por varios inquisidores recién llegados de Zaragoza con nuevos aparatos de tortura. El objetivo era tratar de averiguar quién había armado el brazo e instigado la acción del frustrado regicida, pero también decidir sobre si estaba loco o más bien poseído por el diablo, ya que se sabía que, hacía algún tiempo, había sido ya detenido por el Santo Oficio, acusado de estar endemoniado y practicar la nigromancia, si bien los interrogatorios no resultaron concluyentes.

Durante el suplicio, que soportó de manera estoica, a pesar de su avanzada edad, el reo siguió echándole la culpa al Espíritu Santo, que, según precisó, se le había aparecido varias veces en forma de paloma y le había prometido que, cuando el rey hubiera muerto, él ocuparía su lugar en el trono. Los inquisidores, por su parte, estaban convencidos de que detrás de todo ello andaba el diablo. Sin embargo, por más que lo mortificaron, no consiguieron que confesara nada distinto a lo que ya había declarado, salvo en una ocasión, en la que insinuó que lo había incitado el maligno, tal vez para que cesaran de torturarlo, pues por un momento debió de sentirse desfallecer. Pero, tan pronto se recuperó, volvió a la cantinela del Espíritu Santo. Y de ahí no lo sacaron.

En el juicio, al que mi hermano y yo pudimos asistir por ser miembros destacados de la nobleza de la ciudad, volvieron a interrogarlo. Cuando le pidieron su filiación, contestó que se llamaba Joan de Canyamars, nacido en Canyamars, un lugar perteneciente a la veguería de Barcelona, y que era hijo de Guillem Galceran y María Figueres, ambos fallecidos. Pero, tan pronto le preguntaron por el crimen, comenzó a decir que había actuado por inspiración del Espíritu Santo, que, entre otras cosas, le había revelado que el verdadero rey era él y que, por tanto, Ferran usurpaba su corona.

—Así pues, ¿tú eres el rey de Aragón? —inquirió uno de los miembros del Consejo.

—Vos lo habéis dicho —se limitó a señalar Joan.

—¿Cómo te atreves a insinuar esas cosas! —protestó otro.

—Porque he sido enviado por Dios para traer el reino de los cielos a la Corona de Aragón —aseguró muy serio.

—¿Te pagó alguien para hacerlo? —le preguntaron.

—Yo no soy ningún Judas —rechazó.

—¿Te lo pidió u ordenó alguien?

—Ya os he dicho que el Espíritu Santo —insistió.

—No aguanto más. Acabemos de una vez con este blasfemo —gritó alguien en la sala, muy ofendido.

—Matadme si queréis, pero yo no soy ningún blasfemo —se defendió Joan—. Más bien lo sois vosotros, pues os atrevéis a hablar y a actuar en nombre de Dios sin tener derecho a ello.

—¿Cuestionas acaso nuestra fe?

—Vosotros os consideráis cristianos porque tenéis fe, pero sabed que, para ser digno de Dios, no basta con creer; hay que ser también justos y buenos —explicó—. Yo he conocido a algunos judíos y mahometanos que, en mi opinión, son mucho mejores cristianos que cualquiera de vosotros, aunque no comulguen con Él. Sin embargo, os empecináis en arrebatárles sus creencias y a los que no se convierten los expulsáis de su tierra y de sus casas.

—Esto es inadmisibile. Acabemos con esta farsa de una vez por todas —proclamaron los miembros del Consejo.

Al final, se concluyó lo que ya se sabía desde el primer momento: que el detenido estaba loco de atar, por lo que lo más razonable era pensar que había actuado solo y movido únicamente por sus delirios.

En el proceso, ni siquiera se tuvo en cuenta la condición de payés de

remença del acusado, que, como mínimo, podría haber servido para proyectar alguna sombra de sospecha sobre los *remenças* descontentos, como era nuestra intención, ya que el Consejo Real, que, según la ley, era el tribunal competente para juzgar esta clase de delitos, consideró que aquel dato carecía de relevancia frente a la evidente locura del detenido, por lo que no se utilizó a la hora de dictar sentencia contra él. Una vez que su alteza había salido con vida, lo más importante, para el Consejo, al parecer, era mantener la calma, la paz y la estabilidad en la ciudad; de ahí que no se quisiera dar credibilidad a los rumores de que detrás de los hechos podía haber una conjura contra el rey. Se trataba, sin más, del acto de un loco, y así lo contarían en el futuro todas las crónicas.

La noticia, como es lógico, tranquilizó a casi todo el mundo, pues, a esas alturas, nadie quería pensar en una conspiración, ni siquiera el propio monarca, y menos aún si esta podía tener algo que ver con el principado. La reina parecía ser la única que sospechaba que había algo turbio detrás de aquel inopinado acto de locura, pero allí estaba en inferioridad de condiciones, y su voz apenas se dejó oír en la corte y menos todavía en el juicio. Tampoco tuvo ocasión de hacer nada al respecto, la verdad, ya que su mayor preocupación, en ese momento, era la definitiva recuperación de su marido.

Como cabía esperar, Joan de Canyamars fue declarado culpable del delito de lesa majestad con intención de acabar con la vida del rey y condenado a morir. Pero antes debería ser mutilado y despedazado públicamente por las calles de la ciudad.

—¿El reo tiene algo que declarar? —le preguntó a Joan uno de los miembros del Consejo.

—¡Ay de ti, Iglesia mía, que me has traicionado y vas a ajusticiarme en mi propio nombre! —exclamó él, con tono de reproche.

—Pagarás cara tu osadía —le advirtió el consejero real, lleno de cólera—. Amordazadlo y haced que se cumpla lo antes posible la sentencia —ordenó a continuación a los verdugos.

—Ha llegado la hora —continuó Joan, sin inmutarse, mientras se lo llevaban—, y el reino de Dios está próximo. Así pues, arrepentíos y obedeced la palabra del Señor. No tengo nada más que deciros.

En cuanto tuvo noticia de la condena, el monarca, convencido de la demencia de su agresor, quiso perdonarle la vida, supongo que para lavarse

las manos o aparecer como un rey magnánimo, pero el Consejo Real hizo caso omiso de su deseo y decidió seguir adelante con la pena, con el fin de que sirviera de escarmiento en el futuro. Y es que, aunque el criminal estuviese loco y sin seso o poseído por el diablo o simplemente fuera idiota de nacimiento y, por lo tanto, inocente o no del todo responsable de lo que había hecho, al menos según nuestras leyes, lo más conveniente para la Corona, y en consecuencia para el monarca, era que el reo muriese y que su castigo fuera público y ejemplar.

La pena era, desde luego, en exceso cruel y desmesurada y no se compadecía con el hecho de que el reo estuviera loco. Pero, sin duda, la intención última del Consejo era brindarle a los barceloneses la oportunidad de participar en la ejecución del traidor y dejar bien claro que nada tenía que ver con ellos, demostrando así su total lealtad hacia los reyes, tantas veces puesta en duda. De este modo, Barcelona quedaría libre de sospecha de traición, a cambio de convertirse, eso sí, en cómplice de la Corona en el total aniquilamiento de ese pobre infeliz. Incluso llegaría a decirse que había sido condenado por la justicia de la ciudad. Desde luego, el plan no podía ser más astuto, retorcido y eficaz.

Antes de ejecutar la sentencia, le ofrecieron al reo la posibilidad de confesarse, pero Joan la rechazó, alegando que era Dios el que se lo había exigido y, en consecuencia, no había nada de lo que arrepentirse. Y era tal el odio que todos le tenían que nadie quiso avisar a un sacerdote, pues deseaban que perdiese el alma, junto con el cuerpo. Y así habría sido si no llega a ser por la reina, que, convencida de que el pobre Joan no había sido más que un instrumento en manos de los verdaderos culpables, ordenó que se acercara a él un fraile que había mandado a buscar, para que al menos tuviera la ocasión de arreglar sus asuntos con el Creador, aunque es posible que su alteza lo hiciera también con la esperanza de que, en el último momento, revelara los nombres de sus instigadores.

Solo después de varios intentos, el dominico consiguió que Joan confesara. Por lo visto, el condenado reconoció que estaba muy mal hecho lo que, sin darse cuenta, había llevado a cabo. Asimismo, indicó que le parecía que, en ese momento, despertaba de un mal sueño, como si hubiera estado totalmente fuera de sí y no recordara nada de lo que había sucedido. Por último, le rogó al fraile que, en su nombre, pidiese perdón a los reyes por el sufrimiento que les había causado. Eso fue todo.

Cuando terminó la confesión, sacaron al reo de la cárcel y lo subieron a un carro. Después, lo ataron a un leño y comenzaron a pasearlo por las principales calles y plazas de Barcelona, de modo que todos pudieran verlo e insultarlo y hasta escupirle a la cara.

—¿Dónde está tu Espíritu Santo ahora? ¿Por qué no viene a rescatarte en forma de paloma? —le preguntaban algunos con sorna.

—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen —iba diciendo él, con rostro sosegado, para indignación de los que lo escuchaban, en su mayoría muchachos y gente joven, que en efecto no eran muy conscientes de lo que hacían ni de los motivos o sinrazones que los habían llevado hasta allí, pues no podían comprender que, en realidad, estaban siendo manejados por turbios intereses.

A cada trecho del recorrido, los verdugos le iban arrancando un miembro al reo ante una muchedumbre cada vez más exaltada y sedienta de sangre. En primer lugar, en la *plaça* del Blat, le cortaron de un solo tajo la mano derecha, tras colocarla sobre el leño.

—Esta es la mano que empuñó la espada con la que intentó matar al rey —gritó uno de los sayones, mostrándosela a los asistentes, entre los que también había, por cierto, muchos niños.

—A pesar de todo, yo os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —les hizo saber Joan, sin apenas moverse ni dejar traslucir su inmenso dolor, como si estuviera hecho de puro mármol.

Después, en la *plaça* de Sant Jaume, lo arrojaron al suelo y le cortaron los dos pies con la destreza de consumados leñadores.

—Y estos son los pies con los que lo vino a hacer —aulló el otro verdugo, para regocijo de los que allí estaban, que no paraban de vociferar.

—¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?! —exclamó Joan, mirando hacia el cielo.

A continuación, en la *plaça* Nova, los sayones le sacaron los ojos con la ayuda de un cuchillo de castrar puercos, lo que hizo que la gente que los seguía los vitoreara.

—He aquí los ojos con los que lo vio —proclamaron los verdugos, mientras se los lanzaban a una multitud enardecida.

—Todo está cumplido —concluyó el reo con la voz ya muy debilitada.

—Cortadle de una vez la lengua a ese maldito blasfemo —exigieron, a voz en grito, algunos de los presentes.

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu —murmuró, entonces, Joan a duras penas.

Al llegar a la *plaça* de Santa Anna, los verdugos se dispusieron a sacarle por la espalda el corazón con el que había pensado su infame acción, para echarlo fuera de la ciudad, según anunció uno de ellos. Pero, en ese instante, llegó un alguacil con una orden de la reina en la que esta mandaba que se matara al reo antes de seguir con semejante carnicería, pues no era posible contemplarla sin sentir piedad.

Después de darle garrote, el carro volvió a ponerse en marcha para dirigirse al portal Nou por el *carrer* de Sant Pere. Por el camino, los verdugos le fueron arrancando con unas tenazas al rojo el corazón, el cerebro, la lengua, las orejas, la nariz, las tetillas, el miembro viril..., hasta que no quedó nada que despedazar.

Tan pronto cruzaron el portal Nou, los sayones entregaron los despojos a la muchedumbre, que, sin dejar de bramar contra el reo, los apedreó con gran saña y virulencia y luego los quemó, junto con el carro, para que el fuego purificador borrara todo rastro de la existencia de ese pobre loco, impidiéndole, de paso, que descansara en paz.

Para terminar, los más osados fueron a arrojar sus restos y cenizas a una oscura cueva lejos de las murallas de Barcelona.

(SARA DERTOSA)

Ahora ya puedo contarlo sin apenas alterarme, pero aquel día sufrí la más amarga y cruel decepción de mi vida. Y es que nada salió como estaba previsto; todo se fue al traste en un abrir y cerrar de ojos, pues ya no habría una segunda oportunidad. Claro que la peor parte se la llevó el pobre Joan; nosotros, al menos, conseguimos huir. Si Catalina y Oriol no se hubieran empeñado en que él fuera la mano ejecutora, probablemente tal desastre no habría sucedido. Para empezar, Joan se precipitó, tal vez con la loable intención de que nosotros no interviniéramos y así salvarnos la vida, aunque vete tú a saber, pues con un loco es muy difícil averiguar los motivos y sinrazones. Lo cierto es que sacó su espada y se dispuso a descargarla sobre el rey antes de que pudiéramos reaccionar. Sin embargo, ocurrió algo inesperado, y es que una mujer comenzó a gritar desde una galería del palacio y puso en guardia a su alteza, que miró hacia atrás justo en el momento en el que nuestro amigo iba a cortarle el cuello. Esto hizo que el arma acabara hendiéndole el hombro, dejándolo malherido. Joan debió de intentarlo de nuevo, pero enseguida se abalanzaron sobre él y, tras apuñalarlo, lo detuvieron, o eso nos pareció entrever en medio del caos que había en las escaleras.

Sea como fuere, el intento había fracasado; de modo que tuvimos que escapar a toda prisa. Afortunadamente, lo conseguimos justo cuando los soldados comenzaban a rodear la plaza. En las calles más próximas al palacio, reinaba ya una gran confusión. Aquí y allá se veía a gente clamando venganza contra el culpable. Unos gritaban que se trataba de un francés, y, al instante, comenzó a arder la tienda de un comerciante de Toulouse. Otros

decían haber oído que era más bien navarro, y una lluvia de piedras cayó sobre la casa de uno que, al parecer, procedía de allí, aunque luego resultó que era de origen gallego. Un grupo sostenía que era castellano y que su objetivo era debilitar la Corona de Aragón, por lo que un arriero de Salamanca comenzó a ser zarandeado por varios compañeros que hasta ese momento había tenido por amigos suyos. Dos calles más abajo se rumoreaba que era judío, lo que provocó el asalto de varias viviendas de conversos, el apaleamiento de algunos hombres y la violación de varias mujeres. Por último, llegó la noticia de que los regicidas podían ser moros, lo que hizo que fueran atacados los pocos que aún vivían dentro del recinto amurallado, con lo que el desorden fue extendiéndose por toda la ciudad.

Omar y yo estábamos cada vez más aterrados, no solo por lo que podría sucedernos, sino también por las consecuencias que el hecho estaba provocando. Los mismos bandos y grupos que hasta hacía dos días se peleaban entre sí dentro de Barcelona, en defensa de sus intereses particulares, ahora empezaban a unirse para combatir contra un posible enemigo común, procediera de donde procediera. De momento, el único detenido había resultado ser, eso sí, catalán, pero no era menos cierto que se trataba de un loco, lo que, en principio, lo dejaba fuera de cualquier controversia política o ciudadana. El caso es que una buena parte de los barceloneses decidió manifestar, de forma espontánea, su inquebrantable apoyo al rey, y enseguida se hicieron votos, rezos y rogativas por su pronto restablecimiento. En cuanto a Joan, se decía que estaban ya interrogándolo, para saber si había actuado solo o ayudado e instigado por alguien más.

Dadas las circunstancias, Omar y yo decidimos escondernos por nuestra cuenta y no en el lugar acordado de antemano con los otros, no fuera a ser que nuestro amigo lo contara todo cuando le dieran tormento y acabáramos en la cárcel. Omar sugirió que nos marcháramos a Tarragona a esperar la llegada de los corsarios. Pero las puertas de la ciudad estaban cerradas hasta nueva orden y cualquier intento de salir de ella en esos días podía resultar sospechoso. Así es que nos fuimos a pasar la noche en una de las casas abandonadas de la antigua judería.

Una vez a salvo, comencé a maldecir y a golpear una de las paredes de la vivienda, sin poder contenerme ni atender a los ruegos de Omar, que me observaba, cada vez más asustado. Lo cierto es que me sentía tan frustrada, después de todo el esfuerzo realizado, de tantos sufrimientos, desvelos y

preparativos, que necesitaba desahogar mi ira de alguna forma.

—Debéis tranquilizaros, el Señor así lo ha querido. Esa es su voluntad — me dijo Omar.

—Pero ¿qué Señor: el mío, el vuestro, el de los cristianos? ¿Acaso os habéis parado a pensarlo? —reliqué yo con rabia.

Ni yo misma me lo podía creer. Por primera vez en mi vida, estaba cuestionando el poder y la ley de Dio o, lo que es lo mismo, la fe de los míos, mi propia fe, aquello sin lo cual yo no era nada, mucho menos que nada. Y eso me ocurría, precisamente, en el momento en el que más iba a necesitarla, lo que de inmediato me generó una terrible angustia.

Para distraerme, Omar me contó que conocía a la dama que había alertado al rey. Me dijo que recordaba haberla visto en la corte, allá en Granada, y que había hablado con ella en un par de ocasiones. Es más, tenía la impresión de que esa mujer, llamada Beatriz, también lo había visto a él y lo había reconocido entre la multitud que llenaba la plaza, y puede que eso la hubiera alarmado. De modo que de nada habría servido que Joan no se hubiera adelantado, pues ella lo habría descubierto igualmente y habría dado la voz de alarma, impidiendo así nuestra venganza.

Y eso era lo que lo había llevado a pensar que lo ocurrido había sido voluntad de Dio, que, una vez más, nos había puesto a prueba, como en su día había hecho con Abraham, inspirando en nosotros el deseo de matar al rey. Pero, en el último momento, nos había mandado a un ángel para evitar que lo lleváramos a cabo, del mismo modo que un ángel imposibilitó la muerte de Isaac cuando su padre estaba a punto de clavarle el cuchillo por orden divina.

—¿Y vos creéis que ese ángel era la tal Beatriz? —le pregunté a Omar.

—No estoy seguro, pero podría ser —indicó.

—¿Y por qué Dio habría hecho una cosa así?

—Tal vez para demostrar algo o para darnos una lección, no lo sé. Todo esto es tan extraño —concluyó Omar.

—Y tanto —añadí yo, algo más sosegada.

—Lo mejor será que intentemos descansar un poco —propuso Omar—. Nos esperan días muy duros.

—Tenéis razón —concedí yo.

A falta de otras comodidades, nos sentamos en el suelo, bien abrazados, para darnos calor. Al poco rato, comencé a hablarle a Omar del *call* y de lo que allí había ocurrido unos cien años antes. Esto hizo que me acordara de mi

padre. ¡Mi pobre padre pudriéndose en ese cementerio profanado, sin el consuelo de ver culminada la venganza! Tenía que hacer algo para honrarlo antes de abandonar Barcelona. Así que le dije a Omar que, cuando nos marcháramos, debíamos pasar por el cementerio de Montjuïc, para colocar una lápida sobre la tumba de mi padre y recuperar la *menorá*. Mi idea era llevarla con nosotros a Estambul, con el fin de fundar una sinagoga en recuerdo de mi progenitor y de los judíos de Sefarad.

—Se trata de algo muy importante para mí —le expliqué a Omar—. Ya que Dio no ha querido que cumpla mi promesa de matar al rey, al menos voy a intentar llevar a cabo la misión por la que entregó la vida mi padre.

Omar me dijo que así lo haríamos. Y de repente, no sé por qué, le confesé que creía estar embarazada.

—¿Estáis segura?! —exclamó él lleno de júbilo.

—Pues claro —confirmé yo.

—¿Y desde cuándo lo sabéis?

—Desde hace algunos días.

—¿Y cómo es que no me lo dijisteis? —me reprochó.

—Porque no quería preocuparos, la verdad.

—¿Preocuparme?! Eso me da un motivo más para escapar de aquí y tratar de emprender una nueva vida en Estambul —me aseguró.

—Por eso os lo he dicho en este momento —le revelé.

—Tenéis razón —concedió, mientras me abrazaba con ternura—. Está claro que Alá no quiere que muramos aquí.

Por la mañana, Omar logró contactar con Marcial, pues conocía muy bien sus costumbres. En cuanto este lo vio, intentó escabullirse, alegando que no era conveniente que los vieran juntos. Pero mi marido le replicó que tampoco le convenía que a nosotros nos detuvieran, pues podríamos acabar cantándolo todo en el potro del tormento. Marcial se ofreció, entonces, a ayudarnos a escapar y Omar le dijo que no hacía falta, que ya nos arreglaríamos nosotros, que él lo único que quería era el dinero que Catalina le había prometido, para así poder pagar a los piratas el rescate de su hermano. El otro le aseguró que esa misma tarde lo tendría, que no se preocupara, que el dinero, a esas alturas, no era ningún problema, que lo importante era que no nos cogieran.

Por si acaso, Omar le propuso que se vieran en un lugar muy concurrido, en el mercado que había delante de la catedral, sin indicarle ningún punto concreto, para que el otro no pudiera prepararle una encerrona. Él ya se

encargaría de buscarlo luego. Su intención era acercarse de forma sigilosa a Marcial y comunicarle que, si a la caída del sol no había vuelto a nuestro escondite, yo misma le enviaría un anónimo a la reina dándole cuenta de todo lo que sabía sobre los hechos y especialmente de la implicación de Oriol y Catalina. De esa forma se aseguraría de que no le pasara nada y le dejaran marchar con el dinero.

Esa tarde, mientras Omar acudía a su cita, yo me fui a ver a un cantero que tenía su taller cerca de la iglesia de Santa María del Pi, no muy lejos del *call*, y le encargué una pequeña lápida para mi padre con esta inscripción:

ESTA ES LA TUMBA DE UN HOMBRE HONESTO Y PIADOSO.
BENDITO SEA POR SIEMPRE EL RECUERDO DEL JUSTO.
MURIÓ POR PROTEGER LA MEMORIA DE SU PUEBLO,
Y POR ESO SU LUZ ARDERÁ ETERNAMENTE.

Debajo, debía poner sus iniciales y la fecha de nacimiento y de muerte, según el calendario cristiano, y todo ello, claro, en lengua romance.

—¿Y la cruz? —me preguntó el cantero.

—De cruz ya disponemos —le respondí yo con naturalidad—. Si tienes lista la lápida para mañana por la mañana, te pagaré bien.

—Cuenta con ello —me aseguró.

Luego me fui a ver lo que quedaba de la que había sido mi casa, que a esas alturas ya había sido derribada para construir otra, borrando así todo rastro de la presencia de mi familia en la ciudad. Cuando regresé al refugio, Omar ya me estaba aguardando. Según me dijo, se había apostado en lo alto de la catedral y desde allí había visto llegar a Marcial. Después se acercó a él y lo abordó por la espalda, para exigirle que le entregara el dinero; el otro, sorprendido, le alargó una faltriquera. Tras echarle un vistazo y ver que estaba llena de monedas de oro, Omar le advirtió de lo que podía pasar si a él le ocurría algo.

A continuación, empezó a andar con naturalidad hacia una de las calles que desembocaban en la plaza. Como había imaginado, Marcial se había hecho acompañar de varios de sus hombres, que tenían la misión de seguirlo hasta descubrir dónde nos ocultábamos, y así poder quitarnos el dinero y deshacerse de nosotros. Pero Omar consiguió burlarlos fácilmente, deslizándose en una alfarería que, según había comprobado horas antes, tenía

una puerta escondida en la parte de atrás. Al poco rato, salió por ella vestido de payés y cargado con una tinaja, sin que sus perseguidores se dieran cuenta de nada.

Al día siguiente, cuando fuimos a buscar la lápida, descubrimos que en el taller, además del cantero y los aprendices, había alguien que nos resultó muy sospechoso, pues tenía aspecto de alguacil y parecía estar esperando a alguien. Era, pues, muy posible que, a pesar de mis precauciones, el dueño me hubiera denunciado. De modo que decidimos aguardar hasta la hora de la comida. Pasadas unas horas, el supuesto alguacil se marchó y los operarios se dirigieron a una taberna cercana. En cuanto el dueño se quedó solo, Omar aprovechó para hablar con él, mientras yo vigilaba fuera.

—Supongo que ya tendrás lista la lápida que te encargó mi esposa, ¿no es cierto? —le preguntó Omar, nada más entrar.

—Aún no he podido ponerme con ella —reconoció él.

—Pues de aquí no saldrás hasta que no la termines.

—¿Cómo dices?! —exclamó el cantero, desconcertado.

—Te recuerdo que ayer te comprometiste a entregársela a mi esposa si te pagaba bien.

—Y esa era mi intención, pero había por delante otros encargos que atender —se justificó el cantero.

—¿Y qué me dices del sujeto que ha estado aquí esta mañana como un pasmarote? —inquirió Omar de pronto.

—Sería un cliente —aventuró el otro.

—¿Estás seguro? Más bien tenía pinta de alguacil —apuntó Omar.

—¿Alguacil, dices? —recapitó el cantero—. Sería el que vino preguntando por uno de mis aprendices. Al parecer, lo buscaban por haber forzado a una muchacha. Pero hace tiempo que ya no trabaja conmigo. No obstante, el hombre decidió esperar por si se pasaba por el taller.

—Eso sería, sí —comentó Omar con ironía—. De todas formas, ya que estamos aquí, vas a coger ahora una de esas lápidas pequeñas y vas a poner en ella la inscripción que te encargó mi esposa, si no quieres que te aplaste las dos manos con esta maza, ¿entendido?

—Está bien, está bien —obedeció el otro, atemorizado.

Cuando terminó su trabajo, Omar le hizo entrega de la suma convenida y lo dejó en paz, no sin antes advertirle que, si volvía a denunciarnos, más le valiera que fuera preparando su propia lápida, pues no tardaría en volver a

pasarse por allí para acabar con él.

Poco después del amanecer, abandonamos Barcelona vestidos de payeses por el portal de Sant Pau o del Cagalell. A los guardianes de la puerta les dijimos que éramos de Sant Boi de Llobregat y que habíamos venido a la ciudad para recoger una lápida que habíamos encargado para un pariente. Estos nos dejaron pasar tras abonar la correspondiente tasa. Antes de dirigirnos hacia el sur, subimos al cementerio abandonado de Montjuïc. Tras dar con la tumba de mi padre, desenterré la *menorá*, que guardé en un pequeño saco de arpillera, y coloqué la lápida con cuidado. Luego recé por mi padre y le pedí perdón por no haber podido cumplir mi venganza, como habría sido mi deseo. Sentía mucho haberle fallado, pero le dije que, al menos, me iba a llevar la *menorá*, para que nos iluminara allá donde fuéramos. Asimismo, le prometí que intentaría reunir en torno a su bendita luz a toda nuestra familia o a lo que quedara de ella. Por último, le conté que me había casado con Omar, a quien tanto amaba y le anuncié que estaba embarazada y que, si al final era un niño, lo iba a llamar Simón, como él, para que su memoria estuviera siempre presente entre nosotros.

Cuando me fui de allí, conducida por Omar, sentí como si mi pecho se desgarrara, pues sabía que ya no iba a volver nunca a Barcelona y que mi padre se quedaría solo y expuesto a que su tumba fuera saqueada y profanada. Para animarme, mi marido no paraba de decirme que un bajel nos aguardaba no muy lejos y que ese iba a ser el comienzo de una nueva vida, por fin libres y sin miedo a ser perseguidos por nuestras creencias, y que, a partir de ese momento, debería pensar sobre todo en el futuro y en la criatura que llevaba dentro. Y la verdad es que eso me dio fuerzas y ánimo para continuar.

Tardamos aún varias jornadas en llegar al lugar en el que Omar había desembarcado. Por el camino, cuando parábamos en alguna venta o mesón para pasar la noche o comer algo caliente, escuchamos toda clase de noticias y rumores sobre el juicio a Joan de Canyamars y su horrible final. Algunos decían que el rey, al enterarse de que se trataba de un pobre loco, había querido perdonarlo, pero el Consejo Real se había mostrado implacable. Y, al parecer, también la reina había dado algunas muestras de piedad. Mientras unos arrieros nos contaban cómo lo habían mutilado y vejado antes de

entregarles los restos a la chusma para que los apedrearán y quemarán con saña, yo no dejaba de pensar que podríamos haber sido nosotros los ajusticiados, y ello me hizo sentir culpable e indigna de seguir viviendo; y habría muerto de pena si no hubiera sido por Omar y por el hijo que llevaba en mi interior. De Catalina y su hermano no conseguimos averiguar nada nuevo.

Por fortuna, los piratas berberiscos demostraron ser personas de palabra, a pesar de su mala fama, y allí nos estaban esperando. El día en el que al fin embarcamos el mar estaba en calma y el cielo despejado, tan distinto al de aquella aciaga noche en que perdí a mi padre. El arráz nos dio la bienvenida y nos dijo que Alí se había convertido en un excelente grumete. Después de estrechar con fuerza a su hermano, Omar le informó, secándose las lágrimas, de que yo era su cuñada, y que, por ello, podía abrazarme, pero con cuidado, pues estaba embarazada, lo que lo llenó de regocijo.

—Ya veo que no has perdido el tiempo —le dijo el arráz a Omar.

—Alá ha sido muy generoso conmigo —reconoció este.

—¿Y lo otro? —quiso saber el capitán.

—Créeme que lo intentamos —le contestó mi esposo con gesto dolido—, pero ha sido un absoluto fracaso.

—Es que no es fácil matar a un rey cristiano, y, en el caso de que lo consigas, enseguida lo sustituyen por otro, que incluso puede ser peor —argumentó el arráz.

—Me temo que nosotros lo hemos hecho más popular —confesó Omar, con un deje de tristeza.

—Es lo que pasa cuando un rey sobrevive a un ataque contra su persona —sentenció el capitán berberisco, con gesto de resignación.

—Aquí traigo el dinero que te prometí —anunció Omar, para cambiar de tema.

—¿Qué dinero? —rechazó el arráz—. Que yo sepa, vosotros no sois mis cautivos ni nada que se le parezca.

—No es en pago de nuestro rescate —aclaró Omar—, sino por tu ayuda y hospitalidad y por los gastos del viaje hasta Argel, donde tenemos la intención de embarcar luego para Estambul.

—En ese caso, te lo acepto —concedió—, siempre y cuando los tres os alojéis en mi casa, hasta que decidáis marchar.

—Si ese es tu deseo, será un placer para nosotros.

—Lo es —aseguró el capitán.

Vista desde el barco, la ciudad de Argel era un conjunto abigarrado de casas blancas escalonadas sobre el mar. Sus calles eran estrechas y empinadas, bañadas por un cielo resplandeciente en el que se veían diversas mezquitas, edificios civiles y un animado zoco cerca del puerto. Naturalmente, estaba rodeada por una sólida muralla con muchos torreones. Pero lo que más destacaba era la casba y el palacio del rey o bajá. En el puerto se comerciaba con toda clase de esclavos y bienes robados; de ahí la abundancia de barcos que entraban y salían a diario. Según nos contó nuestro anfitrión, entre los habitantes de Argel, se encontraban muchos de los moros huidos del desaparecido reino nazarí de Granada, que ahora se dedicaban, cómo no, a la piratería, y algunos de los judíos expulsados de Sefarad, que, por lo general, ejercían como médicos, cambistas o mercaderes. También había numerosos cautivos cristianos, muchos de ellos de corta edad, procedentes de las razias y asaltos de los piratas berberiscos, lo que a Omar y a mí nos produjo una gran tristeza.

Durante varios días, gozamos de la hospitalidad del arráez, que trató de convencernos de que nos quedáramos a vivir en Argel, donde, según decía, era muy fácil hacer fortuna si carecías de escrúpulos y de piedad hacia los demás. Pero, tan pronto como pudimos, partimos rumbo a Estambul en el barco de un comerciante griego.

XXV

(BEATRIZ GALINDO)

Una vez superada la primera noche de angustia y de dolor, el rey comenzó a restablecerse y a sentirse bien, lo que nos tenía a todos muy contentos. Por la tarde, le pidió a la reina que mandara a buscar a su hijo, pues quería verlo y hablar con él. Cuando entró en la cámara, el príncipe parecía muy asustado, si bien trataba de mantener la compostura delante de su padre. Este le pidió que se acercara al lecho y, tras abrazarlo, le dijo con tono solemne:

—Aprended, hijo, por mi experiencia, hasta dónde llega la flaqueza humana y cómo la vida de los reyes resulta más peligrosa que la de sus súbditos. Temed a Dios en todas vuestras obras y serán justas —le aconsejó—. Y no confiéis en el poder real, aunque tengáis muchos reinos bajo el imperio de vuestra corona, porque la grandeza no defiende los cuerpos de las amenazas de la muerte.

Después hablaron, como padre e hijo, de algunos asuntos privados, y, al caer la tarde, el príncipe se despidió algo más tranquilo.

El buen ánimo del rey se mantuvo un día más, pero luego le vino una tremenda calentura que lo dejó postrado durante varias jornadas. Por fortuna, al séptimo día, se produjo una mejoría, y esto le hizo pensar a la reina que el peligro ya había pasado. Sin embargo, esa misma noche le retornó la calentura, con tanta fuerza que lo puso de nuevo al borde de la muerte. Esta le duró a su alteza toda la noche, que fue infernal, especialmente para su esposa, y parte del día siguiente.

Durante ese tiempo, nadie cumplía con su oficio ni hablaba de otra cosa, tal era la preocupación que sentíamos y que nos tenía paralizados. En las calles, todo eran procesiones y rogativas para implorar por la salud del rey, y

sin que nadie se lo pidiera o amonestara. En una ocasión, salió el clero de la seo acompañado de todas las cofradías de la ciudad con faroles y hachones. Las iglesias y monasterios no cesaban de recibir gente que acudía a rezar y encender velas y dar limosna para su recuperación, que yo creo que ni en Roma, cuando muere un papa, ni en parte alguna del mundo ha habido tanto lloro, tumulto y tristeza, como en Barcelona en esos tristes días. A juzgar por los lamentos y gritos de dolor, algunos debían de imaginar que había llegado ya el fin del mundo, como ciertos agoreros venían profetizando desde que los turcos tomaron Constantinopla.

En palacio, muchos pensaban que su alteza estaba a punto de morir y todo era un continuo sobresalto. Hubo un momento en que, a causa de la debilidad, Fernando se desvaneció, sacando la lengua completamente hinchada. Un rojo como de fuego encendió, entonces, sus mejillas; los ojos se le pusieron encontrados; y el corazón, de pronto, se le paró, según constataron los físicos. Tras repetidos zarandeos, este volvió a latir de forma regular y, al cabo de un rato, nuestro querido rey recobró la conciencia.

Al final, Dios, gracias a su infinita bondad, quiso mostrarse misericordioso; de modo que la calentura remitió, y, a la mañana siguiente, su alteza pudo ya levantarse y hasta mudar de palacio, para estar más cómodo y recogido. Pero antes volvió a asomarse a la ventana de su cámara, con el fin de que todos pudieran comprobar su mejoría. Y fue tan grande el placer de verlo bueno como la tristeza cuando estaba enfermo; de manera que a todos nos resucitó. Desde su nueva residencia, en el palacio del obispo, el rey mandó pregonar por toda la ciudad su agradecimiento por las muestras de apoyo recibido y el anuncio de que, en cuanto estuviera totalmente recuperado, lo celebrarían con unas grandes fiestas, noticia recibida con inmensa alegría por los barceloneses.

Tan solo habían pasado quince días desde el incidente cuando comenzó a recibir a sus consejeros y a discutir con ellos algunos asuntos de gobierno, lo que tenía a todo el mundo maravillado y de manera especial a los que en el pasado habían sido más reticentes con él. Las reuniones, por lo demás, discurrieron sin ninguna clase de conflicto ni tensión, por el gran respeto y admiración que ahora todos le profesaban.

Para entonces, el frustrado regicida ya había sido juzgado y ajusticiado. No era más que un pobre loco que decía que escuchaba voces dentro de su cabeza, y estas le habían hecho creer que él era el auténtico rey y que, por

tanto, debía matar al supuesto usurpador. En todo caso, fue condenado a morir de una manera atroz, ya que había que dar escarmiento por tratarse de un crimen tan grave. Me consta que su alteza, cuando se enteró, quiso perdonarle la vida, pero el Consejo Real no lo tuvo en cuenta, pues debió de considerar que el rey no gozaba en esos momentos de plenas facultades, a causa de la calentura. Isabel consiguió que el reo, al menos, pudiera confesarse. Según me contó mi marido, el día de la ejecución fue paseado en un carro por las calles de la ciudad, mientras los verdugos le amputaban los miembros ante una multitud exaltada que quería ver correr la sangre, para poder saciar su sed de venganza. El espectáculo fue tan terrible que la reina, movida por la piedad, tuvo que ordenar que se le diera garrote, para que el pobre desgraciado no siguiera sufriendo. Una vez muerto, los verdugos profanaron su cadáver. Cuando ya estaba totalmente despedazado, la muchedumbre comenzó a apedrearlo con rabia, para luego prenderle fuego. Ya de noche, se llevaron las cenizas para esparcirlas a los cuatro vientos, con el fin de que nada de él permaneciera en la ciudad. De esta forma, el caso quedó cerrado y archivado, y Barcelona volvió a recuperar la paz y el sosiego, de los que todavía goza.

A pesar de todo, la reina se mantenía en sus trece; así que mandó hacer nuevas pesquisas y diligencias, que no dieron el resultado apetecido por ella, si bien sembraron ciertas dudas sobre la supuesta locura del agresor. Estas tenían que ver con el hecho de que el ajusticiado hubiera ejercido como testigo en el testamento de una tal Joana Nogueres, vecina suya, algo para lo que no resultaba muy razonable contar con un orate. Pero había más. Y es que, según constaba en el testamento de su propio padre, redactado en 1488, Joan de Canyamars había sido escogido por aquel como administrador único de su herencia, lo que no habría sucedido si en verdad este hubiera estado loco. De hecho, su progenitor había muerto a finales de 1491 sin haber modificado su última voluntad.

Frente a eso, se encontraban las declaraciones de muchos de sus antiguos vecinos, que reconocían que Joan tenía fama de orate, pues le venían visiones y escuchaba voces. Con el tiempo, estas debieron de hacerle creer que él era el nuevo Mesías elegido por Dios para ser rey de los cristianos. Cuando luego se trasladó a Barcelona, tras la muerte de su padre, parece ser que su locura se agravó y comenzó a decir que él era el único y verdadero rey y que no descansaría hasta ocupar el trono, si bien es cierto que, por lo general,

hablaba con gran entendimiento y se comportaba de manera ejemplar; o eso fue lo que declararon algunas de las personas que en ese tiempo lo trataron, incluidos los parientes que le dieron posada.

Ante tales testimonios, los pesquisadores se preguntaron si se podía estar loco de forma temporal o intermitente. Por lo visto, algunas personas sufren ataques repentinos de demencia por influencia de la luna llena o de otras circunstancias, pero no parecía este el caso. Asimismo se plantearon si un orate sería capaz de simular ante los demás que está en su sano juicio, lo que consideraron harto difícil; más bien lo que se suele dar es lo contrario, esto es, que un cuerdo finja que está loco con el fin de eludir determinadas responsabilidades. ¿Sería este el caso de Joan de Canyamars? De todas formas, de nada le sirvió.

Por otro lado, estaban los rumores aparecidos aquí y allá sobre la condición de payés de *remença* del ajusticiado y el hecho de que, durante un tiempo, pudiera haber residido en el reino de Francia, adonde habría sido desterrado a causa de su supuesta participación en la rebelión de los *remenças* contra los abusos y servidumbres a los que eran sometidos por algunos nobles, un conflicto al que el rey había intentado dar solución definitiva en 1486, por medio de una sentencia que abolía tal condición y los malos usos que comportaba y permitía a los payeses afectados redimirse de sus obligaciones mediante el pago de una compensación a sus señores. Pero, según consta en ella, esta incluía también el castigo ejemplar para los cabecillas de las revueltas, así como el pago de indemnizaciones y multas por los daños causados en los levantamientos. De ahí que algunos, entre los que podría encontrarse el tal Joan de Canyamars o parte de su familia, no estuvieran de acuerdo con ella. Si esto fuera así, cabría interpretar el intento de regicidio como un acto de venganza contra su alteza por dicha resolución. Pero, tras hacer las oportunas diligencias, los pesquisadores no hallaron pruebas ni indicios de que otras personas interviniesen en él o tuviesen conocimiento de este, y menos aún dentro de los *remenças* descontentos con la sentencia del rey, o, en fin, que pudieran avalar la hipótesis de la existencia de una conjura o conspiración para matar a su alteza.

Así las cosas, el Consejo Real estimó que no tenía mucho sentido seguir indagando en este asunto, mientras no aparecieran nuevos elementos de juicio. De modo que lo mejor era dejar las cosas como estaban y no remover más el asunto, ahora que las aguas estaban tan calmadas en Barcelona. Mi

señora aceptó, pero a cambio exigió que se quemara la documentación relativa al caso, sin explicar los motivos.

De Catalina de Dalt nada más volví a saber. Según me dijeron, se había encerrado en su casa y no quería ver a nadie, salvo a su hermano, claro está. Es posible que estuviera dolida por no ser bien recibida en la corte o que tuviera miedo de encontrarse con la reina, que seguía considerándola culpable de lo sucedido. El caso es que no volvió a aparecer en público. Más tarde, oí contar que se había ido a Francia. ¿Tenía ella la clave de lo que en verdad había sucedido? Y, si era así, ¿de qué manera participó en los hechos? Y, ya puestos a preguntar, ¿qué fue de Omar y la muchacha que lo acompañaba? ¿Qué cometido tuvieron en todo esto?

Imposible saberlo, al menos en ese momento. Al igual que la luna, la verdad tiene muchas apariencias. Unas veces no vemos nada; otras, una porción más o menos grande o pequeña, según los casos; y, en ocasiones, una cara completa, pues la parte iluminada y visible depende de la posición en la que esta se encuentre. Pero siempre habrá una cara oculta que solo Dios, gracias a su infinita sabiduría, es capaz de contemplar.

La última vez que le pregunté a la reina por este asunto me contestó lo siguiente:

—Quedémonos con el lado bueno. Y es que, gracias a la oportuna intervención de la Divina Providencia, se han producido como mínimo tres milagros en este caso: el primero, que no se nos muriese el rey, lo que habría constituido una gran pérdida y una enorme tragedia para todos; el segundo, que el autor no fuera ejecutado en el acto, pues, de haber fallecido antes de confesar, habría sido muy difícil llegar a averiguar una parte de la verdad, aunque hayan quedado cosas por esclarecer; y el tercero, que la ciudad se haya visto tan conmovida por la salud de su rey, lo que ha venido a demostrar el gran afecto y fidelidad que los barceloneses sienten hacia su persona. Alabados sean por ello nuestro Señor Todopoderoso y su fiel intercesora, la Virgen de Montserrat —añadió, al tiempo que se persignaba.

Por deseo expreso del rey, ese año las fiestas navideñas se celebraron con humildad y recogimiento. Aparte de asistir a los actos religiosos, se dedicó a estar con sus hijos, sobre todo con el príncipe don Juan, a quien presentaba en todas partes como su sucesor. En la Nochebuena, mandó repartir comida y

haces de leña entre los más necesitados, para que todos pudieran festejar el nacimiento de Cristo como era debido. Con el nuevo año comenzó a aventurarse por algunas calles de los alrededores del palacio; primero en una silla de manos y luego a pie.

Y, por fin, el 9 de enero, tres días después de la Epifanía y treinta y tres de haberse producido la agresión, el rey salió a pasear a caballo por la ciudad, para que todo el mundo viera que no solo estaba restablecido, sino también dispuesto a seguir adelante y a continuar con sus labores de gobierno, como si lo ocurrido hacía un mes no hubiera sucedido. Ese día amaneció bastante frío, húmedo y ventoso, y el físico que lo acompañaba le recomendó que volviera a palacio, pues ese tiempo no era nada bueno para su herida.

—Es posible —admitió el rey con naturalidad—, pero mi deber es completar el recorrido que no pude hacer aquel día y de esa forma cerrar simbólicamente la herida, la del alma, no la del cuerpo, no sé si me entendéis —añadió con firmeza.

—En ese caso, abríguese bien vuestra alteza —le pidió el físico.

—Soy el rey de Aragón, no una frágil doncella —replicó el monarca.

—Le ruego a vuestra alteza me perdone, pero como médico real que soy, es mi deber aconsejar lo que considero mejor —explicó el buen hombre.

—Siempre que vuestros consejos no interfieran en mis deberes como rey —le recordó el monarca.

Al físico no le quedó, pues, más remedio que callarse y hacerse a un lado, pues estaba claro que su paciente confiaba más en la protección divina que en los cuidados médicos, que no hacían más que contrariarlo. De modo que el rey completó, por fin, su paseo, lo que provocó la admiración y el asombro de todos aquellos con los que se cruzó.

En cuanto estuvo en disposición de viajar, lo primero que hizo fue acudir con la reina, sus hijos y un nutrido séquito al monasterio benedictino de Montserrat para dar gracias a la Moreneta por su feliz restablecimiento y hacer efectiva la donación del collar de la orden del Toisón de Oro que, por intercesión de la Virgen Negra, le había salvado la vida. El monasterio, con todas sus dependencias, se encontraba en una estrecha terraza situada a media altura de la montaña, grande y majestuosa, como una fortaleza llena de torres. Entre los picos de la cumbre se divisaban varias ermitas, cual nidos de águila, a las que se subía por unas escalerillas de madera o talladas en la roca.

Como era de esperar, el abad Joan de Peralta, que a la sazón era también

president de la Generalitat, los recibió de manera solemne, pues sabía del valor de la joya y de la importancia de esa gran orden de caballería, cristianizada en su día por medio de la Cruz de San Andrés. Durante la ceremonia, el obispo de Barcelona, Pere García, confirmó que su alteza había sobrevivido al criminal ataque por obra y gracia de un milagro, algo que no debía extrañarnos, ya que siempre había contado con la protección divina y, tras la toma de Granada, se había convertido, además, en el gran paladín de la cristiandad.

—Que Dios mantenga a su alteza muchos años —gritaron todos los asistentes, como si de una nueva coronación se tratara.

Cuando el rey regresó a la ciudad, los barceloneses acudieron a recibirlo con nuevas muestras de respeto y adhesión. A esas alturas, eran ya muy pocos los que aún creían que el rey había acudido a Barcelona a acabar con las libertades de Cataluña y no a procurar más bien su pleno restablecimiento. Y todo ello gracias al frustrado regicidio, de lo que era bien consciente el propio monarca.

—¿Os habéis fijado? No paran de desearos larga vida —comentó la reina, visiblemente satisfecha, en medio de la multitud.

—¡De qué os admiráis! —exclamó su marido, sin dejar de sonreír y saludar—. Para que el pueblo grite con verdadero entusiasmo «¡Viva el rey!» es preciso haber estado en trance de morir.

—Con razón dicen que solo aquel que ha estado a punto de perder la cabeza puede llevarla muy alta sin que nadie se lo cuestione —añadió ella, cada vez más complacida.

Estaba claro que, si en verdad había habido alguna conjura detrás de todo aquello, bien podía decirse que el resultado había sido el contrario del que los supuestos conspiradores habrían previsto, con lo que el rey debía considerarse doblemente afortunado. Y la reina también, pues, a partir de entonces, su marido dejó de perseguir a otras mujeres y dedicó más tiempo a complacerla.

Mi esposo y yo permanecimos en Barcelona algunos meses más. Por primera vez, deseábamos estar juntos y a solas, con el fin de conocernos mejor y superar viejas querellas. Una mañana, después de levantarnos, me llevó a ver la iglesia de Santa María del Mar, en el barrio de la Ribera. Después de

recorrer sus imponentes naves bajo la dorada luz que entraba por las vidrieras, nos arrodillamos para rezar delante del altar mayor.

—¿Puedo haceros una pregunta? —le dije, cuando salimos.

—¿De qué se trata? —quiso saber él.

—Durante el tiempo que estuvisteis cautivo, ¿os hicisteis musulmán?

Por un momento, él me miró de soslayo, con gesto de perplejidad, pero luego se echó a reír.

—Ya os conté que el Corán me dio algún consuelo en tiempos de tribulación; pero de ahí a hacerme musulmán...

—Tenéis que disculparme, pero debo confesaros que hasta llegué a pensar que erais vos el traidor sobre el que nos habían alertado tras la toma de Granada—le revelé.

—¿De veras? —preguntó con incredulidad.

—Eso me temo —confirmé yo.

—¿Es por eso por lo que teníais miedo de que quisiera matar al rey?

—Por eso y por lo otro —puntualicé.

—Pero ¡cómo se os pudo pasar algo así por la cabeza! —exclamó mi marido.

—Os comportabais de una forma tan extraña —pretexté.

—Comprenderéis que no era para menos, y luego vino la experiencia del cautiverio y todo lo demás... —me explicó.

—¿Me perdonaréis algún día por haber desconfiado de vos?

—Creo que ese momento ya ha llegado —me reveló él.

—¿Eso quiere decir que...?

—Que todo está olvidado —insistió.

En cuanto a su supuesta inclinación por los mancebos, no tuve que comentarle nada, pues esos días me dio sobradas muestras, no solo de que me quería, sino también de su virilidad. Resulta evidente que, cuando nos sentimos culpables y no queremos reconocerlo, tendemos siempre a pensar mal del otro y a ver lo que no hay. Por suerte, en este caso, la verdad logró abrirse camino y salir, por fin, a la luz.

En la corte, fueron tiempos de grandes negociaciones y, por tanto, de mucha diplomacia y mano izquierda. El rey se pasaba buena parte del día reunido con el Consejo Real, para tratar las reclamaciones de los distintos estamentos del principado y tomar decisiones con respecto a las propuestas de los embajadores franceses. Todo ello tenía que discutirlo luego con la

reina, que cada vez se mostraba más inflexible. El rey, que se había vuelto más paciente después de la agresión sufrida, intentaba hacerle entender, sin demasiada fortuna, que, en el arte de la negociación, todo el mundo tenía que ceder o sacrificar algo. Por fortuna, Fernando consiguió salirse con la suya y logró la devolución de los condados por un precio bastante razonable, gracias al gran prestigio recientemente adquirido y a su innegable habilidad diplomática.

Uno de los acontecimientos más notables y emotivos de ese periodo fue la llegada de Cristóbal Colón a Barcelona, con el fin de dar cuenta de su viaje a las Indias. Al contrario de lo que había ocurrido con la toma de Granada, en este caso la difusión de la noticia fue muy discreta, pues no interesaba que las otras naciones lo supieran y pudieran aprovecharse de las rutas recién descubiertas; de hecho, hasta ese momento apenas había trascendido fuera de Aragón y de Castilla, y aún tardaría en hacerlo. En el viaje de ida, habían sido pocos los que se habían enterado de la empresa, ya que los medios empleados para llevarla a cabo habían sido más bien modestos, tan solo tres pequeñas naves con apenas cien hombres en total, y, ahora que por fin estaba de regreso, la voluntad de Colón era seguir manteniéndolo en secreto, hasta que todo estuviera bien atado. Tampoco parecía haber tenido mucha prisa en presentarse ante los reyes, pues las dos carabelas supervivientes habían llegado al puerto de Palos el 14 de marzo, y Colón no entró en Barcelona hasta finales de abril.

Allí fue acogido de forma fastuosa por sus altezas, que estaban ya ansiosos de conocer por extenso y de primera mano el resultado de la expedición. Tras la celebración del tedeum, tuvo lugar la solemne recepción en el salón del Tinell, que estaba lleno a rebosar de gente expectante.

—La reina y yo estamos impacientes por escucharos —proclamó el rey, después de los saludos de rigor—. Contadnos. ¿Qué nuevas nos traéis?

—Gracias a Dios, la aventura ha culminado con bien —comenzó a decir Colón—, aunque debo reconocer que el viaje de ida fue más complicado y peligroso de lo previsto. La tripulación pasó tanto miedo que, en algunos momentos, llegaron a pensar que no volverían a pisar tierra y que el inmenso y profundo mar sería su tumba. Incluso se registraron varios conatos de rebelión, pero la fe los mantuvo firmes, y, finalmente, lo conseguimos con la ayuda del cielo.

—¿Quiere ello decir que habéis llegado al este por el oeste? —inquirió el

rey.

—En efecto, así es —confirmó el navegante—, si bien debo advertir que en este viaje no hemos arribado aún a Cipango, uno de nuestros principales objetivos, como tampoco he podido entregarle al gran kan las cartas que para él me dieron vuestras altezas. Pero, según mis cálculos, esa nación debe de encontrarse ya muy cerca de las islas que he descubierto y que, en nombre de vuestras altezas, he bautizado con los nombres de San Salvador, Juana y La Española, que, en un principio, confundí con la propia Cipango.

—¿Y qué es lo que habéis hallado en ellas? —quiso saber la reina.

—Todas están pobladas por gentes sin número —señaló—, por lo general mansas y amistosas, aunque no faltan algunas tribus feroces y poco acogedoras. Asimismo, cuentan con grandes minas de oro y otros metales, pero carecen de ciudades y de todo tipo de organización política, lo que hará mucho más fácil su conquista, sometimiento y evangelización.

—¿Y qué pueblos son esos? —se interesó el rey.

—En mi recorrido, me ha parecido encontrar algunos países míticos y ciertos lugares mencionados en la Biblia, aquellos cuyas riquezas hicieron posible la construcción del templo de Jerusalén —explicó Colón—. Por otra parte, estoy convencido de que en esas benditas tierras se encuentra también el paraíso terrenal, ya que la tradición lo sitúa siempre en oriente. Es más, algunos indicios sugieren que, en una ocasión, llegamos a las puertas mismas del Edén, pues se trataba de una región muy regada, de clima suave y benigno y vegetación exuberante y generosa, como en ninguna otra parte del mundo. Sus habitantes apenas conocen las armas. A decir verdad, son de naturaleza pacífica, de una amabilidad casi angelical, y viven desnudos como Adán y Eva antes de la caída, inocentes y no inficionados por ninguna doctrina, por lo que espero, si Dios me da salud, poder hacer pronto un nuevo viaje, con el fin de localizar el emplazamiento exacto del paraíso con la ayuda de los libros sagrados y poder acrecentar así la gloria de vuestras altezas y de la religión cristiana.

A este respecto, hubo una cosa que me llamó mucho la atención, pues no se compadecía con sus deseos ni con los argumentos que había utilizado para convencer a la reina de que le diera su apoyo, y es que, en su viaje, se había llevado consigo algunos médicos, un notario para registrar sus descubrimientos y un judío converso que conocía la lengua árabe, para que intentara comunicarse con los indios que iban a encontrar. Pero,

curiosamente, entre la tripulación no había incluido ningún fraile ni sacerdote, lo que venía a demostrar que, a pesar de lo dicho, su objetivo principal no parecía ser el de cristianizar esas tierras. Mi señora, sin embargo, no se lo echó en cara, tan solo se limitó a recordárselo para el próximo viaje.

—En La Española —continuó el navegante—, tuve noticia también de un territorio, conocido como Matinino o isla de las Mujeres, donde estas portan arcos y flechas y se dedican a cazar y guerrear, lo que confirmaría la existencia de esas amazonas de las que hablan algunos libros de la Antigüedad. Pero no pude continuar con la exploración por falta de medios y porque era urgente venir a contar a vuestras altezas que el proyecto había llegado a buen puerto. Antes de regresar, mandé construir una especie de fortín en la isla, y allí he dejado a treinta y nueve voluntarios con víveres, semillas y algunos útiles de trabajo, la promesa de volver a buscarlos pronto y el encargo de reunir todo el oro y las especias que puedan.

—Reconozco que me equivoqué con vos —declaró el rey, cuando Colón terminó su fascinante relato.

—Por suerte, vuestra alteza no se equivocó al elegir esposa —replicó el navegante sin asomo de rencor.

—¿Por qué lo decís?

—Porque, si no hubiera sido por ella, ahora mismo vuestra alteza estaría mesándose los cabellos de rabia por haber dejado pasar una ocasión tan importante y decisiva como esta.

—De nuevo tenéis razón —concedió el rey.

Como muestra de sus descubrimientos, Colón se había traído consigo una decena de indios, seres que, hasta nuestros días, habían permanecido ignorados por el mundo. Tanto los varones como las hembras iban vestidos con un simple taparrabos hecho de pieles y atado a la cintura con una tosca cuerda, si bien suelen andar desnudos. Todos ellos eran mancebos, de mediana estatura y muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos, casi sin barriga. La piel era del mismo color que la de los habitantes de las islas Canarias, ni negra ni blanca, y algunos llevaban la cara parcialmente pintada. Los cabellos eran gruesos, como crines de caballo; la frente, muy ancha; y los ojos, muy hermosos y más bien grandes.

Los pobres parecían asustados delante de tanta gente curiosa y de tanto lujo y solemnidad. En sus manos portaban oro, plata, especias y muchas otras cosas preciosas, así como cestas llenas de frutas desconocidas y jaulas con

papagayos y animales nunca vistos, que, tras una rápida reverencia, fueron depositando en el suelo, a modo de ofrenda a sus nuevos soberanos. Una vez vencidos los naturales recelos, varios de los asistentes se aproximaron a ellos para verlos más de cerca; y algunos hasta se atrevieron a tocarlos, con el fin de constatar que, en efecto, eran de carne y hueso y muy parecidos a nosotros.

El rey, divertido ante tal despliegue, quiso probar una de las pocas frutas que se habían salvado, pues el resto se habían podrido durante la travesía o el viaje a Barcelona. Por indicación de Colón, uno de los indios le acercó una de las cestas. De ella extrajo el monarca una de las piezas, de color anaranjado, y, tras olerla, se la llevó a la boca. Primero le dio un pequeño mordisco, pero, al comprobar que sabía dulce, le clavó bien los dientes.

—¡Está muy buena! —exclamó el rey, sin dejar de saborearla, lo que nos hizo reír a todos.

La reina, en cambio, no sintió la menor curiosidad por la fruta ni por nada de lo que tenía delante de los ojos, ya que sus miras estaban puestas en otros horizontes, más puros y elevados.

Esa misma tarde los reyes convocaron al navegante para una reunión secreta, a la que tan solo pudieron asistir los miembros del Consejo Real y mi marido. En ella se discutieron las condiciones y el alcance de la nueva expedición a las Indias. Para Fernando, lo más urgente era dejar bien sentado el dominio y la propiedad de esas tierras y las que en el futuro se descubrieran. Por su parte, Isabel insistió en la necesidad de que, en esta ocasión, fuera un grupo de frailes bien preparados; entre los cuales debería estar un ermitaño del monasterio de Montserrat, el fraile mínimo Bernardo Boil, antiguo servidor y persona de confianza del rey.

Una vez discutidos todos los aspectos relativos a ese segundo viaje, el navegante abandonó Barcelona con la intención de iniciar cuanto antes los preparativos, con el debido sigilo, eso sí, pues no quería correr el riesgo de que alguien se le adelantara, y ver mermados así el prestigio y la gloria que le cabían por el descubrimiento de esas nuevas rutas y tierras, aunque, a decir verdad, Colón no podía considerarse el primero, pero, aparte de él, eso tan solo lo sabíamos los reyes y yo, que, como era de esperar, no pensábamos contárselo a nadie.

—Si fuera más joven, me iría a las Indias con Colón —me confesó, días después, mi marido, mientras paseábamos por la marina de Barcelona.

—¿Seríais capaz de dejarme sola? —protesté yo.

—Vos os vendríais conmigo —se apresuró a decir.

—¿Y qué iba a hacer yo en un lugar tan salvaje? —le pregunté.

—¿Acaso solo os interesan las glorias del pasado? Yo cada vez estoy más convencido de que el futuro de las Españas está en las Indias —vaticinó, dándole la espalda al mar Mediterráneo y señalando con el dedo índice hacia el lejano oeste.

—Gracias a Dios, el nuestro está mucho más cerca —comenté yo.

A los pocos días, regresamos a Madrid, completamente reconciliados; tanto es así que no tardé en volver a quedar embarazada. A este segundo hijo lo bautizamos con el nombre de Nuflo, en tributo a la protección que San Onofre había brindado al Artillero en el asalto de Málaga. Aunque todavía era muy niño, Fernán fue nombrado por los reyes canciller de la orden de Alcántara, con facultad para nombrar tenientes, y paje del príncipe don Juan, lo que le aseguraría una buena formación. Al enterarse de ello el mayor de sus hermanastros, enseguida manifestó sus quejas ante la corte por considerarse merecedor de semejante gracia. Para acallar sus protestas, la reina no tuvo más remedio que otorgarle la tenencia de la fortaleza de Peñafiel.

Cuando, tiempo después, falleció en Salamanca su legítimo heredero, víctima de unas extrañas fiebres, aunque no faltaron rumores de que podía haber muerto envenenado, mi señora nombró a Fernán paje de su real casa, con una renta anual de nueve mil cuatrocientos maravedís.

—Y eso es solo el principio de lo mucho que vamos a hacer por él en el futuro, en agradecimiento por vuestros muchos servicios a la Corona —concluyó la reina, con una cierta solemnidad.

O dicho de otro modo: en pago por haber mantenido el secreto durante todos estos años, sin haber exigido ni pretendido nada a cambio, y sin asomo de rencor por mi parte. En todo caso, se lo agradecí, y más teniendo en cuenta que acababa de perder a su único hijo varón. Por lo demás, debo reconocer que muchos de los bienes que yo poseo en la actualidad proceden de mercedes y donaciones de sus altezas, si bien han sido obtenidos por mi industria, estudios y trabajos.

Lo importante es que, con los años, llegué a olvidarme de que mi hijo

Fernán Ramírez era un bastardo del rey, y lo mismo hizo mi esposo, lo que, sin duda, tenía mucho más mérito; es más, puedo asegurar que quiso a todos sus vástagos por igual, independientemente de quien fuera la madre o, como en este caso, el progenitor, por lo que bien podría afirmarse que fue un padre generoso y ejemplar. Y otro tanto cabría decir como marido, al menos desde que nos reconciamos y hasta el momento en que falleció.

Fue el 17 de marzo de 1501, hace ahora ocho meses, y lo hizo combatiendo —¡a sus sesenta años!— contra los moros que se habían rebelado contra los reyes en sierra Bermeja y Lanjarón, en el antiguo reino de Granada, por no haber respetado los acuerdos incluidos en las capitulaciones, precisamente las que se firmaron en aquel aciago 25 de noviembre de hacía diez años y que su alteza quiso celebrar deshonorándome. Ironías de la vida. Como también lo fue el hecho de que mi marido muriera a manos de los moros, él, que durante un tiempo intentó comprender con seriedad su doctrina, y al servicio de unos reyes que, en el fondo, no se merecían tanto sacrificio ni tanta lealtad. Su cuerpo quedó completamente acribillado, por lo que de nada le habría servido esta vez el ejemplar del Corán que aún guardaba entre sus pertenencias. En definitiva: «*Sic transit gloria mundi* (Así pasa la gloria del mundo)».

Cuando recibí la noticia, fue como si me partieran en dos, como si un fuego helado me abrasara el corazón hasta dejarlo reducido todo a cenizas, polvo, nada... Después, me vinieron de golpe a la cabeza, con una extraña mezcla de amargura y nostalgia, los recuerdos de esa década que habíamos compartido, incluidos los de aquel primer año de tormentoso matrimonio. Solo entonces me di cuenta de lo mucho que, en verdad, nos habíamos querido. Muy al revés de lo que suele ocurrir con el amor, que, según cuentan algunos poetas, comienza como algo grande, poderoso y arrebatador, pero que, poco a poco, se va gastando hasta desaparecer o convertirse en su contrario, el odio o el desamor; de ahí que el casamiento hecho por amor las más de las veces acabe en dolor.

En nuestro caso, el amor fue surgiendo con el paso del tiempo, a la chita callando y casi de la nada, y ello a pesar de que todo estaba en contra. Fueron, con toda certeza, el engaño y la conveniencia los que en principio nos unieron, dando lugar al rencor, el desprecio y la desconfianza mutuas, pero, muy lentamente, de forma casi imperceptible, estos oscuros sentimientos se fueron transformando luego en cariño, respeto y fidelidad,

que son, para mí, la base del auténtico amor, el único perdurable más allá de la muerte. Gracias a mi marido, logré reconciliarme con la ciudad de Madrid, donde he elegido vivir hasta el final de mis días, dedicada a mejorarla y hacerla más habitable, en la medida de mis posibilidades.

Espero que Dios quiera perdonar mis pecados y que algún día me permita reunirme con él en el cielo, cuando llegue mi hora, pues he decidido aceptar, para siempre, mi viudez. Mientras eso sucede, emplearé todo el tiempo que me deje libre el servicio a mi señora en velar por mis hijos hasta dejarlos bien situados y en ocuparme de las muchas fundaciones piadosas concertadas en su día con mi marido y, en especial, la del hospital de la Concepción, cumpliendo con ello no solo mis deseos, sino también la voluntad expresada por él en su testamento. En este, por cierto, rogaba a los reyes que confirmaran a los hijos que había tenido conmigo en los principales cargos y oficios que él desempeñaba en ese momento, decisión que lo honra.

Estoy convencida de que mi esposo no solo me perdonó a mí, sino también a los reyes, por el daño que, cada uno por su parte, le habían causado. Y yo, ¿he perdonado a Fernando? Creo que no; lo que no quita para que lo haya servido durante todos estos años y lo siga haciendo en el futuro, pues lo cortés no quita lo valiente y la Corona está muy por encima de la cabeza del rey. A este la hacienda y la vida se le han de dar si es necesario, pero no el honor, ya que este es cosa del alma y el alma solo pertenece a Dios.

En cuanto a la reina Isabel, ¿qué más podría añadir en su favor que no haya dicho ya a lo largo de este escrito? De todas formas, ella no necesita que nadie la defienda y menos aún que la alabe, pues ha hecho méritos más que suficientes para que, en los siglos venideros, sea elogiada y recordada por todos, de eso no me cabe ninguna duda; y de sus pecados y errores ya dará cumplida cuenta ante Dios. No obstante, es muy posible que, durante mucho tiempo, tanto sus grandes logros como sus terribles desaciertos acaben atribuyéndoselos a su marido, por el mero hecho de ser varón en un mundo regido por varones. Pero esa es otra historia.

Por lo que a la mía respecta, creo que ha llegado ya la hora de ir terminando este escrito, que tengo la intención de destruir o esconder bajo siete llaves antes de que llegue la de mi muerte, pues lo he redactado solo para mí, a modo de homenaje a mi añorado marido, y, si acaso, con la sana intención de suturar algunas viejas heridas, no para que alguien lo lea y lo difunda en el futuro. Pero ya se sabe lo que le dijo Cayo Tito al senado

romano: «*Verba volant, scripta manent*». Esto es: «Las palabras vuelan, lo escrito permanece».

(CATALINA DE DALT)

Tras el ajusticiamiento de Joan de Canyamars, las aguas volvieron poco a poco a su cauce, como si en la ciudad no hubiera ocurrido nada, aunque no para mí, que, presa del miedo, esperaba que en cualquier instante fueran a detenerme. Pero ese momento no llegaba; de ahí que me dedicara a pasear por las galerías de mi palacio, llena de furia y angustia, blasfemando y lamentándome de continuo y sin ningún deseo de ver a nadie, ni siquiera a mi hermano, al que, de alguna manera, culpaba de todo lo que había sucedido en esos últimos meses, por no haber sabido elegir bien la mano ejecutora ni haber previsto las consecuencias de un posible fracaso, pues cada día resultaba más evidente que al rey todo esto le había beneficiado mucho más que perjudicado. Con razón dicen algunos sabios que aquello que no te mata te hace más fuerte. Y, en este caso, la víctima había salido enormemente fortalecida del ataque contra su persona; de ahí que ahora fuera tan querido por sus súbditos y tan temido por sus enemigos.

Yo, sin embargo, tenía tanta rabia acumulada dentro de mí que, si hubiera tenido un ejército, sin pensarlo habría mandado arrasar la ciudad y todo el principado, solo para que no quedara en poder de ese maldito y afortunado rey. Pero, por desgracia, ya no estaba a mi alcance intentar derrotarlo ni producirle el menor rasguño. Y eso me llevaba siempre a acordarme de aquella noche en el monasterio de Guadalupe, cuando lo tuve a mi merced, lo que hacía que aumentara más mi cólera.

La reina no dejaba de acosarme en cuanto tenía ocasión y ya ni siquiera se preocupaba de disimular su desprecio delante de todo el mundo. Para ella, yo era la instigadora de los hechos y, en consecuencia, la principal culpable, más

que si los hubiera llevado a cabo con mis propias manos, y tarde o temprano debería recibir mi merecido. Así me lo hizo saber una tarde en la que, inopinadamente, vino a verme, tapada y en secreto, como en su día había hecho en Granada.

—¡Cuánto honor para mí recibir a vuestra alteza en este humilde palacio! —exclamé yo sorprendida.

—¿Por qué no dejáis de fingir? No se os da nada bien —me soltó.

—Ni a vuestra alteza hacer visitas de cortesía, por lo que veo —le espeté yo.

—No se trata de tal cosa —precisó—. He venido a advertiros de lo que os espera por haber intentado matar a mi esposo y arruinar mi vida.

—Eso es una infamia —rechacé yo.

—No os molestéis en negarlo —me aconsejó—. Estar todo el tiempo disimulando debe de resultar agotador, ¿no es cierto?

—De eso tal vez sepa vuestra alteza más que yo —señalé.

—En realidad, forma parte de mi trabajo como reina —explicó ella—. Para mí es algo natural.

—Sea como fuere, lo que está claro es que vuestra alteza no tiene pruebas —afirmé yo.

—Yo no estaría tan segura. Por otra parte, no las necesito, ya que estoy totalmente convencida de ello —me informó.

—Entonces, ¿por qué vuestra alteza no me ha mandado detener? —la reté yo.

—Porque aún no ha llegado el momento oportuno para ello —me contestó—. Pero no creáis que porque aún sigáis libre os vais a quedar sin castigo. Cuanto más tiempo pase más duro será este.

—Las palabras de vuestra alteza no me asustan —aseguré.

—Os lo ruego, escuchadme bien. Llegará un día, cuando menos lo esperéis —prosiguió, con tono más tranquilo, pero no por ello menos amenazante—, en que os golpearé con mano firme donde más os duela. Creedme, os causaré tanto daño que preferiréis estar muerta e, incluso, no haber nacido —añadió, regodeándose en cada palabra.

—Eso ya lo veremos —comenté yo.

—Más temprano que tarde —insistió ella—. En Castilla suele decirse desde tiempo inmemorial que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—Eso también podría aplicarse a vuestra alteza —repliqué.

—Yo soy la reina, y, por ello, no debo rendirle cuentas a nadie, salvo a Dios y a mi confesor —me recordó—. Y ahora, con vuestro permiso, debo irme. No hace falta que me acompañéis ni que aviséis a los criados. Conozco bien vuestra casa —añadió con toda intención, antes de abandonar la estancia, sin darme tiempo a despedirme.

Cuando salí al corredor, la reina ya no estaba. Tampoco pude encontrarla en el patio. Pregunté a los criados y nadie la había visto. Corrí a asomarme a una de las ventanas y en la calle no se percibía ningún rastro de ella. Angustiada, ordené a la servidumbre que registrara de arriba abajo el palacio, mas no encontraron a nadie. ¿Había sido todo fruto de mi imaginación? ¿Acaso me estaba volviendo loca? Desde luego, eso es lo que habría concluido si no hubiera encontrado, encima de una mesa, un pañuelo con la letra F bordada en él y unas cuantas manchas de sangre.

Otro día fui llamada a palacio para asistir a una recepción. Cuando llegué, un lacayo me condujo a una sala y me rogó que esperara allí; era pequeña, sombría y llena de humedad, casi como un calabozo. Hacía tanto frío que no podía dejar de moverme; de todas formas, tampoco había donde sentarse. A lo lejos se oían, de cuando en cuando, unos golpes secos y unas voces ahogadas. Traté de asomarme a la puerta, pero estaba cerrada, lo que aumentó mi miedo y preocupación. De repente, me dio la impresión de que alguien me estaba espiando a través de una celosía que había en un ventanuco. Seguramente era la reina, que quería ver cómo perdía la cabeza y acababa confesando.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

Del otro lado soplaba una corriente de aire gélido, como si diera directamente a la calle o a un patio. Así que me acerqué cuanto pude y comencé a pedir socorro. Al cabo de un rato, se abrió la puerta y apareció el mismo lacayo de antes para decirme que la recepción se había aplazado y que, por tanto, podía irme.

—¿De quién fue la idea de encerrarme aquí? —quise saber.

—No os entiendo —me respondió el criado, con gesto de perplejidad.

—¿Podría ver a la reina?

—Su alteza no está en palacio —me contestó.

—Mentís —le solté.

—¿Queréis que varios soldados de la guardia os acompañen a casa?

Sus palabras parecían corteses, pero a mí me sonaron amenazadoras; de modo que decliné el ofrecimiento y me volví a casa sola y con el ánimo encogido.

Al principio, interpreté estos hechos como bravuconadas de la reina dictadas por el despecho o como burdos intentos de intimidación, fruto de la rabia y la impotencia por no poder hacer nada contra mí, dadas las circunstancias. Mas enseguida me di cuenta de mi error. Si no me había mandado detener, no era, desde luego, por falta de pruebas o porque se lo hubiera impedido el Consejo Real o el propio rey o porque, antes de ejecutarme, quisiera verme sufrir, sino porque no deseaba que la cosa trascendiera y pudiera poner en peligro la paz y el equilibrio recientemente conseguidos en el principado. Ahora lo veía claro. Y ella era, sin duda, la que lo había decidido todo, probablemente sin contar, al principio, con el apoyo o la anuencia de Fernando, ya que este había estado muy grave, y no se le podía preocupar con tales asuntos, pero, a buen seguro, con la colaboración del Consejo, que se habría encargado de cumplir con fidelidad sus órdenes, como si fueran cosa suya. Mientras tanto, la reina se había mantenido en la sombra, apareciendo solo de cuando en cuando para mostrarse clemente y piadosa con el hombre al que, seguramente, ella misma había mandado ajusticiar de forma tan brutal, aun sabiendo que no era del todo culpable, y todo para obtener un beneficio y una ventaja política. No en vano era una maestra consumada en el arte de intrigar. Pero eso no significaba que no fuera a castigarme, bien claro me lo había dicho.

Después del día en que estuve en palacio, ya no volví a pisar las calles de Barcelona. Apenas comía por temor a ser envenenada. Tampoco me fiaba de mis sirvientas ni de mis criados, a los que acabé echando de casa. Cuando llamaban a la puerta, siempre tenía la tentación de arrojarme por la ventana, para que no me cogieran con vida. Por las noches no podía dormir si Oriol no velaba mi sueño. Era tal el miedo y la angustia que sentía que hasta llegué a enfermar. En cuanto a nuestros amigos y aliados, ninguno de ellos vino a vernos ni a ofrecernos su ayuda, como si no existiéramos, supongo que por miedo a posibles represalias.

Tan pronto me recuperé un poco, opté por refugiarme en Francia, donde tenía algunos parientes lejanos. Por supuesto, no se lo dijimos a nadie. Tuvimos buen cuidado en salir por la noche y a escondidas, como si fuéramos ladrones. Tras darle muchas vueltas, acordamos que me instalaría

cerca de la frontera, con la esperanza de regresar pronto, una vez que los reyes abandonaran Barcelona. Pero la reina no tardó en enterarse y, al poco tiempo, envió a alguien para que me espicara. Esto hizo que, al final, me acogiera a sagrado en un convento de clausura perdido en el fondo de un valle, no muy lejos de la ciudad francesa de Albi, donde pensaba que estaría a salvo por un tiempo.

Desde entonces, he vivido encerrada, sin otro entretenimiento que tejer, como la pobre Aracne, y poner por escrito todos mis recuerdos de este último año y medio, para no perder del todo la razón, y sin otro contacto con el mundo exterior que las visitas que, con cierta regularidad, recibía de mi hermano, que siempre se las arreglaba para cruzar la frontera, burlar la clausura y acceder a mi celda, donde nos amábamos durante horas, como si fuéramos dos animales heridos y acosados en la última noche de sus vidas. Después solíamos hacer planes para el futuro, ya que Oriol estaba convencido de que en los próximos meses los reyes se irían, por fin, de Barcelona y yo podría volver a casa.

Pero había claros indicios de que, antes de que eso sucediera, la reina intentaría completar su venganza. Por mi hermano me fui enterando, por ejemplo, de que Bernat de Martorell había aparecido muerto en su cama, acuchillado por uno de sus más fieles servidores, que luego había quedado libre por falta de pruebas, lo que daba mucho que pensar. En cuanto a Marcial Conget, lo único que se sabía con certeza era que había emprendido un viaje a Oriente, seguramente por miedo a ser el próximo en caer ejecutado, o tal vez con la intención de matar a Omar y a su esposa a cambio del perdón o de alguna recompensa, pues era el único que podría saber dónde se encontraban.

Oriol me informó también de que por tierras de Castilla había comenzado a circular ya un romance sobre los hechos que se hacía eco de las convicciones de la reina, y que decía más o menos así:

*Rey Fernando, rey Fernando, — no digas que no te aviso,
que del templo de Santa Águeda — un alevoso ha salido.
Llámase Juan Cañamares, — en Cañamares nacido,
mas con malas intenciones — a Barcelona ha acudido.
Pasado ya el mediodía, — la audiencia ya ha concluido,
del gran salón del Tinell — su alteza el rey ha salido.*

*Detrás viene el muy canalla, — entre el séquito escondido.
Al rey ya tiene a su lado, — la espada saca del cinto
y el cuello intenta cortarle; — por suerte, solo lo ha herido.
Aunque el tajo ha sido grande, — el rey ha sobrevivido.
Fue gracias a una cadena — en la que fue a dar el filo
y a una dama de la corte — que lo avisó dando un grito.
Por calles, plazas e iglesias, — el hecho ya es conocido.
A la entrada de palacio, — el traidor fue detenido.
Todos dicen que está loco, — que él solo lo ha cometido,
salvo la reina Isabel, — que piensa que el que lo hizo
fue instigado por un noble — que planeó el regicidio.
¿Quiénes son los conjurados? — ¿Quiénes son los malnacidos?
¿Quién quiere ver muerto al rey? — ¿Quiénes son sus enemigos?
Después de darle tormento, — que hable no han conseguido.
Los miembros le han arrancado, — a la vista del gentío,
que luego lo ha apedreado, — y al loco ha quemado vivo.
El rey ya ha vuelto a la corte, — todos respiran tranquilos,
salvo la reina Isabel, — que piensa que a su marido
lo mandó matar un noble — que aún no recibió castigo.*

Después de meses de inquietudes y zozobras, puedo decir que, durante un tiempo, aquí encontré la paz y felicidad que tanto anhelaba, a salvo de las maquinaciones de la corte y de una reina cruel y vengativa que había prometido no descansar mientras mi hermano y yo no pagáramos la deuda que teníamos contraída con ella. Pero hace apenas unas semanas ocurrió algo que me hizo desear no haber nacido o, en todo caso, estar ya muerta. Para mi desgracia, fue Oriol quien murió. Su cadáver fue hallado en un barranco, camino de Albi, cosido a puñaladas y medio comido por las alimañas. De ello me enteré por una carta que me envió un buen amigo nuestro. Yo llevaba ya un tiempo preocupada porque no recibía visita ni noticias de mi hermano, cuando llegó la misiva, que de manera fría y escueta me informaba de lo sucedido. También me decía que sus restos habían sido enterrados en el pueblo más próximo, de forma anónima, para que nadie pudiera rezar por él delante de su tumba.

Tras leer la triste carta, comencé a desgarrarme el sayal y dar tales alaridos

que todas las hermanas, incluida la abadesa, acudieron a ver qué es lo que pasaba. Según parece, yo no paraba de gritar:

—Me lo han matado, me lo han matado, por venir a verme, y yo ni siquiera he podido amortajarlo ni acudir a su entierro. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Maldita sea esa harpía por los siglos de los siglos!

Las monjas trataron de calmarme y consolarme con la promesa de la vida eterna, el perdón de los pecados y la redención de Dios. Pero yo reaccionaba como si hubiera perdido el juicio o estuviera poseída por el demonio: tan pronto me tiraba por el suelo como me golpeaba la cabeza contra la pared; de repente me abismaba en el dolor y, al instante, volvía a aullar. Cuando al fin consiguieron tranquilizarme y tumbarme en el lecho, permanecí inmóvil durante varios días, que parecía que había hecho verdadero voto de ayuno y de silencio. Solo la llegada de un físico logró sacarme de mi postración. Era un hombre con mucha experiencia de la vida y enseguida supo qué es lo que me pasaba. De modo que me administró una medicina que él mismo elaboró en el herbolario del convento y, al día siguiente, me levanté completamente restablecida. No obstante, seguí sin hablar, cada vez más ausente y encerrada en mí misma.

Una tarde vino a verme la abadesa. La mujer parecía muy preocupada, no solo por mí, sino también por el hecho de que con mi conducta hubiera alterado la pacífica vida del convento. Y es que, durante el tiempo que llevaba al frente de este, había observado cómo la convivencia y la tranquilidad en esta clase de lugares dependía mucho de que todo estuviera bien regulado y sometido «a una estricta rutina y a una férrea disciplina», como decía ella. Mientras todo funcionara como es debido, nadie sería consciente de lo dura y difícil que resulta aquí la convivencia, siempre enclaustradas, sin ningún placer ni distracción. Pero cualquier cambio o novedad venía a poner en peligro ese equilibrio tan delicado. Era como uno de esos organismos en los que cualquier mínima perturbación en una de las partes repercutía de inmediato en el resto. De ahí que a las otras hermanas del convento les hubiera dado por pensar que lo que a mí me había ocurrido también podría sucederle a ellas, y eso las había llevado a cuestionarlo todo y a sentir de lleno la soledad y la mortificación en la que vivían.

—Es, pues, mi deber atajar este proceso antes de que vaya a mayores —concluyó la abadesa—. De modo que permitidme que os haga una pregunta muy sencilla. ¿Hay algo, en todo este asunto, que deba yo saber antes de

tomar una resolución?

—No sé a qué os referís —contesté yo, con fingida ignorancia.

—A vuestro extraño comportamiento de estas últimas jornadas —precisó ella con naturalidad.

—Si en su momento reaccioné así fue porque acababa de enterarme de la muerte de mi hermano —le expliqué.

—Todas tenemos hermanos y no por ello nos dejamos arrastrar por el dolor —me aclaró—. Es nuestra obligación dar ejemplo de resignación cristiana, pues todo lo que ocurre obedece, de una manera u otra, a la voluntad de Dios. En cuanto a la muerte, deberíais recordar que no es más que un tránsito a una vida mejor —añadió con la mejor de las intenciones.

—Pero es que yo amaba a mi hermano —insistí yo.

—Todas amamos a nuestros hermanos —me recordó ella, con tono maternal—, lo que no quita para que amemos, sobre todo, a nuestro Señor, pues ya sabéis que quien ama a Dios ama a todas sus criaturas.

—¿Y por qué no al revés? Al fin y al cabo, estamos hechos a su imagen y semejanza —argumenté yo.

—Siempre que sea un amor puro y desinteresado —admitió ella.

—No me habéis entendido —repliqué—. Mi hermano y yo nos amábamos carnalmente, como hombre y mujer.

—Pero ¿se puede saber qué estáis diciendo?! —exclamó la abadesa, escandalizada, tras ponerse en pie.

—Lo que oís —confirmé yo—. Incluso lo hemos hecho en esta celda, como mínimo dos o tres noches cada mes, a veces cuatro. Tendríais que habernos visto...

—Callad, os lo ruego —me ordenó la abadesa, cada vez más horrorizada.

—A nosotros nos habría gustado mucho casarnos y tener hijos legítimos —continué, haciendo caso omiso a su petición—, mas vuestra maldita Iglesia no lo permite.

—Callad de una vez —me gritó, con voz destemplada—. Eso que proclamáis es un gravísimo pecado, uno de los más abominables. Pero si os arrepentís y dedicáis el resto de vuestra vida a hacer penitencia, tal vez Dios se apiade de vuestra alma.

—Y de la de mi hermano, ¿quién se apiadará? Lo mataron cuando venía a verme —le conté—, y, en cierto modo, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

—Vuestro hermano debió de morir en pecado mortal, ya poco se puede hacer por él —me recordó.

—Llorar y lamentar su pérdida —repuse yo, apesadumbrada—. Si he soportado este encierro, ha sido gracias a sus visitas y a sus cartas y a la esperanza de que pronto volveríamos a estar juntos. Pero ahora que Oriol ha muerto todo ha dejado de tener sentido. Sin él no hay vida que valga la pena vivir.

—No os consiento que habléis así —me ordenó la abadesa.

—¿Y sabéis quién mandó matarlo? —le pregunté.

—Lo que ocurra fuera de estas cuatro paredes no me interesa, ni a vos tampoco debería interesaros —me recordó.

—Aun así, os lo diré: la reina Isabel de Castilla, una beata como vos —le revelé—. Pero, en verdad, no era a él a quien quería destruir, sino a mí y solo a mí, ya que ella era consciente de que acabar con él era la forma más directa y dolorosa de acabar conmigo. De modo que habría que felicitarla por su acertada decisión. Esa mujer es peor que el diablo.

—Yo no quiero saber nada de vuestra reina —rechazó—. Tan solo os digo que, si queréis seguir en el convento, tendréis que hacer penitencia y comportaros según nuestras reglas, sin ofender a Dios ni a vuestras hermanas ni a la Iglesia católica ni a la moral cristiana. En caso contrario, deberéis abandonarlo —me advirtió.

—Eso haré —anuncié yo.

—Alabo vuestra decisión —comentó con ironía.

—Y yo os maldigo a vos, a vuestras hermanas y a esa odiosa reina —le escupí, para que me dejara en paz.

—Se acabó. Habéis agotado mi paciencia. Mañana, a la hora de maitines, no quiero veros ya por aquí, ¿me habéis entendido? —sentenció, sin el más mínimo asomo de piedad.

—Será un placer abandonar este infierno —le grité yo, antes de que saliera de mi celda.

Ya queda poco para maitines. Me he pasado la noche completando apresuradamente este escrito con la relación de los últimos sucesos. Ahora mismo acabo de apurar una copa de vino de nuestra bodega que me trajo mi hermano en su última visita. En ella he disuelto el veneno que muy pronto

pondrá fin a mi vida de una forma indolora y discreta, o por lo menos eso espero. Sobre mi mesa, junto al tintero, he dejado una nota en la que ruego que me entierren fuera de sagrado y sin ningún tipo de ceremonia religiosa, pues no quiero arriesgarme a ir al purgatorio. Mi lugar está junto a Oriol, allá en el infierno, en el bendito círculo al que van a parar los hermanos incestuosos. Junto a él, podré soportar cualquier pena que me impongan por muy dura que sea.

También he pedido que en el ataúd metan este escrito al que mi muerte está a punto de poner fin. Si no se cumpliera mi voluntad, es muy posible que en el futuro, pasados muchos años, alguien lo lea y sepa de mi existencia. En tal caso, me atrevo a pedirle que haga pública mi historia, pues estoy segura de que lo que yo cuento no aparecerá en las crónicas. Por supuesto, no deseo que se me perdone, ya que no me arrepiento de nada, ni que se me entienda ni que se justifiquen mis actos, tan solo que se nos recuerde a mi hermano y a mí tal como fuimos, y lo mucho que nos quisimos y el odio que compartimos hacia ese maldito rey, al que, por desgracia, no conseguimos cortarle la cabeza.

Cada palabra que escribo es un instante menos de existencia, es como si me desangrara por la pluma. Mi vida entera es como un hilo de tinta negra, un hilo de araña que las Parcas ya están a punto de cort...

(SARA DERTOSA)

Hace ya algún tiempo que llegamos a Estambul, donde enseguida fuimos bien recibidos y mejor tratados. Los turcos son, por lo general, amables, devotos y fieles a su palabra, y, desde el principio vimos cómo el sultán estaba encantado de acoger en su imperio a todos aquellos que venían de fuera, y especialmente a los judíos de Sefarad y a los moros del antiguo reino de Granada, por lo que nos resultó muy fácil prosperar. En el imperio otomano no existe la idea de una nobleza de sangre que impida el ascenso en la corte o fuera de ella a los extranjeros de otra religión, aunque sean de humilde cuna, y haber nacido turco no solo no representa para ellos ninguna ventaja, sino que más bien los priva de obtener las mejores prebendas y los puestos más elevados. Tanto es así que hasta los cristianos cautivos pueden convertirse en renegados, también llamados turcos de profesión, y raro es aquel que no llega luego a ocupar un alto cargo en Estambul o en el negocio de la piratería. En definitiva, es el mundo al revés si lo comparamos con lo que es costumbre en los reinos de Castilla y de Aragón. Todo esto explica que, en poco tiempo, Omar llegara a ser uno de los médicos más afamados del sultán.

Una vez instalados, volvimos a casarnos por el rito judío, y hemos tenido varios hijos. El primero, Simón, que es el vivo retrato de su abuelo materno, y luego vinieron Ruth y Samuel. Gracias a la *menorá*, conseguimos fundar una nueva sinagoga, como habría querido mi padre. Y, al cabo de unos años, después de haber enviado numerosas cartas aquí y allá y de haber contactado con decenas de comerciantes, logré dar con mi familia, que aún se encontraba en Génova, esperándome, por si alguna vez aparecía por esos derroteros, pues

tenían vaga noticia de lo que había sucedido aquella noche en el puerto de Barcelona.

Tras recibir nuevas de mi persona y del lugar en el que me encontraba, recogieron sus escasas pertenencias y vinieron a instalarse en Estambul. Cuando por fin desembarcaron, mi madre y yo nos dimos un fuerte abrazo. Al principio, no acertábamos a decirnos nada; tan solo nos mirábamos y nos tocábamos y sonreíamos, con el semblante cubierto de lágrimas. Era como si las palabras y recuerdos se agolparan en la boca y en el corazón y pugnarán por salir todos a la vez. Mis hermanos y mis primos estaban tan cambiados que costaba mucho reconocerlos. También ellos se sorprendieron al ver mi aspecto; seguramente esperaban encontrarse con una mujer más bien triste y ajada, dadas las duras experiencias por las que había pasado.

—*Shalom*, querida sobrina —me saludó mi tío—. En un arcón traigo un bonito regalo para ti.

—Gracias por haberte acordado, querido Samuel, y por haberte ocupado de mi madre y mis hermanos —le dije yo.

—Gracias a ti por acogernos en tu casa.

—Que es también la vuestra —les recordé yo—. Y ahora me gustaría presentaros a Omar, mi marido, y a nuestros hijos: Simón, Ruth y Samuel.

—¡Son una bendición! —gritó mi madre, llena de contento, al verlos.

—Con ellos la pervivencia de la familia está asegurada —proclamó mi tío.

—Alabado sea nuestro Dio —exclamaron todos.

Después de dejar en casa los arcones y maletas, Omar y yo les pedimos que nos acompañaran hasta la sinagoga para dar gracias al Señor. De camino les expliqué que Estambul era una ciudad maravillosa y sus habitantes, muy hospitalarios, por lo que en ella era fácil salir adelante. Cuando llegamos, nos recibió el rabino, que, tras los saludos de rigor, nos invitó a pasar.

—¡Por fin, ya estamos todos aquí! —exclamé yo, emocionada.

—Tan solo falta Simón —se lamentó mi madre, sin poder evitarlo.

—No, mi padre está ahí —dije yo, señalando la *menorá*—, que de nuevo nos ha reunido en torno a ella, para seguir iluminándonos.

—¡Alabado sea el Dio de Israel! —agradecieron todos.

A los pocos días, mi tío Samuel se instaló con su familia en una casa cerca del puerto. Ya no era tan dicharachero como antes, pero al menos seguía teniendo ánimo y ganas de ayudar a sus hijos, a los que había ido enseñado todos los secretos de su oficio para que pudieran establecerse por su cuenta y

formar una familia, como así hicieron, al igual que mis hermanos. Mi madre se quedó a vivir con Omar y conmigo, para estar cerca de sus nietos. No hablábamos mucho de lo ocurrido en Barcelona, supongo que para no abrir más las heridas. Sin embargo, un día me contó que, durante la travesía hasta Génova, experimentó varias veces la tentación de quitarse la vida, tan culpable se sentía por haber escapado, pero algo en su interior le decía que yo lograría huir de todo aquello y ella debía aguardar en Génova para cuando volviera a aparecer. Y, mira por dónde, ahí estábamos las dos, contemplando la caída de la tarde, bajo el hermoso cielo de Estambul.

De vez en cuando, nos llegaban algunas noticias de lo que pasaba en Sefarad. Según parece, muchos expulsados habían vuelto, tras haberse convertido, pues no eran capaces de vivir fuera de su tierra natal. También nos contaron el caso de varios judaizantes quemados en un auto de fe, en Toledo, por no comer carne de cerdo o hacer pan sin levadura o estar circuncidados, el motivo era lo de menos. En cuanto a los moros que se quedaron en Granada, nos llegaban rumores de que su situación era cada vez más difícil y penosa. Del fallido intento de dar muerte al rey no volvimos a saber nada, pero sí de las andanzas de Fernando e Isabel, a los que el papa Alejandro VI les había concedido, por medio de una bula, el título de Reyes Católicos por los importantes servicios prestados a la cristiandad, entre los que destacaban, cómo no, ¡la toma de Granada y la expulsión de los judíos de Sefarad! A Omar y a mí este suceso nos llenó de bochorno e indignación y nos hizo acordarnos del pobre Joan; sin duda, él habría sido mucho mejor rey.

Pasado un tiempo, apareció por Estambul nuestro antiguo cómplice Marcial Conget, con el que Omar y yo nos tropezamos, por casualidad, en un zoco.

—¡De nuevo coincidimos en un mercado! —le comentó a Omar tras saludarnos.

—Solo que en este caso sí que venís solo.

—Lo lamento mucho, pero aquel día no tuve más remedio que hacerme acompañar de varios hombres; si no, Catalina no me habría dado el dinero para vos —explicó.

—Menos mal que conseguí burlarlos.

—Eso es lo que vos creéis —corrigió Marcial—; en realidad, fui yo el que os dejó escapar.

—¡Mentís! —le soltó Omar, sin darse cuenta de que en Sefarad esa era una

ofensa muy grave para un caballero o para alguien que pretendiera serlo, de esas que solo podían lavarse con sangre.

—Deberíais saber que hasta que no os vi salir de aquella alfarería vestido de payés y con una tinaja al hombro no me quedé tranquilo —explicó Marcial, cargándose de paciencia.

—¿Entonces? —inquirió Omar, tras tomar conciencia de que se había equivocado.

—Sabía que Oriol y su hermana querían mataros a vos y a vuestra esposa, y por eso me ordenaron que alguien os siguiera hasta vuestro refugio. Pero yo hice justo lo contrario, y eso estuvo a punto de costarme muy caro, os lo aseguro. Teníais que haber visto la cara de Catalina cuando le dije que habíais logrado escapar —añadió con una sonrisa burlona.

—Perdonad que no me diera cuenta —le rogó Omar.

—De eso se trataba, de que nadie lo percibiera.

—Permitidnos que, como desagravio por haber desconfiado de vos, os invitemos a hospedaros en nuestra casa —le dijo mi marido—. Allí estaréis más cómodo que en cualquier posada de la ciudad.

—Lamento no poder aceptar vuestro ofrecimiento, pues me alojo en la de un comerciante con el que tengo negocios y sé que se sentiría muy agraviado si ahora cambio de anfitrión. Espero que me comprendáis —se justificó.

—Dejad, al menos, que os convidemos a cenar con nosotros mañana.

—A eso accedo encantado —convino Marcial—; así podremos seguir hablando.

Al día siguiente, acudió a nuestra casa cargado con regalos para los niños y algún obsequio para nosotros, lo que me recordó las visitas de mi tío Samuel, que ahora se había retirado de los negocios y se limitaba a leer y a añorar su querida Sefarad. Después nos quedamos los tres solos, pues nuestros hijos y mi madre se fueron pronto a dormir. Mientras cenábamos cordero sazonado con pimienta y azafrán, nos pusimos al día de nuestras respectivas trayectorias y nos maravillamos de que aún siguiéramos vivos. Después de todo lo sucedido, Marcial había decidido también poner tierra de por medio, pues creía que su vida peligraba. Así es que vendió todo lo que poseía y abandonó Barcelona, con la idea de emprender una gran travesía y conocer mundo. La llegada a la corte del navegante Cristóbal Colón, tras su viaje, le animó a ello, ya que, según decía, aún quedaba mucho por descubrir. En un principio, había estado por el norte de África y ahora quería recorrer el

imperio turco, donde esperaba sacar adelante ciertos negocios, para luego ir a las Indias.

A través de varios mercaderes valencianos, le habían ido llegando algunas noticias de Sefarad, como las revueltas que se habían producido en las Alpujarras granadinas, donde los moros habían comenzado a sublevarse por el incumplimiento de las capitulaciones que en su día habían firmado los reyes. Esto provocó que muchos de ellos se echaran al monte con la intención de vivir según sus antiguas leyes y costumbres, haciendo caso omiso a las ordenanzas en las que se les conminaba a abandonar su lengua y a renegar de sus ritos y creencias, lo que confirmaba los temores de Omar, que estaba convencido de que, más pronto o más tarde, se les acabaría expulsando de su tierra.

Al final, no pudimos evitar preguntarle por el frustrado regicidio y las consecuencias del mismo.

—Por lo que yo sé, nadie se ha vuelto a interesar por el asunto —nos explicó Marcial—. Es como si hubieran arrojado un montón de tierra sobre todo aquello y nadie quisiera removerlo, al menos no de forma abierta y pública. Y yo diría que el menos interesado ha sido el rey. A fin de cuentas, él salió muy reforzado de todo esto, lo que, de entrada, le permitió culminar con feliz resultado las negociaciones con Francia y congraciarse con Barcelona y el principado.

—¿Y qué sabéis de Catalina? —le pregunté de pronto.

—Catalina decidió huir de Barcelona para refugiarse en un convento próximo a Albi, en el sur de Francia, donde se consideró segura, por estar lejos y en sagrado —explicó Marcial—. Pero la muerte de Oriol, cuando se dirigía a visitarla, como hacía una o dos veces al mes, la sumió en la más absoluta desesperación y eso la llevó a quitarse la vida. Luego se rumoreó que había dejado un escrito en el que daba cuenta de su participación en la preparación de la conjura y su polémica estancia en Granada, y que este había ido a parar a manos de los reyes.

—¿Es eso cierto? —inquirió Omar, con gesto de inquietud.

—Tan solo fue un rumor que corrió por ahí. ¿Por qué os preocupa?

—¿Es que no os dais cuenta? Si ese escrito existe, lo más probable es que en él salgan a relucir nuestros nombres —sugirió Omar.

—¿Y eso qué importa ahora? —objetó Marcial.

—Que, si es así, deben de haber puesto precio a nuestras cabezas, ¿os

parece poco?

—Me temo que exageráis —ironizó nuestro antiguo cómplice.

Sin duda, había pasado mucho tiempo, y lo más probable era que nadie, a esas alturas, fuera a interesarse por nosotros, dado que no habíamos llegado a intervenir en los hechos. Por otra parte, estábamos muy lejos y a buen recaudo, en un país enemigo..., salvo que hubieran enviado a alguien en secreto para matarnos, alguien que nos conociera bien y que fuera capaz de averiguar fácilmente dónde nos encontrábamos, alguien de quien, en un principio, pudiéramos fiarnos, alguien, en definitiva, como ¡Marcial! La idea surgió de pronto, tanto en la conciencia de Omar como en la mía, a juzgar por la mirada que él me lanzó, signo inequívoco de que pensábamos lo mismo. Lo malo era que nos habíamos dado cuenta demasiado tarde. Para entonces, ya habíamos introducido al enemigo en casa, donde también estaban nuestros hijos y mi propia madre. Marcial, por su parte, debió de notar algo, pues enseguida nos dijo:

—¿No creeréis que me han enviado aquí para mataros a cambio de una recompensa? —nos preguntó.

—Yo no lo habría expresado mejor —reconoció Omar, dejando ver el pequeño alfanje que siempre llevaba consigo, por ser médico del sultán.

—Si fuera así, también a mí querrían matarme, ¿no os parece? —razonó Marcial, algo alterado.

—Tal vez busquéis el perdón del rey, ofreciéndole nuestras cabezas —argumentó Omar.

—Eso es absurdo —rechazó él—. Recordad que yo os dejé escapar en Barcelona.

—Alguna razón tendríais para ello —replicó Omar—. Pero ahora las cosas parecen haber cambiado.

—Todo eso ya es agua pasada, creedme —aseguró Marcial.

—Os equivocáis. Los reyes no descansarán, mientras no acaben con nosotros —afirmó mi marido.

—Por lo que sé, el rey está demasiado ocupado con otros asuntos de mayor importancia. Como sabéis, el hecho de haber sobrevivido a la agresión le ha dado mucho más prestigio y mayor notoriedad —nos recordó—. Y, según parece, no es nada rencoroso.

—¿Y la reina? —sugerí yo.

—¿Qué pasa con la reina? —balbuceó Marcial, tras una pausa embarazosa.

—Que ella seguro que sí lo es, y, en el fondo, la auténtica responsable de las decisiones que aparentemente toma su marido, que es quien luego se lleva el mérito y, alguna vez, los palos —le expliqué.

—Entonces, ¿vos creéis que ella es la que decide? —inquirió Marcial con escepticismo.

—Cada vez estoy más convencida de que eso fue lo que pasó con el decreto de expulsión, como acertadamente proclamaban algunos judíos de Sefarad. Por eso pienso que, aunque hubiéramos matado al rey, nada habría cambiado, al menos no para bien. Es su esposa la que debería habernos preocupado —sentenció.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —se quejó Marcial.

—Si estoy en lo cierto, lo más probable es que las circunstancias os hayan convertido en un instrumento en manos de la reina —conjeturé.

—Comprendo lo que decís, pero ¿por qué yo? —quiso saber.

—Porque sois muy astuto, y tal vez porque ya no quede nadie más.

—¿Y qué es lo que pensáis hacer? —preguntó, cansado de fingir.

—Denunciaros ante el sultán —intervino Omar—; le diremos que habéis sido enviado por los reyes de las Españas para intentar sobornar a uno de sus médicos.

—Eso supondría la muerte más ignominiosa para mí —se lamentó.

—La misma que vos pensabais causarnos.

—¿Por qué no nos serenamos y buscamos un acuerdo? —propuso Marcial.

—Luego reconocéis que es verdad —concluyó mi marido.

—De ningún modo —rechazó él—. Pero comprendo muy bien que podáis sospechar de mí —admitió—. Yo, en vuestro lugar, también lo haría.

—Dejémonos ya de palabras. Este es el acuerdo —expuso Omar—: mañana os marcharéis en el primer barco que parta de Estambul, sea cual sea su destino, y no volveréis nunca por aquí. En cuanto a nosotros, nos comprometemos a olvidarlo todo y a no emprender ninguna acción contra vos. ¿Os parece bien?

—Por mí, no hay inconveniente —aceptó él—. Pero insisto en que...

—Pues no se hable más —le dijimos a modo de despedida.

Por lo que luego supimos, Marcial no abandonó Estambul, como había prometido. Fue descubierto por la guardia personal del sultán en los alrededores de nuestra casa, mientras trataba de espiarnos, y, tras ser interrogado, lo hicieron desaparecer. Con ello se cerraba el círculo de unos

hechos que nos habían cambiado la vida y podíamos pasar por fin página, o eso esperábamos.

Desde ese día, ya no hemos vuelto a saber nada más relacionado con el asunto ni con Sefarad. A pesar de todo, Omar y yo todavía añoramos nuestra tierra de nacimiento, pero ninguno de los dos deseamos volver a ella, en el caso de que pudiéramos, claro está. De todas formas, debo decir que algunos días, cuando nadie me ve, me asomo a una de las terrazas de mi casa, la que mira hacia poniente, hacia Barcelona y Sefarad, y canto en voz baja uno de los romances que me enseñó mi abuela, un romance en castellano, la lengua de mis antepasados, mi propia lengua, esa que aún hoy conservo, aunque a veces me pese, pues la verdad es que no consigo olvidarla, ya que sería tanto como perder mi memoria, la misma que le he enseñado a mis hijos y enseñaré a mis nietos, y estos enseñarán a los suyos, para que, entre otras cosas, puedan leer estas palabras destinadas a ellos. Los romances que en tales momentos canto suelen ser muy alegres, pero yo, sin querer, enseguida los transformo en un lamento por la pérdida de Sefarad. Así y todo, seguiré cantando y recordando aquella tierra donde yacen mi padre y los padres de mis padres, donde nací yo y donde fue concebido mi hijo Simón. Y seguiré cantándola y recordándola por los siglos de los siglos, gracias a este escrito al que ahora mismo pongo fin.

*El año mil cuatrocientos — y noventa y dos corría,
año de grandes sucesos — y de grandes tropelías.
Era siete de diciembre, — pasado ya el mediodía.
En Barcelona la bella, — el rey Fernando salía
de su palacio mayor, — después de impartir justicia,
como hacía cada viernes, — desde el alba, en esa villa.
En la puerta lo aguardaba — gente que verlo quería.
Unos gritan: «Viva el rey»; — otros: «Que muera», musitan.
De la iglesia de Santa Águeda, — de rezar en la capilla,
alguien sale con sigilo — y tras el rey se desliza.
De debajo de su capa — saca una espada bruñida;
con gran presteza la alza — y en el cuello se la hinca.
Todos miran con horror — cómo el rey tapa su herida.
Aunque el tajo ha sido grande, — logró conservar la vida.
Fue gracias a una cadena — que sobre el hombro lucía
y a una dama de la corte, — que, al ver lo que sucedía,
llamó la atención del rey, — con lo que el golpe desvía.
Su nombre: Beatriz Galindo, — de la reina buena amiga.
Isabel, cuando se entera, — desde una ventana grita:
«¿Quién al rey quiso dar muerte? — ¿De dónde es el regicida?».
No es uno, que varios son — los que matarlo querían.
Un payés llamado Joan, — que el Salvador se creía;
él fue el que empuñó la espada, — y el único al que castigan.
Sus cómplices fueron dos: — Sara, una joven judía,
y Omar, moro de Granada. — Los dos tristes se sentían,
pues perdieron a sus padres, — sus haciendas y su dicha
por culpa del rey Fernando, — del que vengarse querían.*

*Oriol, el conde de Dalt, — y su hermana Catalina
con la ayuda de Marcial — y Bernat, que bien servía,
fueron los instigadores — de tamaña fechoría.
Con los nobles descontentos — conjurado ellos se habían
para castigar al rey, — que someterlos quería.
Ahora todos están muertos, — salvo el moro y la judía,
que pudieron escapar — a la lejana Turquía.
El rey Fernando aún gobierna; — la verdad ya es conocida.*

AGRADECIMIENTOS Y DEUDAS

Quiero expresar públicamente mi agradecimiento, por sus lecturas, aportaciones y sugerencias, a José Antonio Sánchez Paso, Antonio Sánchez Zamarreño, Mercedes Marcos, Mercedes Gómez Blesa y Carmen Sayagués, así como a Adolfo García Ortega, Marcela Serras, José López Jara, Ana Rosa Semprún y Miryam Galaz, por su eficacia, confianza y complicidad.

De los cuatro romances que aparecen en la novela, tan solo uno es tradicional, el titulado «Romance del rey Chico que perdió Granada»; los otros tres son de mi autoría, si bien debo reconocer que el comienzo de dos de ellos lo he tomado del ya mencionado, con algunas variantes. Los versos que canta la reina en el capítulo X suelen atribuirse al primer duque de Alba, don García Álvarez de Toledo, que los compuso en torno a 1470, pero fueron popularizados por el músico de origen flamenco Juan de Urrede, que estuvo al servicio de los Reyes Católicos.

En cuanto a los poemas que se utilizan en la justa entre el bufón Alegre y Catalina de Dalt, en el capítulo 5, los he sacado, en su mayoría, de la recopilación *Poesía femenina en los cancioneros*, edición, introducción y notas de Miguel Ángel Pérez Priego (Madrid, Castalia, 1989), y pertenecen a Pedro de Cartagena, Pere Torroella, Gómez Manrique y Suero de Ribera. En algunos casos he tenido la osadía de rehacerlos, recortarlos y adaptarlos a mis necesidades; que sus autores me perdonen por ello. El lema «Nunca mucho costó poco» pertenece a otra Catalina, doña Catalina Manrique.

Por último, creo que no hace falta decir que son muchos los libros leídos y consultados para escribir este. Enumerarlos todos sería imposible; mencionar solo algunos sería una falta de consideración hacia los demás.

La corte de los engaños

Luis García Jambrina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño, 2016

© Luis García Jambrina, 2016

© Espasa Libros, S. L. U., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

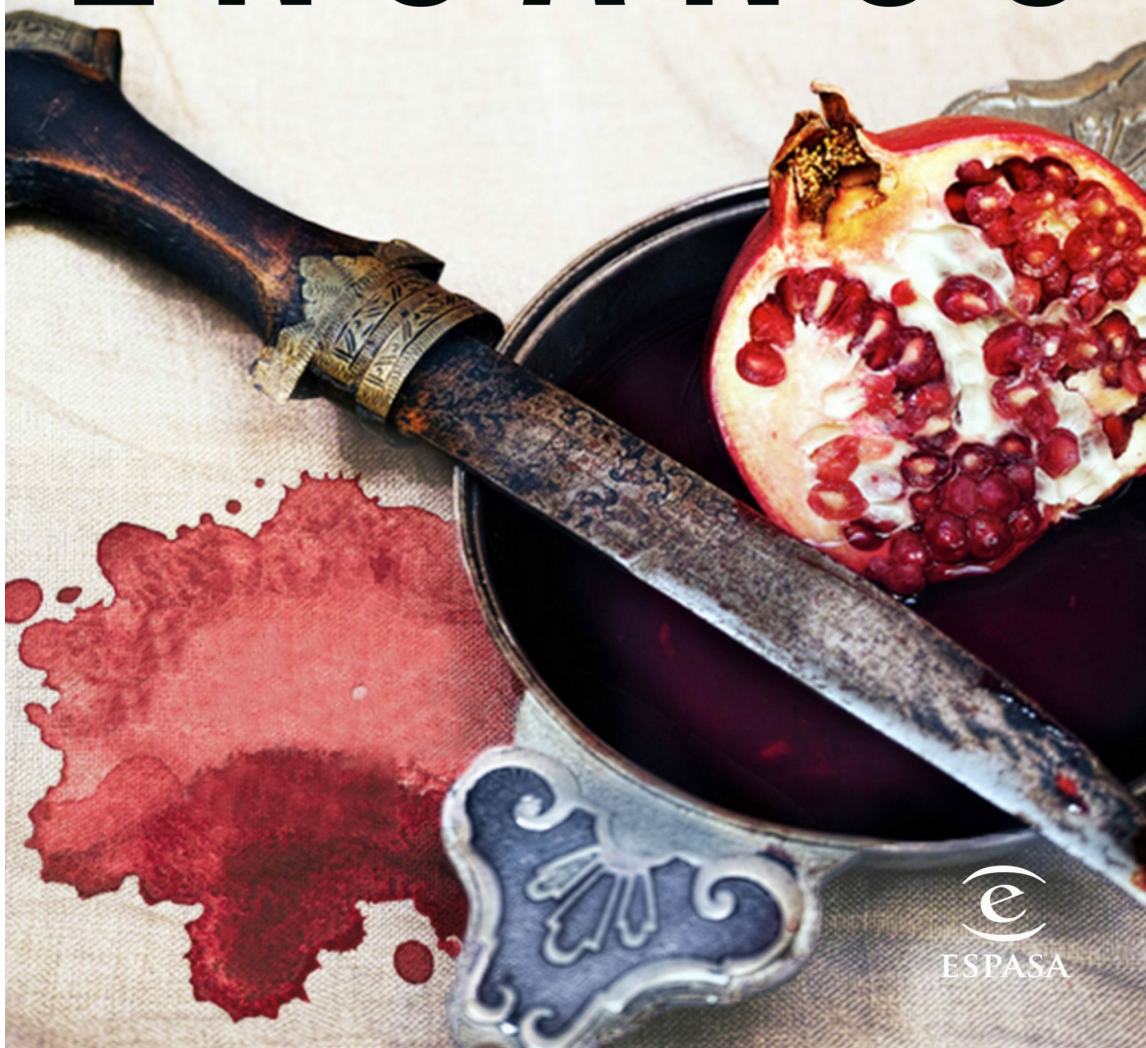
ISBN: 978-84-670-4897-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Luis García Jambrina

LA CORTE DE LOS
ENGAÑOS




ESPASA